

**UCLA**

**UCLA Electronic Theses and Dissertations**

**Title**

Novelas de la diáspora centroamericana y la colonialidad del poder: Hacia una aproximación de-colonial al estudio de las literaturas centroamericanas

**Permalink**

<https://escholarship.org/uc/item/985617qp>

**Author**

Siu, Oriel Maria

**Publication Date**

2012

Peer reviewed|Thesis/dissertation

UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Los Angeles

Novelas de la diáspora centroamericana y la colonialidad del poder:  
Hacia una aproximación de-colonial al estudio de las literaturas centroamericanas

A dissertation submitted in partial satisfaction of the  
requirements for the degree Doctor of Philosophy  
in Hispanic Languages and Literatures

by

Oriel María Siu

2012



## **ABSTRACT OF THE DISSERTATION**

Novelas de la diáspora centroamericana y la colonialidad del poder:

Hacia una aproximación de-colonial al estudio de las literaturas centroamericanas

by

Oriel María Siu

Doctor of Philosophy in Hispanic Languages and Literatures

University of California, Los Angeles, 2012

Professor Héctor Calderón, Chair

El presente trabajo conceptualiza la producción novelística de la diáspora centroamericana proponiendo los postulados teóricos de la colonialidad del poder como herramientas útiles para el análisis literario. Enfocándose en novelas escritas afuera de la región ístmica a partir de la década de los años ochentas, este trabajo explora las representaciones de la posguerra en el imaginario social diaspórico centroamericano; las consecuencias y articulaciones subjetivas y materiales del exilio y la emigración masiva de poblaciones ístmicas a lugares como Estados Unidos, México y Europa; el desvestimiento identitario y político del sujeto ex-militante centroamericano; el trabajo de la memoria y el olvido afuera del espacio nación; la experiencia de las subjetividades ístmicas en los nuevos espacios post-nacionales habitados; las codificaciones del cuerpo social diaspórico centroamericano en cuerpo perennemente explotable dentro de regímenes de sujeción actuales, y; entre otras circunstancias, la posibilidad de articular una alternativa a dichos condicionamientos desde la propia reconfiguración de la palabra centroamericana. Se sostienen por lo tanto, las siguientes interrogantes y preocupaciones: ¿Cuál es el significado del momento de la diáspora y cómo se representa discursiva y simbólicamente? ¿Cómo se manifiesta, conduce y reproduce la

colonialidad del poder en dicha producción novelística? ¿Cuáles son los efectos de ésta en las experiencias vividas de los seres bajo representación? ¿Es la colonialidad un elemento del poder posible de transgredir desde el plano de lo literario? ¿Por qué la necesidad de una práctica de lectura consciente a las infiltraciones de la colonialidad del poder en el ejercicio escritorial centroamericano?

The dissertation of Oriel María Siu is approved.

Arturo Arias

Jorge Marturano

Maarten van Delden

Héctor Calderón, Committee Chair

University of California, Los Angeles

2012

*A Arturo Arias, por continuar la guerra por otros medios*

*Al Profe Héctor Calderón, por todo*

*Y a la mujer que desde niña viene descalza por todos esos caminos centroamericanos,  
enseñándome de la lucha y del amor:*

*Mi madre, María E. Siu Bernal*

## Índice

<b>Agradecimientos</b>	.....	vii
<b>Introducción</b>		
	Motivaciones, preguntas de investigación y la colonialidad del poder como lente de lectura.....	1
<b>Capítulo 1</b>		
	La novela de la diáspora centroamericana: Conceptualizando una novelística.....	24
<b>Capítulo 2</b>		
	El ex-militante y su descomposición: “ <i>Why go on?</i> ”.....	62
<b>Capítulo 3</b>		
	Homo sacer y el paradigma oculto de la modernidad: Enunciaciones centroamericanas desde las zonas de indiferenciación en Estados Unidos.....	100
<b>Capítulo 4</b>		
	La sopa, el gato y la desobediente palabra: Sobre otras formas de ex-militar, ser y migrar en la narrativa centroamericana de la diáspora.....	147
<b>Conclusiones</b>		
	Centroamericanidades en reconfiguración.....	189
<b>Bibliografía</b>	.....	195



## Agradecida

*[...] los que nunca sabe nadie de dónde son, / los mejores artesanos del mundo,  
los que fueron cosidos a balazos al cruzar la frontera, / los que murieron de paludismo  
o de las picadas del escorpión o de la barba amarilla / en el infierno de las bananeras,  
los que lloraran borrachos por el himno nacional / bajo el ciclón del Pacífico o la nieve del norte,  
los arrimados, los mendigos, los maribuaneros, / los guanacos hijos de la gran puta,  
los que apenas pudieron regresar, / los que tuvieron un poco más de suerte,  
los eternos indocumentados, / los hacelotodo, los vendelotodo, los comelotodo,  
los primeros en sacar el cuchillo, / los tristes más tristes del mundo*

Roque Dalton, "Poema de amor" 1974

Nada de lo que soy, pienso o escribo fuera lo que es sin la guía, lucha y el sacrificio de muchas personas que me anteceden y en el camino acompañan. La historia o el pasar del tiempo no me han dejado conocer a muchas de ellas. A muchas otras, a pesar de las distancias espaciales, no dejo de tenerles gran cariño y guardarles todo mi respeto. A todas les doy las gracias por el apoyo que me han brindado durante mis años de estudio.

A los fundadores del primer programa de Estudios Centroamericanos en Estados Unidos, aquellos agitadores centroamericanos que a finales de los noventa en California State University Northridge lograron lo impensable: un espacio académico y comunitario donde las generaciones de jóvenes centroamericanos recién llegados de las experiencias de guerra pudieran dialogar y compartir sus traumas y nuevas vidas en esa metrópoli angelina; aprender de ellas y empezar a formarse una consciencia sobre la historia y lo complejo de la diáspora centroamericana. Ellas son: Rossana Pérez, Joaquín Chávez, Roberto Lovato y Aquiles Magaña. A las CAUSISTAS que avanzaron y enriquecieron todo aquel proceso: Siris Barrios, Scherly Virgill, Mónica Novoa, Jacqueline Gutiérrez, Julie Monroy y Xochitl Flores, compañeras que junto a los ya mencionados, sin ningún doctorado fueron armando una revolución desde el interior de la academia estadounidense, engendrando en mí la semilla de la rebeldía centroamericana. Gracias. A los seres excepcionales del Departamento de Estudios Chicanos de la misma universidad: Rudy Acuña, Rosa Furumoto, Jorge García, Mary Pardo, David Rodríguez, Marta López-Garza, Elías Serna, David R. Díaz, nuestros queridos "Topy" Flores y Roberto Sifuentes, que en paz siempre descansen, por no sólo hablar de solidaridad sino también por practicarla y de manera cotidiana. A todos mis otros compañeros de aquellos tiempos en Northridge: Michael (Micaelo) Hale, Sol Porras, Edwin Gutiérrez, Alan Glasband, Andrew Jackson, Shakti Maisen, Miguel Paredes, el profesor David Klein, Selene Salas. Sirena Pellarolo, profesora y compañera de viajes y selvas lacandonas. Por todas esas noches confabulando acciones y porque sus energías y convicciones me marcaron y aquí siempre las llevo.

Asimismo quedo agradecida con el Departamento de Español y Portugués de la Universidad de California, Berkeley por toda la ayuda que me brindaron durante mi maestría. A la Eugene V. Cota-Robles Fellowship en lo particular, por sus dos años de apoyo. Gracias. A José Rabasa, tremendo intelectual y profesor, por siempre extenderme su mano y compartir conmigo su visión del mundo y

su trabajo. A Ramón Grosfoguel, por compartir todo ese pensamiento fronterizo, gracias. A la poeta purépecha Gabriela Erandi Spears-Rico, por su compañerismo, intelectualidad, ferocidad y alegría. No fueron pocas las noches que la pasamos con la banda en esos nortes de California para sobrellevar el ambiente académico de Berkeley. Te quiero cantidades compañera. Al Dr. y compañero Chris M. Zepeda, por las incontables pláticas sobre colonialidades y las infinitas horas compartidas en los cafés y bares de Berkeley. Gracias Chris.

Al Departamento de Español y Portugués de la Universidad de California, Los Ángeles, le estoy eternamente agradecida. A lo largo de mi doctorado este departamento me ha brindado todo el apoyo y el espacio necesario para poder llevar a cabo mi trabajo, crecer y dar estos primeros pasos en la carrera. También la oportunidad de conocer a gente tan descomunadamente especial: a mi querido Profe Héctor Calderón, quien sin merodear aceptó trabajar conmigo una tesis sobre literatura centroamericana. En el transcurso fui conociendo no sólo al mero de los meros criticones literarios de la chicanada, sino también a un roquero y ser humano de lo más chingón, con la capacidad de infundir en sus estudiantes la indocilidad de la pregunta y su singular sensibilidad hacia lo humano. Gracias MQP. Es un verdadero deleite conocerlo. A Guillermo Giucci, por sus seminarios y conexiones, también le quedo por siempre agradecida. Le cambiaste el rumbo a mi vida. Gracias. A todos mis estudiantes de la UCLA, siempre tan llenos de energía y de alegría aunque fuese a las ocho de la mañana y entre los pluscuamperfectos del subjuntivo. Les deseo todo lo mejor en sus caminos. Al compañero Armando Cerpa, por los incontables momentos de trago, poesía y diálogo a lo largo de esos años angelinos; que viva la metáfora y el soneto compañero. A mi querida Valeria Valencia, por todo amiga, en las buenas y en las malas espero siempre poder encontrarnos en los Happy Hours de cualquier Palominos. Al querido compañero Ronald Nibbe, que en paz descansés, por todas nuestras conversaciones en torno a la literatura centroamericana y aquel tu júbilo infinito. Gracias. Las gracias al profesor Maarten van Delden, por todo su apoyo, por leer, por participar en mi comité y por sus excelentes seminarios. Al profesor Jorge Marturano, le doy mi agradecimiento no sólo por estar siempre dispuesto a ofrecer una crítica constructiva, sino también por el espacio para dialogar y debatir en sus exquisitos seminarios. A Hilda Peinado, por todo su trabajo, le doy todas las gracias. UCLA la extrañará.

Los compañeros del Centro de Desarrollo Cultural Centroamericano de Los Ángeles son únicos. Gracias por compartir conmigo a lo largo de estos años sus historias de lucha y de amor. También por su dinamismo y creación artística, los cuales siempre me llenan de fuerza para seguir adelante: Mario Ávila, Pehdro Kruh, Dora Magaña, Ricardo O'Meany, Luis López, Cecilia Mármol. Al escritor y poeta Oscar René Benítez, por todos esos tragos angelinos mientras desglosamos la poesía, la literatura y la vida. Espero nunca cesen mi querido Oscar. A Rosamaría Segura, por la particularidad de tu amistad, tu amor y tu apoyo. Sos única. A Juan Enrique Carrillo, por compartir conmigo dos años muy lindos de camino. Te quiero mucho. A César Soriano, por la palabra compartida, las salseadas, bachateadas y tu compañerismo. Al poeta Gustavo Aldolfo Guerra Vásquez, por tu poesía y amistad, las copas y las cumbias, los excesos y descensos. Escribamos el libro. A la escritora, teatrera y productora Carolina Rivera, quien resultó siendo también mi prima le

doy las gracias por escribir y sin pelos en la lengua estar siempre dispuesta a discutir la literatura de nuestro querido pulgarcito. Espero con ansias tu novela y que viva la producción cultural centroamericana prima. Las gracias también a Milo Álvarez, historiador chicano de esos que no callan ante el agravio histórico, siempre dispuesto a dialogar conmigo sobre lo que fuera y cuando fuera, sin importar la hora ni el lugar o la seriedad de la temática. A la Dra. María Cavazos, la diva de las divas, mujer excepcional. Gracias por abrirme las puertas de tu casa en Austin e introducirme a las nocturnidades de esa linda ciudad. Te quedo por siempre agradecida compañera.

También le quedo agradecida a la Shields Library de UC Davis por permitirme el espacio, el silencio y la luz para escribir bajo estas sus enormes ventanas de principio de siglo XX. Son hermosas e increíblemente vivificantes. Han posibilitado la escritura de esta tesis.

A los novelistas sin cuyas obras no hubiese sido posible esta disertación.

Absolutamente TODAS mis gracias al profesor, intelectual, crítico, escritor y novelista Arturo Arias, un ser verdaderamente extraordinario a quien no puedo más que admirar tremendamente. Por leer, comentar y estimular cada una de las oraciones en esta disertación. Por mantenerte firme en tu misión de formar a esta nueva generación de centroamericanistas en Estados Unidos. Semejante ser. Inigual. Gracias Arias.

Y al corazón de mi vida, mi familia. La muralista y pintora Alicia Siu (vean su sitio, [www.aliciasiu.com](http://www.aliciasiu.com)). Por aguantarme y apoyarme durante todos estos años. Te amo y admiro profundamente hermana, por tus óleos y acrílicos, por mantenerme siempre centrada y cocinar tus deliciosos pollos al horno para después llevármelos a la biblioteca. Por gente como vos el mundo no se acaba todavía hermana. A esa nueva cipotilla en nuestras vidas, Ayotli Océlotl Mojica-Siu, por tu lección diaria de amor y alegría. Sos la siguiente generación así que a seguir poniéndose las pilas chiquita. Volá alto. A mi papá, Virgilio Siu, por no dejar que pasara un solo día de hambre a lo largo de todos mis años de universidad; por inculcar en mí además, desde que recuerdo recordar, un tremendo amor por la disciplina y el estudio. Gracias papi. Te quiero mucho.

A mi madre, la intelectual detrás de todo. La que me sigue maravillando por su inteligencia, capacidad de risa y minimalismo. Aquella niña huérfana del cerro de Santa Ana que a los cinco años de edad quedó bajo las campanas de un orfanato, sin nadie y sin nada. La misma que entre los cafetales y montes le tocó andar descalza, cortando para comer. La mujer por quien respiro y veo. Y a quien le debo esta vida y le dedicaré siempre todo mi trabajo. María E. Siu. Gracias mami. ¡Te amo!

A mi amor: Dennis Richards. Por caminar, bailar y a mi lado preguntar. Gracias.

## VITA

- July 16, 1981 Born. San Pedro Sula, Honduras
- 2004 BA. Hispanic Languages and Literatures  
BA. Chicana/Chicano Studies  
California State University, Northridge  
Magna Cum Laude
- 2007 MA. Hispanic Languages and Literatures  
University of California, Berkeley
- 2007-08 Teaching Assistant  
Spanish and Portuguese Department  
University of California, Los Angeles
- 2008-10 Teaching Associate  
Spanish and Portuguese Department  
University of California, Los Angeles

## PUBLICATIONS AND PRESENTATIONS

- Meyer, Bethany, Oriel M. Siu and Gabriela Venegas. "La visión femenina ante el amor, la naturaleza y la historia: Una charla con Gioconda Belli". *Mester*. Issue No. 37 (2008).
- Orona-Cordova, Roberta (Ed). "Are You Mexican?" *Chicano/a Studies Reader: A Bridge to Writing*. Iowa: Kendall/Hunt Publishing Company, 2003.
- Saavedra, José Luis y Arturo Escobar (Compiladores). Santiago Castro-Gómez, Ramón Grosfoguel, Agustín Lao-Montes, José A. Lucero, Nelson M. Torres, Carlos Mamani Condori, Walter Mignolo, Fanon Reinaga, Oriel María Siu, Catherine Walsh. "Es tiempo de descolonizar nuestra academia." *Educación superior, interculturalidad y descolonización*. La Paz, Bolivia: Programa de Investigación Estratégica en Bolivia: Comité Ejecutivo de la Universidad Boliviana, 2007.
- Siu, Oriel María. "Hacia una nueva aproximación a la literatura centroamericana: El tropo del transistmo en *Dividing the Isthmus: Central American Transnational Histories, Literatures, and Cultures* de Ana Patricia Rodríguez." *Brújula*. Special Issue: Central American Narratives. Revista interdisciplinaria sobre estudios latinoamericanos. Issue No. 9. (Primavera 2011).
- Siu, Oriel María. "Interview with Héctor Tobar: On *The Tattooed Soldier*, the *Times*, Memory, and Marginalities." *Mester Journal*. Issue No. 40 (2011).

- Siu, Oriel María. “Suicidio y colonialidad en una novela de la diáspora centroamericana: *Inmortales*.” *Mester Journal*. Issue No. 40, (2011).
- Siu, Oriel María (May 2012). “Autodestrucción, discurso, colonialidad: Muerte y alcoholismo en *Berlín años guanacos*”. Paper presented at the Latin American Studies Association Conference, San Francisco, California.
- Siu, Oriel María (May 2006). “Decolonizing our Academia”. Paper presented at the “Criticism in the Borderlands, Decolonizing Academia” UC Berkeley Conference, Berkeley, California.
- Siu, Oriel María (January 2011). “La novela de la diáspora centroamericana: Algunas anotaciones sobre los eternos *Inmortales*”. Panel presided: “Central American Lives: Writings from the Diaspora” at the MLA Conference, Los Angeles, California.
- Siu, Oriel María (April 2010). “La novelística de la diáspora centroamericana y una rica *Sopa de caracol*: Colonialidad, risa y placer”. UCLA Graduate Student Conference: Transnationality in the Luso-Hispanic World, Los Angeles, California.
- Siu, Oriel María (August 2007). “Más allá de las remesas”. Paper presented at the Salvadoreños en el Mundo Congress, Los Angeles, California.
- Siu, Oriel María (November 2008). “Memoria, arte y literatura en la diáspora salvadoreña”. Paper presented at the Salvadoreños en el Mundo Congress, San Salvador, El Salvador.
- Siu, Oriel María (February, 2012). “Sobre la incompleta muerte en *La diáspora* de Horacio Castellanos Moya”. Paper presented at the Lozano Long Conference, Central Americans and the Latina/o Landscapes: New Configurations of Latina/o America, UT Austin.

## Introducción

### Motivaciones, preguntas de investigación y la colonialidad del poder como lente de lectura

*El problema principal de la filosofía moderna occidental reside, pues, en la forma selectiva de su escepticismo radical: en el hecho de que nunca interrogó seria, ni sistemáticamente, a la colonialidad*  
Nelson Maldonado-Torres

Recuerdo de niña ver camiones militares cargados de soldados estadounidenses y hondureños transitar libremente por las calles de San Pedro Sula<sup>1</sup>. Era la década de los ochenta. Los países vecinos estaban en guerra y Honduras –para los intereses del gobierno de EEUU y de las dictaduras centroamericanas–, estratégicamente ubicada al centro como una cuña que separaba Nicaragua de El Salvador y de Guatemala. Era por ello utilizada como base principal de las operaciones militares del Imperio; se entrenaba ahí a la Contra<sup>2</sup> nicaragüense y a una diversidad de comandos que se desplegaban a otros lugares del istmo. De esas guerras me enteraba no porque fueran temática de discusión en la escuela, o la noticia del día en los periódicos nacionales (pues todo esto ocurría bajo ese oportuno y represivo silencio del Estado hondureño), sino por los recurrentes comentarios que mi madre siempre hacía: “mataron a otro mi compañero en Guatemala fijate”, “desaparecieron a tal y tal compañero en El Salvador”, “que vinieron a hallar los cuerpos de tal y tal persona aquí en Honduras”, “le estalló una bomba a tal compañera en las montañas de Guate”, “ya nunca supimos del paradero de aquel”, y así, sucesivamente. Nombres y más nombres de personas desaparecidas o muertas que yo nunca llegaría a conocer. En el transcurso de ese período de mi niñez me fui

---

<sup>1</sup> Segunda ciudad más grande de Honduras, después de la capital Tegucigalpa. Desde antes de los ochentas, San Pedro Sula ha sido considerada la “Capital Industrial” del país.

<sup>2</sup> “La Contra” es la abreviación que se utilizaba para referirse a la Contrarrevolución de Nicaragua. Esta fuerza militar y política estaba compuesta por una diversidad de grupos opuestos a los logros y la lucha del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN). El FSLN para ese entonces era una formación guerrillera y política que en 1979 se apoderó del poder estatal en Nicaragua.

enterando de su vida de médico en Guatemala durante los años setenta, de cómo ella y sus compañeros no podían ni cargar los libros de medicina bajo el brazo (y mucho menos si eran rojos), de la vida de todas esas personas que iban muriendo y de lo cotidiano de la muerte en esa región en la cual vivíamos.

No fue hasta salir de Honduras y llegar a Los Ángeles, California, en 1998 sin embargo, que conocí a ese istmo de guerras por mi propia cuenta; sus dimensiones y lo extremo de sus consecuencias. Los Ángeles fue el lugar donde me encontré con esa región llamada “Centroamérica”. Como ningún otro lugar en la región centroamericana, la metrópolis angelina provocaba tal encuentro. Eran miles los centroamericanos que ya habitaban esa ciudad (más de un millón para ese entonces); garinagu, mayas, militares retirados, profesionales, estudiantes universitarios y exmilitantes, obreros, amas de casa, abuelos, escritores y todo tipo de artistas. Éramos, además, hacia 1998, miles más los que continuábamos llegando. Cada quien, fui aprendiendo, llegaba con sus propias experiencias, si bien bajo el denominador común de haber (sobre)vivido, de alguna u otra forma, las guerras. Muchos habían perdido a seres queridos. Otros cargaban con el trauma de la tortura en el caso de muchos que militaron. En general, como en mi caso, todos con el deseo de querer escapar la creciente violencia (social y económica) legada por décadas de guerras en la región en busca de mejores condiciones de vida.

Tanto el espacio físico angelino como el tejido social estadounidense han ido reconfigurándose a consecuencia de esta masiva inmigración. Son múltiples los proyectos comunitarios, institucionales y personales que continúan siendo provocados por dichas comunidades y sus encuentros con otros grupos y consigo mismos en Estados Unidos. Desde clínicas comunitarias establecidas para los migrantes centroamericanos sin recursos, espacios culturales para la exposición y discusión de la memoria y la experiencia centroamericana, infinidad de negocios, festivales anuales, organizaciones de asistencia a los migrantes y de participación cívica, y hasta un

primer programa de estudios centroamericanos iniciado hacia 1999 en California State University Northridge con la ayuda del Departamento de Estudios Chicanos de dicha universidad<sup>3</sup>. No existe duda. Centroamérica se haya ya inmersa y establecida en Estados Unidos, entablando conexiones duraderas y enraizándose. Transfigurada, claro estará, pero muy presente y sin contemplar ningún retorno. Este trabajo es una pequeña muestra de ello.

El motivo para la escritura de esta disertación surge de dos necesidades particulares. Por un lado, existe la necesidad de estudios que problematicen lo que ha sido el momento de la diáspora centroamericana –cuyo inicio ha quedado emblemático en 1980 por constituir ese año el inicio de la guerra civil salvadoreña, el acoso del gobierno sandinista, la insurrección maya en Guatemala y, en consecuencia, también el inicio de una migración masiva hacia “el norte”. De manera preliminar, quiero sugerir que el conjunto de novelas aquí por examinar pueden ser vistas como un cuerpo discursivo que busca incorporarse a la esfera de los estudios latinoamericanos, latinos y literarios locales y globales<sup>4</sup>, sin encajar del todo en ninguno de ellos. Además, y más significativo aún, este grupo de novelas puede también ser visto como un cuerpo discursivo interesado en invitarnos a un diálogo centrado en las múltiples dimensiones, implicaciones simbólicas y significaciones de lo que es diáspora, posguerra, inmigración, expulsión, memoria y olvido en las nuevas configuraciones que Arturo Arias denomina como “post-nacionales”. Con esta invitación, la presente novelística busca insertarse dentro de un diálogo mucho más amplio que lo específicamente literario o cultural, desarrollando en su seno propuestas en torno a maneras de hacer y deshacer política, a formas de

---

<sup>3</sup> Para un recuento personal y colectivo de cómo varias de estas organizaciones comunitarias y proyectos se establecen, especialmente en California, véase el libro de Rossana Pérez, *Flight to Freedom: The Story of Central American Refugees in California*. Houston: Arte Público Press, 2007.

<sup>4</sup> Ya varios críticos y estudiosos de la literatura centroamericana han notado y escrito sobre la marginalización de la producción literaria centroamericana dentro del área de los estudios literarios latinoamericanos y más ampliamente, de los estudios literarios estadounidenses/latinos. Véase, entre otros textos y artículos, *Taking Their Word* (2007) de Arturo Arias o *Dividing the Isthmus* (2009) de Ana Patricia Rodríguez.



escribir y lidiar con la fuerza del olvido, e incluso, en torno a la posibilidad de replantearse la historia y el presente. Esta invitación a dialogar desde la propia producción literaria atiende sin duda a la necesidad de abrir una conversación sobre los imaginarios sociales girando en torno a la diáspora, la continua emigración de centroamericanos y la posguerra. Esto sucede en la medida en la cual la comunidad centroamericana en diversas partes del mundo, y en especial en Estados Unidos como ya se mencionó, crece y se asienta, viéndose forzada a reconfigurar una relación con su memoria y a verter su mirada hacia las incertidumbres futuras.

La novelística del presente estudio profundiza esta discusión. Trae a colación lo que no se habla y lo que carece de representación en el plano de lo político y en la discursividad oficial. Opta por privilegiar y resaltar las más complejas y ocultas transformaciones de la subjetividad frente a sus experiencias. ¿Cuál es el significado del momento de la diáspora para la subjetividad diaspórica centroamericana y cómo está siendo representada discursiva y simbólicamente? ¿Qué formas adquieren estas representaciones discursivas y simbólicas en la cotidianidad de los personajes de esta producción? ¿En cuáles imaginarios y discursividades existe una “posguerra centroamericana” y cuáles son las visiones de la llamada posguerra desde la diáspora? ¿Cuáles visiones del mundo quedan y se crean en la novelística de la diáspora después del momento álgido de guerras y de lo que Arias ya ha descrito como el “mini-boom” literario centroamericano (*Gestos* 232)? ¿Qué trabajo adquiere la memoria dentro de este cuerpo novelístico? ¿Y cuál es el trabajo del olvido? Son sólo algunas de las interrogantes y preocupaciones iniciales desprendiéndose de mis reflexiones y que el presente trabajo de investigación considera claves para la elaboración del marco conceptual de la producción literaria de la diáspora centroamericana.

La otra de las motivaciones para la escritura de esta disertación está intrínsecamente relacionada a lo que el crítico peruano Aníbal Quijano ha llamado la colonialidad del poder. Más específicamente, tiene que ver con la necesidad de expandir nuestras aproximaciones de lectura al

enfrentarnos a las diversas textualidades narrativas<sup>5</sup> (“narrative textualities”) de la posguerra centroamericana; en este caso, la novela. Son ya varios los críticos de la literatura centroamericana que han comenzado a buscar nuevas aproximaciones al estudio de las producciones literarias del istmo. En *Intersecciones y transgresiones: Propuestas para una historiografía literaria en Centroamérica* (2008), Werner Mackenbach reúne una serie de ensayos de críticos localizados en diferentes regiones del mundo que debaten y cuestionan los diferentes acercamientos hasta hoy utilizados para historiografiar y pensar las literaturas surgidas del istmo. Los críticos ahí publicados concuerdan en afirmar que el estudio literario centroamericano ha estado histórica y estrechamente vinculado a la conducción del poder político –primero del régimen colonial, después de la formación de las Repúblicas, posteriormente de los proyectos revolucionarios de corte nacionalista durante la segunda mitad del siglo XX y, más recientemente, del mercado neoliberal. Estos sistemas de poder, a través de sus aparatos culturales creados, han legitimado, definido y establecido los parámetros desde los cuales pensamos, leemos y estudiamos la producción literaria de la región con el propósito de apoyar, difundir o representar determinadas agendas político-sociales (formación de identidades nacionales, construcción de agendas revolucionarias-nacionalistas, institución de proyectos civilizatorios, etc.). Resultado de ello ha sido la predilección o visibilidad de algunas expresiones escriturales y la invisibilidad o exclusión de textualidades de otra naturaleza tales como grafitis y similares, expresiones discursivas orales de diferentes culturas y otras variables que implementen el uso de prácticas discursivas para articular cualquier variedad de imaginario social.

De carácter archivístico o generacional, las metodologías implementadas hasta nuestro presente han fallado en montar una historiografía comprensiva de las literaturas de la región

---

<sup>5</sup> Término que Arturo Arias en *Taking Their Word* (2007) privilegia para referirse al conjunto y diversidad de géneros literarios centroamericanos: “We could analyze all of these texts as forms of ‘narrative textuality,’ an approach that encompasses all genres (the novel, short story, *testimonio*, essay and even some variants of epic poetry such as Ernesto Cardenal’s *El estrecho dudoso* (*The Doubtful Strait*)” (xiv), explica el crítico.

centroamericana que profundice más allá de lo temático, de lo periódico, de lo nacional, o de lo biográfico del texto o conjunto de textos. Aunque hacia fines del siglo XX las teorías literarias devenidas de las metrópolis europeas y estadounidenses hayan venido a proponer e intentaran diferentes marcos para el estudio literario, alterando la forma en que se conceptualiza y estudia la literatura centro y latinoamericana en las diversas instituciones académicas de las Américas, lo cierto es que en el campo de los estudios literarios centroamericanos el debate sobre el cómo y desde qué posicionamientos teóricos aproximarnos a la literatura aún permanece abierto. Muestra de ello son las diferentes propuestas hechas en la reciente compilación de ensayos editados en el libro de Mackenbach. Mientras hay quienes abogan por acercamientos subalternistas/poscoloniales a la literatura de la región, hay quienes proponen la tendencia estética del texto como eje estructurador de las agrupaciones textuales. Por otro lado, hay quienes proponen un acercamiento interdisciplinario enfocado en las prácticas discursivas del texto literario en relación a otros; y aún hay otros quienes abogan por una metodología comparatista que desnacionalice la categorización de las literaturas en pro de crear un estudio comparativo de las literaturas a nivel regional. Aunque útiles, considero que detrás de estas propuestas aún subyace un vacío crítico.

Antes de ampliar sobre este punto sin embargo, considero necesario reproducir una observación hecha por Bernal Herrera en *Intersecciones*:

Si en el rubro de los bienes materiales tradicionalmente hemos [nosotros los centroamericanos] exportado materias primas e importado productos acabados y bienes de capital, en el rubro de los bienes simbólicos, y más concretamente literarios, tradicionalmente hemos importado textos literarios e ideas críticas, y hemos exportado textos literarios [...] La importación de teorías literarias y metodologías críticas no sólo es inevitable, sino conveniente y necesaria, y cuanto más al día se esté mejor. Pero resulta indispensable darse cuenta que tales teorías y metodologías responden a agendas elaboradas en las metrópolis, y que tales agendas no necesariamente son las adecuadas en la periferia, sea porque reproducen relaciones intelectuales de poder en cuyo interior nuestros productos culturales tienen un rol subordinado, sea porque los problemas teóricos planteados no son

plenamente válidos al interior de nuestro propio desarrollo crítico y literario. Se trata, entonces, no de predicar un inútil chauvinismo crítico, sino de que los distintos actores individuales y colectivos determinen localmente sus agendas críticas, de forma que los procesos de importación obedezcan a las necesidades teóricas y metodologías definidas por las agendas locales [...] (Bernal Herrera en *Intersecciones* 120-21)

Concuerdo con este posicionamiento. En *Dividing the Isthmus: Central American Transnational Histories, Literatures, and Cultures* (2009), Ana Patricia Rodríguez ya marca una pauta diferente, proponiendo el tropo del transismo –“un espacio imaginario aunque material” (“an imaginary yet material space”)–, como instrumento analítico para enfrentarnos a las literaturas y culturas centroamericanas desde el período de la fundación de las repúblicas hasta el período de sus diásporas. A través del mismo, Rodríguez sobrepasa las lecturas y unidades categóricas particularmente de espacio (de índole nacionalista o incluso regionales), que han probado limitar la crítica literaria puesto que según la autora, estas lecturas y unidades obvian complejidades regionales más grandes (2). Estas “complejidades” para Rodríguez, están específicamente vinculadas a los proyectos imperiales de la política estadounidense en la región centroamericana, a la constitución del istmo como un brazo del imperio moderno por parte de fuerzas extranjeras, a las variadas contestaciones literarias/culturales transregionales a estas infiltraciones e imposiciones, y más recientemente, a los forzados flujos migratorios hacia el exterior de la región desde donde ciertamente también se contribuye una rica producción cultural y literaria. Por motivo de no ignorar tales complejidades, en su estudio Rodríguez insiste en organizar y repensar los textos en espacios culturales y temporales, unificándolos a través de los “flujos sociales y económicos que trascienden las fronteras geopolíticas” (“social and economic flows that transcend geopolitical borders”), pero no sin dejar de enfatizar la importancia de las localidades y circunstancias particulares de cada texto (2):

I argue that Central American narratives transect and transcend national political

boundaries and traverse the entire region, destabilizing not only insular and isolationist notions of national literatures but also integrative and holistic readings of the Central American region and its cultures and peoples. I examine Central American literary and cultural productions as linked practices emerging from overarching conditions, yet speaking from and to specific local contexts. (4)

El tropo del transistmo de Rodríguez es transgresivo y necesario, pues comienza a señalar una nueva dirección en cuanto a modelos operacionales de lectura para acercarnos a las textualidades del istmo, o bien, a las textualidades devenidas de la experiencia ístmica (la diáspora y el exilio como dos ejemplos relevantes). Considero, sin embargo, que podríamos explorar estas diversas textualidades narrativas desde un parámetro de lectura aún más transgresivo; desde un parámetro que infringe tanto el tiempo como el espacio y que además ingresa los diversos espacios operativos del poder en la textualidad narrativa. Mi sugerencia es la colonialidad del poder como óptica de lectura e instrumento crítico de aproximación a las prácticas escriturales centroamericanas.

En una ponencia ofrecida en Liverpool, “Central American Narrativity and the Coloniality of Power: Is Post-War Literature New?” (2010), donde Arturo Arias le da continuidad a sus reflexiones sobre las múltiples maneras en que hoy día podemos problematizar la narrativa de la llamada posguerra centroamericana, el autor postula la colonialidad del poder de Quijano como un aparato teórico de parámetros epistémicos útiles para abordar dicha tarea. Más específicamente, en su ponencia ubica la producción de la posguerra centroamericana dentro de la lógica epistémica de la modernidad, la cual siguiendo a Enrique D. Dussel y Walter Mignolo, es –por recíproca relación– la lógica de la colonialidad. La subjetividad mestiza de la posguerra centroamericana plasmada en la producción literaria, sostiene Arias, al igual que la subjetividad inscrita en la literatura que la antecede desde el período de la formación de las Repúblicas en el siglo XIX, continúa reafirmandose en el «*culte de soi-même*» característico de la modernidad (y del sujeto moderno). Tanto escritura como texto son, por lo tanto, incapaces de desligarse de las lógicas epistémicas de la modernidad/colonialidad.

El sujeto que escribe y al que se *inscribe* en la narrativa de la posguerra, insiste Arias, continúa reflexionándose y guiándose desde estas epistemologías sin posibilidad de revertirle sus bases puesto que tanto sujeto escritor como sujeto *inscrito* es producto de la colonialidad/modernidad:

[In postwar Central American literature] we now see more a certain bodily level of existence, including aspects of sexuality, desire and pleasure, that were previously absent in a culturally-backward region, fostering a certain cosmopolitanism without emancipation. But this does not represent a break with the specifically modern network of ideas. If anything, it represents the belated arrival of sexuality to a traditionally conservative region displaying a hard time dealing with the politics of the body. However, if what we see during its neoliberal period is a greater remoteness from everyday life on the part of the artist, a withdrawal into complete aesthetic autonomy, an ennui on the part of the artist who is now an outsider looking in the neoliberal machine, then what we have here is a return to the origins of modernity. (“Central American Narrativity and the Coloniality of Power”)

Para Arias, la literatura de la posguerra centroamericana no representa ninguna novedad en cuanto a los posicionamientos de la subjetividad escritorial. Ésta ha sido profundamente infundida de modernidad/colonialidad que no posee otro ángulo desde el cual verse o inscribirse. Las aproximaciones al estudio de la literatura de la región no son ninguna excepción a esta realidad; ellas también han sido moldeadas por la lógica de la modernidad/colonialidad, ya sea a través de nuestra socialización y educación, o ya sea a través de las teorías que importamos de la metrópolis y las cuales asumimos como lentes de estudio para una realidad investida de colonialidad y por ende de dimensiones necesitadas de lentes propios, diferentes. Es desde esta perspectiva que la afirmación anteriormente expuesta por Bernal Herrera en *Intersecciones* adquiere mayor relevancia. Todavía no hemos encontrado la manera de desligarnos de la institución epistémica de la colonialidad; escribimos y leemos desde sus adentros. Con excepciones, como lo sugeriría Arias en *Taking Their Word* (2007) y en otros de sus ensayos críticos, de la presente producción literaria indígena, la cual surgida desde marcos epistémicos ubicados fuera de la colonialidad, irrumpen y cuestionan sus

fundaciones<sup>6</sup>.

Partiendo de todas estas reflexiones, el presente trabajo de investigación propone el aparato teórico de la colonialidad del poder de Aníbal Quijano no como parámetro epistémico permitiendo una problematización de la narrativa centroamericana dentro de la discusión más amplia de la modernidad (una tarea sin duda necesaria que consiente en una contextualización crítica del conjunto de esta producción), sino más bien, como herramienta de lectura que más bien complementará la anterior propuesta hecha por Arturo Arias. El presente estudio desarrolla la colonialidad del poder como óptica de lectura de miramiento local y de ramificaciones auto-reflexivas para aproximarnos a las narratividades centroamericanas; en este caso específico, a determinadas novelas de la diáspora centroamericana.

### **La colonialidad del poder como óptica de lectura**

Siguiendo los planteamientos teóricos elaborados por Quijano y otros en una serie de ensayos y escritos en torno a la colonialidad del poder, la colonialidad es lo que sobrevive al colonialismo. En nuestro presente, tanto a nivel local como global, es un elemento constitutivo del poder. Aunque relacionados, colonialismo y colonialidad no significan lo mismo. El colonialismo se refiere a una estructura de dominación y explotación de tiempo y espacio determinado en el cual la

---

<sup>6</sup> Véase el corpus de literatura maya por ejemplo, surgido en los últimos veinticinco años. Esta producción transgrede el discurso literario mestizo centroamericano moldeado por visiones ladinas y eurocéntricas. Al respecto, en “Final de juego”, Arias afirma: “Aunque pasó casi desapercibido en su momento, en 1985 apareció también la novela póstuma del escritor guatemalteco Luis de Lión, miembro de la etnia maya caqchikel, *El mundo principia en Xibalbá*. Pese a que la novela está escrita en castellano, constituyó la primera prueba fehaciente del inicio de una nueva narrativa maya, tendencia que continuaría de manera más marcada a lo largo de los noventa. De consolidarse como fenómeno literario, este evento con inicio tan modesto puede convertirse en lo más importante que ha sucedido en Centroamérica en los últimos años. Con novelas como las de Gaspar Pedro González o Víctor Montejo, o poesía como la de Humberto Ak’abal, Maya Cu, Calixta Gabriel Xiquín o Juana Batzibal, se revoluciona la literatura centroamericana, enmarcada por el idioma castellano y con una visión ladina eurocéntrica del mundo pese a los esfuerzos híbridos de los autores mestizos más sensibles” (“Final de juego” 27-28).

autoridad político-social con sus componentes militares, económicos, o étnicos, la ejerce otro Estado ubicado fuera de la nación cuya jurisdicción territorial usufructa como espacio colonizado. La colonialidad en torno se refiere a lo que deviene de esa etapa y experiencia colonial. Se refiere por lo tanto, también a una formación mental del sujeto colonizado dentro de los parámetros y perspectiva del colonizador.

La colonialidad, podría decirse, está constituida de todo aquello que permanece aún después de acabado el momento del colonialismo: estructuras de pensamiento, patrones de control, de dominación, y de explotación, modalidades particulares de clasificación poblacional, culturas de interacción (inter)subjetivas, economías, estratificación de sociedades y modos de pensamiento. La colonialidad se refiere pues, a determinadas relaciones de poder que se originan inicialmente dentro del colonialismo, pero, y en las palabras de Nelson Maldonado-Torres,

que en vez de estar limitado a una relación formal de poder entre dos pueblos o naciones, más bien se refiere a la forma como el trabajo, el conocimiento, la autoridad y las relaciones intersubjetivas se articulan entre sí, a través del mercado capitalista mundial y de la idea de raza. (“Sobre la colonialidad del ser” 131)

En efecto, según los planteamientos de Quijano, uno de los ejes estructuradores y fundamentales de la colonialidad es la clasificación social de la población mundial en base a la idea de raza, a la cual se le da principio con la constitución de América y el proyecto capitalista colonial/moderno en el siglo XV<sup>7</sup>. Más específicamente, en 1492, fecha emblemática de la colonización de las Américas<sup>8</sup>. La noción de raza se convierte en el instrumento primario, el “más

---

<sup>7</sup> Según la tesis básica de Walter D. Mignolo con respecto a la colonialidad/modernidad: “[L]a «modernidad» es una narrativa europea que tiene una cara oculta y más oscura, la colonialidad. En otras palabras, la colonialidad es constitutiva de la modernidad: sin colonialidad no hay modernidad. Por consiguiente, hoy la expresión común *modernidades globales* implica *colonialidades globales*, en el sentido preciso de que la matriz colonial del poder (la *colonialidad*, para abreviar) se la están disputando muchos contendientes: si la modernidad no puede existir sin la colonialidad, tampoco pueden haber modernidades globales sin colonialidades globales. Esa es la lógica del mundo capitalista policéntrico de hoy” (Mignolo, “La colonialidad: la cara oculta de la modernidad” 39).

<sup>8</sup> Que en claro quede que la colonialidad, por lo tanto, no es un mero resultado del colonialismo, sino que surge, se articula y se desarrolla dentro del contexto histórico y social *específico* del colonialismo. El colonialismo origina a la



eficaz y perdurable instrumento de dominación social universal” a través del cual se legitiman las relaciones de autoridad y poder impuestas por aquellos primeros conquistadores de América. Es en base a esta idea y a su futura diseminación que se comienza a certificar y a naturalizar la inferioridad de unos grupos y, paralelamente, la superioridad de otros. En consecuencia, también los rasgos fenotípicos, los conocimientos y las producciones culturales de los pueblos dominados se desvalorizan (en muchos casos llegando hasta el punto de desaparecerlos por completo), mientras que los rasgos fenotípicos, los conocimientos y las producciones culturales de las culturas dominantes son dotados de una posición de superioridad. A este modo específico de racionalidad Quijano lo llama “eurocentrismo” (“Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina” 201). De este eurocentrismo se desprende la imposición y normativización de una pluralidad de heterarquías<sup>9</sup> del poder en el tejido social de la colonia impregnando toda relación económica, política, epistémica, social e (inter)subjetiva dentro de ella. Debido a su exitosa operación y procesos de naturalización de dicha racionalidad eurocéntrica en Centroamérica, esta misma se ve reproducida y desarrollada en los tejidos sociales de las sociedades (re)articuladas una vez erradicado el período del colonialismo (en el modelo moderno de Estado-Nación por ejemplo, creado a lo largo de América Latina una vez alcanzados los proyectos independentistas).

La fabricación del concepto de raza por lo tanto –“literalmente, un invento”– escribe Quijano, es la piedra angular de la colonialidad. La racialización de los sujetos convertidos en *sub-otros* por ende, “expresa la experiencia básica de la dominación colonial” (“Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina” 203, 201). En el caso de Centroamérica, la racialización imbuida

---

colonialidad en tanto que le funcionó, en el caso específico de Latinoamérica, como espacio de configuración. Para Quijano, el colonialismo fue su “matriz” (Quijano “Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina” 201).

<sup>9</sup> Ligando el término de Kyriakos Kontopoulpos –heterarquía– a su análisis del funcionamiento del poder y la colonialidad, en “La descolonización de la economía política y los estudios postcoloniales: Transmodernidad, pensamiento fronterizo y colonialidad global”, Ramón Grosfoguel define el término como: “una articulación imbricada de múltiples jerarquías” (11).

en la colonialidad constituye la base de toda relación de poder. Es el lugar de origen de los existentes patrones de poder de dominación y de explotación (sobre)vividos por sus pobladores<sup>10</sup>.

El otro de los ejes fundamentales de la colonialidad –sin duda igual de perdurable– es la nueva estructura de control de trabajo reestructurada a partir del proceso de la colonización de América: el capitalismo<sup>11</sup>. Aunque no interesa aquí replicar la elaboración teórica de Quijano con respecto a este elemento constitutivo de la colonialidad, sino más bien desprender de él un propio lente metodológico para la aproximación literaria desde la colonialidad del poder, considero sin embargo necesario enfatizar la asociación del capitalismo mundial con el invento de la idea de *raza* previamente expuesta.

Para Quijano:

Las nuevas identidades históricas producidas sobre la base de la idea de raza, fueron asociadas a la naturaleza de los roles y lugares en la nueva estructura global de control del trabajo. Así, ambos elementos, raza y división del trabajo, quedaron estructuralmente asociados y reforzándose mutuamente, a pesar de que ninguno de

---

<sup>10</sup> Sobre el concepto raza, Quijano escribe: “En América, la idea de raza fue un modo de otorgar legitimidad a las relaciones de dominación impuestas por la conquista. La posterior constitución de Europa como nueva identidad después de América y la expansión del colonialismo europeo sobre el resto del mundo, llevaron a la elaboración de la perspectiva eurocéntrica de conocimiento y con ella a la elaboración teórica de la idea de raza como naturalización de esas relaciones coloniales de dominación entre europeos y no-europeos. Históricamente, eso significó una nueva manera de legitimar las ya antiguas ideas y prácticas de relaciones de superioridad/inferioridad entre dominados y dominantes. Desde entonces ha demostrado ser el más eficaz y perdurable instrumento de dominación social universal, pues de él pasó a depender inclusive otro igualmente universal, pero más antiguo, el inter-sexual o de género” (“Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina” 203).

<sup>11</sup> Citando a Quijano: “La privilegiada posición ganada con América para el control del oro, la plata y otras mercancías producidas por medio del trabajo gratuito de indios, negros y mestizos, y su ventajosa ubicación en la vertiente del Atlántico por donde, necesariamente, tenía que hacerse el tráfico de esas mercancías para el mercado mundial, otorgó a dichos blancos una ventaja decisiva para disputar el control del tráfico comercial mundial. La progresiva monetización del mercado mundial que los metales preciosos de América estimulaban y permitían, así como el control de tan ingentes recursos, hizo que a tales blancos les fuera posible el control de la vasta red preexistente de intercambio comercial que incluía, sobre todo, China, India, Ceylán, Egipto, Siria, los futuros Lejano y Medio Oriente. Eso también les hizo posible concentrar el control del capital comercial, del trabajo y de los recursos de producción en el conjunto del mercado mundial. Y todo ello fue, posteriormente, reforzado y consolidado a través de la expansión de la dominación colonial blanca sobre la diversa población mundial” (“Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina” 206).

los dos era necesariamente dependiente el uno del otro para existir o para cambiar. (“Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina” 204)<sup>12</sup>

Al asociarse y reforzarse bajo el dominio de los beneficiados de la empresa de la conquista (proyecto tanto violento como epistémico), la correspondencia raza/trabajo fue estableciéndose como experiencia normativa de las subjetividades afectadas por la nueva estructura de control de trabajo, infringiendo todo ámbito del vivir (el social, el epistémico, el económico, el (inter)subjetivo, el político) y perdurando hasta nuestro presente. De tal manera, se naturalizó –y de forma concreta (en lo cotidiano de la existencia)–, la relación superior/inferior en tanto que los colonizados, por su “inferioridad” de raza, debían ejercer formas de trabajo no pagados, no asalariados, y los “europeos o blancos”, por su “superioridad” de raza, debían pertenecer al grupo de trabajadores asalariados (“Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina” 207). Esta naturalización y perpetuación de la relación colonialista superior(es)/inferior(es) es lo que a esta disertación particularmente interesa; constituye un punto de partida elemental para pensar el funcionamiento, la articulación y las múltiples consecuencias de la colonialidad en la experiencia centroamericana representada en la literatura de su diáspora.

En nuestro presente, la colonialidad opera y se manifiesta en multiplicidad de dimensiones y planos, en modalidades asimétricas de tiempo y espacio; adquiere formas tanto materiales como (inter)subjetivas. Como también lo articula Maldonado-Torres:

La misma se mantiene viva en manuales de aprendizaje, en el criterio para el buen trabajo académico, en la cultura, el sentido común, en la auto-imagen de los pueblos, en las aspiraciones de los sujetos, y en tantos otros aspectos de nuestra experiencia moderna. En un sentido, respiramos la colonialidad en la modernidad cotidianamente. (“Sobre la colonialidad del ser” 132)

---

<sup>12</sup> Para una elaboración de la relación trabajo/raza de Quijano, véase la sección “Colonialidad y eurocentramiento del capitalismo mundial”, en su ensayo “Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina”.

La colonialidad habita tanto en las leyes del Mercado y del Estado, en las guerras y sus códigos, en los currículos educacionales, como en el lenguaje en el que escribo. Habita los deseos, los pensamientos y las decepciones de los individuos; tanto en las correspondencias entre entidades gubernamentales como en las relaciones intra e interpersonales de las subjetividades; en las condiciones decadentes de nuestro medio ambiente y la manera en la cual nos relacionamos a él, como en nuestro imaginario. Con más de 500 años de existencia, la colonialidad localiza siempre la manera de reconfigurarse una y otra vez, cambiando infatigablemente de forma, de lenguaje; encontrando nuevos cuerpos o conductos por los cuales introducirse a través de múltiples, asimétricas y coexistentes relaciones y articulaciones de poder en el sentido ampliamente foucaultiano.

En sus estudios sobre el poder recordemos, el filósofo Francés Michel Foucault rompe con las concepciones clásicas de éste, superando las interpretaciones que lo reducían a los planos jurídicos y represivos del Estado. Para Foucault, el poder no es algo que tienen las clases dominantes, las instituciones, o bien, el Estado. Aunque existan lugares donde el poder se concentra, entre los cuales ciertamente se encuentran las instituciones estatales, Foucault postula que el poder no es una propiedad sino más bien una estrategia; el poder no se posee, se ejerce. En tal sentido, éste no tiene un lugar privilegiado dentro del cuerpo social, sino que es un efecto de conjunto. Es una relación de fuerzas. Para Foucault, toda relación social es una expresión y al mismo tiempo un vehículo del poder. Pero el poder, recalca también Foucault, no puede pensarse sólo como un ejercicio de fuerza o engaño. Foucault mantiene que lo que hace que el poder se (auto)sostenga, es su producción de conocimientos y de efectos de verdad a través de la organización del discurso. En una muy conocida cita, Foucault escribe: “Lo que hace que el poder se sostenga, que sea aceptado, es sencillamente que no pesa sólo como potencia que dice «no», sino que cala de hecho, produce cosas, induce placer, forma saber, produce discursos; hay que

considerarlo como una red productiva que pasa a través de todo el cuerpo social en lugar de como una instancia negativa que tiene por función reprimir” (“Verdad y poder” 137). El conocimiento y el saber por lo tanto, en la sociedad respaldan la dominación de unos individuos sobre otros. Para una aproximación a la literatura desde la colonialidad del poder entonces, las articulaciones hechas por Foucault en torno al poder resultan más que necesarias.

Habiendo dicho esto, habrá que reconocer que la colonialidad y el funcionamiento de su poder están presentes en todas partes y permean todos los aspectos sociales. Habitan toda dimensión de poder en nuestro entorno e interior. El espacio de la literatura –una manifestación sociocultural surgida de los lugares más recónditos de la subjetividad– no queda exento. Así es como la producción literaria y las subjetividades devenidas de la más reciente experiencia centroamericana de guerra y diáspora, también portan colonialidad. Todos respiramos, reproducimos y *somos* colonialidad en tanto que vivimos, representamos e inevitablemente nos engendramos en conducciones y conductos de poder.

Sugiero, por lo tanto, que el aparato teórico de la colonialidad del poder abre la posibilidad de escudriñar, desde un ángulo diferente a los previamente utilizados para aproximarnos a la literatura centroamericana, las manifestaciones que permean la producción novelística de la diáspora centroamericana. Si el poder que se manifiesta en esta novelística –en todas y sus múltiples dimensiones– es sobre todo un poder impregnado de colonialidad, las interrogantes inevitablemente se vuelcan hacia el cómo, de qué manera, en qué medida(s) y a través de qué conductos. De tal forma, esta tesis se aleja de análisis categóricos en cuanto a tiempo y espacio, y está más que nada interesada en la manifestación, la conducción, y el enfrentamiento al poder desplegado en los textos novelísticos; en el poder y sus elementos de colonialidad. A lo que pretendo llegar mediante estos cuestionamientos es a un entendimiento de la potencialidad de la colonialidad del poder en el espacio de la producción cultural centroamericana con el propósito de comenzar a aprender desde lo

que inevitablemente somos: productos y reproductores de esta colonialidad. ¿Hasta qué punto lo somos y dónde marcamos sus límites? ¿Es posible establecerlos? Los resultados, preveo, podrían ser incómodos. No obstante, será desde estos cuestionamientos –problemáticamente fronterizos–, que en las novelas de la diáspora centroamericana también buscaré momentos de transgresión, instancias de quiebres, sugiriendo y de manera preliminar, problematizar la infusión de la colonialidad en esta novelística desde lo que llamaré sus momentos e instancias de autonomía y ruptura.

A más de 500 años de colonialidad en el istmo, el diálogo sobre la presencia de la colonialidad en la producción literaria mestiza aún no se abre. Utilizar la colonialidad del poder como óptica de lectura para aproximarnos a la novelística de la diáspora expandirá los alcances de esta teoría al campo de la producción cultural centroamericana permitiendo desarrollarla y explorarla en estas manifestaciones (trans)locales. A la vez, esta investigación aportará a una expansión de nuestras prácticas de lectura, abriéndonos otros espacios de exploración y en efecto, de diálogo; sin duda espacios que nos permitirán vernos reflejados en los espejos de la colonialidad. Distorsionados o no, hemos sido y continuamos siendo –como sujetos de la modernidad–, su más vivo reflejo y reproductor.

### **Después de las guerras y el vacío discursivo: Preguntas de investigación**

Podríamos afirmar, y con mucha ironía, que desde el punto de vista puramente literario/discursivo, el período de las guerras civiles centroamericanas representó un triunfo<sup>13</sup>. Se

---

<sup>13</sup> No entraré en lo que significaron las guerras civiles a otros niveles, puesto que es más sabido que la cantidad de muertes que generaron estas guerras, añadidas a las consecuencias económicas y los costos sociales de éstas, no representaron ningún “triumfo” en lo absoluto. La entrada de la democracia además, ha dejado mucho que desear. Toda la literatura y los estudios sociales al respecto señalan el fracaso como efecto más notable del período de las posguerras centroamericanas.

produjo durante ese período —a manera de una explosión—, una discursiva contestataria que de forma generalizada y consistente contrarió la discursiva oficial del Estado y la política intervencionista del gobierno de Estados Unidos en los asuntos políticos, económicos y sociales de Centroamérica, atrayendo la atención de muchas personas en el exterior de la región. Fue durante el período de aquellas guerras que por vez primera la literatura centroamericana gozó de cierta atención crítica en el ámbito internacional. Aparentando ser una guerra plenamente ideológica, la Guerra Fría se libró no sólo en suelos de países tercermundistas a nivel global sino también en el terreno de la palabra. Las y los escritores ístmicos de los 60, 70, 80 y hasta ya entrados los años noventas, entraron de lleno en ambos terrenos de guerra. Actuaron y escribieron posicionamientos políticos que se caracterizaron particularmente por su afinidad con —y en muchos casos, por su pertenencia a— las izquierdas centroamericanas, o bien, a los movimientos populares y sociales gestados durante la época<sup>14</sup>. Este esfuerzo incluyó también a las subjetividades testimoniantes. Muchos de estos escritores y testimoniantes perdieron sus vidas por involucrarse, hablar o escribir; otros escogieron la ruta del exilio. Aún otros fueron desaparecidos.

Durante el período de la Guerra Fría y sus concomitantes guerras civiles en Centroamérica, la palabra validaba o invalidaba ideologías, pesaba sobre o decidía la opinión pública, permitía la vida, o sentenciaba la muerte. Escribir o dar testimonio conllevaba asumir por completo el peso de la misma. El acto era sinónimo de tener que atenerse a consecuencias severas. No obstante, los escritores ístmicos escribieron voluminosamente. Para ellos las condiciones sociales de las guerras representaron no sólo una motivación o telón de fondo para una escritura prolífica, sino, la *razón de*

---

<sup>14</sup> Para nombrar sólo algunos de estos escritores: Roque Dalton, Manlio Argueta, Tirso Canales, Roberto Armijo, Oswaldo Escobar Velado, Italo López Vallecillos, Arturo Arias, Mario Roberto Morales, Marco Antonio Flores, Mario Payeras, Luis de León, Ernesto Cardenal, Lil Milagro Ramírez, Claribel Alegría, Otto René Castillo, Luis Cardoza y Aragón, Gioconda Belli, Tomás Borge, y la lista continúa.

*ser* de su escritura. Política y escritura entonces, estuvieron estrechamente vinculadas durante aquel período y la producción literaria fue fructífera<sup>15</sup>.

La participación escritural de escritores provenientes de la región centroamericana —siempre vista como una región retrógrada desde la perspectiva de la modernidad y la de sus adeptos—, representó cierta novedad en el ámbito internacional literario. Podríamos incluso decir que se convirtió en una producción literaria *sexy* ante el ojo internacional: sedujo y captivó la atención y curiosidad de muchos. Surgieron además, durante este período, voces nunca antes escuchadas por las estructuras de poder ligadas a las instituciones de la literatura; voces que hablaron desde marcos epistémicos localizados en las afueras del juego político de la Guerra Fría. Fueron las voces de mujeres y hombres indígenas y campesinos que por vez primera, y a través de una diversidad de conductos literarios, encontraron la oportunidad de dar a conocer sus realidades, conocimientos y modos de entendimiento a la comunidad internacional. Podría entonces decirse que la Guerra Fría abrió una plataforma discursiva para una diversidad de voces ístmicas y que esta plataforma fue muy bien aprovechada; sus consecuencias pudiendo hoy verse manifestadas en las aperturas políticas y sociales alcanzadas por comunidades históricamente marginadas en diversas regiones de Centroamérica.

---

<sup>15</sup> En “Entre política, historia y ficción. Tendencias en la narrativa centroamericana a finales del siglo XX”, Werner Mackenbach escribe: “Sobre la novela centroamericana puede decirse con cierta justificación, que es a partir de finales de la década de 1960 e inicios de 1970 que se constata un verdadero auge. En su estudio “La nueva novela centroamericana” (1991) la científica literaria estadounidense Kathryn Eileen Kelly comprueba un *boom* centroamericano, que para ella inicia en los años del declive del *boom* latinoamericano (ver Kelly, 1991: 5), es decir, a inicios de los setenta, mientras que el escritor y científico literario guatemalteco, radicado en los Estados Unidos, Arturo Arias lo describe como un “mini-boom” (Arias, 1998a: 232) de la narrativa centroamericana que surge en esta década (ver también Zavala, 1990: 18, 22f.). Ciertamente surge a partir de finales de los sesentas e inicios de los setentas un corpus de novelas de autores de los diferentes países centroamericanos, que conscientemente se distancian de las hasta entonces dominantes tendencias del realismo social y del costumbrismo, para colocarse en el amplio terreno de la *nueva novela latinoamericana*, especialmente en cuanto a lo que se refiere a la experimentación con el lenguaje y la forma” (Mackenbach, “Entre política”).



Podríamos señalar infinidad de contradicciones que se dieron en el proceso y transcurso de los comienzos de aquella apertura discursiva. No obstante, no hay duda de que la Guerra Fría sentó y proporcionó las bases discursivas para el nacimiento de toda una generación de escritores centroamericanos que dejó huellas en el mapa literario centroamericano. En este sentido, y sólo en este sentido, es posible hablar de un triunfo con respecto a las guerras civiles del istmo. Discursivamente, estas guerras posibilitaron el “mini-boom” de la palabra escrita centroamericana.

El conjunto de novelas estudiadas en el presente trabajo, contrario a la producción literaria antecediéndola, nace del vacío discursivo dejado por la finalización de las guerras. Tras sus culminaciones, se generaliza una decepción con el rumbo tomado por las directivas de las izquierdas centroamericanas entre quienes militaron en sus diversas organizaciones. Muchos de estos militantes desearon verles el fin a las guerrillas pues se habían comenzado a dar vastas incongruencias entre la teoría y práctica revolucionarias. De manera generalizada, se cuestionó y desconfió de los propios procesos de la paz y hacia la paz, viéndose no como una salida viable representando los principios iniciales de la lucha armada, sino una salida beneficiando sólo a un sector muy reducido de su dirigencia. Por el otro lado, las guerras centroamericanas dejaron a más de 350,000 muertos, a miles de desaparecidos soterrados en fosas comunes, un incremento en las tasas de pobreza y violencia a nivel regional<sup>16</sup>. Dejaron también una economía cada vez menos autosostenible, experiencias comunales de separaciones familiares debido a la diáspora, millares de desapariciones y una impunidad legalizada para quienes cometieron los actos más atroces de violencia durante los años de guerra. Subyaciendo a estas consecuencias quedaron múltiples vacíos: el suscitado por el silencio y por el desencanto con los procesos revolucionarios, el originado por el

---

<sup>16</sup> Para un estudio profundo de las consecuencias sociales, económicas y políticas del período de las guerras en Centroamérica, véase el trabajo de William I. Robinson, *Transnational Conflicts: Central America, Social Change, and Globalization* (2003). Puede también verse el libro de John A. Booth, *Understanding Central America: Global Forces, Rebellion, and Change* (2006).

querer saber de los seres más queridos y no tener acceso a respuesta alguna, los huecos políticos de la transición, las miles de muertes convertidas en ausencias, y las incertidumbres del exilio y la diáspora.

¿Qué escribir después de aquella intensa experiencia de guerra y sus resultados? ¿Qué decir tras la desaparición de aquel período que sentó las bases para la explosión y el desborde de la palabra centroamericana? ¿Cómo manifestar y expresar el conjunto de emociones y pensamientos tras tanta muerte, derrumbe de sueños políticos y sociales, y la entrada contundente de las fuerzas neoliberales a la región? ¿Cómo escribir los silencios, las honduras de los vacíos subjetivos en la diáspora? ¿Cómo y desde qué perspectivas pensar aquel período que moldeó tantas subjetividades estando a un distanciamiento temporal y espacial del istmo? ¿Qué decir y con qué lenguaje decirlo estando circunscrito a nuevos códigos sociales y políticos, viviendo entre otros lenguajes y climas? ¿Qué hacer con la memoria y hacia qué direcciones señalarle el futuro? Todas estas interrogantes constituyen las preocupaciones centrales de los escritores aquí estudiados de la diáspora centroamericana. Constituyen también, la guía de esta investigación. Tras la explosión de textualidades narrativas del período de guerras, parto de la hipótesis de que quedó solamente la fragmentación, el silencio y una perpetuación del dolor en multiplicidad de planos. En el plano literario/narrativo estas consecuencias se tradujeron a un vacío discursivo. ¿A qué habría de aferrarse la palabra ahora sino a las rajaduras de esa fragmentación, a los silencios y a los blancos discursivos?

### **Breviario de capítulos**

En el primer capítulo, “La novela de la diáspora centroamericana: Conceptualizando una novelística”, establezco el lenguaje conceptual a partir del cual hablar de la producción literaria bajo estudio. En el proceso recorro las temáticas y problemáticas principales que veo surgir dentro de

esta novelística, ofreciendo un mapa general de los sitios a explorar a través de la colonialidad del poder y la colonialidad del ser. Entre estos sitios están: el traspase del espacio social al individual en la narrativa centroamericana de la diáspora; la memoria como un campo de intensa contestación en el exilio, y; la relación entre el poder, el ser, la colonialidad y el lenguaje.

En el segundo capítulo, “El militante y su descomposición: *Why go on?*”, elaboro un análisis de *La diáspora* (1989) de Horacio Castellanos Moya y *Berlín años guanacos* (2004) de David Hernández. Considero necesario este comienzo ya que a pesar de escribirse a quince años de diferencia, ambos textos simbólicamente marcan la transición entre el fin del periodo de la guerra (para el caso salvadoreño) y el comienzo del periodo neoliberal en el espacio centroamericano y global. Temporalmente, las dos tramas se ubican en el momento de apertura de la diáspora centroamericana manifestando no sólo los diversos cambios políticos y económicos del período, sino también los vacíos subjetivos surgidos a raíz de la derrota política de la izquierda centroamericana. Tras el desmoronamiento de las ilusiones y los proyectos colectivos a los que pertenecieron los personajes ex-militantes de las obras, éstos optan por la autodestrucción como única manera de sobrevivir su presente. La autodestrucción, se sostiene, es una práctica que continúa en el ejercicio de la colonialidad del poder y su indiferencia para con las entidades convertidas en *sub-otras*.

El tercer capítulo, “Homo sacer y el paradigma oculto de la modernidad: Enunciaciones centroamericanas desde las zonas de indiferenciación en Estados Unidos”, examina cinco novelas de la diáspora: *Big Banana* (1998) de Roberto Quesada, *The Tattooed Soldier* (1998) de Héctor Tobar, *Odisea del norte* (1998) de Mario Bencastro, *Inmortales* (1983) de Oscar René Benítez y *Bernardo and the Virgin* (2005) de Silvio Sirias. Este capítulo parte de las propuestas teóricas de Giorgio Agamben en torno a la *nuda vida*, el *homo sacer* y el *estado de excepción* para después explorar las formas en que estos conceptos se materializan en la experiencia centroamericana bajo representación. La muerte como acto simbólico y físico en la experiencia centroamericana se explora aquí como un tropo que permea

y dictamina prácticas de poder no sólo del Estado, sino también, narrativas y subjetivas. En este capítulo entraremos, por lo tanto, a una detenida examinación de la colonialidad del ser en sus expresiones literarias diaspóricas.

El cuarto y último capítulo, “La sopa, el gato y la desobediente palabra: Sobre otras formas de ex-militar, ser y migrar en la narrativa centroamericana de la diáspora”, revisa alternativas a la colonialidad del poder en la propuesta de dos novelas, *Sopa de caracol* (2002) de Arturo Arias y *El gato de sí mismo* (2005) de Uriel Quesada. Ambas textualidades, se sugiere, revierten modalidades de ver y entender al *otro*, proponiendo en su seno la subversión de las epistemologías cartesianas que aún rigen la mayor parte de las literaturas surgidas del istmo. Proponiendo también, la escritura como un lugar de transgresión y sitio para poner en práctica lo que la crítica Modernidad/Colonialidad ha llamado el *giro de-colonial*.

## La novela de la diáspora centroamericana: Conceptualizando una novelística

*El mundo no es grande cuando queremos huir*  
Uriel Quesada, *El gato de sí mismo*

### Introducción

Diáspora, como palabra y experiencia sabemos, es antigua. Etimológicamente proviene del término griego *diasperien*, donde *dia-* significa “a través de” y *-sperien* se traduce a “sembrar o esparcir semillas”<sup>17</sup>. El término aparece por vez primera en la traducción griega de las escrituras hebreas *Septuagint*, donde el mismo se utiliza en específica referencia a la experiencia de los judíos exiliados en Alexandria –ubicados lejos de su tierra natal Palestina– alrededor del siglo III AC (Evans 1). En esta primera acepción el término sugiere un desplazamiento de personas de una localidad geográfica (o Estado-Nación) a otra. Denota además un claro sentimiento de pertenencia a un lugar de nacimiento y a determinada identidad nacional, religiosa y cultural: la judía.

Otro uso histórico y conocido del término se da en referencia al movimiento esclavista que transportó africanos de manera forzada hacia América y el Caribe, el cual comienza en el siglo XVI con la colonización y el saqueo de América. La diáspora africana estuvo desde sus inicios ligada al exterminio de millones de personas y culturas, a la esclavitud y a la formación de nuevos circuitos económicos entre América, Europa y el resto del mundo. En nuestro presente el término “diáspora africana” se extiende para referirse a los descendientes de aquellos primeros 12 millones de esclavos africanos trasladados de un continente a otro, hoy día esparcidos a lo largo del mundo: Europa, el

---

<sup>17</sup> Para más sobre el término “diáspora”, véase el trabajo de Paul Gilroy, “Diaspora” (1994), y la introducción de Jana Evans Braziel y Anita Mannur en su libro *Theorizing Diaspora* (2003).

Caribe, América, y Asia. El término además incluye la cuantiosa emigración que en nuestro presente continúa saliendo del África hacia Europa del Este y Oeste, a la China y de nuevo a diversas partes del continente americano en busca de empleo y mejores condiciones de vida que las impuestas por las incesantes guerras civiles y religiosas de ese continente.

La diáspora africana encuentra numerosos puntos de convergencia con otra diáspora también histórica, la denominada “Diáspora china”. A partir del siglo XIX ésta también se ve directamente ligada a la expansión colonial de Europa, Estados Unidos, y al proyecto industrializador de la modernidad. La diáspora china se ha venido acentuando en las Américas, el Caribe y en el mundo entero, siendo en el presente la población diaspórica más extensa de todas a nivel global.

Transgrediendo estos sentidos históricos del término y bajo diversidad de agendas políticas, económicas y culturales, en las últimas tres décadas se ha dado una proliferación del uso del término “diáspora” dentro y fuera de los espacios académicos. Múltiples derivados léxicos del mismo –lo “diaspórico”, la “diasporicidad”, “diasporismo”– están siendo incluso conceptualizados en varias áreas de estudio y disciplinas: en historia, antropología, estudios mediáticos, literatura, estudios sobre la mujer y étnicos, sociología, religión, cine, danza, música, teatro, y la lista es larga<sup>18</sup>. Sólo dentro de los Estudios Culturales, “diáspora” hoy figura un sitio de intensa discusión. Convergen ahí múltiples teorizaciones en torno a la globalización, los movimientos migratorios mundiales, el pensamiento fronterizo, las geopolíticas transnacionales, la heterogeneidad de la identidad e hibridismos culturales. En ese amplio campo teórico se están problematizando las conceptualizaciones tradicionales del término a la vez que se están incorporando nuevos puntos de referencia

---

<sup>18</sup>Para más sobre las áreas y disciplinas donde está siendo discutida la diáspora, véase “The ‘diaspora’ diaspora” de Rogers Brubaker en *Ethnic and Racial Studies*. Vol. 28 No. 1. January 2005. Pgs 1-19.

epistémicos, identitarios y políticos desde los cuales pensar *diáspora*, al sujeto *diaspórico* y en general, *lo diaspórico*.

Sobre esta observación, en su estudio y rastreo crítico de la teoría postcolonial, *Postcolonial Theory: A Critical Introduction* (1998), Leela Gandhi advierte que “diáspora” hoy día ya interesa más como “*idea* de dislocación cultural” que como suceso o eventualidad histórica (131). Afín a esta reflexión de Gandhi, en una ya muy conocida definición de diáspora Homi Bhabha articula el término como un “tercer espacio” de negociación; un espacio “intersticio”, “intermedio” –“an in-between space”, nos dice– que provee la oportunidad de iniciar nuevos signos identitarios, nuevos “sitios innovadores de colaboración y contestación en el acto de definir la idea misma de la sociedad” (*The Location of Culture* 2)<sup>19</sup>. En un paralelo y siempre dentro de los Estudios Culturales, Stuart Hall ha añadido que la experiencia de la diáspora se define no por una “pureza” sino “por el reconocimiento de una necesaria heterogeneidad y diversidad; por una concepción de la ‘identidad’ que vive dentro y a través de, no a pesar de, la diferencia; es decir, [la experiencia de la diáspora] es definida por el hibridismo”<sup>20</sup> (Hall 235). Asimismo, la intervención del crítico cultural Paul Gilroy en su libro *The Black Atlantic: Modernity and Double Consciousness* (1993) ha enfatizado la necesidad de pensar el “Atlántico negro” –terminología con la que reemplaza la de “diáspora africana”– como un espacio de construcción cultural transnacional; un lugar de múltiples convergencias culturales que trascienden definiciones herméticas de cultura y lo nacional. En sus escritos Gilroy acentúa la condición permeable de la cultura y elabora sobre los complejos procesos políticos que conforman

---

<sup>19</sup> La traducción es mía. El texto original de Bhabha en inglés lee de la siguiente forma: “These ‘in-between’ spaces provide the terrain for elaborating strategies of selfhood –singular or communal– that initiate new signs of identity, and innovative sites of collaboration, and contestation, in the act of defining the idea of society itself. It is the emergence of these interstices –the overlap and the displacement of domains of difference– that the intersubjective and collective experiences of nationness, community interest, or cultural value are negotiated” (Bhabha 2).

<sup>20</sup> La traducción es mía: the experience of diaspora is “defined, not by essence or purity, but by the recognition of a necessary heterogeneity and diversity; by a conception of ‘identity’ which lives with and through, not despite, difference; by *hybridity*” (Hall 235).

el enramado de la identidad racial de las subjetividades diaspóricas. La discusión, por no decir más, es extensa y continúa expandiéndose conforme los diversos enramados culturales se movilizan a nuevos terrenos, se transforman y retransfiguran en esta presente fase de la globalización neoliberal.

Aseverando la tesis de Evans y Mannur en su estudio *Theorizing Diaspora* (2003), no podemos negar que “diáspora” hoy día traspase por una cuasi-celebración teórica y que ésta misma conduzca a la construcción de extremadas metaforizaciones del término. Como lo advierten las dos autoras, estribamos al borde de una deshistorificación y hasta despolitización de *diáspora*.

Estoy de acuerdo con que en el presente momento de acelerados flujos migratorios mundiales no podamos obviar el terreno poroso de la diáspora en relación al vasto y heterogéneo campo de la cultura, ni que tampoco podamos evadir sus infinitas ramificaciones en el plano dinámico de las formaciones identitarias. Después de todo hoy día vivimos en coexistencia dentro de las grandes metrópolis y es muy bien sabido además de que los espacios rurales se están viendo cada vez más invadidos por la ciudad global y sus ordenanzas. Así ya las itinerantes culturas de Dakar están en Lisboa, las de Nigeria en Buenos Aires, las de Europa en África, las de la India en San Francisco, las de Los Ángeles en los barrios más marginales y recónditos de San Salvador, variadas culturas del Líbano en San Pedro Sula, lo miamense en el deseo y la posibilidad de muchos latinoamericanos –y viceversa–, y los ejemplos análogos a estos son verdaderamente infinitos. Me parece sin embargo, que al examinar lo pertinente a *diáspora* acentuando sólo sus esferas culturales y raciales, tal y como lo sugiere el mencionado comentario de Evans y Mannur, perdemos perspectiva de su *materialidad*. Evadimos discutir todas aquellas prácticas y condiciones de poder –históricas y políticas– que actúan como fuerzas físicas de expulsión y exclusión obligando a sujetos y a colectividades enteras a movilizaciones de consecuencias violentas. En el caso particular centroamericano por ejemplo, estas consecuencias se manifiestan en: la perseverante violencia física



y epistémica en los trayectos migratorios; la perpetuada codificación de cuerpos en cuerpos explotables dentro de los (nuevos) espacios transnacionales; la continuación de prácticas de poder de la colonialidad en el área de las (inter)relaciones subjetivas; o bien, las arbitrariedades de la sobrevivencia cotidiana en lo que el crítico italiano Giorgio Agamben llamaría “estados policíacos supranacionales” (*Means Without End* 86). Todas esas fuerzas –investidas en el caso particular centroamericano de una histórica colonialidad– no podrán desligarse de nuestra conceptualización de las novelas de la diáspora del istmo. Se entenderán por consiguiente, como parte intrínseca de la experiencia diaspórica centroamericana bajo representación.

### **Las novelas de la diáspora centroamericana**

Por *novelas de la diáspora centroamericana* me refiero a un conjunto de novelas de escritores que salen de la región ístmica exilados o autoexilados alrededor de la década de los ochentas del siglo XX – momento del auge de la violencia durante el periodo de las guerras civiles centroamericanas–, y las cuales desde sus nuevos espacios de enunciación comienzan a cuestionar y a explorar las múltiples dimensiones de desterritorialización dentro un mundo cada vez más globalizado. Desde nuevas localidades de diáspora estas textualidades desarrollan una nueva aproximación a la historia centroamericana –hasta entonces marcada por propósitos nacionales–, destruyendo el mito del progreso y proponiendo el fracaso como un nuevo imaginario social e individual. En dicha producción estos escritores exploran nuevos y dificultosos acercamientos a la memoria, marcando un rompimiento con la producción literaria que los antecedió. Aquella escritura recordemos, fue una literatura circunscrita a los confines imaginarios de la Guerra Fría y a los proyectos revolucionarios/nacionalistas que se forjaron a partir de ideologías y formas de hacer política importadas desde Europa (y reconfiguradas por la empresa de la Revolución cubana) durante el siglo

XX.

Por *novelas de la diáspora centroamericana* me refiero también a novelas escritas por centroamericanos que salen del istmo con anterioridad a la década de los ochentas, o bien, por escritores de descendencia centroamericana nacidos o crecidos en Estados Unidos (centroamericanos-americanos<sup>21</sup>) que, al igual que los escritores salidos de la región ístmica alrededor de los ochentas, exploran y desarrollan la temática de la diáspora irrumpiendo con previos acercamientos a la historia y proponiendo también el fracaso como su cosmovisión. Radicando todos estos escritores en el exilio, en el autoexilio, o habiendo nacido en Estados Unidos, las novelas de la diáspora centroamericana que aquí interesan surgen y se desarrollan afuera de los países centroamericanos a la vez que tratan las temáticas específicas de diáspora, migración o exilio. Más específicamente esta novelística se desarrolla en México, Estados Unidos y Europa y salvo algunas excepciones, continúa siendo escrita mayoritariamente en español<sup>22</sup>.

De manera conjunta y como visión colectiva, todos estos novelistas repiensen el espacio físico y nacional del istmo como imaginario único para la creación de literaturas centroamericanas, privilegiando no ya la representatividad de lo nacional o regional como personaje o trasfondo fundamental en sus tramas, sino más bien enfatizando la transformación misma del concepto *espacio*. En esta novelística el espacio es ahora determinado no por medidas geográficas o físicas ligadas a

---

<sup>21</sup> Término que Maya Chinchilla utiliza por vez primera para referirse a las generaciones de descendientes de centroamericanos nacidas y/o crecidas en Estados Unidos (Véase su poema “Solidarity Baby”). El mismo término es después teorizado por Arturo Arias en *Taking Their Word* (2007). Desde entonces, el término ha continuado reconfigurándose dentro de lo estudios culturales centroamericanos, siendo hoy día un tema importante de debate.

<sup>22</sup> La novelística de la diáspora centroamericana, inicialmente escrita en español, en su gran mayoría aún sigue sin ser traducida a otros idiomas. Parte de ella sin embargo, se escribe en inglés, como lo sería la obra de Marcos McPeck Villatoro, Francisco Goldman, Tanya María Barrientos, Silvio Sirias, o Héctor Tobar por ejemplo, la cual a su vez, no ha sido traducida al español aunque ya tiene propuestas de traducciones a otros idiomas.

concepciones y formaciones del Estado-nación sino por sensibilidades externas a estos espacios. En términos generales digamos, el espacio es determinado por los condicionamientos diferenciados de la subjetividad de los personajes. La soledad, el alcoholismo, el vacío identitario, o bien, estados mentales suicidas, la depresión o la desilusión ante la vida, son los nuevos espacios de enunciación privilegiados por los personajes de esta novelística en mención.

Más concretamente y de manera consistente, dicha producción expone una discursividad que se deslinda de marcos totalizantes, se disocia de proyectos políticos y sociales y, ante todo y por vez primera en la historia de la literatura centroamericana, al igual que la literatura de posguerra surgida desde el istmo, se retrae —a manera de un (auto)exilio— plena y exclusivamente en los espacios más internos de los personajes. Esta internalización en la subjetividad gira en torno a la destrucción, construcción o reconstrucción de la subjetividad, convirtiéndose este exilio interno en un espacio desde donde se perturban las lógicas previas —desarrollistas, nacionalistas, y jerárquicas, o bien, *colonialistas*—, pero interesantemente también, convirtiéndose en un espacio desde donde se proponen nuevas formas de manejar y relacionarse con múltiples estructuras connotando o articulando poder fuera de los marcos del Estado. Para nuestra aproximación a esta literatura desde los parámetros de la colonialidad del poder, el espacio de la subjetividad representará el laboratorio más grande e importante. Es desde la exploración de la subjetividad que se nos posibilita entender las (i)limitaciones del poder de la colonialidad. Ése, sostengo, es su espacio más profundo, oscuro y complejo de fecundación.

### **Del exilio a la subjetividad: Una apuesta por el fracaso**

*There is, first of all, the fact that the colonized person, who in this respect is like men in underdeveloped countries or the disinherited in all parts of the world, perceives life not as a flowering or a development of an essential productiveness, but as a permanent struggle against an omnipresent death.*

*This ever-menacing death is experienced as endemic famine, unemployment, a high death rate, an inferiority complex and the absence of any hope for the future. All this gnawing at the existence of the colonized tends to make of life something resembling an incomplete death*  
*A Dying Colonialism, Frantz Fanon*

Partiendo de los textos autobiográficos, ensayos políticos, testimonios y diarios de dos de los íconos revolucionarios de Centroamérica durante la Guerra Fría –Ernesto “Ché” Guevara y Mario Payeras– en su tercer capítulo de *The Revolutionary Imagination in the Americas and the Age of Development* (2003), María Josefina Saldaña-Portillo hace un estudio detallado sobre la convergencia de los movimientos revolucionarios latinoamericanos de segunda mitad del siglo XX y las teorías del desarrollo. En ese capítulo Saldaña-Portillo demuestra la manera en que la formación de la subjetividad revolucionaria en Latinoamérica y más específicamente en Centroamérica, siguió sin cuestionamiento alguno los parámetros desarrollistas impuestos por lo entonces denominado “primer mundo”, a saber, los centros hegemónicos cosmopolitas –en lo particular refiriéndose a Estados Unidos– durante el período mencionado. Desde estos parámetros, la formación del “hombre nuevo” –el apelativo a seguir por sujetos revolucionarios como Ernesto Guevara–, consistió en forjar hombres “arriesgados, decididos, frugales, no-ornamentados, productivos, enteramente masculinos, y enteramente nacionales”, características también promovidas por los proyectos desarrollistas (Saldaña-Portillo 65). Según la lógica revolucionaria de Guevara y otros, la cual en la argumentación de Saldaña-Portillo no se diferenciaba de los principios desarrollistas que ya he dejado entrever, Latinoamérica debía ser rescatada de su atraso. Lo anterior sólo era posible a través de la toma del poder estatal por parte de los revolucionarios “autorizados” (término que Saldaña-Portillo utiliza para referirse a personajes como Guevara y Payeras). Para ello era necesario descartar toda “consciencia primitiva”, lo cual traducido a otras palabras, significaba la necesidad de transformar y educar la consciencia indígena y negra de las Américas. La manera de lograr tales cambios era la sujeción de esta consciencia a los proyectos nacionales de “revolución”. La agenciabilidad epistémica indígena –en realidad todas aquellas formas de ver y entender que no

encajaran dentro de los proyectos de revolución mestizos y nacionalistas—, quedaban por lo tanto vedadas en el proceso. Estos cuerpos representaban ante los revolucionarios “autorizados”, en palabras de Saldaña-Portillo, un mero “objeto de instrucción perpetua” (“object of perpetual instruction”) (65). Desde esta perspectiva el indígena no tenía los recursos epistémicos para poder salvar a Centroamérica de su estado retrógrado, pero el agente revolucionario mestizo —dotado de una iluminación posibilitadora de libertad y cambio debido a su contacto con las teorías de revolución marxistas/leninistas y los conocimientos (europeos) de vanguardia—, sí. Dicha lógica consciente o inconscientemente permeó e inspiró toda una literatura mestiza “revolucionaria” de segunda mitad del siglo XX en Centroamérica, resultando en la creación de sujetos literarios que se inscribieron en los proyectos sociales del período y se consideraron agentes de cambio social, político y económico en pro de proyectos nacionalistas de revolución. En esa literatura tanto la subjetividad escritora como el personaje literario se inscribieron como parte de un proceso social mucho más grande que su persona. Una noción de colectividad los instigaba a seguir adelante en la marcha hacia la creación de la historia, a creer en la posibilidad de poder cambiar —aunque fuere a través de modalidades que en esos momentos ignoraban que eran impositivas, eurocéntricas, machistas, racistas y exclusionistas—, el futuro.

En las novelas de la diáspora centroamericana el sujeto literario experimenta un vuelco total. En ella más bien se piensa como un no agente, o bien, como un agente de la nada. Por esta designación, me refiero a un sujeto externo a los espacios nacionales, un sujeto diaspórico, apátrida, en su sentido no sólo geográfico sino además ideológico, alejado de cualquier proyecto nacionalista u oficialista y retraído en la determinante del fracaso y el vacío. En primer lugar, este conjunto de novelas crece y se desarrolla dentro de un contexto económico, político y social radicalmente distinto al de los textos producidos en el istmo en tiempos de la Guerra Fría. Su momento económico ahora es el del neoliberalismo, el político es el de la democracia, y su momento social, el

de la fragmentación de las comunidades y el del culto a la individualidad. Ya destruido el mito del progreso para la mayor parte de la población centroamericana, aniquilada la posibilidad de revoluciones victoriosas para las izquierdas, coartadas todas las aspiraciones de mejoramiento social para la región y comprobada defectuosa la nueva democracia puesta en práctica, las novelas de la diáspora y sus personajes han asumido el fracaso como realidad ineludible del ser centroamericano, afectando por entero su cosmovisión y cotidianeidad. La cita de Frantz Fanon al principio de esta sección, aunque escrita en momentos de la colonización francesa de regiones africanas y dentro de los procesos de descolonización de las mismas, adquiere para la experiencia centroamericana en su período de democracia y diáspora un sentido fuerte de continuidad. En la colonialidad y, tal como lo manifiestan los personajes de la novelística de mi estudio, esta falta de aspiración hacia el futuro y el sentimiento de inferioridad o desechabilidad que los habita se mantienen como constantes en la experiencia histórica de estas subjetividades. Sin duda, tales experiencias han adquirido además una dimensión mucho más profunda cuando el supuesto proceso liberador de la democracia los ha también fallado. De aquí la decidida retracción del espacio social y colectivo al individual por parte de los personajes de esta novelística; de ahí también su quiebre con toda visión totalizante del mundo; y ultimadamente, su conversión en agentes de la nada.

### **Del espacio social al individual: La soledad como nuevo espacio de enunciación**

*By then the golden hues of dusk were encroaching from the west. It was a time when, in Blanca's mind, Los Angeles began its daily metamorphosis into endless rows of dim streetlights and whirling automobiles that carried with them the anonymous profiles of desperate, lonely people trying to find their way home.*  
Bernardo and the Virgin, Silvio Sirias

Si antes dentro del imaginario de la producción literaria de las guerras existió la ilusión de una colectividad social, en el momento residido por las novelas de la diáspora, este imaginario se disuelve. La novela de la diáspora ha sido obligada a nacer en ciudades neoliberales donde una serie

de fragmentaciones se imponen sobre intentos de colectividad y de acercamientos humanos, sancionando reglamentos e influyendo directamente en la socialización y vida privada de los sujetos.

Por un lado, los nuevos procesos de privatización limitan cada vez más los espacios de convergencia pública, restringiendo el acceso de la sociedad civil a ellos y dictaminando sus propias leyes dentro de los nuevos espacios privatizados. El espacio público en lugares como Estados Unidos se ve por lo tanto cada vez más fragmentado, o bien, intervenido y delimitado, influyendo de manera concreta en los lazos relacionales de sus habitantes. Por otro lado, los espacios públicos en la ciudad neoliberal son cada vez más vigilados, sea ya a través de nuevas tecnologías audiovisuales, o por las fuerzas policíacas del estado, confinando de tal manera las libertades individuales, disminuyendo la posibilidad de convergencias públicas y, sobre todo, articulando espacios controlados en el sentido descrito por Giorgio Agamben en *Homo Sacer* (1998). Ahí Agamben nos devela las maneras en que la planificación espacial de las ciudades son en realidad estratagemas de conversión del espacio en aparatos estratégicos de punición física donde se crean lo que él llama «microespacios»; o lo que podrá también ser entendido como «espacios de excepción». Elaborando sobre la filosofía de Agamben, en *La ciudad cautiva; control y vigilancia en el espacio urbano* (2010) José Miguel G. Cortés anota que:

el orden democrático vigente se puede confundir con un estado de emergencia permanente. Muy especialmente a partir de los atentados del 11 de septiembre en Nueva York, cuando se generalizaron los controles, las detenciones indefinidas, las comisiones políticas, las restricciones de los derechos de los detenidos, las trabas al tránsito de personas o se legislan nuevas leyes que interfieren en la vida privada y buscan rastrear a cada individuo en su totalidad. (75)

Para Agamben, la norma en nuestro presente es la reducción de la condición humana a una vida controlada por los estados de excepción. Como lo articularía también Cortés: “Las formas totalitarias que se esconden bajo la piel de la democracia conocen modalidades donde el Estado de derecho prescinde del derecho y justifica los estados de excepción como mecanismos de defensa de la democracia” (75).

Bajo estas condiciones la interacción social entre los seres humanos de la ciudad neoliberal se torna cada vez más escasa; sea ya por los diversos estereotipos (y el miedo acompañante) infundidos por los medios de comunicación masivos o por los discursos oficiales con respecto a ciertos grupos de personas; por el estilo de vida que se lleva trabajando determinado número de horas en la ciudad, por las segmentaciones poblacionales dentro de la ciudad neoliberal, sea ya por el incremento de las poblaciones y su subsecuente conversión en meros cuerpos sin cara (un ser humano más en la pluralidad de cuerpos), o sea por la revolución de las tecnologías virtuales y la diseminación de sus nuevos conductos de comunicación interpersonales. Lo cierto es que los lazos comunicacionales entre los individuos han cambiado drásticamente en los últimos veinte años. La economía neoliberal además, cada vez más insidiosa y omnipotente debido a la falta de regulación estatal/nacional, en la fuerza laboral de la ciudad se traduce a un constante asechamiento por parte de las transnacionales hacia sus trabajadores. Sin un cuerpo que abogue por sus intereses y derechos, y más si se está ubicado en las partes más bajas del estrato social, los trabajadores de la ciudad neoliberal son forzados a tener que velar ante todo y en todo momento por sí mismos, por su bienestar, siendo compelidos a competir una y otra vez contra su prójimo. Seres desechables en la pluralidad de cuerpos, los habitantes de la ciudad neoliberal tienen que primera y permanentemente *sobrevivir*. En consecuencia, los sujetos centroamericanos desprotegidos que habitan la ciudad neoliberal son forzados a retraerse cada vez más al espacio privado, al de la individualidad y consecuentemente a cultivar el espacio de la soledad como un nuevo locus de enunciación. Para las narrativas bajo estudio, una novelística con una memoria reciente plagada de ilusiones y proyectos colectivos, esta soledad adquiere dimensiones aún más fuertes y profundas.

Retraídos, solitarios, huidizos, infelices o desdichados, y a veces felices pero desdichados, indigentes, cínicos o cumplidamente rendidos, suicidas, desempleados o subempleados, sombríos o deprimidos, inertes, apáticos, indolentes o desidiosos, los personajes de las novelas de la diáspora



centroamericana son sujetos nada preocupados por el bienestar de otros, nada comprometidos con lo social y nada queridos por su sociedad. Su interés social se reduce a un esfuerzo de sobrevivencia, o en muchos de los casos, a un esfuerzo de autodestrucción. Desde un comienzo, estos personajes se saben ya fracasados y perdidos en la ciudad que les ha tocado habitar. Lugares como Los Ángeles, San Francisco, Miami, Nueva York, Berlín, México DF, y Pennsylvania sólo atizan los sentimientos de fragmentación que estos personajes ya traen consigo, acentuándoles el llamado a retraerse en sí mismos. El sujeto literario de esta producción novelística, recordemos, ha llegado a la ciudad neoliberal escapando su vida previa; arriba defraudado por las fallas de los proyectos sociales en el istmo y sobre todo, decepcionado con toda forma de gobierno. En gran parte llega hastiado de las conducciones y los entretijos del poder que hasta ese día han dictaminado su vida.

Las primeras páginas de las obras que comprenden las novelas de mi estudio son sugestivas de esta noción de desencanto y de fracaso que los personajes ya traen consigo. En *The Tattooed Soldier* (1998) de Héctor Tobar por ejemplo, la novela abre con la imposibilidad de comunicación entre el personaje principal de la novela, Antonio (exilado guatemalteco a quien le mataron a su esposa durante la guerra civil de su país) y el dueño de los apartamentos que él y un compañero le alquilan a un señor coreano en Los Ángeles. Ni Antonio ni el dueño de los apartamentos habla mucho inglés, pero a través de una u otra palabra entrecortada que los dos enuncian a medias, el lector logra descifrar la escena: Antonio y su compañero no le han podido pagar el alquiler al arrendador y están a punto de comenzar a vivir en la calle. Antonio ya sabe que no tiene otra opción: “No matter which way Antonio turned the situation and looked at it, he knew he would still be out there in the open, with only a shrub or a piece of cardboard to protect him against the wind, the cold, and the junkies” (Tobar 8). Previo al momento de vivir como indigente, el lenguaje empleado en la narración apunta hacia el hecho de que Antonio ya ha asimilado la idea de su fracaso. Desde un principio entonces, Antonio se sabe ubicado en posición de pérdida, asumiéndolo no

como lo imprevisto sino como su destino. Momentos después, cuando va caminando de nuevo por las calles de Los Ángeles con todas sus posesiones metidas en una bolsa de basura plástica, bajo peores condiciones, se sabe invisible ante los demás:

Antonio was living on the streets, carrying everything he owned in a plastic bag, and no one would look him in the eye. He was used to being unseen. There was the invisibility of being a bus boy, of walking between the tables unnoticed, a shadow rolling the cart, clearing the dishes. But this was another kind of invisibility. People now made a point of turning away from him. (Tobar 9-10)

La frase “was usted to it” de nuevo se enfatiza en la narración para denotar la familiaridad de Antonio con sus circunstancias. De ahí que el lector deduzca el proceso de naturalización por el cual ha atravesado este personaje. El texto abre demostrando una situación de empeoramiento para Antonio; una condición de decaimiento irreparable y para él y su compañero en exceso normalizada.

Por otro lado, *Odisea del norte* (1999) de Mario Bencastro, abre con la muerte de un trabajador inmigrante quien al estar limpiando el lado exterior de las ventanas de un octavo piso en Washington D.C., cae a la calle a consecuencia de no habersele dado el equipo apropiado en el lugar de trabajo. Su compañero Calixto, el personaje principal de la novela, un exilado salvadoreño, estaba a su lado cuando esto sucedió. Por miedo a ser culpado por la muerte de su compañero y consecuentemente ser deportado, decide huir de la escena ya rodeada de policías aunque él no haya tenido nada que ver con la muerte de su compañero. En ese momento Calixto se halla de nuevo sin trabajo. No tiene más que dos dólares en el bolsillo y de nuevo le tocará pasar hambre. Las condiciones de Calixto en Estados Unidos, como la difícil realidad vivida por este personaje en El Salvador, de repente encuentran un punto de convergencia en su desamparo de Washington DC. No obstante, a través de la narración nos enteramos de que tanto en El Salvador como en Estados Unidos, Calixto ya estaba “acostumbrado a sobrevivir en situaciones difíciles” (Bencastro 7). A tal extremo que Calixto ya ha asumido el inmutable fracaso y la desolación como la norma de su existir, encontrando consuelo sólo en su existencia biológica: “Por lo menos estoy vivo”, “Con eso tengo bastante”,

afirma (Bencastro 4). Podríamos encontrar muchos otros ejemplos como éste dentro de la novelística bajo estudio.

De manera consistente el sujeto literario de las textualidades diaspóricas ha perdido toda credibilidad en la posibilidad de una mejora en el futuro, toda esperanza en su prójimo y en realidad, toda esperanza en la sociedad en general. El fracaso y la decepción aparecen como un continuum en sus vidas, como algo que los permea a ellos y en el sentido articulado por Michel Foucault, a su bio-espacio<sup>23</sup>. Bien lo comenta Calixto cuando se ve por las calles sin un centavo:

Continuó deambulando por la avenida Connecticut y caminó hasta los alrededores del parque Dupont Circle. Tomó asiento en una banca y se dedicó a observar a los transeúntes y a los ancianos que tomaban el sol y tiraban migas de pan a las palomas. Le llamaron la atención varios mendigos que arrastraban grandes bultos, los que aparentemente representaban sus pertenencias. “lo que estos hombres cargan son bolsas de basura,” pensó. Recordó a Chiva Vieja, uno de los tantos pordioseros de su barrio que también cargaba bolsones de basura [en El Salvador], y Calixto concluyó que la miseria estaba en todas partes. (Bencastro 6)

Las primeras páginas de los textos de la novela de la diáspora abren con un ser desde antes ya malogrado en el plano de lo social. Por lo tanto, el único espacio restante desde el cual se verá forzado y podrá intentar una existencia, será desde su propia individualidad, o bien, desde los confines de su soledad.

La apariencia de la soledad como parte fundamental de las tramas narrativas en todas las novelas de la diáspora no debe por lo tanto impactarnos. Imágenes de personajes caminando solos por las calles de la ciudad neoliberal, de personajes embriagándose de alcohol sin compañía en algún bar, de personajes en búsqueda personal de su identidad, de mujeres todo el día y noche solas trabajando en las mansiones de anglosajones adinerados en Beverly Hills, de parejas o personajes en el exilio eterno sin oportunidad de asentarse en lugar alguno, de personajes adictos a la cocaína que

---

<sup>23</sup> Para Foucault, el espacio es donde los discursos sobre el poder y el conocimiento son transformados en relaciones de poder. Por bio-espacio, aquí me refiero a espacios de control y de articulación de ese control, más específicamente, a espacios donde se manifiesta la normatividad del disciplinamiento del cuerpo.

en voz alta se deliberan monólogos a sí mismos por las calles de Nueva York, de mujeres desamparadas teniendo que hacer sus necesidades personales en alguna esquina de parques sin poder entrar a los baños de los restaurantes que abundan a su alrededor, de ex-militares viviendo en sus soledades y culpas buscando el cariño de cualquier mujer, de borrachos amanecidos en bancas y esquinas, e imágenes de algún desempleado sentado solo frente a algún McDonald's deseando poder tomarse una cerveza sin poder hacerlo por miedo a ser deportado o por no tener dinero, plagan las páginas de esta producción literaria. Lo que es más, y como lo indica uno de los personajes de *Bernardo and the Virgin* (2005) de Silvio Sirias en la cita al principio de esta sección, los personajes de la diáspora reconocerán la soledad de otros y la registrarán en su entorno:

By then the golden hues of dusk were encroaching from the west. It was a time when, in Blanca's mind, Los Angeles began its daily metamorphosis into endless rows of dim streetlights and whirling automobiles that carried with them the anonymous profiles of desperate, lonely people trying to find their way home", va la narración. (Sirias 98)

Desde la perspectiva de Blanca, uno de los personajes de esta novela quien deja su natal Nicaragua y emigra a Estados Unidos durante la segunda mitad del siglo XX, la soledad es como una plaga en Los Ángeles; una realidad demasiado visible, omnipresente, a la que ella también, y con actitud de sometimiento, se deja incorporar.

En otro ejemplo, el personaje principal de *El perro en la niebla* (2006), Guillermo, habiendo llegado a la ciudad de Los Ángeles, no tiene otro deseo más que el de olvidarse de la guerra en El Salvador. Esta guerra, para la década de los noventa, ya no tenía ningún sentido para él; deseaba sólo dejar atrás la muerte, perderse en la nueva ciudad que aunque no lo acogiera, representaba una salida. No obstante, sabe que para vivir ahí tiene que también entregarse a la soledad como quienes lo rodean:

Era sábado, tuve la impresión de que el mundo se lanzaba en sus máquinas a girar locamente y nada más que girar. Los conductores, hombres y mujeres, viajaban solos y conversaban solos. ¡Qué destino, ser parte de un torrente! Nada de lo que hacían tenía sentido. No tuve tiempo de despedirme del Sur o de ponerme

sentimental (ni una sola vez volteé la cabeza mientras el pasado se disolvía a mis espaldas), cuando ya navegaba como la aguja de un viejo tocadiscos en bulevares sin belleza, pragmáticos, contruidos para holgura de las máquinas. (Lindo 227)

Esa idea del torbellino y de esa multitud sin cara, permea la novelística de la diáspora. En esta imagen se encierra toda pérdida de la individualidad. El individuo ante los ojos de la ciudad neoliberal no es ya un individuo sino un cuerpo sin identidad propia; es un consumidor y trabajador más en la pluralidad de números comodificadores; en la multitud de cuerpos disciplinados cuando no castigados.

Irónicamente es en el espacio de la individualidad donde se retraen los personajes para poder sobrevivir y desde ahí comenzar a enunciarse de nuevo; ya si nadie los quiere escuchar, esto no les importa. La soledad es entonces también un lugar de autonomía; un espacio de repensamiento y reconfiguración para la subjetividad. Desde aquí el sujeto lidiará con su memoria, con su pasado, hará nuevas propuestas en cuanto a formas de sobrevivir o morir su presente, quebrará con las estructuras totalizantes que dictaminaron su vida anterior y por vez primera, se conocerá al desnudo; sin ideologías que lo encuadren ni marcos estructuradores a seguir. Ya no le importa ni lo uno ni lo otro. De aquellos imaginarios de colectividad y de proyectos sociales que plagaron los textos testimoniales y mucha de la ficción durante el período de las guerras ya nada queda en esta nueva narrativa. Si aparece alguna imagen de lo colectivo, será para atizar —a manera de un contraste chocante— la forzada retracción a la individualidad de cada uno de sus miembros. *Cuando concluyó la guerra* (2003) del novelista y poeta Oscar René Benítez, en lo particular evidencia este contraste:

Juana Conde pensó en cuánto había cambiado la ciudad de Los Ángeles, y especialmente el área del parque Mac Arthur, cuyos alrededores se habían convertido en morada para millares de refugiados centroamericanos, especialmente para los salvadoreños, que se aglomeraban en las aceras, en las bancas y junto a la laguna legendaria o frente a los centros comerciales de rótulos intermitentes que parecían el palpitar de arterias de sangre luminosa y diversamente colorida. Pensó también en cómo esa parte de la ciudad se había convertido en algo así como un asilo de pobres, indigentes, desempleados y predicadores fervorosos, gentes que en andar y en sus gestos expresaban las congojas y las tristezas a las que sin piedad alguna los exponía el exilio en una ciudad, que a pesar de su indiferencia, de cierto modo les brindaba

aunque fuera un poco de seguridad y la oportunidad de buena o malamente convertirse en un elemento más de sus grandes masas y de su población. (47-8)

En fin, el sujeto literario de las novelas de la diáspora centroamericana es ahora parte de una marabunta sin nombre, de una colectividad no colectiva, una masa que, al verla detenidamente está compuesta de soledades.

### **Agentes de la nada**

*¿Y tú Nicolás? ¿Existes? ¿Estás muerto en Europa?*  
*Berlín años guanacos*, David Hernández

Fundamentales para estudiar con más detenimiento la conversión subjetiva de los personajes de la novela de la diáspora a lo que he llamado “agentes de la nada”, son todas aquellas novelas que tienen como personaje/narrador principal al ex-militante revolucionario: *Berlín años guanacos* (2004) de David Hernández, *El perro en la niebla* (2006) de Róger Lindo, *Sopa de caracol* (2002) de Arturo Arias, y *La diáspora* (1989) de Horacio Castellanos Moya. Habiendo militado en sus respectivos países (El Salvador y Guatemala) para alguna organización de izquierda o para la guerrilla durante la década de los ochentas, los personajes principales de estas cuatro novelas llegan todos a una decepción común. De acuerdo a sus narraciones hechas desde el exilio o el autoexilio, para esa década, ya han comenzado a desconfiar del procedimiento jerárquico de sus organizaciones y a notar incongruencias entre la teoría profesada por los dirigentes y la práctica cotidiana. Además, se han comenzado a sentir enganchados en un juego sucio del (y por el) poder en el cual se dan cuenta que es imposible un triunfo revolucionario; aparte de las fuerzas exteriores a la revolución ejerciéndose en su contra (los intereses y la política extranjera de EEUU por ejemplo), desde su interior, la revolución ya viene descompuesta. A través de diferentes circunstancias, cada uno de estos personajes deserta su organización política en la década de los ochenta y termina viviendo en el exilio: Berlín, Los Ángeles, San Francisco y México DF, respectivamente. En estos lugares se

entregan de lleno a sus depresiones, a sus soledades y tres de ellos a un alcoholismo a través del cual se autodestruyen.

Desde un comienzo, estas novelas adquieren la forma de una plataforma discursiva abierta para estos personajes y el trabajo de la memoria toma las riendas de su narración. El lector se enfrenta entonces a la paradoja más grande del exilio; si por un lado el exilio ha significado un distanciamiento físico de la localidad de muerte, corrupción y guerra de la que estos personajes escapan, por el otro, el mismo ha generado un proceso tortuoso de memoria. El exilio ha instigado un acercamiento aún más íntimo con su pasado. Éste por lo tanto puede sólo ser incompleto y parcial. Significa no un descanso sino el comienzo de una nueva guerra; la diferencia es que ahora el campo de batalla son los espacios de la memoria. Más concretamente, los espacios más inexplorados de su propia subjetividad, en especial los relacionados a la afectividad. En este proceso ellos comienzan a cuestionar su pasado, a analizarlo, a ver la situación bélica vivida en Centroamérica desde afuera.

En esa búsqueda o cuestionamiento comienzan también a aborrecer su pasada participación en los movimientos sociales, consecuentemente problematizándose a sí mismos, sintiéndose por un lado, utilizados, por el otro, desgastados y a la vez culpables por haber dado muerte a otros. La crítica de todos estos personajes ex-militantes en el exilio se vierte entonces hacia el manejo y la conducción del poder revolucionario mismo, rasgo de una problemática de poder más amplia que en mis exploraciones subsiguientes desarrollaré con mayor profundidad. Por ahora, mencionaré que un aspecto de su crítica se vierte hacia la capacidad del poder de matricular a poblaciones enteras en guerras sangrientas y de moldear las formas de pensar y de pensarse de las subjetividades; en rigor, de atraerlas a sus proyectos convirtiéndolas en sus mejores agentes. Ante la omnipotencia de este poder, en el exilio, la impotencia se torna en una realidad cruda para estos personajes y el fracaso como cosmovisión les marca sus vidas. Para personajes como Nicolás de *Berlín años guanacos*, el

alcoholismo resulta una salida a su estado de ofuscación y depresión, conduciéndolo a una cotidianidad en búsqueda de su propia aniquilación:

Sus esperanzas en la política y los políticos de su país se esfumaron. Caía en picada al precipicio. Asimiló con amargura esta caída que, no obstante, dejaba abierta una salida digna, el suicidio salvador. Bastardo de las mutaciones ideológicas, tampoco optaba por el parco final. Vivía en la nada absoluta [...] Servir de tornillo en cualquier engranaje le fastidiaba. No quería ser monigote de jefecitos de aldea o terminar de payaso, ninguneando, bailando al son de la campana de un cacique local [...] Estos razonamientos y el alcohol, lo habían vuelto un enfermo mental. El rolar interminable de botellas y desgracias lo bajaron de un sólido pedestal hasta su destino de escoria. ¿Su derrota terminó salvándolo? Allá, al otro lado del Atlántico, en un cruento carnaval, marionetas, imbéciles, peleles, asesinos y vendepatrias ejecutaban su tétrica música en una interminable masacre diaria. El alcoholismo y su caída no obstante bastaron para dejarlo fuera de aquella carrera de necios que, bajo el camuflaje de epopeya, era el melodrama sangriento entonado por el arpa asesina de comanches y coroneles. (Hernández 25-6)

El alcoholismo se torna emblemático de las diversas obstrucciones que se encuentran en la misma salida hacia el (auto)exilio y se transforma en la ironía del exilio de estos personajes. Ni el alcoholismo ni el exilio representan escape para el personaje de *Berlín* en tanto que los dos significan la perpetuación de una caída, o bien, la misma cara de la moneda; la profundización del fallo. La pregunta hecha por el narrador de *Berlín*, “¿Su derrota terminó salvándolo?” se convierte en una especie de oxímoron incómodo, manifestando la libertad prisionera del personaje; la búsqueda constante de la muerte en vida. Sólo de esta manera es que la autoaniquilación se convierte en su salvación.

Tras haberle dedicado muchos años a la guerrilla salvadoreña, y ya viviendo su exilio en Berlín Occidental después de haber vivido en Budapest, Nicolás acaba trabajándole a la inteligencia iraní y estadounidense en lo que después se llega a conocer como el escándalo Irán-Contra. Con este acto, el personaje rompe totalmente con la noción de partidismos (le da lo mismo estar con la izquierda salvadoreña que en el bando de los Estados Unidos), mas no lo hace por vengar su desaliento con las izquierdas centroamericanas o por su decepción con el comunismo puesto en práctica que presencia viviendo en Budapest, sino por lo que llega a concluir sobre la Guerra misma:



El poder no nacía del fusil, sino de aquella asquerosa mascarada donde el factor económico era lo determinante. Aquel mundo dividido en superpotencias tenía sus reglas, como un gran tapete de tahúres, mundial antro de estafadores y chacales donde vidas y muertes de países enteros, de pueblos y etnias, eran salvados o condenados por los Estados Mayores de los poderes terrenales. Era absurda esa ruleta genocida. En ella quedaba descalificado de antemano todo maniqueísmo y dogma: el bien estaba a veces junto al mal, Dios pactaba todos los días con el Diablo, se acostaban juntos y se refocilgaban hasta el infinito. Los sagrados principios, el amor a la patria, los grandes ideales, eran basura demagógica, lo último que los jerarcas de cada bando tomaban en cuenta a la hora de las negociaciones y los conciliábulos. (Hernández 80)

Ya convertido en un descreedor acérrimo, a lo largo de su narración Nicolás desmonta las visiones totalizadoras engendradas por el período de la Guerra Fría desvistiendo la farsa detrás de su retórica. Tras hacerlo, para Nicolás no queda nada más que la sensación de la sinrazón, del vacío y la penetrante sensación del fracaso. Su dedicación plena a la injerencia del alcohol, añadida a su disociación de, o falta de importancia por el juego político de la Guerra Fría, en él se traducen a un fuerte deseo de autodestrucción. Es para ese entonces que Nicolás ya se ha convertido plenamente en un agente de la nada; ya nada le importa y ya nada lo seduce a seguir vivo más que su propio deseo de eliminarse.

Estructurada en forma de menú, cada capítulo de la novela *Sopa de Caracol* de Arturo Arias lleva el subtítulo de cada uno de los platillos que el personaje principal, Rodrigo, un ex-revolucionario guatemalteco y “cuarentón” radicado en San Francisco, California, le ofrece a sus invitados especiales en una de esas noches inolvidables. La noche incluye risas, música garífuna, platillos deleitosos, bebidas embriagantes, historias entretenidas de derrotas en el amor y en la guerra que el anfitrión comparte sobre su vida de militante así como sobre su presente de hombre solitario en la mencionada ciudad. Hacia el final de la novela y la cena aparecen mujeres vestidas de hombres en una escena que gravita entre el placer sexual y una despiadada violación al anfitrión.

Narra Rodrigo en la introducción a su menú que en sus años de militante, él había fantaseado con “ser ministro de cultura y llevar el Bolshoi a tierra de indios”, pero cuando despertó,

“no había hada madrina”, enfatizando no los sueños revolucionarios sino la cruda realidad en la que éstos se encontraban. A lo largo de la novela, nos enteramos de una serie de problemas internos en los cuadros revolucionarios guatemaltecos durante el período de guerra –inflación de egos, divergencias entre la teoría revolucionaria y la práctica, robos e hipocresías por parte de la comandancia–, que según Rodrigo, añadidos a la maldición de la historia guatemalteca, son los motivos que conducen al fracaso de la izquierda “guatemayense”. A causa de ello, en el presente de la novela el ex-militante se ha transformado en un “vulgar académico de segunda en una universidad estadounidense de tercera, dedicado a perseguir niñas de 20 años para ejercitar ese concepto conocido en Guatemala como “meter mano” (9). Rodrigo es además un escritor a quien ya nadie recuerda porque aunque sus libros estén “calladamente agotados”, a “nadie le interesa reeditarlos”. Cuando se da cuenta de que la revolución guatemalteca no iba a ningún otro lugar más que a la decadencia, huye de la guerra consiguiendo una invitación de “visiting” en una universidad de San Francisco gracias a una foto que hacía unos años se había tomado en una noche de borrachera portando una Galil<sup>24</sup> de plástico y una boina negra con estrella roja al centro. Ante los ojos del movimiento solidario de Estados Unidos con Centroamérica, la misma significó la exotizada imagen del revolucionario latinoamericano, ayudándole a conseguir dicho puesto académico. Desde que llega a San Francisco su lucha contra la soledad lo mete en problemas, primero es descubierto teniendo relaciones sexuales con su perra Amaranta, a quien quedó extrañando demasiado cuando la agencia protectora de animales se la quitó, y en el presente de la novela, se encuentra bajo la mira de la administración de la universidad en la que trabaja tras una posible demanda de acoso sexual por parte de una de sus estudiantes anglosajonas.

Al igual que Nicolás en *Berlín años guanacos*, en San Francisco Rodrigo llega a la conclusión de asumir el fracaso de la historia y de su vida como la única ventana posible a través de la cual ver y

---

<sup>24</sup> Galil: un fusil automático

entender su entorno. En su narración sin embargo, Rodrigo articula una conceptualización aún más amplia de la sensación del fracaso, asociándolo no sólo con el período histórico de la Guerra Fría como es el caso con Nicolás en *Berlín*, sino también, con la colonialidad que ha infiltrado el devenir histórico centroamericano desde hace más de 500 años:

Seguimos aquí por pura inercia sin propósito ni despropósito, nomás ocupando espacio, usufructuando tiempo, pidiendo pelo mientras engatusamos al estado para salvar nuestra cuota de comida porque la de poder la perdimos si es que alguna vez la tuvimos y de todos modos a nadie le importa porque los que viven en el istmo que es la cintura de América no son ni serán ni fueron nunca más que el punto de unión entre cabeza y culo ajenos con el perdón de la V/V que me regañaría de oír tal vocabulario y de la Valéria que no perdonaría tanta falta de felicidad pero somos indios y los indios nunca dejaron de sentir la verga cimbrada de don Pedro de Alvarado. Música ya para hacerme shó, la música, la música, el caderazo, caderazo, caigo en pedazos caderazo, caigo Caito con caites en el baile que es la única vida que tengo, vidabaile, bailevida va. ¡Sopa de Caracol! (*Sopa* 246)

El exceso de conjunciones, adverbios y preposiciones de negación en esta cita (sin, nadie, no, ni, nunca) aluden a la imposibilidad de la alternativa; a la potencialidad de la fuerza de la colonialidad como generadora y dictaminadora de un destino inescapable para las subjetividades formadas dentro de la colonialidad.

El sujeto literario en *Sopa de caracol*, como en la novelística de la diáspora, ha llegado a la culminación final del intento en el plano de lo social dejando de insistir en la búsqueda de una alternativa exterior a su persona porque subyace en su cosmovisión del mundo el entendimiento de que cualquier intento de mejora fracasará, tal como lo demuestra ese último esfuerzo de cambio social, “la [cuota] del poder la perdimos si es que alguna vez la tuvimos” dice Rodrigo. Según la visión del personaje, los seres desde un principio existen en una escena predestinada a la negación de su victoria: “los que viven en el istmo que es la cintura de América no son ni serán ni fueron nunca más que el punto de unión entre cabeza y culo” resume tajantemente el personaje. Para él, Centroamérica como mera insignia de la subjetividad centroamericana, ha sido, es, y será siempre una entidad sin derecho a la autodeterminación de su propia existencia porque su existencia y la

forma que ésta ha adquirido, ha sido desde siempre una creación no propia, el producto de un acto externo a ella que con el paso del tiempo ha encontrado la forma de convertirse también en una presencia interminablemente interna. Las subjetividades devenidas de la región centroamericana “nunca dejaron de sentir la verga cimbrada de don Pedro de Alvarado”. Tal entendimiento alude a la presencia imperecedera del episodio de la conquista española liderada por el español Alvarado, número dos de Cortés en la conquista de México. Desde esta experiencia se llega a la conclusión de que esta subjetividad centroamericana no podrá nunca escapar a esa historia, quedándole solamente una retracción en su persona como posibilitador único de la sobrevivencia. De hecho, el final de la novela apoya esta observación. Después de que Rodrigo es violado, él se queda absolutamente solo en casa, sintiendo y sufriendo las consecuencias de la violación. Asumirse como un agente de la nada en su retracción, por si no le brinda satisfacción, al menos le da un sentido a su existencia. Saberse nada para éste como para otros personajes de esta novelística es, irónicamente y ante nada, saberse algo.

### **¿Memoria exilada?**

*Minutos después nadie recordaba ninguna canción, ningún pasajero había visto subir a un ciego y a su lazarillo al autobús, ni tenía certeza siquiera de su propia identidad. El vehículo chocó contra un arbusto cuando el chofer olvidó cómo conducir. A punto de perder la memoria por completo, logró abrir la portezuela y echarse a correr. Yo bajé antes de olvidar mis motivos para marchar. Me alejé del bus lo más rápido que pude, mientras los pasajeros se arrastraban por el suelo, balbuceaban sonidos y volvían a empezar de cero, con la memoria y el dolor limpios, dispuestos a inventarse un nuevo pasado y una nueva historia*  
*El gato de sí mismo, Uriel Quesada*

Olvido y memoria en las textualidades en referencia se cancelan continuamente, luchando el uno contra la otra, y viceversa, en una conflagración que se vuelve interminable. Si por un lado los personajes de esta novelística anhelan olvidar su pasado por todos los sentimientos de desencuentro que éste acarrea consigo (melancolía, dolor, decepción, pérdidas, tristeza, fracaso, desencanto, ira, desamor, fragmentación, separación, destierro, vacío), por el otro, el acto de la escritura de la novela misma es evidencia de la imposibilidad del olvido. En este sentido las novelas de la diáspora

centroamericana acaban siendo un espacio operativo para la interpretación y el proceso de la memoria, proceso que inevitablemente incluye al olvido, sea ya a través de su pugna contra él o a través de su deseo de él. Desde sus nuevos espacios de enunciación (la soledad, el exilio y la diáspora como localidades de enunciación), la mayor parte de las subjetividades tanto escritoras como inscritas de la novela de la diáspora comienzan a procesar analítica y emocionalmente lo vivido en Centroamérica durante los años de guerra.

Tal proceso se ve manifestado de manera multidimensional en los diversos canales discursivos de los textos. Aunque estos canales discursivos se vean regulados por toda una serie de mecanismos emotivos, por el transcurso del tiempo, por distanciamientos físicos entre presente y pasado, por nuevos entornos y ciertamente, por nuevas experiencias subjetivas y sociales adquiridas, memoria y olvido no cesan nunca de trabajar dentro de la novela. En consecuencia, ni alcanzar una totalidad de la memoria ni una totalidad de olvido es posible en esta novelística. En ella estos dos impulsos más bien coexisten, se informan y negocian. La novela es su espacio operativo y la subjetividad inscrita, el depositario de la sensación de desasosiego que surge a raíz de tal incesante negociación.

En repetidas instancias de *Sopa de caracol* por ejemplo, estando en San Francisco, Rodrigo insiste en mencionar la sensación de aprisionamiento que le causa el recordar:

Ya ni sabía si era vida lo que reverdeaba. San Pancho hacía posible que uno se reinventara a la imagen y semejanza de sus fantasías pero la curvatura de la melancolía me afligía inconsolablemente a pesar del cristal de ensueño de la ciudad y sus interminables carnavales conjugándose en fiestas que duraban la noche entera. El humor dejó de tocarme. Estaba entrabado en un mundo hostil y grotesco aunque no careciera de magia y de sorpresas, donde la risa y la melancolía ya no se diferenciaban. (231)

Dejar atrás el pasado le resulta imposible a este personaje. Aunque la existencia de la foto que lo muestra con el Galil en mano y la boina de estrella roja al centro en San Francisco posibilitara el construirse a sí mismo como revolucionario heroico de las Américas tropicales que llega al norte escapando su muerte y la guerra ante sus nuevos círculos sociales, en el plano de su subjetividad el lector sabe que Rodrigo es incapaz de reconstituirse en el sentido de reinventarse: la memoria de su pasado, las muertes de las dos mujeres amadas bajo el pretexto del “costo social de la revolución”, las incongruencias en la directiva de la izquierda guatemalteca, la pérdida de la autonomía del individuo y la sujeción del individuo a principios que no concordaban con la práctica, son todos recuerdos e imágenes transformadas en el exilio en sensaciones de vacío, soledad, pérdida, enojo y depresión, sentimientos que no dejan de habitarlo en su cotidianeidad. Una verdadera reconstrucción del sujeto por lo tanto está vedada y sólo puede funcionar a nivel social, porque citas como la arriba incluida dejan claro que, subjetivamente, Rodrigo está siempre constituido por su memoria, o bien, por su pasado: “la curvatura de la melancolía me afligía inconsolablemente a pesar del cristal de ensueño de la ciudad y sus interminables carnavales” (*Sopa* 231).

El olvido, aunque siempre presente en estado de anhelo, nunca puede llegar a concretarse en el espacio narrativo ni en el subjetivo de los personajes, cancelándoseles por completo la oportunidad cuando al lector se le presenta el producto final: la novela. En *El perro en la niebla*, el personaje principal Guillermo, un ex-guerrillero salvadoreño que llega a Los Ángeles en un operativo de guerra, debe matar a un traidor de su organización. Cuando al fin lo encuentra en una de las calles angelinas y tras meses de búsqueda y paciencia —ya para entonces la firma por la paz de la guerra civil salvadoreña se había concretado— opta en ese momento por no quitarle la vida:

Se me calentó la sangre de sopetón y el deseo fulminante de liquidarlo entibió el interior del gatillo. Fue una una mierdésima de segundo nada más, porque inmediatamente después ocurrió algo insólito: fui dominado por un sentimiento que no se anunció en ninguna de las semanas de observaciones y cuidadosos preparativos

de aquella tarea: sentí, en un instante iluminador, que mi situación era semejante a la de esos soldados japoneses que, hace veinte o treinta años, reaparecían aún en las islas del Pacífico tras haber vivido ocultos toda una vida ignorando que la guerra hubiera terminado. Los tiempos heroicos fueron cancelados y frente a la realidad de la capitulación ya nada se podía hacer. La muerte de una rata de albañal no iba a cambiar nada. (Lindo 233)

Lo único que Guillermo desea a partir de entonces es olvidarse de todo y rehacer su vida: “Desde el fondo de mis entrañas ascendía por oleadas el deseo de perderme” dice en alguna ocasión (Lindo 224). Irónicamente el proceso de hacer memoria es activado por el mismo exilio, momento que a su vez posibilita la creación de la historia en nuestras manos: *El perro en la niebla*. Es pues, a través de la novela que el lector se entera sobre lo que Guillermo desea olvidar. Entre esos recuerdos: la manera en que se incorpora a la lucha sindical salvadoreña y consecuentemente a la lucha armada. Ahí es donde nos enteraremos de sus años de retiro en las montañas y primeros encantos con los proyectos revolucionarios, de la relación amorosa con una obrera y los días sin comer en los campamentos, las largas caminatas y de los altos niveles de desgaste físico que perduró durante todo ese tiempo. En el transcurso de su narración también hace memoria de su relación con el campesinado, y hacia el final de la obra, de su llegada a Los Ángeles y su consecuente desilusión con todo aquel proceso al que perteneció:

Eventualmente, gracias al periódico del peruano, volví a saber de la organización hermética a la que había pertenecido: sus dirigentes vestían de saco, se anudaban corbatas alrededor del pescuezo, figuraban en las notas de sociales y se dedicaban a devorarse los unos a los otros, ocupación para la que nunca les faltaron asesores. Puesto que los campesinos que habían formado el grueso de nuestro ejército ignoraban cómo operar faxes y computadoras, solicitar dinero de fundaciones privadas o diseñar campañas electorales, fueron relegados al olvido y volvieron a sus vidas miserables de antes. Entonces llegué a la conclusión de que la única organización pura en el mundo es la que no necesita dirigentes (Lindo 229).

El pasado del cual Guillermo desea alejarse acaba siendo el ingrediente principal constituyendo la narración de este sujeto literario. Así esta obra de Lindo, como las otras novelas, funcionan como

un espacio posibilitador del proceso de la memoria, cuando no una apología de ella. Tanto memoria como sujeto literario inscrito, permanecen hasta este entonces incapaces de un exilio verdadero; es decir, permanecen incapaces de olvido.

### **Poder, colonialidad y lenguaje**

Siguiendo a Aníbal Quijano, en “Notas sobre la teoría de la colonialidad del poder y la estructuración de la sociedad en América Latina”, Pablo Quintero rastrea los debates teóricos en torno a la cuestión del poder en el pensamiento latinoamericano. Con referencia al siglo XX, escribe:

Durante todo el siglo XX los debates teóricos sobre la cuestión del poder estuvieron profundamente ceñidos a dos de las principales corrientes de la teoría social occidental y sus centros hegemónicos. Por un lado el liberalismo, que tuvo como máximo agente contemporáneo a la obra de Talcott Parsons y sus continuadores de la Escuela de Chicago en Estados Unidos. Y por otra parte ese fragmento de la honda obra teórica de Karl Marx, que vino a denominarse *materialismo histórico*, representado por un cúmulo numeroso de intelectuales apegados al denominado Marxismo-Leninismo agrupados en torno a las principales academias de la extinta Unión Soviética. Ambas corrientes teóricas que fueron copiadas al calco en América Latina, fundamentaron su concepción del poder basándose ontológicamente en la escogencia privilegiada –y políticamente conveniente– de un único ámbito vital de la existencia social. (2)

Mientras que en su afán de solventar el estado natural de dispersión y violencia de los grupos sociales la tradición del liberalismo ha privilegiado un consenso de gobernabilidad para la estructuración de la sociedad –representándose en las sociedades contemporáneas en la autoridad colectiva del Estado y definiendo la idea del poder como una capacidad de carácter individual dentro de su potestad–, el materialismo histórico ha considerado la conformación de la autoridad colectiva e individual en la sociedad en función exclusiva de sus relaciones de producción (control de la fuerza laboral y de los recursos naturales). Si el liberalismo, por lo tanto, en su representación y análisis del



poder le ha puesto la tilde al plano de lo político, el materialismo histórico se la pone al plano de lo económico, dando como resultado la invisibilización de las otras y múltiples esferas en las cuales el poder opera y relegando la multiplicidad de sus relaciones a planos secundarios, o viéndolos como simples derivados. Lo anterior restringe nuestro análisis y percepción del funcionamiento y las operaciones de poder a la esfera del Estado y sus concomitantes elementos económicos.

Dada la solidificación del mercado mundial y la propagación de sus imaginarios hegemónicos, así como la defunción de la Unión Soviética durante la última década del siglo XX, aquellos debates del poder exclusivamente ligados a las esferas de lo político y lo económico empezaron a perder sentido. Es entonces cuando, según Quintero, se comienza a estudiar el poder “como un ejercicio básicamente discursivo y representacional” (2). Haciendo referencia a los surgimientos teóricos devenidos de Europa, Quintero añade que:

las discusiones en la teoría social comenzaron a pulular entonces acerca del carácter específico de esa historia planetaria actual, componiéndose el debate entre modernidad y postmodernidad. En estos debates la cuestión del poder se hizo aún más invisible al estar esencialmente abocados a la descripción de los principales aspectos de la vida social contemporánea y sus novedosas características. (2-3)

No obstante, para un territorio periférico e inmerso en configuraciones complejas del poder político como lo ha sido Latinoamérica en relación a los centros hegemónicos mundiales, asienta Quintero, la cuestión del poder ha estado siempre presente. Particularmente apuntando hacia la cuestión del mismo se han llevado a cabo múltiples debates en relación a las Américas. Estos han cubierto desde el inicio mismo del colonialismo hasta el presente neoliberal. Ciertamente, desde los centros y confines del sector político e intelectual latinoamericano, un cuestionamiento de las características y las constituciones del poder se ha mantenido de una u otra forma vigente en esta discusión. Mas no es hasta la década de los noventa, como lo señala Quintero, con la irrupción del pensamiento crítico de Aníbal Quijano<sup>25</sup> y sus coetáneos en torno al concepto de la colonialidad del

---

<sup>25</sup> Quijano ya había aparecido como teórico de la dependencia desde los sesentas.

poder, que se redimensionan los términos de las discusiones previas. Al colocar la configuración y el proceso de naturalización de la idea de “raza” al centro del análisis del poder, se rearticula la forma por medio de la cual entendemos la multiplicidad de sus vínculos, sus conductos, sus proyecciones y funcionamientos; o bien, sus múltiples heterarquías.

Mucho más que aportar una teoría sobre el concepto poder, tarea ya elaborada por el teórico francés Michel Foucault, la postulación crítica de Quijano en torno a la colonialidad del poder nos ofrece una óptica epistémica; una perspectiva de entendimiento, de conocimiento y de aproximación particular a la cuestión del poder.

Para ubicar mejor estos señalamientos cito la definición de poder de Quijano:

Un espacio y una malla de relaciones sociales de explotación/dominación/conflicto articuladas, básicamente, en función y en torno de la disputa por el control de los siguientes ámbitos de existencia social: (1) el trabajo y sus productos; (2) en dependencia del anterior, la “naturaleza” y sus recursos de producción; (3) el sexo, sus productos y la reproducción de la especie; (4) la subjetividad y sus productos, materiales e intersubjetivos, incluido el conocimiento; (5) la autoridad y sus instrumentos, de coerción en particular, para asegurar la reproducción de ese patrón de relaciones sociales y regular sus cambios. (“Colonialidad del poder y clasificación social” 345)

El fenómeno del poder por lo tanto se caracteriza por la interactividad de estos cinco ámbitos fundamentales de la existencia social continuamente afectados simultánea y disparejamente por los mecanismos de explotación, dominación y conflicto. Es, por definición, plurivertical, nunca horizontal, en tanto que la dominación –el elemento más general de sus relaciones según Quijano– se fundamenta en relaciones asimétricas en las que algunas agrupaciones o individuos ejercen control sobre otros; estos otros sobre otros y así, se exploya sucesiva y concurrentemente. La disensión permanente por el control de dichos ámbitos de la existencia social es lo que conduce a la propagación de las relaciones de poder en la sociedad. Es precisamente dentro de esta disputa que, al desarrollar mi estudio, situaré y examinaré a los personajes de la novelística. Más específicamente,

lo que interesa a mi disertación es lo que concierne la disputa por el control y la dominación de la subjetividad y en rigor, la manera en que ésta la (sobre)vive y la experimenta.

## **La colonialidad del ser**

*“Por lo menos estoy vivo,” dijo para sí. “Con eso tengo bastante.”*  
*Odisea del norte, Mario Bencastro*

La idea de la *colonialidad del ser*, acuñada por Walter D. Mignolo y posteriormente desarrollada por Nelson Maldonado-Torres, surge a raíz de conversaciones en torno a las implicaciones de la colonialidad del poder en los diferentes ámbitos de la sociedad. Más concretamente, a raíz de la necesidad de responder una pregunta: ¿cuáles son los efectos de la colonialidad en la experiencia vivida del ser? El razonamiento era de que si en adición y por extensión a la colonialidad del poder, existía también la colonialidad del saber (colonización del ámbito epistemológico de sociedades e individuos), muy bien podría haber “una colonialidad específica del ser” (Maldonado-Torres, “Sobre la colonialidad del ser” 129-30). Si la colonialidad del poder se relaciona directamente a una correspondencia continua entre diversas formas de control, dominación y explotación sobre la sociedad; y la colonialidad del saber se relaciona a la (re)producción de conocimientos relacionados a estructuras de pensamientos infundidos por los parámetros epistémicos de la colonialidad, la colonialidad del ser, escribe Maldonado-Torres, “se refiere, entonces, a la experiencia vivida de la colonización y su impacto en el lenguaje” (Maldonado-Torres, “Sobre la colonialidad del ser” 130). Se refiere específicamente al impacto de la colonialidad en las experiencias de la subjetividad, experiencias cuyas máximas manifestaciones se encuentran siempre en el lenguaje. En “Sobre la colonialidad del ser: contribuciones al desarrollo de un concepto”, citando a Mignolo, Maldonado-Torres anota:

La ciencia (conocimiento y sabiduría) no puede separarse del lenguaje; los lenguajes no son sólo fenómenos ‘culturales’ en los que la gente encuentra su ‘identidad’; estos

son también el lugar donde el conocimiento está inscrito. Y si los lenguajes no son cosas que los seres humanos tienen, sino algo que estos son, la colonialidad del poder y del saber engendra, pues, la colonialidad del ser. (“Sobre la colonialidad del ser” 130)

Desde este postulado entonces, sugiero que el lenguaje figura una puerta de entrada significativa, necesaria e instrumental para el estudio de la colonialidad, y más concretamente, para un acercamiento a la colonialidad del *ser*; a esos espacios afectivos, a la inconsciencia, a los deseos y desencantos de las subjetividades. Dado que la literatura es lenguaje, pues representa los cambiantes y altamente complejos significantes culturales, políticos, sociales, económicos y subjetivos articulando la cosmovisión de los individuos en una sociedad dada, ésta nos permite un campo único para el estudio de la colonialidad<sup>26</sup>.

Contrario a la teorización del ser postulada por Martin Heidegger –denominada *Dasein* (“ser-ahí”) por el filósofo alemán–, y la cual puede alcanzar completa autonomía (lo que él llama la autenticidad del ser) sólo a través del momento excepcional de su muerte puesto que durante el período de su existencia este ser vive sujeto a sociabilidades que le impiden la autenticidad, el sujeto racializado –configuración y punto de partida fundamental para cualquier reflexión sobre la colonialidad del ser– vive con la presencia constante de la muerte. La muerte, “lejos de ser un evento extraordinario para sujetos racializados y colonizados, más bien es parte de su existencia

---

<sup>26</sup> En *La identidad de la palabra* (1998), Arturo Arias hace argumento similar sobre la importancia del lenguaje para el estudio del ser, sólo que a partir de los planteamientos teóricos de Mikhail Bakhtin en torno a la relación intrínseca entre literatura y sociedad. Para Bakhtin, y siguiendo el estudio de Arias, “[...] el lenguaje aparece como enunciación, como voz de una persona. Esta aparición se une a la imagen de la persona que habla, y no puede ser separada del contexto específico en el cual es enunciada. La palabra es, entonces, por su misma esencia, un signo ideológico. Es un signo de cómo alguien define, entiende y nombra el mundo”. Y expande: “El ser es, por lo tanto, la suma de diferentes discursos a los cuales el individuo ha sido sujeto, y el desarrollo ideológico es en realidad la lucha entre los diferentes discursos que buscan hegemonizar los valores y la visión que rodean y le dan sentido al mundo de un individuo dado” (*Identidad* 5). Este acercamiento resuena en la conceptualización de la colonialidad del ser; desde ambas perspectivas, el lenguaje, o bien, la palabra, es materia fundamental para un entendimiento de lo que constituye a la subjetividad.

cotidiana” (Maldonado-Torres, “Sobre la colonialidad del ser” 143). Esta amenaza constante surge de la racialización estamental impuesta por la colonia y su derivado, la colonialidad. Desde la perspectiva del sujeto racializado, tal experiencia se mantiene viva por medio de la generalización de diversas formas de violencia en todo ámbito social que habita, convirtiéndose en una especie de guerra perpetua. Dígase, en un estado que naturaliza condiciones abyectas de subjetividad. Lo que Agamben ha definido como “estado de excepción” –la suspensión de derechos civiles como la norma en el presente neoliberal– por lo tanto, en este contexto se transformaría en un estado de normatividad. Desde el momento en el cual nace, el sujeto racializado vive bajo este estado beligerante. Lo sociabiliza, infiltrándose en el imaginario y manifestándose en el lenguaje:

La experiencia vivida de sujetos racializados está profundamente marcada por el encuentro constante con el escepticismo misantrópico y con sus expresiones en la violencia, la violación corporal y la muerte. Su lenguaje también está, de esa forma, altamente influenciado por la experiencia del mundo como un campo de batalla, en el cual ellos/as aparecen como vencidos de forma *a priori* y permanente. (“Sobre la colonialidad del ser” 141)

Efectivamente, como lo he indicado en las previas secciones de este capítulo, las novelas de la diáspora centroamericana están construidas ante todo de una discursividad de derrota permanente y *a priori*. Es una discursividad constitutiva de la colonialidad del ser. A partir de esta observación, podría afirmarse que tanto para los personajes de la novelística de mi estudio como para sus escritores, el momento de la diáspora centroamericana ha representado no la finalización del período de las guerras civiles, sino más bien su continuación, si no su permanencia. Tal realidad se ve claramente manifestada discursiva y simbólicamente en toda esta novelística; discursivamente a través de la articulación retórica de pérdida que en ella se utiliza, y simbólicamente a través de la cosmovisión fragmentada proyectada por el conjunto de esta producción literaria. Para ella el futuro no existe. El presente se quiebra y el pasado se rechaza. No obstante, es desde el vacío surgiendo a raíz de esta cosmovisión que brotarán alternativas transgresoras en torno a la (sobre)vivencia de la

colonialidad del ser frente a la colonialidad del poder. En los capítulos siguientes exploraré estas alternativas, tomando la conceptualización de la colonialidad del ser y el enunciado de sus significantes y significados como punto de partida para mi reflexión.

## **Conclusiones**

En la introducción de esta disertación planteé una serie de interrogantes iniciales con el fin de darle señalamiento a las preocupaciones centrales de esta disertación. ¿Cuál es el significado del momento de la diáspora para la subjetividad diaspórica centroamericana y cómo la representa discursiva y simbólicamente? ¿Qué forma adquieren estas representaciones discursivas y simbólicas en la cotidianidad de los personajes en la novelística de mi estudio? ¿En cuáles imaginarios y discursividades existe una “posguerra centroamericana” y cuáles son las visiones desde la diáspora? ¿Cuáles cosmovisiones quedan y se crean en la novelística de la diáspora después del momento álgido de guerras y de lo que ya se ha llamado el “mini-boom” literario centroamericano (la producción literaria del período de las guerras)? Por último, ¿qué trabajo adquiere la memoria y el olvido dentro de este cuerpo novelístico? A estas interrogantes las acompaña además una preocupación aún más grande: ¿cómo empezar a aproximarnos a las prácticas discursivas centroamericanas desde lo que Aníbal Quijano ha llamado la colonialidad del poder? En torno al conjunto de estos intereses y preocupaciones, en este trabajo he empezado a desarrollar una conceptualización de las novelas de la diáspora centroamericana y a proponer iniciativas claves sobre la colonialidad del poder como óptica de lectura de ramificaciones útiles y transgresivas, cuando no, necesarias para la aproximación literaria.

Con la excepción de algunos textos sociológicos (Menjívar 2000, Chinchilla y Hamilton 2001, García 2006, Pérez 2007, Córdova 2005) enfocados mayoritariamente en la experiencia salvadoreña y guatemalteca, el éxodo masivo de centroamericanos a diversas partes del mundo aún no ha sido problematizado críticamente. En el campo de los estudios literarios centroamericanos ha sido prácticamente inexistente<sup>27</sup>. El conjunto de novelas escritas en la diáspora a partir de la década de los ochenta no obstante, nos invita a expandir el diálogo sobre las implicaciones de la experiencia diaspórica de esta población, apuntándonos hacia espacios inexplorados de la subjetividad centroamericana. Como he señalado a lo largo de este primer capítulo, la novelística de la diáspora indaga sobre esas experiencias subjetivas partiendo de una exploración de los espacios afectivos, vacíos y las variadas sensaciones de fracaso y decepción devenidas de los fallidos proyectos revolucionarios y el giro histórico neoliberal. Desde estos espacios, los personajes de esta novelística cuestionan la noción de una posguerra centroamericana manifestando discursivamente en vez lo que Agamben ha llamado “un estado de excepción” como la norma de su existencia. Desde la perspectiva de esta nueva novelística, el espacio público o social se ve desde un principio convertido en un campo de guerra perpetua dentro del cual los personajes se saben *a priori* en desventaja, por si no vencidos o como lo articularía Fanon, desde antes “condenados”. El único lugar al que los personajes de estas novelas se pueden retraer por lo tanto, es a su soledad –un lugar de confinamiento y en muchos casos de autodestrucción–, pero como veré en los capítulos subsiguientes a éste, particularmente en el cuarto, también de autonomía; un espacio posibilitador de quiebres y rompimientos con las formas previas de pensar y de pensarse dentro de la historia. Esta

---

<sup>27</sup> Mientras se han publicado algunos capítulos y artículos enfocados en determinadas novelas, poemas y hasta canciones escritas en Estados Unidos por salvadoreños y guatemaltecos-americanos (véanse los últimos capítulos del más reciente trabajo de Ana Patricia Rodríguez *Dividing the Isthmus*, las publicaciones de Yajaira Padilla, o una de las subsecciones de la recién publicación de Beatriz Cortez), no existe todavía un estudio enfocado en abordar la temática de la diáspora de manera categórica.

última observación respecto a la soledad, en mis próximos estudios fijaré un punto de partida para pensar la (¿im?)potencialidad transgresiva de esta novelística dentro de la colonialidad.

En los textos de mi estudio el momento de diáspora y exilio simboliza no sólo una localidad de enunciación distinta a aquellos confines geográficos nacionales manifestados dentro de la literatura del período guerrillista, sino además un rompimiento con la discursividad anclada dentro de parámetros epistémicos nacionales y nacionalistas, característica que marca toda la productividad literaria centroamericana desde la independencia de España hasta el fin de la Guerra Fría.

Desde el confinamiento de la soledad, la literatura bajo estudio comienza a reflexionar sobre ese pasado reciente de guerra, consecuentemente también reflexionando sobre lo que significa ser un sujeto diaspórico. En el caso de la subjetividad ex-revolucionaria, reconstituye su subjetividad ya no como exiliado sino como alguien que se articula dentro de otros tipos de parámetros imaginativos desvinculados de la noción de “patria” en su acepción decimonónica. Pasado y presente se encuentran de tal forma en una relación dialógica en la cual los fantasmas de la patria aún confrontan la nueva subjetividad apátrida y se articulan los duelos por la nación perdida, o más bien, por la que nunca se tuvo. De tal duelo, pronunciado en la relación conflictiva entre memoria y olvido, se llega a conformar una cosmovisión y cotidianidad de los personajes en torno al fracaso. De ahí también, y de las condiciones socio-económicas execrables de los personajes, se crea y agudiza una incertidumbre y tenaz descreimiento ante el futuro quebrando por completo con la forma desarrollista de pensar inscrita en la producción literaria del período de guerras. La autodestrucción –sea ya a través de un alcoholismo obstinado o por medio del suicidio, entre otras de las prácticas autodestructivas de los personajes de esta novelística–, desde estos parámetros, se convierte entonces en una salida viable; y como será explorado en el siguiente capítulo, en una forma de sobrevivir ese destino. De manera irónica, subyaciendo y paralelando esta autodestrucción



encontraremos intentos de invención de nuevas subjetividades, las cuales, siendo sometidas a un proceso globalizador, no digieren por completo el discurso eurocéntrico. Éste, junto a la expresión imperialista estadounidense en la región centroamericana, ha sido el responsable de su original adherencia a la patria y, consecuentemente también, del fracaso de la construcción de aquella nación imaginada. A sólo dos décadas de la finalización de las guerras civiles en Centroamérica, las novelas de la diáspora centroamericana evidencian el cúmulo de experiencias regionales y transnacionales propagadas por las guerras civiles aún en su proceso intestinal. Las consecuencias de tal proceso están aún por verse. Sólo con el estudio de los imaginarios articulados por la generación subsiguiente podremos saber las direcciones hacia donde las señales de estos escritores aquí analizados condujeron.

Como aporte a la discusión vigente dentro de los estudios literarios centroamericanos en torno a las categorías desde las cuales acercarnos a las textualidades narrativas, he argumentado la necesidad de leer la narrativa centroamericana desde parámetros distintos a los dictaminados por análisis vinculando la producción literaria exclusivamente a parámetros socio-históricos, nacionales o regionales, temáticos, o bien, estéticos. Un análisis a partir del postulado “posguerra” por ejemplo, restringiría nuestras lecturas de las textualidades narrativas del mencionado período<sup>28</sup>. Considero importante expandir el estudio y discusión. Al aproximarnos a las textualidades centroamericanas desde el lente crítico de la colonialidad del poder se nos posibilita verter la mirada hacia problemáticas de más profundidad. Ante todo, este cuerpo teórico nos insta a escudriñar las articulaciones de poder dentro de una textualidad dada a partir del giro histórico de la conquista, permitiéndonos demarcar el eurocentrismo como una mera fase histórica la cual hay que superar.

---

<sup>28</sup> Véase por nombrar sólo dos ejemplos: *Estética del cinismo: La pasión y el desencanto en la literatura centroamericana de posguerra* (2010) de Beatriz Cortez y “After the Revolution: Central American Literature in the Age of Neoliberalism” (2003) de Misha Kokotovic.

Una lectura desde la colonialidad del poder en efecto cuestiona todos los parámetros sobre los cuales hemos articulado el imaginario social centroamericano desde 1492 hasta el presente, parámetros que son constructos eurocéntricos instrumentalizados para inferiorizar, controlar y normativizar subjetividades. Como he señalado y profundizaré en los capítulos subsiguientes a éste, la colonialidad permea no sólo el conjunto de las experiencias diaspóricas de este estudio, sino además la totalidad de formas por medio de las cuales se han construido las subjetividades centroamericanas modernas. Dilatándose de manera multiforme y asimétrica en los diversos ámbitos de la existencia social, la colonialidad (re)engendra heterarquías de poder cuyas ramificaciones se tornan evidentes en los espacios más ocultos y temidos del ser. Explorarlos e interrogarlos en la novelas de la diáspora centroamericana, será el objetivo primario del análisis literario a continuación.

## El ex-militante y su descomposición: “*Why go on?*”

*Literature is a protagonist in this drama of loss and dislocation not only because it articulated the utopian but also because it is implicated in its demise.*

Jean Franco, *The Decline and Fall of the Lettered City*

*Estás amenazado por todos los finales y morirás de todas las muertes.*

E.M. Ciorán, *Breviario de los vencidos*

*Dios dijo: yo abí los dejo, que el más vivo joda al más pendejo. ¡Salú!*

Horacio Castellanos Moya, *La diáspora*

### Introducción

En el capítulo anterior conceptualicé la novelística de la diáspora en parámetros generales. Señalé las transfiguraciones simbólicas que se dan a nivel literario, discursivo y emotivo en la literatura del istmo desde el período de las guerras civiles al momento de la diáspora. En lo concerniente a la novelística del exilio, indiqué la manera en que ésta comienza a privilegiar el espacio de la subjetividad como un nuevo locus de (re)articulación identitaria en el momento de la posguerra. Esta subjetividad (auto)exiliada se desliga de construcciones malogradas (y decimonónicas) de “patria” y “nación” articulándose en vez en torno a un duelo por acceder al poder estatal. A ese duelo lo subyace el entendimiento de que por diversos motivos políticos, sociales y económicos la maduración de una “comunidad imaginada” revolucionaria no pudo llevarse a fruición, quedando de esa experiencia sólo los vestigios de un momento exclusivo de lucha y de deseada “liberación”. De la abstracción de las ruinas como imagen representativa del período de los ochentas y las guerras, he ya señalado que dentro de la literatura centroamericana surge una discursiva emotiva construida en torno a la pérdida y el desencanto. A nivel literario esta discursiva de fracaso es representada en una narrativa cuya base se monta ahora sobre la incertidumbre del yo. ¿Qué hacer con él en el exilio y la

posguerra? ¿Qué dirección darle? ¿Cómo transformarlo? Son algunas de las problemáticas inherentes a esta producción.

Con el objetivo de profundizar sobre el momento del traspase de la militancia centroamericana a la del exilio en su representación literaria, en el presente capítulo ahondo aún más en el sujeto exiliado ex-militante prestándole particular atención a dos novelas anteriormente mencionadas cuyos personajes principales son ex-revolucionarios de la izquierda salvadoreña residiendo fuera de la topografía centroamericana: *Berlín años guanacos* (2004) de David Hernández y la primera novela de Horacio Castellanos Moya, *La diáspora* (1989)<sup>29</sup>.

Aunque pasaran 15 años entre la publicación de un texto y el otro, considero que éstas son novelas emblemáticas del comienzo de la diáspora centroamericana puesto que simbólicamente marcan el período de transición entre la guerra civil salvadoreña y el subsecuente éxodo y exilio de centroamericanos a diversas partes del mundo: Canadá, Estados Unidos, Europa y México. Contrario a otras novelas del exilio centroamericano las cuales sitúan sus tramas a partir de la década de los noventa,<sup>30</sup> éstas las emplazan en la década de los ochentas, ubicándose en el momento específico del decaimiento del auge revolucionario centroamericano, la finalización de la política binaria (y por ende de su representación en el discurso literario) de la Guerra Fría, y la entrada de una nueva era económica acompañada por el forzado éxodo masivo de personas de la región. Tal ubicación le permite al horizonte simbólico de estos textos la adquisición de nuevas y anteriormente inexploradas perspectivas. Entre ellas el exilio, el desencanto y despojo colectivo e individual, y la pérdida de la nación. A partir de una estructura narrativa enfocada en dilucidar la experiencia

---

<sup>29</sup> Ganadora del Premio Nacional UCA editores en 1988.

<sup>30</sup> Producidas dentro y fuera de Centroamérica hay varias otras novelas que tratan la imagen del ex-militante revolucionario. Entre ellas: ¡*Managua salsa city: Devórame otra vez!* (2000) de Franz Galich, *Sopa de caracol* (2002) de Arturo Arias, *Perfil de prófugo* (1989) de Horacio Castellanos Moya, y *El perro en la niebla* (2006) de Róger Lindo. Aunque escrita en la forma de una memoria y no novela, está también el libro de Gioconda Belli *El país bajo mi piel: Memorias de amor y guerra* (2001).

subjetiva y material de tres (ex)militantes salvadoreños en las primeras etapas de su deserción política en Berlín y México D.F., las dos obras aquí analizadas problematizan y desmontan la imagen y el concepto del militante desarticulando y poniéndole punto final al sueño de la nación revolucionaria en Centroamérica. Desarticulan también –de manera análoga a la tesis de Jean Franco en *The Decline and Fall of the Lettered City* (2002)–, el concepto mismo de la nación. Si la nación antes enmarcó un símbolo de posibilidad para el sujeto (letrado, masculino, de clase media y mestizo), en el exilio tanto el marco como el símbolo se le fragmentaron, quedando de ellos sólo las ruinas. Asimismo, como resultado de las consecuencias de la economía liberal, éstas mismas también giran hacia la extinción.

El horizonte simbólico del tejido textual centroamericano se ha transfigurado, cambiando de un panorama nacional a lo que Arturo Arias ha llamado una nueva “perspectiva post-nacional” (“Post-identidades post-nacionales”). El acto mismo de descomposición del sueño revolucionario de estas dos novelas señala y pronuncia la llegada de la muerte del sujeto revolucionario abriéndole un espacio a la reconfiguración de su subjetividad.

A través de la mira de la colonialidad del género en la última sección del presente capítulo resalto el carácter paradójico del proceso de desmontaje y transformación del sujeto revolucionario. Mientras por un lado se habrá develado la manera en la cual el ex-militante vacía de significado el concepto y la imagen del héroe revolucionario, por el otro, en esta última sección se señala la forma en la que el ex-militante perpetúa conductas de exclusión frente a la agenciabilidad femenina acompañándolo en la trayectoria del exilio. Como veremos, el ex-militante no es capaz de asumir sus propios niveles de contaminación en lo que respecta a sus monóculos masculinistas acarreados de su previa subjetividad a la nueva. El exilio o la condición post-nacional en este sentido no representan un lugar de terminación sino más bien de continuidad, perfilándose en ella las honduras de la colonialidad y la triunfante difusión de su poder.

## El sujeto moderno en deserción: *La diáspora*

Cuando Juan Carlos –uno de los personajes principales de *La diáspora* de Horacio Castellanos Moya– decide en la década de los ochentas desertar la organización de izquierda a la que perteneció en El Salvador logrando llegar al Distrito Federal vía Managua, éste se enfrenta a una simple pero complicada pregunta: ¿qué hacer con su vida? La voz narrativa de la novela describe su situación así: “Tenía treinta años, sin título, ni otro curriculum que el de la conspiración. Se consideraba un buen organizador, ¿pero de aquí en adelante organizar para quién, para qué? [...] Ojalá fuera sencillo. Se trataba de rehacer la vida, ni más ni menos” (*La diáspora* 34). Al verse de repente sin la estructura político-militar de la guerrilla salvadoreña dirigiendo el curso de su cotidianidad y de su vida, y además fuera del espacio físico que previamente configurara su participación social, el único procedimiento considerado por Juan Carlos en el exilio es el de continuar huyendo. Por ello, recién llegado al D.F., trata de conseguir asistencia de una ONG<sup>31</sup> para seguir su migración hacia Canadá, donde en plan de asilado político espera poder recomenzar la vida y explorar la incertidumbre de su futuro en otro terreno desconocido. Al igual que el Turco –un músico alcohólico quien figura como otro de los personajes principales de esta novela y el cual también deserta la lucha armada salvadoreña radicando en la capital mexicana–, Juan Carlos debe ahora velar por su sobrevivencia. Debe invertir por completo el foco de su mira de un blanco definido y externo a su persona (el enemigo de guerra y las vicisitudes de la situación bélica en El Salvador) a la atención de sí mismo; darle un nuevo sentido a su existencia. El máximo objetivo de Juan Carlos en la capital mexicana se convierte en tratar de contestar la pregunta que el Turco en algún momento de la novela le hiciera: “¿qué putas vas a hacer con tu vida ahora que no le tenés que dar cuentas a nadie?”, advirtiendo la

---

<sup>31</sup> La ONG a la que Juan Carlos acude para solicitar asistencia en el D.F. es ACNUR. ACNUR es la oficina de Alto Comisionado de las Naciones Unidas para Refugiados. Durante la década de los ochentas, ACNUR estableció oficinas en México para ayudar a los miles de refugiados centroamericanos llegando en busca de protección. Debido a los flujos migratorios de centroamericanos que en nuestro presente siguen cruzando la frontera entre Guatemala-Belice y México, ACNUR mantiene abiertas sus oficinas en México.

llegada de un momento privativo en la vida del desertor y señalando la nueva preocupación de esta textualidad centroamericana: el yo.

En claro contraste con la literatura y los sujetos literarios del período de las guerras civiles centroamericanas, se articula dentro de la interrogante del Turco una preocupación de índole individualista. Lejos estamos del imaginario de guerra donde el escritor asumía lo que Roque Dalton tan puntualmente en los años sesenta llamara el “turno del ofendido”<sup>32</sup>. Si recordamos, el momento de las guerras civiles (1960-1996) fue un período que marcó no sólo la formación subjetiva de toda una generación de escritores centroamericanos sino también su escritura y visión del mundo. Recalcado por Jean Franco en sus capítulos “Conflicting Universals” y “Liberated Territories” en *The Decline and Fall of the Lettered City*, durante las primeras décadas de este período tanto el socialismo como el comunismo figuraron en el imaginario del letrado latinoamericano (y de gran parte de la sociedad civil) como sueños viablemente realizables:

It is hard to backtrack and discover the moment when armed struggle was not an idle project, when the liberation of territories from neocolonialism was regarded as realistic, and when in the face of corrupt judicial systems and politics, violent action was seen as necessary by the young, especially the young male. (87)

En la mencionada época los mandatos de la revolución armada se fundieron con los de la creación del “hombre nuevo” en la modalidad dictaminada por teóricos de la revolución como Ernesto “Che” Guevara y sus semejantes. Siendo la escritura un espacio discursivo para la construcción de la nación, ésta no pudo quedar exenta de los proyectos nacionales de liberación. En afinidad al lema de Fidel Castro en aquel entonces, “Dentro de la revolución, todo; contra la revolución, nada”, la literatura debió subscribirse al proyecto revolucionario; debió enunciarse desde y para él puesto que un afuera implicaba la consideración de una traición o la deserción.

---

<sup>32</sup> El poema aparece en el poemario del mismo nombre *El turno del ofendido* (1962, Casa de las Américas). “Ahora es la hora de mi turno/el turno del ofendido por años silencioso/a pesar de los gritos/Callad/callad/Oíd”, finaliza el poema.

Hasta bien entrada la década de los años ochentas, escritores como Manlio Argueta, Roberto Armijo, Ítalo López Vallecillo, Mercedes Durand, Otto René Castillo, Alfonso Hernández, Mario Payeras, Ernesto Cardenal, Lil Milagro Ramírez, Arturo Arias, Omar Cabezas y Carlos Fonseca entre muchos otros del istmo centroamericano, utilizaron el medio de la escritura como arma en contra de los gobiernos nacionales y la concomitante invasión (militar, política y cultural) norteamericana en la región. A través de sus escritos formularon discursivas anti-imperialistas guiadas por una convicción social y política de transformación estatal considerándose el parámetro de la nación como único vehículo de conducción del pueblo hacia ese imaginario que se articulaba como su destino final: la justicia social. Sus novelas, poemarios y testimonios expresaron los deseos de una victoria revolucionaria en sus respectivos países, perdiendo incluso algunos de estos escritores sus vidas por el mero acto de escribir. Muchos de ellos fueron capturados y torturados por los gobiernos militares de sus respectivos países. Otros escogieron la ruta del exilio o fueron forzados a hacerlo: entre ellos Horacio Castellanos Moya quien salió al exilio en México para luego radicar en Estados Unidos, y David Hernández, exilado durante la década de los ochentas en Alemania. A diferencia de Castellanos Moya, Hernández sí retornó a vivir a Centroamérica cuando acabada la guerra. José Roberto Cea, miembro de la denominada “Generación Comprometida” de El Salvador, en su estudio sobre la misma –*La generación comprometida* (2003)–, articula el imaginario social de las décadas de los sesentas y setentas en Centroamérica. Con el fin de demarcar una clara diferenciación de horizontes simbólicos y de posibilidades entre la literatura de la guerra y *La diáspora* de Castellanos Moya, en el siguiente fragmento reproduzco una cita del pensamiento de Ítalo López Vallecillos en uno de sus escritos de la época revolucionaria, “Invitación al diálogo”:

La literatura comprometida, muy de nuestra época, debate las posiciones del artepurismo. Quien más quien menos, el escritor ubicado dentro del “compromiso histórico”, está inmerso en su medio y la pluma la tiene tensa como un arco dispuesto a disparar la flecha que sirve al mejoramiento espiritual y material del pueblo. [...] Arte en función de la sociedad. Literatura social, de servicio a un ideal que va más allá de lo estético. [...] Se trata de un acercamiento con el pueblo. Que



nuestra obra se lea, se difunda entre los trabajadores y sirva a ellos en cuanto a la realización de altos fines sociales. (Cea 140-5)

Dislocada temporal, imaginaria y geográficamente de las aspiraciones sociales señaladas por López Vallecillos, la pregunta del Turco anteriormente expuesta se revela antitética a los preceptos de la literatura del período revolucionario centroamericano. El “¿qué putas vas a hacer con tu vida ahora que no le tenés que dar cuentas a nadie?”, enunciada desde el exilio en México, sugiere un quiebre con el pasado militante evidenciando la desaparición del compromiso social en el imaginario simbólico y material de los personajes. Ambos sujetos vemos, el Turco y Juan Carlos, actúan dentro de un panorama distinto dissociado del proyecto revolucionario y de la nación que lo albergó pudiendo ahora enunciarse sólo afuera de ella: “Estaba[n] definitivamente fuera. Éste era el hecho. No había regreso posible. Cualquier nostalgia resultaba idiota” (*La diáspora* 49). La sensación de responsabilidad hacia el “mejoramiento espiritual y material del pueblo” señalada por López Vallecillos entonces, es en estos personajes canjeada por una preocupación de índole individualista porque “organizar” según ellos, adquiere un matiz epistémico de índole personalista al enunciarse fuera del colectivo revolucionario: “¿pero de aquí en adelante organizar para quién, para qué?”, quedando sólo la incógnita del qué hacer personal.

Las posibilidades del qué hacer individual a partir de este quiebre con el pasado quizás se aludan como abiertas en el “qué putas” de la pregunta del Turco, pero la voz autorial de *La diáspora* se asegura paralelamente de apuntar hacia una nueva estructura de regulación del sujeto. Este nuevo marco regulador se define en la novela por la imposición del orden capitalista y la imperante de la sobrevivencia del individuo en él. Refiriéndose al masivo éxodo centroamericano ocurriendo en el trasfondo de la trama principal de *La diáspora*, la voz narrativa enuncia: “Muchos iban de paso hacia Estados Unidos, era cierto. Pero una gran parte se quedaba en el camino. Taqueros, constructores del metro, vendedores de mercadería de contrabando en Tepito, policías, hasta en dirigentes de comités del PRI se convertían” (*La diáspora* 44). Evidenciando lo que Jean Franco llama la

“ideología individualista del capitalismo avanzado” (Franco 173), en el horizonte de posibilidades de los personajes de esta novela ya no presenciamos la pretensión de lo “social” sino la sobrevivencia del individuo en los nuevos espacios post-nacionales, debiendo por consiguiente (pues tienen que hacerlo) cambiar de función, e incluso ideología, conforme las necesidades u oportunidades que se le presenten: “Hasta en dirigentes del PRI se convertían” nos dice la narrativa. Para Juan Carlos encontrar su quehacer dentro de ese nuevo campo marca el comienzo de su período de transición.

Lector acérrimo, precavido al hablar, cauteloso ante el emprendimiento de cualquier acción y ex-estudiante de filosofía de San Salvador, Juan Carlos representa el arquetipo del ex-militante letrado salvadoreño en el exilio. Los motivos que inducen a Juan Carlos a “tronar” con “el Partido”<sup>33</sup> giran en torno a su desilusión con el proceso, su desencanto ante el funcionamiento de éste y tres muertes específicas: los asesinatos del poeta/escritor/ensayista Roque Dalton, la Comandante Mélida Anaya Montes y el suicidio del comandante Marcial, los tres muertos a raíz de pugnas internas dentro de la lucha armada salvadoreña entre 1975 y 1983<sup>34</sup>. Tras las muertes resultó imposible seguir trabajando con el Partido ya que desde la perspectiva de Juan Carlos:

la muerte de los dos comandantes había llevado a una situación de desconfianza que, desgraciadamente, condujo a una vigilancia policíaca. Su trabajo con las agencias internacionales de financiamiento resultaba ineficaz, absurdo, pues siempre lo acompañaba una especie de comisario, un sujeto con la capacidad de decir la cosa más inapropiada en el momento exacto. Además, el mismo hecho de que le pusieran

---

<sup>33</sup> A partir de la unificación de las cinco organizaciones guerrilleras en El Salvador en 1980, todas las organizaciones guerrilleras salvadoreñas se consideraban a sí mismas como “el Partido”.

<sup>34</sup> Es un hecho histórico que Roque Dalton, poeta, pensador y crítico revolucionario, fue asesinado por su misma organización política, el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), en 1975. Hasta el día de hoy (2012), su cuerpo no ha sido encontrado. Pese a que han transcurrido más de 35 años desde su asesinato, éste ha permanecido impune. Ninguno de los responsables del crimen –ya identificados por distintas investigaciones de organismos independientes, entre ellos la Comisión de la Verdad creada por las Naciones Unidas–, ha sido procesado ni detenido. Uno de los responsables del crimen más bien, Jorge Meléndez, es ahora el director de Protección Civil en el gobierno de Mauricio Funes (FMLN). Es a partir de estos hechos que, con el cumplimiento de 35 años de la muerte de Dalton, en el 2010, la familia de Dalton le exigió al gobierno de Funes la destitución de Meléndez así como también le exigió un perdón público al Estado salvadoreño. Ninguna de las dos demandas fue escuchada. (Véase posición de la familia Dalton hecha pública en el aniversario número 35 de la muerte del escritor).

un oreja<sup>35</sup> permanente era una muestra de desconfianza intolerable. La consigna en este momento es la incondicionalidad total, cualquier crítica resulta sospechosa. Cerrar filas significa someterse. (*La diáspora* 18)

Más que las disputas internas de la organización es el hecho de saber que el espacio de la autocritica está vedado lo que ultimadamente induce a Juan Carlos a desertar el proyecto revolucionario. Al ver atrofiado su poder de decisión autónoma, éste desvalida el proyecto de izquierda de El Salvador calificándolo como un sistema de “sometimiento” requerido de lo que Michel Foucault llamaría “cuerpos dóciles”; cuerpos dominados en función de un sistema disciplinario. En efecto, la revolución salvadoreña para Juan Carlos había llegado a niveles de disciplinamientos extremos creando un régimen de autovigilancia “intolerable” donde se fue tornando imposible el agenciarse como individuo. Creando un sistema propio para la delación, esta vigilancia interna llega a procesar las acciones y los pensamientos del individuo intermediando entre éste y su mundo. Consecuentemente, el individuo es forzado a autocensurarse en el espacio público y el privado convirtiéndose la revolución en un espacio de sujeción.

Mientras la línea filosófica marxista-leninista en la cual habían sido instruidos los militantes profesaba una revolución de las “masas”, en la práctica según la experiencia de Juan Carlos, ésta se concretizaba en una amplia sistematización jerárquica de comandancias, comandos y comandados, cerrándole cualquier agenciabilidad tanto al colectivo como al individuo y a su crítica. El consorcio de las “masas” concluye Juan Carlos, se convierte en sinónimo de una quimera puesto que “Todo debía ser consultado [...] La desconfianza lo pudría todo” (*La diáspora* 49). Añadido a las disputas internas del Partido e incapaz de suscribir su individualidad y capacidad de razonamiento al sometimiento de la organización político-militar, Juan Carlos opta por la deserción.

Sus motivos para separarse de la lucha salvadoreña se agudizan aún más dentro de la novela cuando contrastamos el discurso y la conducta de Juan Carlos con la de otro personaje, Quique.

---

<sup>35</sup> Espía

“Hombre de intuiciones más que de razonamientos complicados” describe la voz autorial, Quique radica en la metrópoli mexicana no en función de exilado sino esperando la orden de sus comandantes superiores para regresar a El Salvador a reingresar a las filas guerrilleras y agarrarse a “putazos en el monte con el ejército” (*La diáspora* 67). Quique está en el D.F. momentáneamente escapando una amenaza de muerte en El Salvador pero aunque esté a la distancia, le sigue siendo fiel a la organización guerrillera. Impulsivo, Quique no cavila antes de actuar, vive para seguir órdenes – estaba “siempre dispuesto a realizar la tarea que se le encomendara”–, y aunque en el D.F. trabaje para una agencia de prensa, éste es incapaz de redactar un artículo porque “ni siquiera” puede “exponer un análisis”, dice la voz narrativa (*La diáspora* 77)<sup>36</sup>. A la hora de reuniones con colegas del trabajo tampoco opina y cuando otros brindan alguna opinión negativa en torno a los asesinatos mencionados, éste categoriza sus opiniones como meros obstáculos inutilizables para la revolución aún en marcha. Para Quique, “una cosa es echarse el rollazo fino sobre la situación de la guerra [...] y otra poder conducir a una media docena de hombres en medio de los cachimbazos<sup>37</sup>” lo cual siempre considera lo principal (*La diáspora* 77). Por todo esto, cuando por fin recibe la orden tan esperada de reingresar a las filas guerrilleras, el militante corre a las oficinas de la embajada salvadoreña en el D.F. para sacar su pasaporte. En el camino va pensando en cuáles botas comprar, cómo robarse una navaja “de esas con tijera, lima, tirabuzón, abrelatas y otros instrumentos incluidos” y cuál ropa utilizará en las montañas para “ir de pronto a la lavandería” (*La diáspora* 64). El accionar como militante es lo único importante para este personaje. En efecto, ya se imagina de nuevo “como guerrillero, con su uniforme de fatiga y un fusil M-16 que le quitará al primer soldadito que se le enfrente en combate. Tiene huevos”, piensa (*La diáspora* 63). Para Quique, la acción

---

<sup>36</sup> Vale mencionar que la agencia de prensa para la que trabaja Quique en el DF es del “Partido” salvadoreño. El hecho de emplear a alguien como Quique por lo tanto, es también una crítica al juicio del Partido y la comandancia de la revolución.

<sup>37</sup> Golpes; hora de la balacera; riña.

militar es lo que le brinda sentido a su participación dentro de la lucha revolucionaria. Es también lo único brindándole sentido a su existencia.

La actitud de Quique es emblemática de lo que la crítica Modernidad/Colonialidad articula como una recurrencia al *ego conquiro* u *hombre imperial* en la modernidad. Engendradora del ego cogito cartesiano, el *ego conquiro* conforma una actitud conquistadora que normaliza e impone la “no-ética de la guerra” en su entorno social (político y económico). Esa no-ética de la guerra está relacionada al genocidio, al ejercicio pleno de la violencia y a la dominación física del convertido en el *Otro*, prácticas que el *ego conquiro* asume como parte intrínseca de la existencia humana. Constitutivamente, por definición de Maldonado-Torres, el *ego conquiro* es “un ego fálico también” (“Sobre la colonialidad del ser” 138). Opera sobre la necesidad de simbólica y físicamente dominar y penetrar al *Otro* quien desde su óptica (la del *ego conquiro*) considera incapaz de regirse a sí mismo, lo ve desprovisto de *ser* o piensa dispensable. La paradoja en el caso de Quique reside en la manera en que éste –un militante ejemplar de la guerrilla salvadoreña desde la perspectiva del lente narrativo (por su incapacidad de pensamiento crítico, su actitud masculina agresiva y su visión de la violencia como única forma de vida)–, a la vez que es un sujeto/objeto instrumentalizado por la organización de izquierda a la que pertenece, asume y reproduce la misma actitud imperial que lo sujeta. Dentro del marco simbólico del texto entonces, este militante encarna la contradicción misma de la guerrilla salvadoreña. Aunque autodenominada proyecto de emancipación social, la guerrilla (y el guerrillero) se sostienen sobre las mismas bases masculinistas y violentas que transforman lo cotidiano en situación perpetuamente conquistable para el sujeto centroamericano.

Juan Carlos sin embargo, resiente la degradación de la lucha militante “profundamente” y al pensar en todas sus significancias y ramificaciones decide desligarse de lo que Saldaña-Portillo aquí llamaría el “régimen de sujeción” revolucionario. Contrario a Quique, Juan Carlos sí se transfigura en sujeto del exilio rumbo a la exploración de su nueva identidad post-nacional. Sostiene una crítica

de su entorno rearticulándose frente a la degradación de los epistemas izquierdistas y reinventándose ante la entrada del nuevo momento político y económico transnacional. Tal dimisión articula los designios del sujeto moderno ya articulado por Foucault. En la manera explorada por Arturo Arias con respecto al sujeto literario centroamericano en “Central American Narrativity and the Coloniality of Power: Is Post-War Literature New?” (2010), el sujeto moderno, consciente de sus límites y los de su situación, trata de continuamente “inventarse como una transgresión a estos límites” (“Central American Narrativity”). Se postula además problemáticamente dentro de los confines identitarios de la nación. Al hacer de su exilio un acto transgresor de las normas revolucionarias salvadoreñas, Juan Carlos se ve cultivando esa “originalidad” propia del sujeto moderno quien reflexiona “críticamente sobre su era y sobre sí mismo” (“Central American Narrativity”). En su transgresión éste deja de adscribirse a la identidad diseñada para él por las disposiciones nacionales revolucionarias, eligiendo en vez el anonimato del exilio el cual en torno sí le permite por lo menos la ilusión de un replanteamiento de la subjetividad. Esa ilusión será problematizada más adelante.

Por los momentos vemos que este militante de Castellanos Moya rechaza el mandato del “hombre nuevo” guerrillero considerándolo antitético al uso libre de la razón. Opta en vez por retener algo de su autonomía en la decisión de la defección. Como analizaré en la próxima subsección de este capítulo, dos otros personajes de las novelas aquí estudiadas –Nicolás de *Berlín años guanacos* y el Turco de *La diáspora*–, complicarán los parámetros del sujeto moderno representados por Juan Carlos, llevando la descomposición del ex-militante salvadoreño más allá del terreno epistémico: al cuerpo.

### ***Berlín años guanacos*<sup>38</sup> y la gobernabilidad**

“Bastardo de las mutaciones ideológicas”, el personaje principal de *Berlín años guanacos* – Nicolás–, es un “literato” ex-militante quien después de años de formar parte de los cuadros guerrilleros de El Salvador, al igual que Juan Carlos, se desilusiona con la conducción del movimiento guerrillero en su país; con sus dirigentes, con las jerarquías, y con la atroz desconfianza y vigilancia que se desarrolla a raíz de los altercados (y asesinatos) internos del movimiento (los mismos asesinatos aludidos en *La diáspora*). Aseverando la ya muy bien documentada paradoja de las revoluciones y partidos comunistas latinoamericanos puntualmente expuesta en el estudio *Utopia Unarmed: The Latin American Left after the Cold War* (1993) de Jorge Castañeda, el personaje de Hernández llega a la conclusión de que la guerrilla salvadoreña no es sino otra estructura de poder disfrazada de un discurso inverso, no obstante igualmente jerárquico y fratricida al de su contrario: “Sus esperanzas en la política y los políticos de su país se esfumaron [...] Allí, al otro lado del Atlántico, en un cruento carnaval, marionetas, imbéciles, peles, asesinos y vendepatrias ejecutaban su tétrica música en una interminable masacre diaria” (Hernández 25-6). De este entendimiento, Nicolás adopta en el exilio una actitud cínica. Esta lo conlleva a tomar posturas contrapuestas a los principios revolucionarios por los que en su anterior vida de militante hubiera ofrecido hasta la vida.

Nicolás sale exilado de El Salvador a Budapest a principios de los años ochentas. Tras un fracaso amoroso unos años después se marcha porque además de penosa su situación sentimental, “el socialismo real deprimía hasta al más optimista” (Hernández 10). “Aparte de sus guapas mujeres, ofrecía pocas cosas interesantes. Sólo planes quinquenales donde se programaba el aburrimiento y la muerte del *homo domesticus*” dice en algún momento de la narración el personaje (Hernández 119). El protagonista se muda a Berlín occidental donde por su grave “crisis económica” personal, su acentuada posición cínica frente a la política y su conocimiento de varios idiomas, accede trabajarle

---

<sup>38</sup> “Guanaco” en el habla popular salvadoreña significa “salvadoreño”.

de intérprete a la inteligencia iraní en algún lugar fronterizo entre los dos berlines. Simbólicamente ubicado en el intermedio de la línea divisoria berlinesa –y entre las dos superpotencias de la Guerra Fría–, el personaje se ve involucrado en la planificación de un evento histórico ahora mundialmente conocido como el Escándalo Irán-Contra. Es así como en un período de aparentes y extremas polaridades políticas, el personaje llega a ubicarse al centro de las negociaciones entre los iraníes del Ayatola, la contra-insurgencia nicaragüense y la CIA estadounidense. Nicolás les trabaja a todos revelándose por medio de la discursividad de Hernández la falsedad de los discursos oficiales imperantes, los binarismos discursivos contruidos a favor de los mismos discursos, y la flexibilidad de las líneas políticas ante la mediación del poder económico. Si por un lado esos tres “diferentes” bandos pugnarón bajo diferenciados principios políticos durante la Guerra, por el otro y, bajo la protección de sus potestades políticas y económicas, convinieron entre sí un lucrativo negocio de armas sin precedentes históricos. Advirtiéndonos sobre la penetrabilidad del interés monetario dentro de estas políticas supuestamente desencontradas, la voz narrativa expone:

El orden y el progreso, la civilización y la sociedad, eran conceptos que dependían en última instancia de la base económica de las relaciones humanas. De ahí nacía el poder, se creaban guerras y armisticios de paz, se decidían –en un libreto aparte, como en un juego de ajedrez– las futuras jugadas del contrincante, sin improvisaciones o ajustes de última hora [...] El poder no nacía del fusil, sino de aquella asquerosa mascarada donde el factor económico era lo determinante [...] Los sagrados principios, el amor a la patria, los grandes ideales, eran basura demagógica, lo último que los jefes de cada bando tomaban en cuenta a la hora de las negociaciones y los conciliábulos. (Hernández 80)

Análogo a las anotaciones de Foucault sobre la función penetradora del poder, la voz autorial de Hernández articula la omnipresencia del mismo. Enfatiza sobre todo el componente económico y la capacidad regulatoria de éste con respecto a su personaje. Nicolás queda por lo tanto siempre atravesado por su potestad, sea de manera favorable o a la inversa; sea sin una participación directa en él o sin participación alguna. Es en este sentido que el militante se sabe desprovisto de cualquier capacidad de autonomía en el engranaje del poder, relegándolo –particularmente por provenir de un



área históricamente ubicada a la margen de la margen como lo sería Centroamérica— a una posición de pérdida *a priori*.

Es, no obstante, a partir de la coyuntura del negocio Irán-Contra en la que Nicolás cínicamente se sitúa, que el personaje logra articular el desfallecimiento de las líneas divisorias entre políticas discursivamente opuestas. En ese entrecruce el personaje a la vez desarticula los metadiscursos de las utopías revolucionarias. “Los sagrados principios, el amor a la patria, [y] los grandes ideales” del imaginario revolucionario tan elaboradamente expuestos en los trabajos sobre Ernesto Guevara y Mario Payeras de Saldaña-Portillo e Ileana Rodríguez en lo que respecta al caso específico centroamericano, son en esta perspectiva de Nicolás reducidas a mera “basura demagógica”. Al ser contrapuestos a la realidad de exclusión y muerte en países como El Salvador durante su guerra civil (y la posguerra), en la perspectiva del ex-militante, estos ideales y conceptos quedan vaciados de contenido y significado. Formaciones discursivas a la manera desarrollada por Foucault no obstante, éstos están siempre ligados al ejercicio del poder. En el período de las guerras civiles centroamericanas, como en la posguerra, estos y otros conceptos pertenecientes al discurso de la democracia están formados por, y comprometidos a, la perpetuación de sistemas de dominación. Al entrar en consciencia de estas formaciones, Nicolás abandona su asociación: “Lejanas estaban las ideas por las que juró dar la vida” (Hernández 21). El escepticismo es lo que marca el comienzo de su transfiguración.

Al descubrir que después de ofrecer sus servicios de intérprete al pacto Irán-Contra-CIA los iraníes lo aniquilarían (sabiendo demasiados detalles sobre la alianza a éstos no les resultaba conveniente mantenerlo vivo), Nicolás logra escapar matando al iraní que ordena su asesinato, Sadik. Su escapatoria interesantemente se da el mismo día de la caída del Muro de Berlín —un día de “euforia” de 1989—, momento en el cual cierra la novela con la imagen de Nicolás bebiendo y compartiendo champán entre la marabunta berlinesa extasiada de felicidad. En esta última escena el

personaje y la muchedumbre caminan, corren, beben y cantan sobre las ruinas de lo que antes se erigiera como la pared divisoria entre las dos vigentes ideologías y potencias mundiales. Tanto las imágenes evocadas por la escena como la articulación de la voz narrativa celebran y aluden al final de un período y al comienzo de otro: “Había terminado la tercera guerra mundial. Era el crepúsculo de los dioses proletarios. Estaba viendo en directo el final de la guerra fría. Una nueva época comenzaba a partir de esa noche” (Hernández 235). Pese al éxtasis de la multitud sin embargo, la actitud de Nicolás permanece ambigua en la escena. Éste no puede sentir la alegría de quienes lo rodean dado a que su pasado, su identidad, y las huellas de la reciente violencia experimentada aún lo constituyen:

En medio del frenesí colectivo bebió de manos anónimas el líquido que burbujeaba en una copa de cristal salida de algún lugar de la masa. Cuando se limpió los labios con la palma de su mano, se dio cuenta que aún le quedaban restos de la sangre de Sadik entre los dedos y que sin quererlo también la había saboreado. Entonces llegó al otro Berlín y al final de la guerra fría. En el paladar percibió una sensación salobre, amarga y agria mezclada con el sabor del champagne, mientras confundido con la muchedumbre cruzaba la frontera. Era el agridulce sabor de la sangre, de la gloria y de su destino de guanaco. (Hernández 235)

Bordeando entre lo figurado y literal, el lenguaje del pasaje expresa una de las problemáticas centrales del ex-militante centroamericano en el exilio. Cargando con las marcas del pasado en su cuerpo –“se dio cuenta que aún le quedaban restos de la sangre de Sadik entre los dedos”–, al personaje lo permea una sensación de desacomodo a pesar de anunciado el final de la Guerra. Desde su postura de cinismo y desafecto desarrollada a lo largo de la trama de su vida, “la gloria” del momento final no puede ser más que otra máscara del poder; un concepto traspasado por la violencia, el orden económico, la hipocresía y la muerte. El enunciado entonces no es sino una expresión sarcástica o si se quiere, cínica del claro fracaso de los designios revolucionarios de izquierda a nivel mundial (la Unión Soviética) y local (El Salvador) frente a la “nueva época” la cual se sabe, es igual de exclusionaria.

“Su destino de guanaco” además, se perfila dentro del pasaje como la pérdida de la individualidad. Confundida entre “la muchedumbre” insinúa –a manera de “la muerte del sujeto” de Fredric Jameson–, el final de la experiencia particular del individuo, o la pérdida de su “originalidad” (*El posmodernismo* 114). Para Jameson sin embargo, como para el personaje de Hernández, él, como sujeto, en realidad nunca existió; fue un “mito” de la modernidad –y de las organizaciones político-militares– que trataron de persuadir al individuo en creer que era un sujeto autónomo, individual<sup>39</sup>. Sujeto maleable ante las imperantes del poder, éste no es sólo vendible, sino también –en la expresión del atentado de asesinato evadido por el personaje– descartable. Entrar en consciencia de ello es también entonces su “destino de guanaco”.

El momento del héroe revolucionario, de los “sagrados principios” y de los “grandes ideales”, le ceden el lugar a un nuevo período cuya intención es ahora la invisibilización del pasado. El ex-militante y su historia de lucha, su desencanto y las particularidades de su sobrevivencia en el exilio deben en este momento final de la obra –o de la Guerra– disiparse entre la multitud ahora estimulada por la victoria contundente de “occidente”. Ahí, entre el montón, su especificidad se confunde con la de los muchos otros berlineses, revelándose de golpe la nueva condición post-nacional puesto que junto a la muchedumbre el personaje además “cruza la frontera” sin el enfrentamiento de las barreras. Antes custodiada con ferocidad por guardias de seguridad, ésta ahora permite la entrada libre de la muchedumbre evocando una nueva apertura política pero subrayando también la victoria contundente del capitalismo. En esta última escena de la novela y en el imaginario del ex-militante, la multitud plasmada en el pasaje, contrario a las consideraciones de

---

<sup>39</sup> Por “sujeto” Jameson se refiere a un “ser único” y a una “identidad privada”: “a unique personality and individuality, which can be expected to generate its own unique vision of the world and to forge its own unique, unmistakable style” (*The Cultural Turn* 6).

Antonio Negri y Michael Hardt en sus conocidas teorizaciones sobre la misma<sup>40</sup>, no contiene ya ninguna señal de resistencia. En la perspectiva de Nicolás, el momento de la resistencia como el de la batalla, está perdido: “Se sentía perdido, sin tabla de salvación a la vista, sin posibilidades de ser rescatado por el último “gong” de una batalla incierta, sin esperanzas de que un desconocido manager le tirara la toalla antes de la catástrofe” (Hernández 24). Sujeto de oposición en el pasado, la caída representa su fin como sujeto revolucionario.

Contrariado el procedimiento de izquierda de El Salvador frente al poderío de las superpotencias mundiales, *Berlín años guanacos* destaca el descenso del deseo por resistir lo irresistible. Signo en el pasado de la resistencia, la multitud disipadora de las diferencias es ahora la confirmación del fin; la pérdida del ex-militante y la condena de su historia y momento de lucha al olvido. Como la trama de la novela misma, esta última escena de *Berlín* es evocativa de la sensación de impotencia del sujeto ante los giros de la historia y del poder, o lo que Michel Foucault llamaría la *gubernabilidad*<sup>41</sup>. Enteramente descartada la nación como lugar de lucha para el ex-militante y disipado el espacio colectivo –y público– como lugar de incidencia para el individuo, el cuerpo como veremos, será el lugar predilecto para articular el conflicto del ex-militante. Será también añadiré, el espacio predilecto para abordar la materia de la colonialidad y su poder en tanto traspasan y constituyen al individuo.

### **Cuerpos alcohólicos: Hombres en contra de sí mismos o la colonialidad del ser**

En específica referencia al cuerpo, en “Nietzsche, la genealogía, la historia” Foucault escribe:

---

<sup>40</sup> Véase el último trabajo de Negri y Hardt, *Multitude: War and Democracy in the Age of Empire* (2004), donde los críticos expanden la noción de la multitud elaborada primeramente en su reconocido libro *Empire* (2000).

<sup>41</sup> En *Tecnologías del yo*, Foucault llama gubernabilidad al “contacto entre las tecnologías de dominación de los demás y las referencias a uno mismo” (49). Por “tecnologías”, Foucault se refiere a los procedimientos y conjunciones del poder y el conocimiento, en la medida en que estos contribuyen a la objetificación y al disciplinamiento de los cuerpos.

[...] sobre el cuerpo, se encuentra el estigma de los sucesos pasados, de él nacen los deseos, los desfallecimientos y los errores; en él se entrelazan y de pronto se expresan, pero también en él se desatan, entran en lucha se borran unos a otros y continúan su inagotable conflicto. El cuerpo: superficie de inscripción de los sucesos (mientras que el lenguaje los marca y las ideas los disuelven), lugar de disociación del Yo (al cual intenta prestar la quimera de una unidad substancial), volumen en perpetuo derrumbamiento. (14)

En el siguiente análisis de *Berlín años guanacos* y en el caso particular de otro personaje de *La diáspora*, la acepción del cuerpo como lugar de inscripción del pasado y de deseo concederá a un entendimiento de su consecuente (auto)destrucción. Ésta será entendida análogamente a un “perpetuo derrumbamiento” del discurso de la nación revolucionaria siendo el propósito final de la presente sección crear un paralelismo entre la descomposición de un período-discurso con la del cuerpo del ex-militante. En este sentido se utiliza la representación del cuerpo de Foucault para entender al cuerpo del ex-militante no sólo como depositario de “los desfallecimientos y los errores” del movimiento revolucionario salvadoreño, sino además y por extensión, como lugar de inscripción del fallecimiento de la nación y problemáticamente también, el lugar de concepción de una nueva subjetividad. El tratamiento del cuerpo evidenciará ser el espacio predilecto de articulación del conflicto subjetivo e identitario del ex-militante en su exilio, culminando en una propuesta de autoaniquilación.

Diagnosticado con el “último grado de alcoholismo posible”, el alcoholismo del personaje de Hernández en *Berlín años guanacos* es irreversible. Aunque tratado en el trasfondo de la trama principal, su alcoholismo es paralelo a la evolución de la misma. Persigue al personaje desde los momentos iniciales de su exilio en Budapest hasta el final de la novela, cuando cae el Muro de Berlín y él se pierde entre la marabunta bebiendo champán mientras extasiada la marabunta cruza la frontera anteriormente vedada. Si a nivel explicativo la voz narrativa de la novela de Hernández va desmontando los idearios revolucionarios del personaje y construyendo su visión de desencanto ante la gobernabilidad, a un nivel subyacente esta misma voz narrativa va describiendo la evolución de la

dependencia alcohólica del personaje: sus largas sentadas alcohólicas en bancas, las borracheras nocturnas y sus correspondientes amanecidas en los parques, en las “comisaría locales o en las estaciones intensivas de hospitales”; y entre otros sucesos, los repetidos encuentros amorosos “extasiados de alcohol” con una polaca inmigrante. Aunque permea toda la narrativa, pocas veces el alcoholismo de Nicolás surge de manera explícita en la narración, como en esta:

Recordó la última cita con los doctores de la Nervenlinik Spandau. Ahí le habían aplicado diversas terapias para erradicar la sed etílica. Era inútil. El vicio, en su caso enfermedad crónica, actuaba sobre su voluntad y proceder. Dependía de él, ya que lo primero que necesitaba al despertar a la pesadilla diaria, era un trago fuerte del “blanquito” –vodka o tequila– o del “rojito” –whisky o coñac– para volver a la normalidad. (Hernández 24)

Acompañando su abuso de bebidas alcohólicas encontramos también manifestaciones de inclinaciones suicidas: “Caía en picada al precipicio. Asimiló con amargura esta caída que, no obstante, dejaba abierta una salida digna, el suicidio salvador” (Hernández 25). Aunque no llega a concretizarse, el deseo del suicidio permea la trama como muestra permanente de la desesperanza del personaje frente a su pasado, el presente y el posible futuro. Alude a un cierre total de las posibilidades de poder y a la suspensión de la oportunidad de incidir en su entorno social, político y económico, los cuales le dejan como única alternativa la búsqueda de su propia aniquilación. Asumida su posición de margen y de sujeto descartable en el engranaje del poder, el personaje de Hernández no encuentra razones para seguir vivo. La metáfora de la caída en la cita previamente expuesta, “en picada al precipicio”, apoya esta visión. Sugiere la deriva concluyente del cuerpo militante. En el descenso el cuerpo se convierte en el emblema literal y metafórico de lo que está por morir. “Volumen en perpetuo derrumbamiento” como lo articularía Foucault, el cuerpo aquí reúne, recibe y en su fallecimiento metaforiza la degradación de los idearios revolucionarios y la muerte gradual del sujeto militante.

De igual forma, aunque dentro de una estructura narrativa diferente, *La diáspora* contiene a otro personaje ex-militante y alcohólico, el Turco. A diferencia de Juan Carlos quien como ya

exploramos en la previa sección desarticula el sueño revolucionario por medio un discurso analítico desde los parámetros del sujeto moderno, el Turco lo desarticula a través de un discurso de insolencia, enfatizando paralelamente la destrucción alcohólica de su cuerpo. Sarcásticas o cínicas –y como veremos en la próxima sección de este capítulo, masculinistas–, las enunciaciones del Turco se reducen a invectivas indirectas destinadas a molestar a su receptor o a reafirmar su repudio ante la degradación de la metanarrativa revolucionaria. Desde la perspectiva de Juan Carlos, “no valía la pena discutir de política con el Turco. Era visceral, intransigente, resentido, cruel, obsesivo. La gracia era oírlo” (*La diáspora* 30), tal como lo evidencia el siguiente pasaje en un bar:

¿Qué putas iba a regresar a hacer a El Salvador? Ese país está maldito. No tiene salida. La revolución ya la chingó. ¿Qué otra cosa queda? [...] No, cabrón, hay que ser realistas. Ese pinche país se pudrió a lo pendejo. Imaginate, qué voy a ir a hacer yo ahí como músico. A tener que lamerle el culo a una manada de imbéciles para conseguir un empleo cualquiera. Si triunfara la revolución, sería peor...

Llamó de nuevo al mesero.

[...] ¿Te digo por qué? Porque ninguno de esos cerotes que dirigen la revolución tiene la puta idea de lo que es el arte. Creen que es la cancioncita antes del discurso y ya. Se muestran interesados porque saben que les produce dinero de la solidaridad internacional. (*La diáspora* 30-1)

Desde la perspectiva del Turco, la música –y por extensión las artes–, dejan de tener un valor intrínseco en el orden revolucionario, convirtiéndose también en mero objeto rentable a disposición de los intereses monetarios del Partido. El artista revolucionario en este sentido se convierte en instrumento de la organización político-militar a la que pertenece, usándose como fuente de su ganancia material y reducido a la función de peón. Antitético a los preceptos estipulados anteriormente por López Vallecillos sobre el arte en función de lo social que rigió el imaginario literario del período guerrillero, aquí el arte se coloca en función de los intereses de la organización revolucionaria y de su directiva, contradiciendo sus propias teorizaciones sobre la misma. Si a nivel de discurso la organización objetó representar el deseo de las “masas”, en la práctica se valió del discurso social en beneficio de sí misma. El alcoholismo del Turco en el exilio se relaciona directamente al repudio de esta contradicción. Como en este pasaje, no hay momento alguno en el

texto donde éste se enuncie desde la sobriedad. Su alcoholismo se convierte en el conducto de su expresión.

La última subsección de *La diáspora* intercala escenas del Turco en un estado miserable de intoxicación alcohólica (por el exceso de vino de la noche anterior vomitaba “hasta lo que no se había hartado”), con escenas de su pasado (159). “Sentado, virtualmente abrazado a la taza del excusado” y en espera de la próxima contracción vomitiva, al Turco se le vienen recuerdos de su militancia como músico representante de la revolución salvadoreña. Recuerda entre muchos otros momentos, la sensación de poder que llegó a sentir subido en los escenarios de Ámsterdam, Bruselas, Madrid, Fráncfort, Londres y París durante la década de los años setentas. El personaje se sentía en la cima del mundo:

Todo mundo los aplaudía, le decía[n] que sus canciones eran preciosas y la lucha ejemplar. El Turco llegó a creer realmente, que él era uno de los principales músicos, no de Latinoamérica, sino del tercer mundo. Era la fama, la sensación de poder, los culos, sobre todo los culos. Nunca en su vida hubiera imaginado que muchachas tan hermosas terminarían en su cama. Ahora se conformaría con una de ellas. Aunque fuera Carmen. Con tal de no tener que estársela jalando como loquito ahí en el baño. (Hernández 166)

Evocando la naturaleza ubicua del poder articulada por Foucault, sobre todo la manera en que el sujeto es en todo momento atravesado por sus relaciones, la militancia del Turco no podría ser considerada independientemente de ellas. La organización revolucionaria ejerció un biopoder sobre este personaje impregnándolo de lo que en términos marxistas se llamaría una falsa consciencia; al pertenecer a los estratos bajos del poder político y económico de las jerarquías revolucionarias e internacionales, éste adopta una ideología burguesa creyéndose “uno de los principales músicos, no de Latinoamérica, sino del tercer mundo”. Instrumentado como objeto utilizable por parte del poder de su propia organización político-militar, el Turco sin embargo lo obviaba. En su colaboración más bien propagó el ideario de la lucha revolucionaria aceptando sin cuestionar su participación en la “cancioncita antes del discurso”, cantándole a millares de personas sobre los



sueños y las conquistas de la revolución salvadoreña, “vociferando contra los enemigos del pueblo” y en cada una de sus apariciones públicas arriesgando su vida. Esto hasta que empezaron a controlarle de cerca la letra y la música de cada una de sus composiciones:

Porque llegó el Jute, un poeta de quinta categoría, con desplantes de mesías y la orientación del Partido para formar un frente cultural en el exterior. Pero el Jute era un animal. Y lo primero que hizo fue querer meterlos en cintura. Y así ya no se pudo: exigía que por nada del mundo bebieran, mucho menos se dieran un toque o cogieran con la primera compañerita que se les pusiera enfrente. Por si esto fuera poco, les boicoteó la grabación de un disco con el argumento de que él, como responsable cultural, tenía que aprobar con anterioridad la letra y la música de las canciones. (*La diáspora* 167)

Por medio de una serie de regulaciones al cuerpo y a la expresión, la organización instrumentaliza una tecnología individualizante del poder fundamentada en inspeccionar a los militantes y dictaminar sus comportamientos. Ello con el fin de reproducir cuerpos dóciles sujetos al orden disciplinario de la misma. Análogo al papel del Estado en la forma articulada por la conceptualización del ya mencionado biopoder de Foucault, este proceso se basó en la disciplina revolucionaria como instrumento de control del cuerpo social, ingresando en él hasta llegar a sus átomos: los individuos particulares. En el caso del Turco, el personaje en un principio confundió el poder de la organización con su poder individual, creyéndolos uno mismo. Su caída en la abyección alcohólica por lo tanto, también representa la entrada en consciencia de lo que el personaje de Hernández en *Berlín años guanacos* articula progresivamente a lo largo la obra y lo que Juan Carlos también concluye a través de sus reflexiones: que ese poder nunca fue ni sería suyo. Al quedar separado de la organización el ex-militante queda despojado del ejercicio del poder porque hasta entonces entrevé que el poder siempre fue institucional, y no individual. Nocivo, el poder desde siempre, o como lo articularía Leela Ghandhi, “siempre ya” (“always, already”)<sup>42</sup>, lo excluyó.

---

<sup>42</sup> En su rastreo de Foucault, Leela Ghandhi escribe sobre la concepción del poder del mismo: “According to Foucault, there is no ‘outside’ to power – it is always, already, everywhere” (Ghandhi 14).

Cada uno de los ex-militantes en su propia capacidad concluye que carece de valor humanista porque de objeto de control revolucionario pasó a ser sujeto desechable, posición que se ven forzados a asumir para irónicamente, sobrevivir. Por ello, no debe extrañarnos de que en México, después de tan vigorosamente repudiar la utilización de su música en tanto comodidad de consumo por parte del orden revolucionario, el Turco acabe también por venderla. Al ser despedido de su último trabajo de pianista en un bar, forma con otros músicos mexicanos un conjunto, pero ya no “para tocar esas cancioncitas pendejas puestas de moda por los cubanos, sino un grupo de jazz”, con el cual se prepara para “vender presentaciones” y, “con suerte”, hasta “grabar un disco” (*La diáspora* 148).

### ***“Why go on?”***

En general, aunque la sociología, psicología y psiquiatría concuerden en que la práctica de la autodestrucción alcohólica sostiene una relación estrecha con la sociedad en la que habita el sujeto, éstas ultimadamente la definen como una experiencia centrada en el individuo; en su forma de lidiar con las contrariedades que lo abaten, con su medio y con sus sentimientos<sup>43</sup>. En este entendimiento, el alcoholismo es visto como un anestésico adormecedor de los sentidos. Es un escape a las problemáticas que doblegan al *yo* en sus experiencias y perspectivas particulares. Conducta “temporal” y hasta una forma de “suicidio lento” como ya ha sido notado por George Howe Colt en *November of the Soul: The Enigma of Suicide* (2006), el alcoholismo se entiende por lo general en su circunstancia individual (57). O bien, lo que se expone en la imagen de un *hombre en contra de sí mismo*.

---

<sup>43</sup> Véase entre los cuantiosos estudios sobre el alcoholismo, el trabajo de de Norman K. Denzin. En *The Alcoholic Society* (2009) Denzin lo define así: “a disease of conduct that is emotional, interactional, temporal, and relational. Alcoholism is rooted in the self-definitions and self-feelings of the alcoholic. The term *alcoholism* references, then, a twofold phenomenon. First, excessive, addictive drinking is at the heart of alcoholism. Second, drinking masks underlying interactional processes embedded in the self of the drinker. These processes structure the lived experiences of the alcoholic. Alcohol is used as an anesthetic to escape from deep problematics of self, including a basic uneasiness with living in the world without the aid of a drug (Denzin xxvii-iii)

Propongo otra lectura. Más allá de un “escape” o condición temporal de conducta, la práctica de autodestrucción alcohólica reitera lo viable de la muerte y la descomposición como parte de la vida cotidiana de estos sujetos centroamericanos, noción fundamental para entender la manera en que la colonialidad del poder incide en el ser. A través de una consciencia de este continuo, se evoca entonces otra lectura de los textos expuestos: aquella que tome en cuenta la circunstancia y constancia de la guerra y la muerte en la experiencia centroamericana, tanto en su sentido literal (histórico) como en su sentido más profundo, el de la colonialidad. A través del suicidio físico y simbólico en el exilio los ex-militantes reflejan procesos de descomposición, de abyección y de fragmentación que contextualmente simbolizan la continuación de exclusiones y desechabilidades anteriores y futuras. Si previo al período de las guerras civiles estos sujetos se vieron inmersos en condiciones económicas, políticas y sociales que dictaminaron la inmediación de la muerte como norma para la mayor parte de los sujetos centroamericanos como resultado del “estado de excepción” en el sentido de Agamben, durante el período de las guerras civiles (1960-1996), su constitución como revolucionarios los empujó aún más hacia una experiencia-límite en el sentido foucaultiano. Las cartas escritas por el hermano de Nicolás desde las trincheras de la guerrilla salvadoreña en *Berlín años guanacos* evidencian sólo parte de las extremidades de la violencia experimentada a diario durante el período de las guerras centroamericanas:

*De otro caso que quería hablarte es de tu amiga Nora. Ella terminó Psicología y estaba preparando la defensa de su tesis, cuando fue secuestrada junto con su novio, el Chele Licho. Su familia, de buena posición social, la buscó por todos los centros penales del país, sin resultados. Como a los tres meses de desaparecida, les avisaron a sus padres que habían encontrado un cadáver con las señas y apariencias de Norita. Se encaminaron inmediatamente al lugar donde estaba el cadáver, y se trataba de ella. Pero estaba embarazada, cosa inusitada pues cuando desapareció no estaba encinta. Lo monstruoso sucedió durante la autopsia cuando comprobaron que en realidad no era embarazo la causa de su abultado vientre, sino que en el interior del mismo le habían metido la cabeza de su novio, y luego la habían cosido para dar la impresión de un embarazo. Vieras qué impacto. Don Lucio, el papá, se volvió loco desde ese instante hasta el día de hoy, y su mamá, una señora cuarentona con mucha energía, de un momento a otro encaneció por completo, envejeció de golpe más de veinte años. (Hernández 16)*

Los testimonios sobre los abusos de la violencia abundan tanto en el texto de Hernández como en la producción literaria representando las guerras. Ésta, como ya se ha mencionado, incluso puso al istmo centroamericano en el mapa internacional de los años ochentas.

El traspase a la posguerra, al exilio y a la diáspora implica sólo una transformación de las formas y las condiciones de la violencia en el transistmo centroamericano<sup>44</sup>. Tanto la literatura de posguerra surgida en la región como los dos textos del exilio aquí explorados insisten en presentar a sujetos traspasados por ella (la violencia), sea en su forma autoinfligida o sea ya en la forma de condicionamientos externos a ellos. Bordeando la trama principal de *La diáspora* por ejemplo, encontramos la penetración de la violencia en las historias de migrantes centroamericanos en México y Guatemala, algunos rumbo a Estados Unidos y Canadá, otros ya radicando en la capital mexicana. Desde el tener que enfrentarse a la discriminación verbal hasta ser víctimas de asesinatos, se torna claro dentro del marco narrativo del texto que esos personajes marginales han dejado una experiencia de guerra para llegar a otra. Para ellos la diáspora y la posguerra significan un espacio más de sujeción. Aún así, la máxima manifestación de la violencia en ambas novelas se da través de la aplicación de ella por el propio (ex)militante. Como ya se ha mostrado, a través de su alcoholismo este ex-militante incide de manera letal sobre su propio cuerpo, destruyéndolo.

Es en la autodestrucción del militante que se articula la trama principal de despojo, exclusión, y muerte del sujeto revolucionario como también, el final de la posibilidad de transformación social en el imaginario social centroamericano, tanto dentro como fuera de la región.

La marginalización del poder institucional del ex-militante y su estatus de sujeto prescindible en el nuevo orden económico neoliberal invocan lo denominado por el pensador martinico Frantz

---

<sup>44</sup> Empleo aquí el concepto de Ana Patricia Rodríguez de “transistmo”, el cual abarca a todos los países del istmo centroamericano y la diversidad de lugares de su diáspora. Para una descripción del término véase la introducción de este trabajo o el trabajo de Rodríguez, *Dividing the Isthmus: Central American Transnational Histories, Literatures, and Cultures* (página 2).

Fanon, al referirse a los siempre desheredados del poder gubernamental y colonialista, los “*damnés*” – o “condenados” de la tierra (*Los condenados*). Para Fanon, este ser:

quien en este respecto se asemeja a los hombres en países subdesarrollados o a los desheredados en todas partes de la tierra, percibe la vida, no como un florecimiento o desarrollo de su productividad esencial, sino como una lucha permanente contra una muerte omnipresente. Esta muerte siempre amenazante es materializada en la hambruna generalizada, el desempleo, un nivel alto de muerte, un complejo de inferioridad y la ausencia de esperanza por el futuro. Todas estas formas de corroer la existencia del colonizado hacen que su vida se asemeje a una muerte incompleta. (*Los condenados* 115)

Racializado y en consecuencia inferiorizado dentro de los marcos del poder, para Fanon como desde los parámetros la colonialidad, el *damné* es un sujeto condenado a lo que Nelson-Maldonado Torres ha llamado la “no-ética de la guerra en la modernidad”, concepto ya previamente también explorado (“Sobre la colonialidad del ser” 148). Contrario al sujeto no-racializado, el *damné* ve su funcionamiento dentro de la sociedad intervenido por su inmediata necesidad de sobrevivencia. Es en esa batalla permanente por subsistir en la cual prevalece la constancia de la violación corporal y la muerte, inscribiéndose como argumenta Maldonado-Torres, en sus cuerpos: “Mortandad y violación corporal están inscritas en las imágenes de los cuerpos coloniales. Faltándoles autoridad verdadera, los hombres colonizados son permanentemente feminizados” (“Sobre la colonialidad del ser” 148). La feminización del ser, como la persistencia de la no-ética de la guerra, evocan entonces la repetida violación de la colonialidad sobre el cuerpo. Ambos ejercicios del poder dejan a esa entidad cuerpo sin otra alternativa que la de existir como cuerpo en permanente transgresión o, en la articulación de Foucault, en el emplazamiento de un “volumen en perpetuo derrumbamiento”. Condiciones transfigurables no obstante, la muerte y la violación se manifiestan no sólo en su forma literal sino también en los espacios más intestinales del *damné*. De ello que el “complejo de inferioridad” y la “ausencia de esperanza en el futuro” lo constituyan, organizando su forma de percibirse dentro del mundo material que lo rodea. Ese mundo también le reafirma constantemente su estatus de inferioridad dejándolo sin esperanza de incidir sobre su propio destino y el de sus semejantes. Su

ambiente de esta manera entabla al *damné* a una guerra cotidiana contra esa lógica administrativa, ya que le regula desde su cuerpo hasta los lugares más recónditos de su imaginario.

La teorización de Fanon sobre el condenado conlleva a un entendimiento de la muerte como condición no sólo física, sino también subjetiva. Surge de esta conjunción lo que Maldonado-Torres llama la colonialidad del ser.

Para mejor entender ese vínculo, entre colonialidad del ser y *damné*, la definición literal del *damné* resulta bastante útil. Maldonado-Torres señala que:

Émile Benveniste ha mostrado que el término *damné* está relacionado, etimológicamente, con el concepto *donner*, que significa “dar”. El *damné* es, literalmente, el sujeto que no puede dar porque lo que ella o él tiene ha sido tomado de ella o él. Es decir, *damné* se refiere a la subjetividad, en tanto fundamentalmente se caracteriza por el dar, pero se encuentra en condiciones en las cuales no puede dar nada, pues lo que tiene le ha sido tomado. (“Sobre la colonialidad del ser” 151)

Traspasado por la aplicación material y cultural de la colonialidad, el condenado queda en una posición de invalidez. Se percibe a sí mismo sin la posibilidad de poder contribuir a la sociedad porque los elementos de creatividad que pudo haberle aportado a una colectividad le fueron obstruidos. De esta contención emerge entonces la pregunta ya articulada por Lewis Gordon<sup>45</sup> y Ralph Ellison<sup>46</sup> recopilada en las anotaciones iniciales de la colonialidad del ser de Maldonado-Torres. Si por su naturaleza misma, el *damné* es sujeto desde siempre ya sentenciado a una condición de abyección (y muerte), entonces “*why go on?*”:

*(why go on?)* [...] Es una pregunta que ilumina la condición de los condenados de la tierra. “¿Por qué continuar?” La pregunta sólo está precedida por una expresión que revela a primera instancia la presencia de la colonialidad del ser: el grito/llanto. El grito/llanto: no una palabra sino una interjección, es una llamada de atención a la propia existencia de uno [...] El grito/llanto apunta a la condición existencial del mismo. El condenado o *damné* no es un “ser ahí” sino un no-ser o, más bien, como

---

<sup>45</sup> Lewis Ricardo Gordon, nacido en 1962, filósofo, ha publicado varios estudios sobre la temática de raza, racismo y fenomenología postcolonialista. Entre sus trabajos, están: “African-American Philosophy, Race and the Geography of Reason” (2006) and *Existential Africana: Understanding Africana Existential Thought*, (2000).

<sup>46</sup> Ralph Waldo Ellison (1914–1994) fue ensayista, crítico literario y novelista. Entre sus novelas más destacadas, está, *Invisible Man* (1952).

Ralph Ellison (1999) lo elaboró tan elocuentemente, un ente invisible. (“Sobre la colonialidad del ser” 150)

“¿Por qué continuar?” para Gordon, Ellison y Maldonado-Torres se ubica al centro de la filosofía existencial de la diáspora africana y, argumento aquí, también al centro de la filosofía existencial del sujeto ex-militante de la diáspora centroamericana. Desheredado del poder, desligado del cuerpo de la nación cuya esperanza de cambio se vio impedida por la gobernabilidad y los ejercicios del biopoder de las organizaciones de izquierda a las que perteneció, racializado en el exilio por su condición diferenciada de salvadoreño, inferiorizado y descartable por el mercado, la práctica de autoaniquilación del ex-militante responde directamente a esta filosofía existencial. Su muerte se inscribe en la plena resignación de lo que Fredric Jameson llamaría el “individuo autónomo” en la presente fase del “capitalismo avanzado”. Aunque autónomo nunca lo haya sido porque el *damné* ex-revolucionario centroamericano desde siempre hubo y habría perdido la batalla del poder.

### **“Culos”, “culitos”, “culazos” o la imposibilidad de muerte del sujeto *más-culinista***

Pese a proferir la muerte del sujeto revolucionario y desarticularse en tanto sujeto doblegado por el poder institucional, en el exilio el ex-militante es incapaz de abandonar las prácticas de poder masculinistas que rigieran su previa identidad. Fuera del espacio de la nación éste continúa negando y limitando al sujeto femenino, imprimiendo sobre ella una forma de violencia epistémica anuladora de su agenciabilidad. Esta práctica es análoga a la ya referida por Saldaña-Portillo e Ileana Rodríguez sobre el “hombre nuevo” y su tratamiento de la femineidad durante el período guerrillero centroamericano. Según estas críticas, las textualidades escritas por hombres abogando por los movimientos revolucionarios “desaparecieron” a la femineidad en tanto “signo y referente”. La excluyeron del proyecto de la formación de la nueva nación: “time and again the feminine is introduced and appropriated by the new man in order that woman, as sign *and* as referent, may ultimately disappear entirely” (Saldaña-Portillo 79). Relegada a la retaguardia de la denominada

vanguardia, ella se convierte –junto a las subjetividades indígenas y afro-descendientes de la América Central y el Caribe– en otro sujeto/objeto de control del “hombre nuevo” por quien éste deberá tomar decisiones y a quien éste podrá disciplinar. En esas textualidades de guerra como en las dos de interés del presente capítulo, esta “desaparición” convierte a la mujer en sujeto/objeto *representable* por la voz enunciativa masculina, quedando ella sin espacio propio de enunciación. “Enteramente masculinos”<sup>47</sup> tanto el sujeto revolucionario como el ex-revolucionario la subalterniza(ro)n en sus narrativas de ascenso y descenso, desplegando en ese proceso lo que María Lugones llamaría la reproducción de prácticas de poder de “la colonialidad del género” entre los mismos sujetos racializados (Lugones 1). “Indiferente” hacia la sistemática represión de la mujer, y desde la perspectiva de la colonialidad del poder, el hombre racializado *también* “colabora con la dominación violenta de las mujeres de color” (Lugones 1). Añadiría yo también sin embargo que éste *también* colabora en la dominación violenta de las mujeres anglo-europeas, como lo veremos a continuación. Mujer siendo la entidad a inferiorizar.

En los textos analizados en este capítulo, el lenguaje del Turco, Juan Carlos y Quique es particularmente emblemático de esa colaboración. Son pocas las instancias en las cuales los personajes femeninos en *La diáspora* no sean referidos o definidos en términos de una de sus partes corpóreas: “culo”, “culito”, –en su forma plural “culos”, “culitos”–, y hasta “culazos”. Lo es una de las compañeras de trabajo de la agencia de prensa (“buen *culito*”); lo es la personaje argentina ex-montonera, Rita, quien le ayuda a Juan Carlos a conseguir ayuda financiera y asilo político en México (“Recordó la calificación de Gabriel: «es un *culazo*»”); lo son todas las salvadoreñas y “gringas” solidarias con la revolución salvadoreña residiendo en México (“Había un par de *culos* a los que no conocía; una, evidentemente era gringa”); y las personajes mexicanas (“Pero el Negro siempre

---

<sup>47</sup> Este es uno de los apelativos de Saldaña-Portillo para referirse al sujeto revolucionario. Véase su tercer capítulo, “The Authorized Subjects of Revolution”.



invitaba a otros amigos mexicanos y, lo básico, a buenos *culitos*, de aquellos a los que todavía les parecía exótico terminar en la cama con un centroamericano”) (*La diáspora*, 74, 22, 145, 144). A lo largo de la narrativa el tropo “culo” reemplaza cualquier otro posible rasgo identitario para referirse al sujeto femenino, evidenciando la sobrevivencia de la dualidad moderna/colonial de cuerpo/no-cuerpo en el imaginario y discurso tanto del que aún milita (Quique) como del pronunciado ex-militante (Juan Carlos y el Turco).

Estrechamente vinculada no sólo a la manera en la cual (re)producimos el conocimiento sino también a la manera en que experimentamos nuestras relaciones de raza y género, para Aníbal Quijano la idea de la diferenciación entre el cuerpo y el no-cuerpo, “es parte de un larga historia del mundo cristiano sobre la base de la idea de la primacía del «alma» sobre el «cuerpo»<sup>48</sup>, idea transfigurada en el siglo XVII con Descartes:

Con Descartes lo que sucede es la mutación del antiguo abordaje dualista sobre el “cuerpo” y el “no-cuerpo”. Lo que era una co-presencia permanente de ambos elementos en cada etapa del ser humano, en Descartes se convierte en una radical separación entre “razón/sujeto” y “cuerpo”. La razón no es solamente una secularización de la idea de “alma” en el sentido teológico, sino que es una mutación en una nueva id-entidad, la “razón/sujeto”, la única entidad capaz de conocimiento “racional”, respecto del cual el “cuerpo” es y no puede ser otra cosa que “objeto” de conocimiento. (“Colonialidad, eurocentrismo y América Latina” 224)

Al objetivizarse, el cuerpo se convierte en entidad de control y dominación por parte del sujeto pensante capaz ahora de intervenir en su universo por medio del uso libre de su razón. Este sujeto pensante, (el yo del “*yo pienso, luego existo*”<sup>49</sup> cartesiano) como lo articulan Ramón Grosfoguel y Enrique Dussel en sus teorizaciones sobre la “ego-política del conocimiento”, aunque se presente a sí mismo como entidad “abstracta” sostiene una ubicación específica dentro de las relaciones del

---

<sup>48</sup> Para Quijano, la idea de la primacía del alma sobre el cuerpo es incoherente incluso dentro de la misma lógica cristiana. Escribe: “Ciertamente, es el “alma” el objeto privilegiado de salvación. Pero al final, es el “cuerpo” el resurrecto, como culminación de la salvación” (“Colonialidad, eurocentrismo y América Latina” 223).

<sup>49</sup> *Cogito ergo sum*

poder en la colonialidad/modernidad. El “yo” en ese “yo pienso” no queda exento de contener determinado género, sexualidad, sociabilidad, y “color”. No puede por lo tanto ser ni abstracto ni objetivo en su enunciación puesto que se manifiesta siempre desde alguna posición de poder. En el caso de *La diáspora*, este sujeto, aunque racializado, resulta además ser hombre, mestizo, de clase media y heterosexual. No pudiendo desemblematizar las prácticas de género que lo conforman, mantiene a la mujer/cuerpo en posición de dominio, explotación y control.

En la asociación directa de las mujeres con variaciones del término *culo* se articula la noción de que éstas son seres no-pensantes. Los personajes masculinos en *La diáspora* las tratan y refieren repetidas veces como “babosas”: “¿Y la babosa con la que estabas bailando?” (151). O como “mamonas” incapaces de sostener una conversación racional de acuerdo con su rango. Al entablarse una conversación entre un periodista argentino, Juan Carlos y el Turco por ejemplo, éste último dice:

La gringa hablaba sobre las dificultades del movimiento de solidaridad en Estados Unidos, pero no le puse atención. Tenía una cara de mamona que no podía con ella. Le espeté que los gringos nunca entenderían qué carajos sucedía en nuestros países, pues únicamente estaban interesados en purgar su complejo de culpa, su mala consciencia: se asustan por las divisiones y los crímenes en las filas revolucionarias, cuando todas las revoluciones han estado infestadas de mierda [...] La gringa estaba en las nubes. (152-3)

No teniendo capacidad de análisis político según el Turco, ni identidad fuera de la periferia de su cuerpo, las mujeres en *La diáspora* se convierten en objetos aprovechables para el gozo sexual masculino, siendo por su condición de objeto, incluso traspasables. En algún momento de la narración éste y Juan Carlos conversan:

- [J.C.]: -Por principio no me meto con mujeres casadas.  
[T]: -Ay tú. No jodás. Los principios me los paso por los huevos. Lo único que te digo es que antes que ese cerote se la levante me la cojo yo.  
[J.C.] -¿Y la babosa con la que estabas bailando?  
[T]: -Está en el baño. Buen culo, ¿verdad? Es la reportera estrella del Negro. El pendejo ese de Fausto la anda taloneando. Con esas piernas que tiene, vos te cagarías. ¿Estás seguro que no andás con Carmen?  
[J.C.]: -Sos necio... Ya te dije que no soy su marido.  
[T]: -Es que yo se la voy a quitar a ese trompudo. No es posible que acabe con él.  
[J.C.]: -¿Y le vas a dejar la otra chava a Fausto?

[T]: -Pasame ese jamón... Voy a tener que escoger. Ah, ya sé. Si te hace mucho pedo de conciencia cogerte a Carmen, te paso a Ana y ya la hicimos. Ahorita que salga del baño te la presento y empezás a bailar con ella. No te vayas a aculerar” (*La diáspora* 151)

Sumiéndola en la abyección de ser reducida a mercancía con valor de uso y valor de cambio, en *La diáspora* la mujer es convertida en fetiche transferible para gozo y uso exclusivo del sujeto masculino. Carente de agenciamiento, en su categorización de cuerpo ella es enteramente negociable, dominable y según las pretensiones del hombre, (des)aparecible. A manera de una inversión del poder, el hombre transfiere las prácticas del biopoder ejercidas sobre sí por la gobernabilidad al sujeto mujer. Así como él es invisibilizado en tanto hombre condenado en la acepción fanoniana, ella también es hecha invisible por la práctica de género masculinista del (ex)militante. Sustraída de voz, ella queda en el silencio receptivo del poder articulador del hombre.

“Ninfómana”, uno de los únicos dos personajes femeninos en *Berlín años guanacos* –Natalí–, también ocupa una posición marginal dentro de la trama del declive del héroe militante. Exilada polaca en Berlín occidental, Nicolás no obstante, la considera su semejante:

Eran con discordancias, vidas paralelas. Inmigrantes, sin fe en el futuro, no pertenecían a secta, partido o iglesia. Bailaban en una orgía de blasfemias, renunciadas políticas, traiciones a causas perdidas y el más absoluto egoísmo. [...] Vivían el día, les importaba un comino el ayer o el futuro [...] Eran actores sin escenario, nadando en la inmundicia del exilio y el goce masoquista de su frustración. (Hernández 37, 40)

Como personaje sin embargo, Natalí queda circunscrita al papel de amante. Ella es quien le brinda el único goce que Nicolás en su alcoholismo y condición suicida es capaz de disfrutar: el de su sexualidad. Pese a su condición de deterioro físico y emocional en Berlín, Nicolás se muestra siempre enérgico en sus encuentros sexuales con ella: “sin pausa y con mucha prisa” a veces, “con un interminable movimiento sexual” otras, “con intervalos de pocos segundos”, o “por largas horas” (36-37). Ella también entra en la “batalla” carnal, dándole todo de sí a Nicolás y satisfaciendo cada uno de los deseos sexuales de éste. Entrando y saliendo de la trama sólo en los momentos de

apetencia sexual de Nicolás, ella ésta siempre a su disposición: “Demasiado temprano para visitas – informó molesta, pero luego de una corta pausa continuó–, en fin, abriré la puerta y cuando llegues déjame dormir una hora más” (Hernández 23). Natalí, como el otro personaje femenino de quien sabemos muy poco y a quien sólo se menciona circunstancialmente a principios de la trama de la novela de Hernández, va lentamente desapareciendo del texto conforme el ex-revolucionario va articulando las condiciones del fin de su militancia.

Tanto en *La diáspora* como en *Berlín años guanacos* los personajes femeninos quedan enteramente excluidos de la articulación de la descomposición del héroe militante. Habiéndolas internalizado como seres inferiores a ellos, los exmilitantes emblemizan prácticas misóginas y heterosexistas de género que forman parte de una economía de abuso sexual, explotación y control. Como dice Maldonado-Torres, la ética del ego conquiro rigiendo al sujeto no racializado en la modernidad/colonialidad deja de ser sólo un código especial de comportamiento –legítimo sí en periodos de guerra–, para convertirse en las Américas en una conducta jerarquizada y explotadora de las mujeres y de los sujetos racializados (“Sobre la colonialidad del ser” 139). La expresión máxima de la colonialidad del poder, como lo hace ver Lugones en “Colonialidad del género”, está en la perpetuación de esta práctica por el propio sujeto racializado, el cual “indiferente” al desfallecimiento de la mujer en su narrativa de descenso, continúa el ciclo de la violencia a la que él también, por otras vertientes, está sujeto.

## **Conclusiones**

La diáspora y Berlín años guanacos articulan la muerte gradual del sujeto revolucionario pronunciando a su vez el rasgo anti-humanista del momento neoliberal. En estas textualidades del exilio el sujeto que intentó auto-concebirse en función de parámetros revolucionarios occidentalistas

comienza a desaparecer conforme la máquina de representación que conceptualizó dicho modelo va a su vez desapareciendo. Ese modelo de subjetividad va siendo desautorizado por un nuevo régimen de sujeción —el del mercado—, perdiendo agenciamiento como creador de sentido simbólico y obligando al individuo a replantear los parámetros de su identidad y los de su participación en el espacio social. Si éstas fueron anteriormente condicionadas por los preceptos marxistas de liberación social en la forma implementada por las organizaciones político-militares a las que pertenecieron, en su exilio su identidad y participación están ahora sujetas a la imperante necesidad de sobrevivencia dentro de la nueva circunstancia post-nacional. Al entrar en consciencia de su continuada inferiorización dentro del poder institucional, en la post-nación éstos optan por asumir su posición de margen retirándose por completo del espacio social y autoexiliándose en sus cuerpos, el cual hemos visto, aniquilan.

La destrucción del cuerpo metaforiza la destrucción de las fallas y los errores del pasado revolucionario, concibiendo el tropo de la ruina como articulador de la nueva subjetividad. A través de su descomposición el ex-militante desmonta los aparatos discursivos que fundamentaran su previa pretensión de liberador del pueblo articulando en vez un escepticismo ante los dictámenes totalizantes del poder institucional. En dicho proceso el ex-militante termina de fragmentar el concepto de la nación imaginada, viéndola no ya como un lugar de lucha y posibilidad, sino en la imagen de su contrariedad. Las contradicciones del proceso revolucionario y la inmersión de la nación en procesos fuera de su control han forzado al militante a distensionar su resistencia abandonando además los idearios que la informaran. Derrotada y suscrita a la instrumentalización, tanto la nación como él, quedan bajo el sometimiento del poder monetario y su control. Condenado a la ubicación de sujeto afuera de la historia en el marco de la colonialidad, el ex-militante concede a la aceptación de que él no pudo ni podrá dominarla. La nación representa pues, su más grande (des)ilusión.

La “muerte incompleta” del damné fanoniano expresa la experiencia del ex-militante, y la interrogante “*why go on?*” de Ralph Ellison y Lewis Gordon fundamenta las circunstancias de su resentida (in)existencia/invisibilización en el marco del poder institucional. La normalización de la no-ética de la guerra ha hecho de su cotidianidad una lucha constante por la sobrevivencia situándolo en el emplazamiento del “no-ser” estipulado por Maldonado-Torres en su conceptualización de la colonialidad del ser. Si previo al momento revolucionario la realidad social del entorno centroamericano ya experimentaba la cercanía de la muerte como marca de lo consuetudinario, en el momento de las guerras civiles del istmo, la muerte y la violación como experiencias cotidianas se ven sólo intensificadas. Asimismo, como lo percibimos en estas nuevas textualidades, la finalización del período guerrillero representa no un fin a la muerte y a la transgresión en la experiencia de los cuerpos centroamericanos sino su transformación y continuidad. Sujeto/objeto desechable en la diáspora, el sujeto centroamericano permanece en la constante batalla por sobrevivir la muerte. Como lo poetizara el pensador martinico en sus escritos políticos, la entidad racializada al encontrarse sin nadie más que consigo mismo –sin familia, sin amor, y sin relaciones humanas: “will feel himself emptied, without life, in a bodily struggle with death, a death on this side of death, a death in life” (Fanon, *Toward* 13). Despojada de su núcleo, la presencia de la muerte persigue al ex-militante, doblegándolo hasta el punto de conducirlo a practicarla sobre sí mismo.

Otra expresión de la colonialidad en estos textos se da en la constitución de la indiferencia del sujeto masculino hacia la mujer. Inferiorizada por el ego-conquero traspasando al hombre racializado, ella es hecha invisible en la narración del descenso revolucionario. Desplazada hacia el lugar de objeto representable, la voz enunciativa masculina confirma su exclusión histórica de los espacios discursivos centroamericanos. Si entre las textualidades mestizas de las guerras ella fue objeto de representación y control, en el exilio ello no ha cambiado. No pudiendo deshacerse de sus

monóculos masculinistas arrastrados del pasado, el ex-militante la mantiene en posición de pasiva receptora de su dominio, dándole utilidad sólo para satisfacer sus urgencias sexuales. En el cuerpo de la mujer/objeto representable y posteriormente desaparecida de la textualidad, se encuadra entonces la profundidad del impacto de la colonialidad sobre las subjetividades racializadas. El *damné* substraemos, es también fuente reproductora de la intención inferiorizante de la colonialidad y su poder. Nadie queda exento.

A nivel literario, la muerte del sujeto revolucionario implicó el final de la metanarrativización del istmo centroamericano. En la articulación de Nicolás en *Berlín años guanacos*, “la convicción de volverse no sólo un literato de renombre, sino de escribir la obra fundacional de su aldea en pañales, había terminado en quimera” (Hernández 25). Clausurado el momento del heroísmo protagónico y dispersos los fragmentos del cuerpo centroamericano a lo largo de diversidad de fronteras nacionales, el letrado queda en la tarea de brindarle sentido a los escombros de las guerras bajo los dictámenes del nuevo régimen de sujeción. Debe, por las nuevas circunstancias, abandonar el espacio nacional y regional como lugar privilegiado de su enunciación, pudiendo ahora sólo expresarse desde el punto referencial de su propia perspectiva en el vasto campo del desplazamiento centroamericano. Como veremos en los próximos dos capítulos, la voz del ex-militante se encuadrará dentro del surgimiento de múltiples otras voces y posicionamientos en lo que respecta a la tarea de brindarle sentido a la experiencia de la posguerra en el exilio y la diáspora. Si éstos aquí lo hicieron desde la perspectiva de sujetos desagenciados del poder institucional, otros personajes lo harán desde su posición de sujetos desagenciados hasta de la posibilidad de haber soñado con la obtención del poder. Miembros de la sociedad civil no implicados en –pero sí afectados por– las guerras civiles, los sujetos del próximo capítulo experimentan su condición de *damné* a niveles aún más subterráneos.

Aunque la novelística de la diáspora sea una producción mayoritariamente masculina, mestiza y heterosexual, cada una de las voces autoriales encuentra su forma de experimentar y explorar, como lo diría Franco, el descenso y la caída de la nación; o en la articulación de Frederic Jameson, la “soledad sin ventanas de la mónada encerrada en vida y sentenciada en la celda de una prisión sin salida” (*El posmodernismo* 38). Cada textualidad veremos, contiene la transgresión de la colonialidad a su manera de sobrevivir.



**Homo sacer y el paradigma oculto de la modernidad:  
Enunciaciones centroamericanas desde las zonas de indiferenciación en Estados Unidos**

*Cut off from his origins and cut off from his ends, he is a thing tossed into the great sound and fury,  
bowed beneath the law of inertia*

Frantz Fanon, *Toward the African Revolution: Political Essays*

*Para qué enamorarme de la vida. Si ya estoy casado con la muerte.*

Grafiti de la Mara Salvatrucha (MS 13) en poste telefónico de Tonacatepeque, El Salvador

### **Introducción**

Julio Fernando Cardona, maya mam de 19 años de edad, fue lapidado a muerte el mes de agosto del 2011 en un suburbio de la capital mexicana. Migraba hacia Estados Unidos desde su natal San Marcos, Guatemala, habiendo llegado al Distrito Federal como parte de la caravana “Paso a Paso por la Paz”. Compuesta por migrantes y familiares de migrantes centroamericanos víctimas de la violencia en México, entre otros postulados la caravana le exigía al gobierno mexicano la localización de más de 800 cuerpos de migrantes desaparecidos en el país. Los compañeros que viajaban junto a Julio lo vieron por última vez a tempranas horas de la mañana del 11 de agosto cuando éste –a pesar de portar un permiso para transitar por el país– fue recogido por las autoridades mexicanas para ser llevado a un centro de detención. Sus compañeros supieron de su muerte unas horas después, cuando corrió la voz de un cadáver tirado junto a las vías del tren. El cuerpo fue inmediatamente reconocido como el del “Guatemalteco” por los mismos compañeros, apodo con el que habían bautizado a Julio en el transcurso de la caravana<sup>50</sup>.

---

<sup>50</sup> Para más sobre la caravana y el asesinato de Julio Fernando Cardona, véase el reporte de Amnesty International, “Urgent Action” del 15 de agosto del 2011, o la nota “Migrante de la Caravana Paso a Paso por la Paz es asesinado en el Edomex” de CNN México, publicada el 11 de agosto, 2011.

Los riesgos que corren miles de centroamericanos para llegar a Estados Unidos han aumentado drásticamente en las últimas dos décadas. La masacre de 72 migrantes perpetrada en agosto del 2010 en Tamaulipas, México, aunque le brindó visibilidad a la gravedad de la problemática, no ha tenido ninguna repercusión en la implementación de leyes que velen por los derechos y el bienestar de estas poblaciones migratorias (Amnistía Internacional, “Información para el Comité). Desde 1994 Estados Unidos ha venido más bien intensificado sus fuerzas de seguridad en la frontera con México, haciendo del cruce hacia el norte una experiencia mortal para cientos de mexicanos, centro y sudamericanos, chinos y personas de otros países que día tras día intentan atravesar la frontera México-Estados Unidos en busca de mejores condiciones de vida. El país mexicano representa ahora un igual o mayor riesgo de muerte que la frontera México-EEUU para quien lo atraviesa<sup>51</sup>. En el siglo XXI se han ido encontrando incontables fosas comunes a lo largo de dicho país, conteniendo “numerosos” cadáveres de migrantes, muchos de éstos todavía sin reconocerse (Comisión Interamericana, “Anexo” 8). Víctimas del crimen organizado, el migrante proveniente de los diversos países centroamericanos está ahora teniendo que enfrentarse no sólo a las autoridades estatales mexicanas y estadounidenses (como las de los otros países centroamericanos), sino también a las extorsiones, los robos, los secuestros y las violaciones cometidas por estas nuevas agrupaciones sociales en México. La ruta hacia el norte ahora más que nunca es conocida en Centroamérica como la ruta de la muerte.

No por ello sin embargo, ha dejado la gente de migrar.

A pesar de bien entrado el período democrático en la región, las condiciones económicas, sociales, políticas y ambientales en Centroamérica siguen expulsando a sus habitantes. De acuerdo a cifras oficiales en el 2009 habían 4.6 millones de personas auto-designadas de la diáspora

---

<sup>51</sup> De acuerdo a la Comisión Nacional de Derechos Humanos (CNDH) de México, cada año son raptados en México alrededor de 20,000 migrantes. El propósito es la extorsión a los familiares o el reclutamiento a las filas del crimen organizado bajo la promesa de ayudarlos a llegar a Estados Unidos.

centroamericana radicando en Estados Unidos (Terrazas). Si la década de los años ochentas se conoció como el período del éxodo centroamericano –recordemos que un poco más de 1 millón de centroamericanos emigraron hacia el exterior de la región durante ese período–, los años noventas y la primera década del siglo XXI tendrán que ser reconocidos como el período de su mayor intensificación. Sólo de Honduras –mayor país expulsor de habitantes en Centroamérica– salen aproximadamente 500 nacionales a diario; de El Salvador, 200; y de Guatemala, unas 138 personas (Terrazas). Proporcionalmente, el número de centroamericanos expatriados ahora es mucho más alto al número del período de las guerras, manifestando la gravedad de la situación social y económica vivida en el istmo de posguerra.

Los retos enfrentados por esta población migratoria en los Estados Unidos son muchos. Según los informes del Migration Information Source del 2009, más de dos de cada cinco inmigrantes centroamericanos carecen de un estatus migratorio legal en Estados Unidos (Terrazas). Ello confina las posibilidades y las condiciones de trabajo de estas poblaciones migratorias, sometiéndolas muchas veces a circunstancias de control y explotación en el espacio laboral y social norteamericano. Los niveles de educación de esta población además son generalmente bajos, limitando el tipo de trabajo que se obtiene; dos tercios tiene limitaciones en el dominio del inglés; casi la mitad de los inmigrantes adultos no han terminado la escuela secundaria cuando arriban; y alrededor de una quinta parte de los inmigrantes centroamericanos viven bajo niveles de pobreza (Terrazas). La política oficial estadounidense hacia la inmigración centroamericana además, contrario a su tratamiento de otros grupos migratorios en Estados Unidos, continúa sus políticas exclusionarias iniciadas en la década de los años ochenta, cuando bajo las administraciones de Reagan y Bush menos de un 5% de las solicitudes de asilo político de centroamericanos fueron aceptadas (García, *Seeking X*). Estas y otras anotaciones indican el estatus social de desventaja en el cual vive el migrante centroamericano en Estados Unidos.

Desde principios de la década de los años ochentas, de esta diáspora empieza a surgir una rica producción cultural poco conocida. Articulándose a través de variadas formas artísticas –poesía, música, pintura, murales, radio, cine y documental, teatro, y a mucho menor escala, la novela– las subjetividades centroamericanas de la diáspora han ido poco a poco apropiándose de espacios individuales y colectivos para su enunciación. Paralelizando el complejo proceso de establecer comunidad en los Estados Unidos, dicha producción despliega la heterogeneidad de la experiencia migratoria. Examina los intrincados de la realidad de la alienación, el desplazamiento, la separación y la fricción dentro de los nuevos espacios sociales habitados, develando el carácter disímil y conflictivo de la condición diaspórica centroamericana. Aseverando el argumento de Ana Patricia Rodríguez en su capítulo “Departamento 15” de su libro *Dividing the Isthmus: Central American Transnational Histories, Literatures, and Cultures*, el cual trata sobre la producción cultural salvadoreña de las últimas dos décadas en Washington D.C., las condiciones reales de la diáspora centroamericana no encajan con los discursos y representaciones oficiales de la misma (172). Exaltando la versión del “sueño americano”, las interpretaciones oficiales en el caso particular de El Salvador encubren tanto los intereses económicos de las nuevas compañías transnacionales lucrando de la población migrante, como las verdaderas condiciones materiales experimentadas por las entidades diaspóricas. Ello conlleva a la reproducción de la falacia del sueño americano y al encubrimiento de sus condiciones materiales reales.

Si el capítulo previo trató con la muerte del sujeto y el imaginario revolucionario en la perspectiva del ex-militante centroamericano en el exilio, éste centrará su enfoque en las experiencias de sujetos migrantes a Estados Unidos representadas en cinco novelas de la diáspora: *Big Banana* (1998) del hondureño Roberto Quesada radicado en Nueva York, *The Tattooed Soldier* (1998) del guatemalteco/angelino Héctor Tobar, *Odisea del norte* (1988) del escritor salvadoreño Mario Bencastro residente del área metropolitana de Los Ángeles, *Inmortales* (1983) de Oscar René Benítez,

escritor salvadoreño también radicado en la ciudad angelina, y *Bernardo and the Virgin* (2005) del nicaragüense Silvio Sirias quien radica en Panamá aunque gran parte de su obra haya sido escrita en Estados Unidos. Del corpus de novelas escritas en Estados Unidos por centroamericanos, se han escogido éstas por específicamente tratar con la temática de la migración y la diáspora.

Conteniendo a personajes provenientes del istmo que migran a diversas localidades de Estados Unidos durante las décadas de los años ochentas, noventas y el siglo XXI, las textualidades aquí enfocadas abarcan un lapso de tiempo simbólico. Perfilan la experiencia migratoria desde sus inicios, cuando la diáspora centroamericana aún se pensaba como fenómeno temporal dentro del imaginario colectivo hasta ya entrado el nuevo siglo, cuando esta diáspora ya se ha asentado como comunidad en diversas ciudades del norte. Las geografías socioculturales de Nueva Orleans, San Francisco, Chicago, Los Ángeles, Washington D.C., Miami, Houston, y entre otras ciudades, Nueva Jersey sabemos, han sido radicalmente transformadas por el establecimiento y el desarrollo de estas poblaciones centroamericanas. Es posible en ellas encontrar desde establecimientos de comidas típicas del área centroamericana, hasta la creación de centros culturales donde se enseñan garífuna, náhuatl-pipil y otros lenguajes indígenas propios de la región. Hay indicios además, en el caso de Los Ángeles, de comenzar a documentar la experiencia diaspórica por parte de miembros de la misma comunidad para la creación futura de un Museo de la experiencia centroamericana en dicha ciudad.

Planteé ya en el capítulo anterior la manera en que los sujetos de la diáspora evidencian la “ideología individualista del capitalismo avanzado” articulado por Jean Franco. Bajo el nuevo orden neoliberal éstos deben “cambiar de función, e incluso ideología, conforme las necesidades u oportunidades que se les presenten” (Capítulo 2). Buscando sobrevivir en los nuevos espacios post-nacionales a los cuales han sido forzados a migrar, los sujetos diaspóricos se ven subjetivizados por el nuevo mercado, dificultándoseles la posibilidad de autónomamente reinventar una identidad de

posguerra. La vida, convertida en objeto administrable por el poder económico y político, en la perspectiva de los migrantes racializados y conforme a los axiomas de la *colonialidad del ser*, se asemeja en la diáspora a lo que Frantz Fanon formula en términos de una *muerte incompleta*. Para Fanon, recapítulo, el *damné* “percibe la vida, no como un florecimiento o desarrollo de su productividad esencial, sino como una lucha permanente contra una muerte omnipresente. Esta muerte siempre amenazante es materializada en la hambruna generalizada, el desempleo, un nivel alto de muerte, un complejo de inferioridad y la ausencia de esperanza por el futuro. Todas estas formas de corroer la existencia del colonizado hacen que su vida se asemeje a una muerte incompleta” (Fanon, *Los condenados* 115). El presente capítulo partirá de una exploración de la manera en que los migrantes de la diáspora centroamericana representados en los textos mencionados experimentan esta muerte. La *colonialidad del ser* de nuevo, como la teorización del filósofo italiano Giorgio Agamben sobre el *homo sacer*, brindarán sostén crítico para mi análisis.

### **Los Estados Unidos de América y la inclusión/exclusión del poder soberano**

En vez de elaborar descripciones históricas sobre los sucesos ocurridos en los campos de concentración nazi –lugar donde la inserción del poder en la vida humana alcanza una máxima expresión para Giorgio Agamben–, en *Homo Sacer* (1995), *Estado de Excepción* (2003) y *Lo que queda de Auschwitz* (1998), el filósofo italiano ejercita una operación interpretativa a la inversa: indaga sobre las estructuras político-jurídicas permitiendo la ocurrencia de acontecimientos como tales. Esta forma de interpretación nos conduce “a considerar el campo de concentración no como un simple hecho histórico o una aberración perteneciente al pasado (aunque todavía encontremos, eventualmente, situaciones comparables), sino, en algún modo, como la matriz oculta, el *nomos* del espacio político

en que vivimos todavía” (Agamben “¿Qué es un campo?”). Operando desde las mismas bases que creía sobrepasadas e informado además por una ideología siniestra, argumenta Agamben, el Estado Moderno retiene y ejecuta el poder de privar a ciertos seres humanos de todos sus derechos y libertades. Esta práctica es lograda por medio de la normativización del “estado de excepción”; una zona de indiferencia donde el momento de suspensión del derecho se convierte en la forma paradigmática de gobierno.

Dos conceptos claves sustentan su argumentación: la “*nuda vida*” y el “*homo sacer*”.

La “vida desnuda”, o “vida sagrada”, es la materia prima de la política; es “el elemento político originario” (Agamben, *Homo sacer* 114). Considerada como mera materia física, la *nuda vida*, dígase, es “la vida expuesta a la muerte” (Agamben, *Homo sacer* 114). El *homo sacer* en cambio es la metáfora que Agamben emplea para entender esa vida desnuda. Una “figura oscura” de la ley romana, el *homo sacer* u “hombre sagrado”, era un individuo que podía ser eliminado por cualquier persona pero que “a su vez era insacrificable” (Agamben, *Homo sacer* 18). Dentro de la ley romana, podremos a partir de esa definición deducir, ser una entidad “sagrada” tenía significaciones diferentes a las otorgadas posteriormente por el cristianismo. “Sacer” era un individuo quien por haber cometido algún acto sacrílego era “apartado”<sup>52</sup> –o lo que hoy día llamaríamos “excluido”–, de la sociedad. En su exclusión cualquiera podía darle muerte de manera impune, o en sentido irónico, bajo completa protección de la ley. Por estar fuera de la ley sin embargo, el *homo sacer* se exentaba de poder ser sacrificado bajo términos y actos religiosos.

Como figura de la modernidad, el *homo sacer* es un ser indeseable en la sociedad. Figurativamente desnudo y sin protección, es aquel desprovisto de todo derecho civil y ubicado en las afueras del orden político. Como lo articula Stuart Schussler en su libro *Entre sospecha y ciudadanía*:

---

<sup>52</sup> “Any object whatever, set apart by man to the gods, was termed *Sacer*”. Véase el estudio de William Ramsey al respecto, *An Elementary Manual of Roman Antiquities* (página 157).

*refugiados colombianos en Quito*, el “homo sacer” es aquel cuyos “derechos no son garantizados por ningún Gobierno, organización o comunidad” (116). Aunque éste comparte el espacio físico de una comunidad política con otros, éste es “echado de su espacio legal” (Schussler 116). En ese espacio físico el *homo sacer* es completamente eliminable puesto que su muerte no tiene repercusión alguna en el plano social ni en el legal. Siendo enteramente desechable, su vida carece de valor. Legalmente prescindible, el *homo sacer* es un ser descartado de la polis.

Coincidiendo con Foucault, la política desde la perspectiva de Agamben, “viste” a la *nuda vida* de obligaciones y derechos, ejecutando de esta forma una “tarea metafísica” y asumiendo “cada vez más la forma de una biopolítica” (Agamben, *Homo sacer* 21). Vestida, la *nuda vida* se vuelve *homo sacer*, o lugar de la inscripción del poder soberano. La paradoja, nos advierte el crítico, es la manera en que el individuo –en tanto *nuda vida*– es incluido en el Estado –y hecho *homo sacer*– precisamente a través de su exclusión. Al ser “vestida” la vida natural se coloca a disposición del poder político, el cual en torno mantiene el derecho de excluirlo, o en casos también eliminarlo. Es en ese momento de traspase que Agamben arguye se devela el estado de excepción.

Moviéndose entre los “umbrales” de lo jurídico y lo no jurídico, el sujeto *homo sacer* cae en una zona de inclusión/exclusión del Estado. Este es un lugar de indiferencia, donde suspendido, el sujeto permanece habitando los límites. Siendo parte de la sociedad entonces, éste se halla precisamente en el lugar de sus fisuras. A nivel político, los que se encuentran en esta zona de indiferencia y ambigüedad se convierten en sujetos innombrados, quedando ahí sometidos a cualquier arbitrariedad por parte del poder y/o la sociedad. El poder soberano para Agamben es caracterizado en esta manera, por poseer total potestad sobre la *nuda vida* y el *homo sacer*, pudiendo en cualquier momento dejarlo fuera del ordenamiento jurídico y ahí prescindir del mismo. El poder soberano detenta el derecho de hacer vivir o morir, y como el poder de Foucault, es ejercido y no poseído. Siendo así, cualquiera puede asumirlo.



De lo más preocupante para Agamben es la manera en que este hecho, en nuestro presente, es desapercibido por la gran mayoría de ciudadanos. Por ello:

La excepción es una especie de la exclusión. Es un caso individual que es excluido de la norma general. Pero lo que caracteriza propiamente a la excepción es que lo excluido no queda por ello absolutamente privado de conexión con la norma; por el contrario, se mantiene en relación con ella en la forma de la suspensión. La norma se aplica a la excepción desaplicándose, retirándose de ella. El estado de excepción no es, pues, el caos que precede al orden, sino la situación que resulta de la suspensión de éste. En este sentido la excepción es, verdaderamente, según su etimología, *sacada fuera* (ex-capere) y no simplemente excluida. (Agamben, *Homo sacer* 30)

La suspensión del orden jurídico –a través del estado de excepción– en nuestro presente se ha convertido, dígame de otra forma, en una “guerra civil legal” y permanente (Agamben, *State of exception* 2). Los Estados Unidos de América, desde la perspectiva de las experiencias migratorias centroamericanas evidenciadas en la novelística bajo estudio, emerge aquí como modelo paradigmático de tal situación.

Si las guerras civiles centroamericanas representaron un período de total supresión de las libertades individuales resultando en la muerte de más de 400,000 personas y provocando el éxodo de más de un millón de personas de la región ístmica sólo durante los años ochentas, los Estados Unidos de América –en la medida de Estado Moderno detentor del poder soberano–, para una gran parte de inmigrantes centroamericanos –como para muchas otras comunidades migratorias residiendo en el país–, simboliza y ejecuta la continuación de esa supresión. Empezando por los retos enfrentados por esta población migrante en su trayecto hacia el norte, la representación de Estados Unidos en la novelística bajo estudio es la de un espacio bélico y hostil donde los derechos básicos del *homo sacer* se encuentran indefinidamente en suspensión. El marco político y legal del país, se plantea a lo largo de estas textualidades, es el determinante del estatus que ocupa el individuo dentro –o literalmente fuera (por medio del acto de la deportación o la muerte)– de la sociedad. Las fuerzas económicas que atraviesan dicho marco además, le restan al individuo su valor humano,

adscribiéndole un valor transaccional en el mercado laboral, o eliminable en el sector social. Exiguo, el valor que adquiere el sujeto hace de su vida una constante experiencia al borde de la muerte.

### ***Odisea del norte***

En *Odisea del norte* (1998), Mario Bencastro traza la experiencia de múltiples inmigrantes salvadoreños y latinoamericanos desde su salida de Centroamérica y otros países hasta su vida en Washington D.C. A través de una combinación de historias intercaladas y diversidad de registros empleados –recortes periodísticos, programas radiales, conversaciones, monólogos, guiones teatrales, cartas, procedimientos jurídicos, reportes de policía, y una serie de corridos y canciones– la voz autorial devela las dificultades enfrentadas por los personajes en sus trayectorias migratorias. Representa desde el estado de sitio y de violencia vivido por la población salvadoreña durante la guerra en la década de los años ochentas, la sumisión que estos personajes deben manifestar ante los coyotes en México, las violaciones cometidas en los centros de detención de migrantes y las múltiples muertes en el cruce de zonas áridas en la frontera México-EEUU, hasta la realidad de la sobrevivencia en las calles de Washington D.C. bajo la indocumentación. Debido a su precaria situación económica en la capital norteamericana, algunos de los personajes viven junto a 20 otros migrantes en apartamentos de un solo cuarto, teniendo que hacer sus necesidades en bolsas plásticas o en papel periódico porque “quizás por el nerviosismo a causa de su situación, la gente se enfermaba del estómago y usaba [el baño] con frecuencia” (Bencastro 15). Sabiendo que en todo momento son sujetos a la detención y deportación por agentes de la Migración estadounidense, viven bajo el constante hostigamiento del miedo.

La vida de Teresa de Jesús Delgado, uno de los múltiples personajes de la novela, ejemplifica los alcances del estado de excepción. Originaria de San Miguel, El Salvador, el personaje entró ilegalmente a Estados Unidos a mediados de los años ochentas escapando las amenazas de muerte

que tanto el Gobierno como la Guerrilla le hicieran a su marido en El Salvador. Integrante del ejército salvadoreño en tiempos de guerra, Secenio González, su esposo, fue amenazado a muerte por la Guerrilla para que desistiera de sus funciones militares. Al desertar Secenio, el ejército automáticamente lo considera un prófugo de la ley y tanto su vida y la de sus familiares desde entonces peligraron. La pareja migra, como miles de personas sin recursos económicos, de manera ilegal a Estados Unidos, donde Teresa es detenida por Migración. Analfabeta y sin conocimiento del inglés, a sus veinte años de edad Teresa de repente se halla en medio de un proceso judicial en Washington D.C. pidiendo asilo. Debe probarle a un juez anglosajón sin conocimiento alguno de la situación de guerra en El Salvador, que existían razones suficientes para pensar que en caso de ser deportada, su vida peligraba.

Dada la imposibilidad de brindar pruebas que los estatutos legales consideraran “concretas” y “suficientes” fundamentando, de tal forma, el miedo de Teresa “objetivamente”, el juez deniega su solicitud<sup>53</sup>. En la exposición del veredicto resalta lo vertiginoso del lenguaje legal sobre Teresa, haciendo desaparecer por completo la voz del personaje y ocupando un espacio extenso en la narración. Si en los capítulos previos al número 56 (el capítulo que trata su deportación) el lector había podido “escuchar” la voz de Teresa por medio de las respuestas que ésta le ofrecía a cada una de las interrogantes que la fiscalía y su defensa le hicieran, en este último dándole cierre al caso, su voz es sumergida en el silencio por lo ubicuo de la voz del juez. En posición de acusada debe en este pasaje sólo recibir los dictámenes del mismo, consintiendo a su veredicto. El lenguaje en sí es enigmático de la situación de exclusión vivida por Teresa dentro del mandato del ordenamiento jurídico estadounidense. Es un lenguaje prohibitivo que aísla al personaje y lo paraliza en la impotencia:

---

<sup>53</sup> De acuerdo al estudio de María Cristina García, *Seeking Refuge: Central American Migration to Mexico, the United States, and Canada* (2006), entre 1983 y 1990 sólo un 3% de los guatemaltecos y salvadoreños que sometieron solicitud de asilo político en Estados Unidos la recibieron (Página 113).

La acusada sometió el formulario I-589 para efectuar la anulación de la deportación bajo las secciones 208(a) y 243(h) de la Ley. Esa solicitud es denominada Prueba 2 y ha sido admitida en el archivo. Bajo 8 C.F.R. 208.10(b), la solicitud fue enviada al departamento de Estado para que la revisara bajo esa provisión. La carta del Departamento aparece como Prueba 3 en este procedimiento. La carta está en evidencia por encima de la protesta de la abogada de la acusada. La Corte ha admitido este documento como es requerido y es una base para una audiencia de asilo bajo la sección 8 C.F.R. 208.10(b). El contenido de la prueba, en la opinión de la Corte, se relaciona con el peso y no con el asunto de la admisibilidad [...] (Bencastro 176)

El pasaje es mucho más largo. Consta de aproximadamente 17 párrafos de lenguaje legal explicando los motivos por los cuales “SE ORDENA” la negación de asilo político y su deportación “voluntaria sin ningún costo para el gobierno [estadounidense] dentro de 31 días de la fecha de esta decisión o de cualquier extensión más allá de esa fecha que le conceda la Directora del Distrito, y bajo las condiciones que ella determine” del personaje (Bencastro 178). Enteramente bajo la potestad del juez, el curso de la vida de Teresa es determinado por el orden político y jurídico de la ley estadounidense, la cual contiene y ejerce el derecho de definir su estatus como persona en la polis. La ley también retiene todo el derecho de definir la proporción o validez de su miedo a morir en El Salvador.

El miedo, como ya ha sido ampliamente teorizado dentro de las ciencias sociales y estudios culturales, en la modernidad interviene como un método de control gubernamental en la vida diaria de los individuos. En tanto instrumento del Estado, como lo sostiene Edelberto Torres-Rivas en “Reflexiones sobre el terror, la violencia, el miedo y la democracia”, el miedo se incrusta en un ambiente caracterizado por la “trivialización del horror” (303). Al vivir la posibilidad de su propia eliminación de manera sostenida, Teresa, como el resto de los personajes indocumentados en *Odisea del norte*, son forzados a una existencia subterránea. Cuando no están bajo el miramiento oficial del Estado, establecen esa existencia liminal como el lugar de convivencia con ellos mismos y la sociedad que los rodea. Ello implica una existencia al margen de la sociedad, oculta, dependiente no de sí mismos y de sus capacidades sino del conjunto de las operaciones del poder que los atraviesan

y vigilan. El sentido y la experiencia particular del individuo dejan por lo tanto de poseer valor dentro de ese marco jurídico, adquiriéndolo sólo cuando es aceptado por el orden legal o descartándose por completo cuando no entra dentro de los preceptos de la legalidad, como es el caso del miedo de Teresa.

Al retomase la historia de Teresa en el capítulo 61, encontramos una pequeñísima nota periodística de *La Tribuna* de San Salvador. Consta de dos oraciones. La nota comprende todo el capítulo y abarca una mínima parte de la página, lo cual contrasta con el previo capítulo sobre el ordenamiento de su deportación. La nota lee así:

**ENCUENTRAN CADÁVER DE MUJER.** Los restos de una mujer fueron encontrados en la vecindad del cantón El Jocote, San Miguel, los que las autoridades locales identificaron como los de Teresa de Jesús Delgado, de veinte años de edad, quien según el testimonio recogido de algunos vecinos, había regresado recientemente de los Estados Unidos, de donde fue deportada por haber ingresado en ese país sin documentos legales. Se cree que fue asesinada por represalias políticas (Bencastro 191)

La brevedad de la nota, en comparación con la longitud del ordenamiento de su deportación hallada en el capítulo 56, es enigmática de la condición *homo sacer* de Teresa. Insignificante, su muerte no puede ocupar más espacio en el texto que el otorgado por estas pocas líneas de lo que el crítico Ángel Rama llamó la ciudad letrada. Paradójicamente, como lo devela la conceptualización de Agamben sobre la práctica utilizada por el Estado de incluir excluyendo, Teresa ingresa en la textualidad de la urbe salvadoreña sólo a través de su muerte; o por medio de su exclusión. El Estado Moderno en este sentido, la ha incluido desechándola. Si por un momento el marco jurídico estadounidense la consideró, debatiendo su legalidad o ilegalidad en el país, ultimadamente éste resolvió sacarla del espacio político de la nación norteamericana por falta de pruebas “objetivas” que fundamentaran su miedo a morir. En El Salvador, habiendo sido posicionada entre dos amenazas de muerte (del Gobierno y la Guerrilla), su vida también es deliberadamente expuesta a la

eliminación, descartada del espacio social y de la guerra por el poder. Siendo su única culpabilidad *ser* y querer seguir *siendo*, su castigo vemos, es su desaparición.

Legalizada por el Estado, la desechabilidad de la persona ocurre sin ser cuestionada en el tejido social en representación de *Odisea del norte*. La brevedad de la nota periodística y la omisión de su nombre en el título son sugestivas de la posición de nimiedad otorgada a Teresa por los espacios sociales habitados por la misma. El vocablo “cadáver” además, utilizado para referirse a Teresa en el encabezado de la nota sobre su muerte, le suprime todo valor humano a ésta, refiriéndola y reafirmandola como un mero cuerpo/objeto sin vida o valor humano. Los medios de comunicación masivos en este sentido, al plasmar la muerte de Teresa como un hecho sin trascendencia, se unen a –o más bien son parte de– la operación del Estado Moderno en su normativización del estado de excepción.

Pero la muerte también ocurre sin trascendencia en *Odisea del norte* por motivo del mismo miedo y deseo de sobrevivencia de la *colonialidad del ser*. Cuando estando en Washington D.C. se cae desde un octavo piso un trabajador inmigrante que limpiaba las ventanas de un edificio, su compañero Calixto escapa:

Calixto se encontraba entre los espectadores, atemorizado, boquiabierto, lívido, sin poder decir una palabra sobre la tragedia; incapaz de atestiguar que cuando limpiaban el lado exterior de las ventanas del octavo piso, la cuerda atada a la cintura de su compañero se rompió. Temía que le culparan a él la muerte y terminar en la cárcel, si es que no lo deportaban por indocumentado. “Entonces,” pensaba, “¿quién va a mantener a mi familia?” (Bencastro 2)

Al no haber quien atestiguar sobre lo sucedido, el incidente de muerte ante la policía y “los curiosos” del Barrio Adams Morgan queda entendido como accidente, o según uno de los agentes que llegan a la escena, como un mero problema personal. “Esos siempre andan metidos en problemas” opina uno de los policías mientras ve el cadáver desangrarse frente a él (Bencastro 3). Por miedo a repercusiones legales, el intendente del edificio también calla sobre lo sucedido puesto que “Temía perder el trabajo por permitir que limpiaran ventanas a semejante altura sin disponer del

equipo apropiado para tan peligrosa faena. Descubrirían que empleaba indocumentados y les pagaba una tercera parte de lo que una compañía de limpieza normalmente cobraba” (Bencastro 2-3). Encubierto, el crimen del inmigrante sin nombre permanecerá a lo largo de la obra en el anonimato, poniendo en evidencia el estatus expugnable de su vida. Al no darse ningún tipo de consecuencia legal o social por la ocurrencia de su muerte, su vida se sugiere, ha quedado prácticamente librada a su destrucción. El silencio del intendente, como el de Calixto, contribuyen a la retención del estatus de eliminabilidad de la *nuda vida*. La reafirman en su ubicación afuera de la protección de la ley. Desvestido de su derecho a testimoniar –por su propia condición de *homo sacer*– Calixto debe pasar por desapercibida la muerte de su compañero contribuyendo a sancionarla al anonimato y a retenerla en el lugar de lo ordinario en Estados Unidos.

Conocido el conjunto de las condiciones de muerte aparecidas a lo largo de *Odisea del norte*, las primeras líneas de la novela no pueden más que leerse en tonalidad de sarcasmo. La narrativa abre con una voz radial que dice así: “¡Hoy será un precioso día en Washington!”. “Cielo azul despejado, con temperatura en los 70 grados, soleados sin pronóstico de lluvia. ¡Perfecto día de primavera!” (Bencastro 1). Haciendo caso omiso de las múltiples realidades de exclusión y muerte experimentadas por una gran parte de la población de la ciudad de Washington D.C., la voz radial, como la nota periodística previamente citada de El Salvador, desde un principio de la novela contribuyen a encubrir la zona de indiferencia y suspensión en la que habita (y muere) el personaje diaspórico.

### **La ilegalidad del ser y sus maneras de venderse: Sobre un *Big Banana* en Nueva York**

La práctica de inclusión por exclusión del Estado Moderno se articula de manera aún más disimulada en los espacios laborales ocupados por los personajes de la diáspora en Estados Unidos. Mientras por un lado el sujeto es rechazado por el ordenamiento jurídico –convertido en entidad

“ilegal” y en consecuencia señalado y hecho deportable— por el otro, éste es requerido y administrado por las vicisitudes de la economía y el mercado en dicho país. Desde el momento inicial de sus entradas a Estados Unidos, los cuerpos de estas subjetividades se colocan a disposición permanente del sector económico. Ahí son administrados por su condición de “ilegales” y convertidos en blancos viables de explotación. La paradoja radica en la manera en que esta realidad se substrahe del campo visual social operando de manera oculta, “ilegal” y en el refugio del silencio político estadounidense. Otra observación es la manera en que los sujetos racializados experimentan estos espacios ocultos de manera diferenciada, siendo el género de los personajes, a la par de su racialización, un factor determinante en su experiencia dentro de las heterarquías de dominio operando en la sociedad.

El personaje principal de *Big Banana* (1998), Eduardo Lin, es un inmigrante indocumentado y soñador. En Nueva York fantasea sobre el futuro para liberarse “de estar donde estaba” y así “destruir su presente sin esperanzas, deprimernte y de caos económico” (Quesada 161). Novela de final feliz no obstante, *Big Banana* es una parodia de la novela del inmigrante en Estados Unidos. Tras su breve estadía en Nueva York (dos años aproximadamente) donde trabaja en la construcción, Eduardo regresa a su natal Honduras no como deportado sino por voluntad propia. Regresa además, habiendo realizado su sueño americano: convertirse en un actor aclamado de Broadway. Sin un curriculum de actuación que valga la pena mencionar ni documentos legales para trabajar en Estados Unidos, logra hacia el final de su estadía en Nueva York y después de varios percances, una audición con Steven Spielberg. Asombrado con su talento de actor, éste le ofrece a Eduardo un papel estelar en uno de sus últimos proyectos de Hollywood. Para sorpresa de Spielberg y de quienes conocen a Eduardo, éste rechaza la oferta argumentando que lo único que él quería era “llegar”, “y ya lo logré” (Quesada 295). Spielberg le dice que si algún día cambia de opinión que lo llame, dejándole las puertas de Hollywood enteramente abiertas. El personaje regresa a Tegucigalpa,



donde contento y satisfecho por su logro va con su novia Mirian, una periodista de “muchísima capacidad” que lo único que desea es escribir novelas, a disfrutar del pueblo costero de La Ceiba en el Atlántico hondureño. La novela cierra en tono irónico cuando Eduardo le advierte a Mirian que si decide escribir novelas se asegure de no incluir un final feliz puesto que a “muchos críticos les disgustan los finales felices” y no “[l]e perdonarían ni siquiera un capítulo con un final feliz” (Quesada 315).

Valiéndose del humor como instrumento de crítica social, Roberto Quesada logra una novela paródica sobre la inmigración centro y latinoamericana en Nueva York sin hacer de lado la severidad de las situaciones vividas por los migrantes indocumentados en la ciudad. Apoyando la observación ya mencionada de Ana Patricia Rodríguez en su capítulo sobre los discursos oficiales contrarrestados por la literatura diaspórica salvadoreña en Washington D.C.<sup>54</sup>, la novela de Quesada revela el sueño americano en su modalidad de mito, transformándolo a su vez en una mera producción del imaginario. El hecho de que Eduardo logre una audición con Spielberg, sea elegido por el mismo, y además regrese a Honduras dejando todas las puertas de Hollywood a disposición suyas, se asemeja más a una fabricación presuntuosa de la imaginación –o a una broma– del autor que a la realidad. Tal final contrasta drásticamente con las condiciones de carencia vividas por los personajes de la obra en Nueva York –incluyendo las de Eduardo mismo– donde, desde el lugar de la suspensión de sus derechos y sus estatus de “ilegalidad” se torna clara la imposibilidad de alcanzar mejores condiciones de vida.

Sumidos en situaciones de constante insolvencia, los personajes de *Big Banana* permanecen circunscritos a los dictámenes del espacio laboral, a sus deudas económicas, y a la filtración del racismo institucional y social en el tejido social nuyorquino. En su condición de *homo sacer*, éstos son

---

<sup>54</sup> Véase el capítulo 6 de *Dividing the Isthmus: Central American Transnational Histories, Literatures and Cultures*, de Ana Patricia Rodríguez.

detraídos de la protección del Estado, relegados a lo que Agamben llama una “zona de absoluta indeterminación” (“¿Qué es un campo?”). El mercado vemos, esclaviza a estos sujetos inscribiéndolos además en espacios donde puede sólo prevalecer un silencio sobre su situación. Este silencio se mezcla con esa zona de indiferencia impuesta, convirtiendo a los sujetos en entidades incommunicables e invisibles:

[Eduardo] Regresó con cierta emoción al lugar de su trabajo. Pensó que alguna de las personas que pasara lo vería y quizás la intuición le diría que ése no era un obrero más sino un hombre con talento [...] Mujeres y hombres bien vestidos caminaban cerca de él. Él levantaba la vista para toparse con los ojos de alguno que leyera en su mirada que allí estaba aquella estrella de cine haciendo de albañil mientras la oportunidad le aparecía. Fue inútil. Absolutamente nadie se dignó en lanzarle, aunque fuese de soslayo, una mirada. Imaginó quién podría ser pintor, editor o productor. Pasaban tan cerca que casi sintió que caminaban encima de él, lo aplastaban como a un dibujo animado en las series televisivas. Y en un instante sintió rencor, odio, algo inexplicable, pero era igual, ni sonrisas ni odios pueden detectarse en los hombres invisibles [...] Quizás por ahí habría otro hombre invisible, pero The Big Banana tampoco lo detectaría. (Quesada 56-7)

Paradójicamente “invisible y en exceso visible al mismo tiempo” en la expresión de Fanon sobre el *damné*, éste desaparece del campo visual de la sociedad en general (Maldonado Torres 151). El *damné* desaparece también del campo visual de sus semejantes puesto que el otro en su misma posición tampoco puede reconocerlo ni entablar comunicación con él. Invisibles ante la mirada del otro, se forja un espacio de alienación entre sí, contribuyendo a la ruptura de los vínculos que potenciarían una comunidad solidaria. Se engendran en vez –particularmente a través de su forzada separación– las condiciones propicias para su continuada explotación.

Eduardo a menudo pierde su trabajo de construcción puesto que su jefe, un anglosajón llamado Charlie, lo mandaba a “descansar cuando no había trabajo en el interior de los edificios, por miedo a que inmigración lo encontrara y lo multaran” (Quesada 36). Sujeto a reprensiones legales, vemos la manera en que Charlie pone en práctica el ejercicio de inclusión/exclusión del Estado Moderno, contrayendo la función del poder soberano en determinados momentos de conveniencia. En tanto arroga este papel, Charlie “crea” y “garantiza” como lo señala la conceptualización de

Agamben, “la situación de la que el derecho tiene necesidad para su propia vigencia” (Agamben, *Homo sacer* 29). Sirviéndose del silencio asumido por Eduardo como forma de protección, en su posición de detentor del poder Charlie le saca mayor rentabilidad a la producción de su trabajador, transformándolo de manera paralela en entidad prescindible. Charlie se hace y deshace de Eduardo conforme sus necesidades y miedo de entrar en deuda con el Estado, cuidando ante todo su posicionamiento y perfil social en el estado de excepción normalizado. El resultado de ello es la suspensión de Eduardo en un estado de abyección desde donde el personaje no tiene otra alternativa que la de aceptar su situación económica y social de precariedad.

La gran oportunidad que le surge al personaje en Hollywood por lo tanto, no puede dentro de estos parajes ser más que un juego del imaginario de la novia de Eduardo, quien hacia el final de la obra se sugiere como la escritora verdadera de la novela de “final feliz” que acabamos de leer. Eduardo, como los otros personajes de *Big Banana*, en el plano de la realidad social que habitan, pueden sólo ocupar los espacios no visibles de la polis neoyorquina. Estos espacios sabemos, están suspendidos de los alcances de la ley pero no obstante sometidos a los alcances del biopoder, siendo constantemente traspasados por prácticas explotativas de dominio y control. Dóciles, como lo articularíamos desde un lente foucaultiano, sus cuerpos en la capital del mundo pueden vivir sólo a través de la permanente administración de quienes gestionan ese tipo de poder, develándose ahí la paradoja de inclusión por exclusión del estado de excepción y la permeabilidad de la biopolítica en el gobierno de la vida de los sujetos sin documentación.

### **“Happy Land” y la ordinaria muerte**

El 25 de marzo de 1990 ochenta y siete individuos, en su mayoría inmigrantes garinagu provenientes de Honduras, fueron asfixiados e incinerados en Happy Land<sup>55</sup>, una discoteca que

---

<sup>55</sup> Atendida en su mayor parte por inmigrantes hondureños, la discoteca operaba desde 1988 sin licencia de la ciudad. Para más sobre el incendio y sus secuelas, véanse los artículos del *New York Times* “Fire in the Bronx; Happy Land

operaba de manera ilegal desde 1988 en el Bronx de Nueva York<sup>56</sup>. El accidente fue provocado por un inmigrante cubano, quien despechado en desamor con una de las meseras de la discoteca, le prendió esa noche fuego al lugar. Al estar todas las salidas de emergencia cerradas, incluyendo las ventanas (los dueños de Happy Land las permanecían así para que nadie entrara sin pagar al club y para que las autoridades no se dieran cuenta de la apertura del local) sólo cuatro personas lograron salir con vida. El resto, de acuerdo a diversos reportes, fueron encontrados incinerados; algunos todavía sosteniendo las copas en sus manos por la rapidez con la que les llegó la muerte. La llegada de muchos de estos cadáveres a Honduras, todavía recuerdo, provocó gran consternación entre la población hondureña, impactando en lo particular, por la cercanía de sus pérdidas, a las poblaciones costeras.

Incorporada en la narración de *Big Banana*, la voz narrativa de la novela describe el suceso así: “En Honduras el luto se generalizó. Los cadáveres fueron trasladados en varios aviones. Al llegar se les cubría con la bandera de Honduras. Era como una condecoración a los Héroes de la Pobreza, los Mártires del Hambre” (Quesada 216). Resaltando la posición de margen de estos cuerpos dentro de la sociedad estadounidense, la descripción alude al regreso de una diáspora fracasada, acogida no obstante, por la misma comunidad que la vio partir. En Nueva York sin embargo, las noticias fueron recibidas con cierta indiferencia:

---

Reopened and Flourished After Being Shut as a Hazard” de Ralph Blumenthal y “Fire in The Bronx; 87 Die in Blaze at Illegal Club; Police Arrest Ejected Patron; Worst New York Fire Since 1911” de James C. Jr. McKinley (ambas notas periodísticas publicadas el 26 de marzo de 1990).

<sup>56</sup> Nueva York contiene la población más grande de garinagu afuera de Honduras, y la más grande población de garinagu en el mundo. Los estimados del número de esta población en Nueva York varían –entre 50,000 y 200,000– de acuerdo a cifras extraoficiales. En el 2010 sin embargo, el World Bank estimó que unos 60,000 garinagu habitaban Nueva York. 100,000 según sus estimados, habitan los Estados Unidos: particularmente Nueva York, Los Angeles y Nueva Orleans. Véase el estudio: *The U.S.-Honduras Remittance Corridor: Acting on Opportunities to Increase Financial Inclusions and Foster Development of a Transnational Economy*. World Bank Working Paper No. 177. Washington D.C: The World Bank, 2010 (Página 50).

El homenaje a los caídos en el Happy Land se realizó al aire y libre en el Van Cortlandt Park. Improvisaron una tarima y colocaron aparatos de sonido. La asistencia fue escasa, pese a que se anunció por los medios indicados. Izaron la bandera de Honduras al lado de la de los Estados Unidos. Entonaron el himno nacional de Honduras [...] Los familiares de los más de ciento cincuenta mil hondureños que viven en Nueva York se entristecían, pues si bien muchos de ellos no tenían familiares entre los fallecidos, podía ser que en el futuro fueran ellos los que recibieran el féretro con su familiar adentro. (Quesada 216)

A pesar de haber sido de acuerdo a uno de los artículos del *New York Times*, “el peor incendio en Nueva York desde 1911” (McKinley), el suceso no provocó mayor desconcierto entre la población neoyorquina en general: “La asistencia fue escasa”, reafirma la voz de la narración. Provocó sí, de acuerdo a la misma, un impacto fuerte entre el resto de la comunidad migrante proveniente de Honduras en Nueva York. Contrario a otras comunidades, ésta –en esos cadáveres– sí se vio representada, asumiéndolos como una advertencia sobre la cercanía y posibilidad de su propia muerte.

Históricamente negada dentro del Estado mestizo hondureño, la población garífuna de Honduras ha venido inmigrando a la ciudad de Nueva York desde por lo menos 1930 (World Bank 50). No es hasta la ocurrencia de estas muertes sin embargo, que el grupo es oficialmente reconocido como una de las diversas comunidades migrantes componiendo el conglomerado cultural y racial de esa ciudad<sup>57</sup>. Lo que podrá parecer una ironía, la muerte de estas ochenta y siete personas le brindó por vez primera visibilidad a la presencia garífuna en Nueva York, iniciando incluso una serie de medidas que convocaran a la organización interna de la comunidad. El Estado hondureño también, a través del acto simbólico de cubrir los cadáveres con su bandera –muy al contrario de su actitud histórica hacia esta población–, los incorporó, aunque de forma momentánea, a la esfera pública de la nación. Por medio de tal acto el Estado intentaba encubrir su tradicional

---

<sup>57</sup> Véanse las diferentes declaraciones provenientes de los grupos no gubernamentales y otras asociaciones comunitarias de garinagu en Nueva York que empiezan a organizarse a raíz de los eventos sucedidos en Happy Land. Entre éstas: “The Garifunas and Happy Land Social Club Fire” de José Francisco Avila de Garifuna Coalition USA, INC.

proyecto homogenizador que difunde desde el siglo XIX con respecto a las poblaciones costeras del país. Como lo explica Jorge Alberto Amaya Banegas en “Reimaginando la nación en Honduras: de la nación homogénea a la nación pluriétnica”, “En efecto, desde la Independencia hondureña de 1821, y hasta 1994, el Estado hondureño impuso la idea de la “nación homogénea” entendida como el proyecto de reformulación de la nación, mediante el cual se intentó construir la nación con base a la integración cultural de los indígenas, negros y castas a los valores y normas de la elite dominante blanca” (Amaya). Podríamos retomar el mismo argumento en nuestro presente, cuando bajo la presidencia militar de Pepe Lobo, el Estado hondureño continúa en la exacerbación del proyecto de marginalización y expulsión (física y cultural) de las poblaciones garinagu.

Regresando al pasaje de la novela, vemos cómo en ambos casos –tanto dentro del ámbito social neoyorquino, como en la esfera pública de Honduras– la muerte fue la medida a través de la cual los garinagu entraron en el discurso oficial de ambos estados, incluyéndose sólo en base a su muerte. Como vemos también, fue la medida a través de la cual entraron a esta presente textualidad de Quesada, quedando en ella representados a través de su eliminación.

Ordinaria en la experiencia de la *colonialidad del ser*, la experiencia y normalización de la desaparición y muerte permea la subtrama de *Big Banana*. Afectando desproporcionalmente a los seres racializados, éstas se expresan a través de la erradicación simbólica o física de los cuerpos ubicados en las zonas donde la ley está indeterminadamente en suspensión. Javier, un personaje indocumentado y adicto a la cocaína originario de Honduras, se pierde mental y físicamente entre el delirium del consumo de la droga. Este personaje que aparece y desaparece de la narración, entrando sólo cuando está bajo los efectos de la cocaína, acaba sus días en el abandono y la indiferencia de las calles neoyorquinas; Casagrande, un chileno homosexual, también desaparece del texto, mudándose hacia el final de la novela a otra ciudad y dejando vacíos los espacios afectivos entablados con el

personaje principal; los garinagu como hemos visto, mueren en la discoteca y así, muchos otros individuos y comunidades se desvanecen dentro del texto en su propia abyección.

Por medio del proceso de estas desapariciones en las sedimentaciones simbólicas de la textualidad, podríamos afirmar que se va revelando el “no-ser” de la *colonialidad del ser*, o como lo articula Lewis Gordon, su “invisibilidad”. De ahí que la invisibilización se convierta en una forma concreta de representar a los sujetos racializados en éste y otros textos bajo estudio. Como lo expresa casi de manera directa este otro pasaje de *Big Banana* en referencia a un grupo de jamaíquinos en la ciudad:

Una noche cualquiera –insomne por la infructuosa búsqueda de lo que nunca se va a encontrar–, Eduardo leía en su apartamento. Y de pronto escuchó algunos disparos, y luego unos perros. Se asomó con precaución a la ventana y miró a la policía de Nueva York en plena cacería de jamaíquinos que saltaban cercas con habilidad gatuna, y una vez en la oscuridad desaparecían y al internarse en ella se amalgamaban en una sola. Era como si fueran fragmentos de la noche y la noche compensara de la única manera que le era posible, haciéndolos invisibles o quedando la noche como una inmesa multitud de jamaíquinos desde el cielo hasta la tierra. (48)

Los varios sujetos diaspóricos de Nueva York quedan aquí y en otros pasajes de la novela asociados a lo ordinario de los eventos extraordinarios de la guerra. “Una noche cualquiera” sugiere la normalización de estas condiciones en lo cotidiano de sus vivencias. El lenguaje mismo asume la invisibilización como modo de representación de estos sujetos, desapareciéndolos en la figura simbólica de la noche. La noche es traducida aquí como el espacio de la invisibilidad.

### ***The Tattooed Soldier***

En *The Tattooed Soldier* (1998), el traspase del espacio nacional al post-nacional en la experiencia de los sujetos diaspóricos es también subyacente por lo perdurable de la experiencia de la muerte y la violencia. Si sus personajes llegan a la metrópoli angelina escapando el terror de la violencia de la guerra civil guatemalteca (1960-1996), en Los Ángeles, éstos encuentran y en algunos

casos perpetúan su continuidad. En tal sentido, Los Ángeles representa no un lugar de sosiego y oportunidad sino un segundo escenario de guerra para quienes habitan sus diversas zonas de indiferenciación: inmigrantes indocumentados, drogadictos, sectores de las comunidades afroamericanas, mareros y entre otros, personas anglosajonas que junto a inmigrantes y otros sujetos marginales viven en la intemperie de la indigencia.

Antonio Bernal, uno de los dos personajes principales de la novela, es un ex-estudiante universitario quien a pesar de haberse mantenido al margen del movimiento guerrillero en Guatemala debe repentinamente salir de Huehuetenango el día que llega a casa y encuentra a su esposa y recién nacido asesinados. Estas dos muertes sabemos, en el contexto de la novela y la guerra civil evocan los más de 200,000 asesinatos que durante la década de los ochentas sucedieron como parte de la campaña de represión del estado guatemalteco en su contención del comunismo. Esta campaña estuvo caracterizada por la implementación de políticas genocidas a lo largo del territorio nacional guatemalteco, impactando la vida de millones de personas –en lo particular a las poblaciones mayas<sup>58</sup>– que a raíz de sus pérdidas y la inseguridad bajo la cual fueron forzados a subsistir, buscaron el exilio (Casaús 128). Como los más de un millón de guatemaltecos expatriados durante la década de los ochentas, Antonio parte hacia Los Ángeles, donde los infortunios ahí vividos sirven para evocarle recuerdos de su pasado. Entrelazadas con imágenes de una Guatemala en guerra surgen a lo largo de la textualidad las de Antonio en Los Ángeles desempleado, indocumentado y en la calle, sobrellevando no sólo los percances de una sobrevivencia dura sino también cargando con el trauma de su pérdida familiar.

---

<sup>58</sup> Según la Comisión de Esclarecimiento Histórico (CEH) de las más de 200,000 personas asesinadas durante la guerra civil guatemalteca, más del 80% fueron mayas (*Uk'exwachixiik ri kaxlan na'ooj pa iximuleew* de Marta Elena Casaús Arzú, 128).



La trama de la novela alcanza su clímax cuando Los Ángeles se convierte en el lugar donde el personaje podrá vengar sus muertes. Una tarde Antonio encuentra al responsable de la muerte de su familia, el sargento Guillermo Longoria –ahora veterano de la guerra– entre los miles de centroamericanos viviendo su expatriación en esa ciudad. El tatuaje de un jaguar –simbolizando la tropa militar a la que el soldado permaneció en Guatemala impreso en uno de sus brazos– es lo que lo delata. Aprovechando el ambiente de violencia desatado durante los disturbios de Los Ángeles en 1992 –momento emblemático de los conflictos sociales que permean la ciudad–, Antonio logra eliminar a su antagonista pegándole dos tiros sin sufrir repercusión legal alguna. Una sensación de justicia se apodera del final de la obra, cuando vemos a Antonio por fin caminar la ciudad de Los Ángeles seguro de que el soldado Longoria ha desaparecido de su vida para siempre: “We are free” dice el personaje, entre aludiendo a los triunfos de los disturbios angelinos y a la propia consumación de su venganza.

A un primer nivel *The Tattooed Soldier* critica la vigencia de la impunidad en la posguerra centroamericana. En ésta, víctimas y victimarios han sido forzados a coexistir en el mismo espacio social –sea el regional, nacional o el diaspórico– sin la intervención de una entidad jurídica funcional. Hasta el día de hoy es sabido que la impunidad favorecida por el Estado guatemalteco ha sustentado sus políticas de olvido en la institución de la democracia, y que la gran mayor parte de los crímenes de lesa humanidad cometidos durante y posterior a la guerra civil han permanecido –y continúan permaneciendo– en el anonimato. De los más de 40,000 casos de personas desaparecidas durante el la guerra por ejemplo, sólo tres han acabado en una acción judicial logrando el encarcelamiento de ex-integrantes del ejército y la policía (The National Security Archive). Como lo expresa Víctor Montejo en *Maya Intellectual Renaissance: Identity, Representation, and Leadership* (2005): “These cases demonstrate the utter collapse of the law in Guatemala and the inability of the courts to function in an impartial way. Those who committed crimes and massacres in the past continue untouched by

the law, and immunity exists for those with power and connections” (193)<sup>59</sup>. Sobre esta observación, la Corte Interamericana de Derechos Humanos ha declarado, sobre el caso guatemalteco, que: “la impunidad tiene consecuencias que van aún más allá de los derechos de las víctimas, creando un clima que afecta la seguridad ciudadana, promueve la corrupción y es incompatible con el Estado de Derecho” (Comisión Interamericana, *Anuario* 1247). El caso de la impunidad guatemalteca encuentra también ecos en los países vecinos, donde en países como Honduras hasta el día de hoy es muy bien sabido, perpetradores de asesinatos políticos se refugian en el continuum histórico de la impunidad del Estado.

En *The Tattooed Soldier* Tobar transforma la ciudad de Los Ángeles en una plataforma para la representación de los alcances físicos y subjetivos de esa impunidad en el espacio social compartido. Si por un lado se sugiere la apropiación de la implementación de la justicia por los sujetos víctimas, por el otro, la textualidad examina la práctica de la violencia de los sujetos como consecuencia propia de la misma desprotección y el fallo estatal. La razón por la que Antonio decide matar al Sargento Longoria es porque desde su perspectiva:

No one will punish this man. In my country there is no one to punish the army for their *barbaridades*. No court will do it. This man can go free, he can do anything he wants. He can live here, he can live in Guatemala, and no one will bother him. Like you say, no one will fuck with him. (Tobar 177)

Cuando Antonio cumple con el sentido deber de asesinar a Longoria, lo que consigue es usurpar el espacio de la legalidad guatemalteca y por extensión también el espacio de la legalidad estadounidense. Se apropia en este sentido de la Ley resolviendo el caso de los asesinatos de su esposa e hijo –como el de los millares de “cadáveres anónimos”, “los campesinos, estudiantes y revolucionarios, hijos e hijas” asesinados por el ejército guatemalteco–, literalmente por medio de

---

<sup>59</sup> El reciente juicio abierto contra Ríos Montt (enero 2012) y otros ex-paramilitares del gobierno guatemalteco durante el conflicto armado, podría argumentarse, señala la posibilidad de que esta impunidad comience a ser revertida. El tiempo lo dirá.

sus propias manos. En la forma articulada por el mismo: “*I did not bury my wife and child, but I can stand and seek vengeance, for them and for the many, for the anonymous dead*” (Tobar 182-3). El mensaje de esta lectura es la invalidación de los aparatos jurídicos estatales en mención, enfatizando sobre todo su indiferencia para con el caso del genocidio guatemalteco, sus consecuencias, y las diversas formas en las que sus sujetos las experimentan aún en el espacio social de la diáspora.

Subyaciendo esta lectura en el texto se perfila la infiltración de una violencia mucho más profunda. Se trata de la violencia asumida, normalizada y perpetuada por la *colonialidad del ser* en contra de sí. Esta otra forma de violencia no se limita a una discusión en torno a la eficacia o ineficacia del Estado guatemalteco o estadounidense en su tratamiento de la impunidad. Se enfoca más bien en la colonialidad constituyendo al sujeto, impulsándolo a darle muerte a una figura que considera su otro absoluto a pesar de provenir ambos de un mismo espacio social, pertenecer a las clases no-pudientes guatemaltecas, y dentro de los patrones del poder de Guatemala, ser igualmente *damnés*. Esta violencia podrá ser examinada sólo a partir de una reevaluación del poder en la forma ya ampliamente efectuada por Foucault sobre el mismo y en la manera re-evaluada por Aníbal Quijano en su conceptualización de la colonialidad del poder.

El poder y sus respectivas formas de violencia es “ejercido” más que poseído como se mencionara antes. Para Foucault, el poder no se limita al Estado: “no es una institución, ni una estructura; tampoco es una cierta fuerza con la que estemos dotados; es el nombre que le damos a una situación estratégica compleja en una sociedad determinada” (Foucault, *Historia* 113). Análogo a su análisis, aunque tomando la colonialidad como punto de partida –y por ende el intrincado de la racialización de los sujetos como eje estructurador de las relaciones de poder–, Quijano apunta hacia la manera en que el poder y su violencia están vinculados a las “ideologías constitutivas” de los diversos grupos de identidad en una determinada población. Para el sociólogo peruano:

La fuerza y la violencia son requisitos de toda dominación, pero en la sociedad moderna no son ejercidas de manera explícita y directa, por lo menos no de modo continuo, sino encubiertas por estructuras institucionalizadas de autoridad colectiva o pública y “legitimadas” por ideologías constitutivas de las relaciones intersubjetivas entre los varios sectores de interés y de identidad de la población. (Quijano, “Colonialidad del poder, globalización y democracia” 12)

Aunque en la diáspora el sargento Longoria aún se identifique (y sea identificado) con la institución militar guatemalteca –“Yes, jefe. Así es [*soy soldado*]” le dice en algún momento a su patrón–, éste no deja de ser un objeto/sujeto del poder y la colonialidad. De orígenes mayas y condiciones campesinas en su niñez, éste fue instrumentalizado para cumplir los mandatos del Estado Moderno de Guatemala. Como muchos otros mayas más durante la guerra civil, fue reclutado, empleado y entrenado por este organismo del Estado para efectuar una guerra genocida en contra de personas de su misma extracción social, económica y étnica. Aunque integrado al cuerpo militar por medio de la fuerza, vemos la manera en que Longoria llega, a través del adoctrinamiento de esa institución, a percibirse como parte íntegra de tal fuerza, identificándose y a su masculinidad en función de ella. Como lo articula la voz narrativa de la novela: “Guillermo was still a child when the army pulled him out of the Lux Theater. Slowly the army made him a man” (Tobar 60). Como diría Foucault, el Estado construye y disciplina los cuerpos de estos sujetos por medio del biopoder.

En esa conversión a hombre Longoria debe abandonar la identidad maya y campesina dentro de la cual nace para reemplazarla con la identidad y lo que Quijano aquí llamaría las “ideologías constitutivas” del Estado ladino. El Estado ladino en torno, percibimos por medio del lenguaje de Longoria, asume al personaje como cuerpo dócil fundiéndolo de la ideología eurocéntrica, racista, clasista y heterosexual necesaria para su propia sobrevivencia (la sobrevivencia del Estado). Esto el Estado guatemalteco lo logra por medio de la propagación e infusión del escepticismo misantrópico discutido en la previa sección y aquí planteado sobre la idea de que el pueblo guatemalteco –un pueblo mayoritariamente maya– estaba constituido no por seres humanos, sino por un “virus” que debía ser erradicado. En un pasaje que nos permite un acercamiento a la

ideología de Longoria, vemos su adquirida percepción del campesinado guatemalteco una vez el personaje ha adoptado la identidad militar. Puestos en permanente duda, para Longoria el campesinado figura como “cáncer”:

This thing they were fighting was a cancer, and sometimes the children were contaminated with it too. You killed the cousins and the uncles to make sure the virus was dead. That’s what the officers said, and you had to believe it. The parents passed the virus along to their children. It made you want to kill the parents again and again, even after they were dead, because if it wasn’t for the fucking parents you wouldn’t have to kill the children. Guatemala was like a human body [...] and if you didn’t kill these organisms the body could die. (Tobar 63-4)

Dicha ideología permite y legitima, desde la perspectiva de Longoria, su completa participación en el genocidio maya, llevándolo a cometer actos de inimaginable crueldad:

This was the worst thing to remember, the sounds children make when they are dying. The flutter in the throat. Crying because they’re bleeding all over the floor and it doesn’t make any sense. They cry because when you stand there in your uniform and shoot them they feel like their fathers are punishing them for doing something wrong. And you, in your camouflage skin, are in the room with them, watching this happen. You are the one who put the bullets in their bodies. (Tobar 64)

Tal es el grado de la infiltración de esta ideología en el imaginario del ex-sargento que aún estando fuera del espacio nacional de la guerra, éste continúa arrogándola. Su percepción de la nueva sociedad que habita vemos (la sociedad angelina), está aún informada por su disciplina y formación militares. En una instancia, al escuchar a una manifestante en el parque MacArthur en contra de las guerras centroamericanas<sup>60</sup> decir “*¡Mientras haya pueblo, habrá revolución!*”, Longoria instintivamente reacciona:

It seemed strange to Longoria, incongruous, to see this small woman leading the mob, directing their energies like an evil conductor. It didn’t seem right to him that there was no one to stop her from spitting forth her blasphemies. It would be so simple to silence her, to reach up and stuff his fist in her throat and muffle the words. (Tobar 68)

---

<sup>60</sup> Recordemos que la trama de *The Tattooed Soldier* se lleva a cabo a principios de la década de los noventa, cuando la Guerra Civil guatemalteca aún no cesaba.

Ligado a su identidad de soldado, “tatuado” como lo sugeriría el título de la novela, Longoria es constituido por ella. Ese tatuaje físico que porta en su brazo, como el tatuaje simbólico de su identidad, son una marca en el cuerpo de Longoria articulando su posicionalidad como instrumento del Estado. Imborrable, la marca es emblemática de la profundidad de su instrumentalización como también, de su incapacidad de separarse de ese estado de terror.

No pudiendo ver la instrumentalización del ex-sargento, en Los Ángeles Antonio lo asume como su opuesto. En Longoria, la diáspora guatemalteca perteneciente al sector civil ve sólo la figura de un asesino: “¡Matón! Murderer! ¡Matón!”, le grita una connacional que lo reconoce en alguna de las calles de Los Ángeles (Tobar 160). Los intereses por los que Longoria comete incontables actos de genocidio durante la guerra no obstante –aunque éste no llegue a entrar en consciencia de ello– no son los suyos propios, sino los del organismo estatal militar que lo ha administrado y a quien representa. En tal proceso, Longoria asume como suyo el poder soberano, adoptando el poder de dejar vivir o hacer morir.

Esta instrumentalización se evidencia de manera concreta en la diáspora, donde tanto la población civil como el mismo Longoria terminan siendo descartados por el Estado, sometidos a la continua explotación de sus cuerpos en Estados Unidos. Como la mayor parte de la diáspora, y aunque el personaje no pueda ni quiera verlo, Longoria es también desechado por la institución militar. Es dejado a vivir su suerte en el país del norte sin protección alguna del Estado guatemalteco por el cual estuvo dispuesto a dar su vida en la guerra. Cuando llega a Los Ángeles, como cualquier otro inmigrante indocumentado de la ciudad, debe poner su cuerpo a disposición y utilización de la economía estadounidense. Él también se convierte en un sujeto reemplazable más:

When he first came to Los Angeles, Longoria had worked in a series of factories, including eight months in a sweatshop on Washington Boulevard where his job was to tend to large vats of acid that turned regular blue jeans into “stone-washed” jeans. This was smelly work, and he felt he deserved something better than noxious fumes. Above all, he wanted a job where he could stay clean and not worry about chemicals eating into his skin. (Tobar 26)

Dentro de este contexto, el asesinato de Longoria en manos de Antonio representa entonces la violencia asumida, perpetuada y normalizada por la *colonialidad del ser*. Inmersos en un perpetuo ambiente de guerra los personajes forjan relaciones sociales en base a su condicionamiento a la violencia y a la muerte. Los disturbios de Los Ángeles que encubren el asesinato son emblemáticos de tal condicionamiento. Inscriben la erupción de la violencia como parte intrínseca del tejido social angelino, permitiendo que la muerte de un inmigrante suceda sin causar resonancia. El trasfondo de la trama principal ejemplifica esta normalización. A la par de los tiros disparados por Antonio y que matan a Longoria, se escuchan estos otros:

there was a shot in the distance, the unmistakable pop and echo. Another pop, and then two more in quick succession. Somewhere a man was pointing and firing, his anger palpable in the sound of the bullet cutting through air. *My madness is everyone's madness.* (Tobar 294)

Es en este ambiente que los personajes ejercen la violencia y la muerte sin entrar en consciencia de las múltiples formas en que ellos mismos han sido instrumentalizados por ellas y por el poder que en la articulación de Foucault, le da un nombre determinado a las cosas y situaciones. Adquiriendo el nombre categórico de una venganza personal, la muerte de Longoria en *The Tattooed Soldier* se encubre bajo la fachada de motivos personales. La portada misma de la novela publicada por Penguin Books (1998) contiene un comentario de la revista *People*, el cual define la trama de la obra como “a chilling revenge story”. La muerte de Longoria no obstante, como he tratado de demostrar, es la afirmación de la ordinaria muerte en la experiencia de la *colonialidad del ser*. A un nivel más profundo, es la perpetuación –no consciente– de esta realidad por los mismos sujetos que la experimentan.

## Sobre la venta, desaparición y muerte de los cuerpos femeninos inmortales en Los Ángeles

En *Inmortales* (1983), obra ubicada, como todas las novelas de Oscar René Benítez en la ciudad de Los Ángeles, no hallamos a un personaje principal sino a múltiples y variados personajes cuyas historias se entrelazan unas con otras. Éstas forman un retrato generalizado de la ola de inmigrantes y asilados centroamericanos y latinoamericanos a principios de los años ochentas, cuando esta migración apenas comenzaba a imprimir su marca en el telar social angelino. Como lo sugerirá el título de la novela en el contexto de su trama, Benítez nos presenta una visión desencantada de la diáspora, siendo ésta y los sujetos que la conforman “inmortales” “como las mismas injusticias” (115). Alcohólicos, indigentes, lavaplatos, desempleados, prostitutas, ficheras<sup>61</sup>, y narcotraficantes, los personajes de esta primera novela de Benítez buscan infructuosamente la manera de sobrevivir las arbitrariedades de la gran urbe angelina, sobrellevar su indocumentación, la soledad que experimentan al dejar a sus familias, y al igual que en *Big Banana*, su situación económica. Por su condición de “ilegalidad” en Estados Unidos permanecen limitados a una participación en el sector informal del mercado, y en los peores casos, a la invisibilidad de la indigencia. También denominada economía “oculta”, “subterránea”, “sumergida”, “segunda economía” o “trabajo negro” dentro del campo de la Economía<sup>62</sup>, los sectores labores en los que participan estos personajes se caracterizan por discurrir al margen de los controles y registros oficiales de la ciudad y el Estado. Esto los conlleva a operar mayoritariamente en el espacio oculto de lo privado o ilegal, lo cual sabemos –en tanto espacio operativo de la biopolítica– no se distingue del espacio de la vida pública en la infiltración de los desafueros del poder. Como lo señala Agamben en su conceptualización del estado de excepción y la biopolítica de Foucault, “ya no sabemos nada de la distinción clásica entre *zōé* y *bio*, entre la vida privada y la existencia política, entre el hombre

---

<sup>61</sup> Ficheras son mujeres a las que se les paga por su compañía en un bar.

<sup>62</sup> Véase entre los estudios sobre la economía informal, *El modelo de inmigración y los riesgos de exclusión* (2008) de Antonio Escribano Izquierdo (página 220).



como un simple ser vivo en casa y la existencia política del hombre en la ciudad” (Agamben *Lo que queda* 238). El espacio privado es sólo otro lugar operativo del poder. Sustraído de la ley y visualmente oculto de la sociedad, en lo privado cualquier abuso se posibilita.

En estos espacios marginales de la economía, el cuerpo de la mujer centroamericana pasa de nuevo a ser un objeto de transacción. Sin otra manera de salir de la abyección en la que viven, la mayoría de los personajes femeninos en *Inmortales* encuentran expresión sólo a través de la venta de sus cuerpos. Trabajan en la prostitución, o en el bar El León, un bar (ilegal) de ficheras localizado en Pico Union<sup>63</sup>, en el corazón de Los Ángeles. Ahí, en un mes de trabajo desvistiéndose y dejándose tocar por sus clientes masculinos –sosteniendo a veces relaciones sexuales con ellos– éstas hacen “la misma cantidad de dinero” que lo que hacen en todo un año de trabajo doméstico en las mansiones de Beverly Hills y Malibu, donde como sirvientas ganan muy por debajo del salario mínimo (Benítez 40). Sin poder subsistir en la metrópoli con dicho sueldo, éstas optan por la utilización de sus cuerpos como medio principal de su sostenimiento financiero.

En la sugerencia del cuerpo como única herramienta posible de sustento económico para los personajes femeninos sugiero, vemos encubierto en el orden simbólico del texto la infiltración de lo que Nelson Maldonado-Torres en sus anotaciones sobre la colonialidad del ser ha llamado el “escepticismo misantrópico” de la modernidad/colonialidad. Medio a través del cual se sostiene la certidumbre del *ego conquiro*, o el *hombre imperial* discutido en el previo capítulo, el escepticismo misantrópico “le provee una fundación sólida al sujeto moderno”, y en nuestro caso específico, a la

---

<sup>63</sup> Pico Union, informalmente conocida como la “pequeña Centroamérica”, está localizada en el centro de Los Ángeles y hoy es uno de los sectores más pobres de la ciudad angelina. A finales de los años 70 y principios de los 80, el área se convirtió en un punto de entrada importante para los miles de salvadoreños y guatemaltecos que escapaban las guerras civiles centroamericanas en busca de refugio. Muchas de estas personas, en su mayoría indocumentadas, con el paso del tiempo fueron estableciendo comunidad en el área. El Parque MacArthur, localizado en el corazón de Pico Union, fue una localidad importante para el movimiento de solidaridad de Los Ángeles con los pueblos centroamericanos durante las guerras civiles. Se efectuaron ahí, durante los ochenta, múltiples protestas demandándole al gobierno estadounidense cesar todo apoyo (militar y estratégico) a los gobiernos centroamericanos.

mirada masculinista de la presente textualidad diaspórica (Maldonado-Torres, “Sobre la colonialidad del ser” 134).

Fundamentado en una permanente sospecha de los “sub-otros”, el concepto para Maldonado-Torres, “Distinto de la duda metódica cartesiana, el escepticismo maniqueo misantrópico no duda sobre la existencia del mundo o el status normativo de la lógica y la matemática. Éste, más bien, cuestiona la humanidad de los colonizados” (Maldonado-Torres, “Sobre la colonialidad del ser” 134). Teniendo sus orígenes en la discusión colonial sobre si los seres colonizados tenían o no un alma (si eran o no humanos), el escepticismo misantrópico define —a partir de su duda— a sus objetos “como entes sexuales racializados” (Maldonado-Torres, “Sobre la colonialidad del ser” 139). Retomando la posicionalidad del sujeto fanoniano del *damné*, el cual sabemos nace en la guerra ya vencido permaneciendo condenado a perecer en ella, el sujeto/objeto del escepticismo misantrópico es visto como “perpetuo sirviente o esclavo” cuyo cuerpo forma parte de “una economía de abuso sexual, explotación y control” (Maldonado-Torres, “Sobre la colonialidad del ser” 139). En *Inmortales*, esta figura condenada encuentra una máxima expresión en los sujetos mujeres racializadas dentro de los patrones de poder en implementación. Es en este sentido es que Maldonado-Torres aclara:

La ética del *ego conquiro* deja de ser sólo un código especial de comportamiento, que es legítimo en periodos de guerra, y se convierte en las Américas —y gradualmente en el mundo entero—, por virtud del escepticismo misantrópico, la idea de raza y la colonialidad del poder, en una conducta que refleja la forma como las cosas *son*. (Maldonado-Torres, “Sobre la colonialidad del ser” 139)

*Inmortales*, a pesar de explorar las dificultades de múltiples seres racializados y diaspóricos en la urbe angelina, se desarrolla por medio de un ordenamiento simbólico masculinista. El “subo-otro” de la textualidad, como ya se sugirió, es representado en la forma de los personajes mujeres quienes contrario a sus contrapartes hombres, son incapaces de ocupar otro espacio textual que el ligado a la

explotación y transacción de sus cuerpos. Puesta su humanidad en permanente duda –su capacidad de agenciarse a partir de otras medidas y capacidades–, los personajes mujeres son representados y transformados en meros cuerpos/objetos de utilización y dominio dentro del tejido social en representación.

Jacinta, uno de los personajes de la novela, anterior a su llegada a Estados Unidos es abusada sexualmente por su padrastro quien aprovechándose de su corta y debilidad física (es apenas una niña), la viola a diario bajo consentimiento de la madre en San Salvador. Contrario a lo que pudiera pensarse dentro del contexto de la Guerra Civil salvadoreña, el motivo principal de Jacinta de partir a Estados Unidos no es la guerra misma sino el abuso sexual que el personaje perdura bajo el consentimiento materno. Condenada a permanecer en la posición de objeto sexual, tanto por el padrastro como por la madre, también en el trayecto a Estados Unidos se convierte en el blanco de un coyote, quien al conocerla comienza a abusar de ella a cambio de supuesta protección. Jacinta, en vez de darse cuenta de su instrumentalización, alimenta la relación ciegamente, no queriendo “separarse de aquel hombre que le había enseñado ya diferentes maneras de experimentar el placer y ofrecido incontables minutos de entrega” (Benítez 18). En Los Ángeles Jacinta se convierte en fichera y hacia el final de sus días, previo a suicidarse, a cambio de un apartamento donde vivir, le cede todo derecho de su cuerpo a un narcotraficante mexicano. Como ella –y sin cuestionamiento alguno–, los otros personajes mujeres permanecen condenados a un sustento económico fundamentado en la suministración de sus cuerpos.

El suicidio de Jacinta hacia el final de la obra, dentro de tales parámetros reafirma su antepuesta negación textual y en el contexto de la colonialidad, también su negación histórica en tanto subjetividad diaspórica femenina. Como el personaje de Teresa en la novela de Bencastro, Jacinta desaparece de la esfera pública entrando a nuestra discusión en función de su exclusión y consecuente eliminación. Ni en la exposición de la inmortalidad de las injusticias traspasadas por el

*homo sacer* centroamericano por lo tanto, objetivo principal de la novela de Benítez, vemos el lente del *ego conquiro* desaparecido. Éste se adueña de la voz y mirada narrativa de *Inmortales*, representando a los sujetos mujeres –racializados en la diferencia colonial– bajo el monóculo escéptico masculinista y misantrópico. Convertidas en los “sub-otros” dentro del orden simbólico del texto, se da una reafirmación del intrincado de las relaciones heterárquicas de la colonialidad y su poder. Sobre la heterarquía del poder se volverá más adelante.

La transacción de los cuerpos en el mercado informal –lugar como hemos visto, de descarte y explotación–, forma parte de redes de poder que en su conjunto conllevan a la formación de estados de violencia permanentes. Forzados a venderse por debajo de lo estipulado por la ley –o en el caso de las mujeres en *Inmortales*, afuera de las demarcaciones de la ley– los cuerpos de estas subjetividades diaspóricas no sólo se prestan al desprendimiento de su valor humano en sustitución de uno utilitario, sino también, y de manera cotidiana, a los excesos del terror. “Vidas que no merecen vivir” como lo articularía Agamben, se inscribe en ellas la continuación de la no-ética de la guerra discutida por Maldonado-Torres y explorada en el previo capítulo. Esta guerra sabemos, dispone de la vida de los *damnés* convirtiéndola, como infiere Fanon, en entidades sujetas a la muerte.

### **La ciudad y los espacios perforados de la solidaridad: *Bernardo and the Virgin* en Los Ángeles y la *Big Banana* otra vez**

Las textualidades bajo estudio se desarrollan en ciudades neoliberales donde las experiencias particulares de la diáspora centroamericana deben integrarse a un nuevo espacio cotidiano, despolitizado y como hemos hasta ahora visto, de constante hostilidad. Contrario a la literatura surgida del istmo durante el período de las guerras, las tramas de estas obras ya no son guiadas por una contextualización política o social del medio ambiente en el cual se mueven los personajes sino más bien, expresamente a la inversa. Estas obras pueden leerse como una exploración de la disolución de los espacios sociales y políticos en el proceso de la democratización en la experiencia

diaspórica centroamericana. Tratan con el desmembramiento social inherente al proceso de diáspora, el cual cuerpo social esparcido a lo largo del mundo –recodemos es un cuerpo desde antes racializado–, va surgiendo en la forma de extendidas comunidades de individuos sujetos a las inseguridades de su entorno y a la colonialidad que los permea. Como lo dijera Fanon sobre el *damné*, “Cut off from his origins and cut off from his ends, he is a thing tossed into the great sound and fury, bowed beneath the law of inertia” (Fanon, *Toward* 15). Revelándose en un proceso continuo de desagenciamiento social, político e individual debido a las lógicas del estado de excepción en el que habita, la entidad diaspórica centroamericana en Estados Unidos en estas textualidades es expuesta en la desarticulación de lo colectivo y lo social. Se muestran sin el apoyo de redes sociales sólidas, y por ende, sin protección.

Dada las fuerzas de vigilancia del estado norteamericano, el mercado que administra sus cuerpos, la condición *homo sacer*, la violencia diaria en Estados Unidos, y la propia colonialidad que éstos acarrear, las relaciones sociales dentro de esta novelística se caracterizan por la intensificación de prácticas individualistas y la acentuación de la alienación (inter)subjetiva en las urbes norteamericanas. Reducidos por el sistema jurídico y económico estadounidense a mano de obra explotable/descartable, –o en el caso de muchos personajes mujeres, a cuerpos explotables/descartables–, los personajes de la novelística de la diáspora hasta ahora estudiada deben sin resistencia asumir sus circunstancias. Las condiciones sociales, políticas y económicas que los circundan, añadidas a la *colonialidad del ser* (una forma de verse en el mundo), no permiten el espacio para lo que podríamos llamar prácticas liberatorias. No vemos por lo tanto, en el imaginario simbólico de estos textos, ningún intento de los personajes por desligarse de manera sistemática de su abyección. Vemos sí, aunque prácticamente inhabilitados, y con variados grados de conflictividad, algunos espacios e intentos de establecer lazos de solidaridad y apoyo entre sí. Estos se presentan como espacios momentáneos, cuando no efímeros. Existen mostraré, en lugares tanto

ocultos como públicos permaneciendo bajo la continua permeabilidad e interrupción de diversas estructuras de poder.

La novela *Bernardo and the Virgin* (2005) de Silvio Sirias ofrece una mirada panorámica de la historia contemporánea nicaragüense, cubriendo desde la dictadura de los Somozas iniciada en la década de los años 30, y terminando en la posguerra del país cuando con la elección a la presidencia de Violeta Chamorro a principios de los años 90 se desmantela el proyecto sandinista. La trama principal de la obra fija su enfoque en la vida de Bernardo Martínez, un sacristán a quien se le aparece la Virgen María en el pequeño pueblo nicaragüense de Cuapa en 1980. A pesar de estar el país en guerra –el proyecto sandinista estaba siendo atacado por las políticas imperialistas estadounidenses–, Bernardo se dedica a profesar el mensaje de paz que le transmite la virgen, debiendo enfrentar todo tipo de refutaciones políticas en su trayecto. Como podrá sospecharse la aparición de la virgen es utilizada por las diferenciadas agendas políticas existentes en el país.

Novela de múltiples personajes, algunos de éstos emigran a Estados Unidos en la década de los años 50 formando parte de esa pre-migración masiva de nicaragüenses al norte<sup>64</sup>. Como lo anota Yajaira Padilla en su ensayo “El transimaginario centroamericano: inmigración e identidad en la literatura escrita por centroamericanos en Estados Unidos”, la novela de Sirias se extiende más allá de las fronteras cartográficas, concediendo a un «transimaginario» que supone la inclusión de centroamericanos que residen dentro y fuera de sus países de origen” (“El transimaginario”).

Cuando Blanca, uno de estos personajes, trata de establecer una relación de apoyo con su vecina chicana en el Sur Centro de Los Ángeles, su corta amistad se ve abruptamente truncada por la violencia ordinaria de la ciudad. Habiendo inmigrado a Los Ángeles sin base de apoyo familiar o amistades –contando sólo con la compañía de su esposo norteamericano que fallece de cáncer a sólo

---

<sup>64</sup> Aunque la migración nicaragüense a Estados Unidos no ha sido tan grande como la salvadoreña, guatemalteca u hondureña, se ha estimado que para la década de los ochentas, habían ya en Los Ángeles aproximadamente 100,000 personas de nacionalidad nicaragüense.

unos meses de su arribo— la ciudad angelina se convierte en un lugar intimidante para Blanca: “Blanca’s new world suddenly became meaningless and intimidating. She had lost her interpreter – and in ways that went far beyond language (Sirias 96). A pesar de gozar de una posición económica estable y de hallarse en una ciudad bulliciosa repleta de individuos migrantes, el estilo de vida angelina, percibe el personaje, se enraíza en una cultura de alienación. Ello se le torna evidente al personaje mayoritariamente por las tardes: “It was a time when, in Blanca’s mind, Los Angeles began its daily metamorphosis into endless rows of dim streetlights and whirling automobiles that carried within them the anonymous profiles of desperate, lonely people trying to find their way home” (Sirias 98).

Es para aminorar su propia soledad que Blanca decide entablar una relación con su vecina Esperanza, “a petite, artistic person who wrote poetry, in English, which Blanca, to her regret, couldn’t understand” (Sirias 97). A pesar de la barrera del idioma (logran comunicarse a través del español “confuso” de la “gringa-mexicana”, como así llamaba Blanca a Esperanza), las dos empiezan a tratarse. Esperanza comienza a enseñarle a Blanca un poco sobre la vida angelina advirtiéndole sobre todo de la necesidad de mantener siempre sus puertas bajo llave y de nunca abrirle la puerta a desconocidos ya que: “During the last few months several women living in the area have been raped and murdered” (Sirias 98). La advertencia se materializa a sólo tres semanas después de articulada, cuando Esperanza y su compañera de casa se convierten en víctimas del violador. Aunque las particularidades del incidente se presentan borrosas dentro de la narración, sabemos que del suceso deriva un cadáver, posiblemente el cuerpo de la compañera de casa de Esperanza. La repentina intrusión de la violación y muerte terminan la amistad que ambas mujeres habían iniciado porque en ese preciso momento Blanca decide regresarse a Nicaragua. Coartada por una violencia de carácter sexual, el adquirido espacio de soporte femenino se ve repentinamente invalidado.

Los lazos solidarios entre los propios nicaragüenses de Los Ángeles se ven también obstaculizados en *Bernardo and the Virgin*. Los motivos sin embargo, no son aquí de carácter externo (la violencia de afuera simbolizada por el violador asesino) sino más bien de carácter interno. En un pasaje donde Bernardo vuela a Los Ángeles con el propósito de recaudar fondos para su misión de paz, éste busca la ayuda de Esmeralda Saavedra, inmigrante conocida como “la reina de los nicaragüenses de Los Ángeles (Sirias 309). A cambio de “adoración”, Esmeralda se dedica a ayudar a los recién llegados de Nicaragua a encontrar trabajo y adaptarse a la vida angelina.

A pesar de representar una fuente de apoyo para los migrantes, Esmeralda simboliza el personalismo y oportunismo que corrompe a muchas de las organizaciones de inmigrantes centroamericanos en Estados Unidos. Como lo comenta Bernardo, “In every community there’s a Doña Esmeralda” (Sirias 313). Ante un público de inmigrantes nicaragüenses que la adulan, Esmeralda aparece prometiendo facilitarle la asistencia económica a Bernardo en Cuapa. Esa promesa, el lector sabe, quedará sin cumplirse. El dinero, sugiere Bernardo, o se pierde o nunca llega: “They [people like Esmeralda] make big promises before an adoring public. But afterward... nothing. Her admirers will never know the truth [...] that’s the way of our compatriotas (Sirias 313). Aprovechándose de su estabilidad adquirida en Los Ángeles, el personaje de Esmeralda utiliza la fachada de la colectividad para fines o lucros personales. El espacio de la solidaridad y apoyo colectivo creado por esta comunidad nicaragüense en la ciudad angelina por lo tanto, se plantea como ficticio, mediado por los intereses y definiciones del individualismo.

En “Changing women, Changing Nation: Female Agency, Nationhood, and Identity in Trans-Salvadoran Narratives”, sobre los personajes mujeres en *Odisea del norte* de Mario Bencastro, Yajaira Padilla afirma:

women appear in one of two roles, as either the «wife left behind» in El Salvador by the male migrant hero or as the disenfranchised refugee. Marking both of these characterizations of women is not only the fact that each occupies a problematic, if marginal position, within the immigrant reality and process of transnational



community depicted in the novel, but that they are both also represented in traditional ways. (Padilla 137)

Esta marginalización argumenta Padilla, penetra el espacio adquirido de la solidaridad por los personajes diaspóricos en Washington. Descrito por Padilla como un espacio “homosocial”, la cocina en la que se congregan los trabajadores indocumentados continúa reproduciendo la idea de que la masculinidad salvadoreña es el “protagonista principal” de la historia de migración de El Salvador. De manera análoga a su lectura, la construcción de espacios de apoyo entre los migrantes en *Big Banana*, aunque pretendidos como espacios horizontales, son constituidos por la imposición de un orden masculinista.

Contrastando con la actitud pasiva, alienante y fragmentada que Eduardo debe adoptar dentro del espacio laboral –recordemos que debe consentir a su desechabilidad para retener su trabajo de construcción–, el apartamento que éste comparte con otros migrantes es convertido en un lugar donde los personajes pueden colaborar y adquirir agenciabilidad. Cuatro hombres de diferentes países latinoamericanos (Ecuador, Chile, Honduras) y una mujer (de Puerto Rico) se organizan en un sistema donde dividen las tareas del apartamento equitativamente:

Nos toca a cada uno cocinar una semana, de lunes a viernes, y otro lava los trastes. La basura de esa misma semana la recogen los que no tienen turno de cocinar. Cuando se use el baño hay que dejarlo limpio, pasar el trapeador si chorrea la ducha. Algo muy importante: cuando se llega tarde no hacer ruido, cerrar la puerta con triple llave y colocar una barra [...] El teléfono [...] (Quesada 27)

El ambiente equilibrado en el apartamento difiere de los excesos de las instancias exteriores de normalización, donde la constante utilización de sus cuerpos por el mercado y su sometimiento al estado de excepción recarga de trabajo a estos personajes sumiéndolos a la alienación e individualidad.

Aparte de representar un lugar físico de convivio apacible, el espacio del apartamento sirve para compartir la palabra, las penas, el intercambio de ideas y hasta para encubrir secretos de infidelidad. Los compañeros de apartamento, con la excepción del único personaje mujer del grupo

–Rosa “la mujer del ecuatoriano” que permanece al margen y a quien retomo en seguida–, crean una zona de entendimiento mutuo en tanto comparten experiencias similares con respecto a sus trabajos, la falta de dinero que siempre sobrellevan, mujeres/amantes, y la soledad. Estos hombres lloran, ríen, se escuchan, critican el mundo, comen juntos, se hacen compañía en días festivos y cada quien comparte elementos de su cultura con los demás. Sin ningún tipo de intervención externa (juntos logran pagar la renta cada mes sin enfrentar problemas con la administración del edificio) crean en el apartamento un lugar libre de explotación y dominio donde se posibilita llevar a fruición la anhelada sensación de compañerismo que les es negada en el mundo de afuera.

Casagrande, el personaje chileno homosexual, aunque no hable abiertamente de su sexualidad ante el grupo, es respetado y querido tanto por su carisma como por sus comentarios políticos incisivos. Los ecuatorianos y Eduardo, el “Big Banana” como así lo apodan, ocupan cada uno un espacio donde su masculinidad y experiencias individuales son reconocidas y en el caso del personaje principal, hasta halagadas. El apodo mismo que le dan a Eduardo, “Big Banana”, alude a lo que los hombres consideran una conquista masculinista del espacio neoyorquino por Eduardo, a quien perciben como sujeto periférico por ser originario de Honduras. Infamemente conocida como la República bananera (históricamente sujeta a las querencias empresariales de Estados Unidos), Honduras logra entrar a Nueva York con el apelativo de grandeza (“Big”) –una marca fálica claro está– a través de la virilidad de Eduardo. Éste, consideran todos, tiene la capacidad de conquistar a cualquier mujer que se le atravesase en su camino, particularmente a las mujeres anglosajonas.

Contrario a su vivencia en las calles y en los espacios labores de Nueva York donde existen como entidades imperceptibles por los demás, nadie en el apartamento, con excepción de Rosa, es invisible ante los demás. El “otro” es en el espacio del apartamento reconocido como un ser vivo, con plena capacidad de aporte en la creación de un espacio comunal. Se reafirma de tal manera, a

través de la dimensionalidad del apartamento, ese espacio que según Foucault es fundamental para cualquier forma de vida comunal cuando en “Space, Power, and Knowledge” dice: “Space is fundamental in any form of communal life” (168). En ese espacio sin embargo, también se develan los funcionamientos del poder. Como le agregara Foucault a esta previa afirmación, “Space is fundamental in any exercise of power” (168).

El personaje de Rosa debe constantemente atender a las demandas de su marido José, o a las del grupo. Como ya se ha señalado, ella entra al espacio del apartamento (y a la narrativa) en la calidad de personaje marginal. Se sabe muy poco de su vida y lo que sabemos de ella surge con respecto a su posición de sujeción frente a José. Evocando el argumento principal de María Lugones en “The Coloniality of Gender”, notamos la manera en que estos sujetos hombres racializados –desechables en el estado de excepción del Estado norteamericano–, recrean ellos mismos prácticas similares de exclusión y utilización en el locus del apartamento. La “indiferencia” del hombre racializado expuesta por Lugones, es en ese espacio ejercida a través de una normalización del orden masculinista. Aunque algunas veces Casagrande tome consciencia de la exclusión de Rosa, advirtiéndole a José que algún día la perderá si la sigue tratando de esa forma, éste también demanda cosas de ella sólo que a través de la utilización de un lenguaje diferente. Cuando José le ordena a Rosa cocinar en tono brusco por ejemplo –“No preguntes tonteras; si vas a hacer comida, hazla y ya. Si comen, comen; si no, no comen”–, Casagrande interviene utilizando un lenguaje menos imponente: “Casagrande le dijo a Rosa que no sería mala idea que cocinara algo ligero. Y ella aceptó de buena gana” (Quesada 238). Aunque sutiles –o lo que podría también leerse como banal–, estas conductas señalan prácticas de poder encubiertas en el contexto de la socialización de los personajes dentro del apartamento. Se inscriben en lo que en “Michel Foucault y la colonialidad del poder” Santiago Castro-Gómez ha tan puntualmente llamado –elaborando

sobre la articulación del sociólogo griego Kyriakos Kontopolus (1993)—, *heterarquías del poder* (Castro-Gómez 164).

Sobre la teoría hetarárquica del poder (ofrecida también por Foucault) Castro-Gómez señala: “la vida social es vista como compuesta de diferentes cadenas de poder, que funcionan con lógicas distintas y que se hallan tan sólo parcialmente interconectadas” (Castro-Gómez 166). Añade, incorporando una frase del sociólogo puertorriqueño Ramón Grosfoguel,

Entre los diferentes regímenes de poder existen disyunciones, inconmensurabilidades y asimetrías, de modo que no es posible hablar aquí de una determinación «en última instancia» por parte de los regímenes más globales. Tampoco es posible privilegiar analíticamente las estructuras molares. Por el contrario, la genealogía parte de los núcleos moleculares, allí donde se configura la percepción, los afectos, la corporalidad, en una palabra la subjetividad de los actores que son en últimas, quienes *incorporan* las segmentaciones globales. (Castro-Gómez 166-7)

Vislumbrar las heterarquías del poder en el presente análisis no significa desconocer las lógicas de explotación de los hombres (o mujeres en el caso de *Bernardo and the Virgin*) racializados en las novelas en mención, sino señalar la manera en que estas lógicas no funcionan por separado de otras tecnologías de regularización y subjetivización. Mi propuesta ha sido leer los pocos espacios de solidaridad existentes dentro de algunas de estas novelas no como lugares liberados, sino como otros lugares donde también se reproduce el poder y el estado de excepción estipulado por Agamben. Esto, considero, es clave para un desvelamiento de la colonialidad del poder, el cual hetarárquico, como lo hemos hasta ahora puntualizado, invade todo nivel —molar y molecular— de la sociedad y el sujeto. Impacta y dictamina, como lo sugiere Castro-Gómez, “la percepción, los afectos, la corporalidad, en una palabra la subjetividad” de los sujetos diaspóricos centroamericanos.

## Anotaciones finales

Las vivencias de los sujetos diaspóricos centroamericanos aquí representados revelan la crisis del estado de derecho moderno. Refugiados de guerras, indocumentados, inmigrantes y feminizados, son forzados a subsistir dentro del tejido social estadounidense en la modalidad de seres invisibles y descartables. Biopolítico y soberano, el Estado norteamericano desemboca en ellos su lado oculto, silenciosamente administrando el estatus de sus vidas y hasta el de sus miedos. Aunque desapercibido por la mayor parte de la sociedad, el Estado moderno detenta el poder de “hacer vivir o dejar morir”, como también –a través de la política– el poder de gestionar la *nuda vida* del ser humano.

Como el *homo sacer* de la ley romana, los sujetos diaspóricos centroamericanos en representación existen sin consideración social ni política dentro de las urbes norteamericanas. Sin categorías humanas para incluirlo, el ordenamiento jurídico los elude. Son por ello eliminables y explotables sin consecuencia de repercusión social o política en la *polis*. Sustraídos de la protección del estado en el que se asientan –lugar donde no obstante, crean comunidad–, son entidades desplazadas a los límites de la sociedad. Estos límites conforman una zona legislada por la constante de la indiferenciación y representa una frontera endeble separando a lo humano de lo infrahumano; lo jurídico de lo no jurídico. Ahí, en ese lugar de indistinción, la vida de quienes Frantz Fanon bajo otros términos nombró los *damnés*, se suspende, siendo paradójicamente incluida en el *estado de excepción* en el cual son forzados a morar por medio de su exclusión. El Mercado, se añade aquí, (dado a que sobrevive de la utilización y explotación de los cuerpos) opera ahí con mayor rentabilidad. Sin reparación toma control y dominio de estos cuerpos explotables.

La indiferencia para con los sujetos diaspóricos/*homo sacer* delata la fuerza del poder soberano en tanto se infunde y difunde en el imaginario y las (inter)relaciones sociales estadounidenses. Pero en la novelística bajo estudio la indiferenciación notamos, proviene también

de otro lugar. Fuerza de gran profundidad, la *colonialidad del ser* corroe las formas en que el sujeto diaspórico centroamericano actúa, se ve y se piensa en su destierro. Afecta tanto su dimensión individual como la colectiva e infringe, como pasaré a resumir, en las prácticas de poder ejercidas por el mismo en la sociedad.

Racializada, la *colonialidad del ser* es traspasada por la omnipresente amenaza de la muerte. (Lo fue durante el período de las guerras civiles centroamericanas y lo sigue siendo en la diáspora. Si regresamos un poco en la historia nos damos cuenta de que en realidad viene siendo traspasada por ella desde períodos de la Conquista, y que continúa siéndolo en la subsecuente independización de los Estados modernos. Estas independencias continuaron las lógicas inferiorizantes de gobernabilidad/colonialidad iniciadas por las colonias.) Convertida en norma de vida entonces, la muerte se transforma en algo que la misma *colonialidad del ser* llega a asumir y reproducir. Sea en la forma de la eliminación de sí mismo –como en el caso de suicidio de *Inmortales*– o en la desaparición, exclusión o eliminación de quien llega a considerar su *otro* –como en el acto vengativo de la trama de *The Tattooed Soldier*. Sin excepción dentro de las textualidades abordadas, la muerte se difunde demostrándose de manera concreta a veces, o por otras transmutándose en el signo de la indiferencia (emblemático por el orden masculinista en la creación de espacios de solidaridad en *Big Banana* y *Odissea del norte*).

En otras instancias la muerte se expresa en la manera de monóculos masculinistas que se apoderan de la voz narrativa misma, transformando a la entidad mujer en el *sub-otro*. Este tipo de lente narrativo pone a la entidad femenina en duda permanente –lo que Maldonado-Torres conceptualiza como el *escepticismo misantrópico* de la colonialidad–, representándola en una inferiorización, ilimitada explotación de su cuerpo y en su reiterada eliminación del texto. Invalidando a estos *sub-otros* –y siendo, paradójicamente, un “cualquiera”–, la *colonialidad del ser* muestra a través de su propia indiferencia y diversos ejercicios de poder en reproducción, detentar

también el poder del soberano. Como se ha intentado demostrar, develar estas diversas heterarquías del poder no implica la invalidación de algunas lógicas de explotación por la exposición de otras, sino el señalamiento de que las cadenas de poder no funcionan por separado de otras.

Considero que uno de los aportes de la literatura examinada es la visibilización de lo invisible. El propio acto de la escritura se ve en estas textualidades revirtiendo el signo de la indiferenciación a la que se ven sometidos los sujetos en representación. A través de una articulación y exposición de las zonas de indiferencia, la novelística analizada en este capítulo corrompe los lugares del silencio en el estado de excepción. Desapercibidas ellas mismas, las obras bajo estudio se han apoderado de la palabra para abrir sus propios espacios de enunciación en el ámbito estadounidense. Joven aún, no hemos ni comenzado a ver el potencial cultural de esta comunidad (aunque sin duda más de alguna ya se haya hecho escuchar, y a gritos). Muchos jóvenes (y ya no tan jóvenes), dispersos a lo largo de este país del norte, estamos ahora aprendiendo y caminando los pasos de la palabra que nos fueron abiertos por aquella primera generación de exiliados, inmigrantes y refugiados. A nuestra propia manera, nos replanteamos los significados de la palabra en un mundo cada vez más siniestro y globalizado. Como lo dijera Agamben en alguna entrevista, y como lo evidenciarán las dos textualidades a explorar en el siguiente capítulo (*El gato de sí mismo* de Uriel Quesada y *Sopa de caracol* de Arturo Arias): “Es a partir de este territorio incierto, zona opaca de indiferenciación, que debemos encontrar hoy el camino de otra política, otro cuerpo, otra palabra”.

**La sopa, el gato y la desobediente palabra:  
Sobre otras formas de ex-militar, ser y migrar en la narrativa centroamericana de la diáspora**

*La tonta muerte no sabe si ya me fui, si escribo estos sucesos antes de que ocurran, si otra vez el reloj  
está creando la ilusión del tiempo, si hoy es ayer, o mañana, o un segundo desconocido entre los cientos de  
meses de la vida humana.*

Uriel Quesada *El gato de sí mismo*

*Lo admito, sí. Me excita ver al Roso de hombre, parodias los dos, luchando por ser lo que no  
somos ni ser lo que eran ni seguir siendo lo que no eran ni querían ser.*

Arturo Arias *Sopa de caracol*

*¿Nadie le ha hecho entender a la vieja criada que el viento no tiene orden?*

Uriel Quesada *El gato de sí mismo*

## Introducción

En el presente estudio se han abordado, hasta ahora, cuestionamientos en torno a las operaciones del poder y la colonialidad en el cuerpo individual y social diaspórico centroamericano. Las textualidades indagadas se han leído en relación al carácter heterárquico del poder, el cual perverso (y hasta indiferente) hemos visto, logra penetrar los espacios más recónditos de la *colonialidad del ser* por medio de diferentes conductos y modalidades: el mercado, la sociedad, la gobernabilidad y, de forma más específica, las diferenciadas relaciones (inter)subjetivas. Estas últimas son las más triunfantes en reproducir prácticas de poder afines a la perpetuación de modelos inferiorizantes/superiorizantes propios de la colonialidad/modernidad.

Lo que de aquí en adelante referiré como Poder (en mayúscula para diferenciarlo de las otras formas de poder que exploraremos en este capítulo), se ha mostrado, normaliza el *estado de excepción* articulado por Giorgio Agamben en la experiencia de los cuerpos centroamericanos en dispersión. Este “Poder” se refiere al poder hasta ahora analizado en el presente estudio: a la colonialidad; al



poder del Estado; al poder perpetuado por la colonialidad del ser; a la gobernabilidad, al poder disciplinario y al de las tecnologías de muerte. La literatura de la diáspora hasta aquí explorada demuestra que este Poder explota y disciplina a los sujetos centroamericanos dentro de los nuevos marcos políticos, sociales y económicos habitados por los mismos en la diáspora. Este Poder los invisibiliza, haciendo del acto de migrar y establecer comunidad una experiencia caracterizada por la constante del desempleo, la precariedad económica, la ausencia de esperanza en el futuro, y de manera tanto figurada como concreta, la normalización de la muerte. Visto desde la perspectiva de la colonialidad del poder, este sometimiento del sujeto centroamericano al Poder representa no una eventualidad única o específica a la experiencia de la diáspora, sino una experiencia de continuidad y permanencia históricas. Si el *homo sacer* centroamericano era descartable previo a las guerras, la literatura demuestra que lo continuó siendo durante, y lo siguió y sigue siendo después. Este continuum alude a una forma de existencia particular sobrellevada por aquellos a quienes Frantz Fanon en otro momento llamara los *damnés* de nuestra tierra.

Retomando estas últimas observaciones, en los previos capítulos se argumentaba de que en la diáspora el heterogéneo grupo de *damnés* centroamericanos se ve traspasado por el omnipresente signo de la muerte. En las previas textualidades exploradas la muerte es representada de manera directa o indirecta sea ya a través del código variable de la invisibilidad, la insistente práctica de la autodestrucción —como en el caso de los personajes ex-militantes de David Hernández y Horacio Castellanos Moya<sup>65</sup>—, o a través del desaparecimiento (disimulado o explícito) de las entidades convertidas en *sub-otras*. La experiencia diaspórica, la búsqueda de una nueva identidad en la posguerra, y la circunstancia *exilio* dentro de estos parámetros, lejos de simbolizar espacios de tregua, se revelan dentro de la novelística hasta aquí estudiada en espacios donde la legalidad es suspendida

---

<sup>65</sup> Véase Capítulo 2.

y la vida convertida en un elemento eliminable del Poder. En estas textualidades la vida se mantiene sujeta a la exclusión y supresión, entrando a la mira pública sólo a partir de su defunción.

Lo que la novelística hasta aquí estudiada también nos revela es de que este cúmulo de experiencias se halla contenido dentro de una coyuntura histórica, social y económica en la que el sujeto diaspórico se ve en la imposibilidad de ejercerse dentro de espacios alternos de Poder. En dicha coyuntura, el sujeto diaspórico centroamericano bajo representación tampoco se ve en la posibilidad de desvestirse de la *colonialidad del ser* que lo constituye y gestiona en su travesía de migración o exilio. Ahí, en ese entrecruce de muerte/colonialidad/posguerra y migración, el Poder en todo momento determina al sujeto; traspasa el tejido social, económico y político en el que éste existe y se relaciona consigo mismo, con su entorno político y económico, y con los demás, como lo vimos en el previo capítulo.

Dos otras novelas de la diáspora sin embargo, quebrantan con dicho patrón de invisibilización y muerte. Las obras *Sopa de caracol* (2002) de Arturo Arias y *El gato de sí mismo* (2005) del costarricense Uriel Quesada, aunque novelas inmersas en la misma conversación sostenida a lo largo de este trabajo (diáspora, exilio/ex-militancia, posguerra y migración), ofrecen propuestas y expresiones de poder enteramente distintas a aquellas de los textos previamente considerados. Estas propuestas y expresiones *otras* del poder –“poder” aquí en minúscula–, son el enfoque del presente capítulo. Se demostrará que si bien estas novelas continúan en la reafirmación del sujeto diaspórico y exílico centroamericano como cuerpo en perenne violación, ambas obras además revelan al sujeto diaspórico y exílico en la exploración de zonas afectivas *no-regulables* por el Poder. Se trata, por lo tanto, de invertir nuestras previas conversaciones y lecturas; redirigirlas ahora a la exploración de las maneras en que la zona de indiferenciación habitada por el *homo sacer* centroamericano en el lugar de diáspora, es subvertida en estas otras textualidades.

La risa, la palabra, el placer, los desbordes de la emoción, la alegoría, el amor, el travestismo, la fantasía, la homosexualidad y el deseo, como también el constante movimiento del cuerpo a través del tiempo y el espacio, aparecen en *Sopa de caracol* y *El gato de sí mismo* como zonas no normables por el Poder y su colonialidad. Son sitios donde *otros poderes* trabajan de manera distinta a las formas hasta ahora examinadas. Ahí el poder —este *otro* en minúscula por ser un poder que interroga e invierte modelos heterárquicos del Poder— actúa, en primera instancia en la ausencia de patrones que perpetúan el molde superioridad/inferioridad de la modernidad/colonialidad. Vulnera, sobre todo, el eje fundamental a partir del cual el Poder y sus heterarquías se diseminan en las diferentes áreas de la existencia del ser y la sociedad. Actúa además, como ya se introdujo, desde los parámetros de una *corpo-política*, perspectiva a partir de la cual se subvierten prácticas de Poder epistémicas que insisten en separar al cuerpo de la razón, y por ende, a invalidar saberes y enunciaciones que provienen no desde los parámetros epistémicos de la colonialidad, sino de lugares *otros*. Estas otras jurisdicciones no-normables por el Poder (la risa, la palabra, el placer, los desbordes de la emoción, la alegoría, el amor, el travestismo, la fantasía, la homosexualidad, el deseo y el constante movimiento del cuerpo a través del tiempo y el espacio) —es la tesis principal del presente capítulo—, son lugares donde se expresa lo que el discurso maya/zapatista llama *muy otras* formas de hacer y de ejercer poder. En estas zonas, se argumentará, se efectúan políticas de poder capaces de transgredir el *estado de excepción*, la indiferenciación, y el estatus *homo sacer* de los seres desagenciados y diaspóricos centroamericanos bajo estudio.

No en la propuesta de una resistencia sostenida (o si se prefiere “organizada”) a la colonialidad del poder y a sus consecuencias, en el presente capítulo veremos que estas *muy otras* formas de poder manifestadas en *Sopa de caracol* y *El gato de sí mismo* se expresan más bien en la calidad de espasmos o *momentos* de ruptura. Variables, intervienen en el Poder de manera discontinua y con el sólo propósito de enunciar su grito de horror ante la historia de muerte e

invisibilización experimentada por una diversidad de subjetividades centroamericanas. Es a partir de ahí que se devela la sobrevivencia como otro lugar a partir del cual existir en la diáspora.

El “giro de-colonial” articulado por el grupo Modernidad/Colonialidad, considerará además, comienza desde la perplejidad de estos espasmos de sobrevivencia a develarse. Los textos nos abren entonces, el campo para una discusión mucho más amplia en torno a la posibilidad de transgresión individual y social de la literatura centroamericana en este nuestro presente neoliberal.

### ***Sopa de caracol* (2002)**

Escrita entre 1993 y 1997, entre San Francisco y Madrid, entre la guerra y la posguerra guatemalteca<sup>66</sup>, y entre las circunstancias del autoexilio del propio escritor, *Sopa de caracol* de Arturo Arias surge como texto único dentro de la novelística diaspórica centroamericana. Compleja –a todo nivel (lingüístico, trama, forma, narración, contenido, referencialidad intratextual y extra textual) – la novela de Arias se construye y a la vez destruye como textualidad del exilio; como textualidad de la diáspora; como textualidad de la posguerra y como textualidad centroamericana. Cabe y a la vez no cabe dentro de tales categorías puesto que trasciende constantemente sus propias categorizaciones y temáticas, sobrepasando así la experiencia de una individualidad puramente centroamericana.

Así como *Sopa de caracol* puede ser leída como texto de la posguerra señaladamente guatemalteca en la experiencia de uno de sus ex-militantes por ejemplo, ésta puede también ser leída como un texto decididamente post-nacional; es decir, mientras alude a una experiencia particular, es a su vez un texto consciente de la necesidad de sobrepasar los monóculos nacionalistas a través de

---

<sup>66</sup> La Guerra Civil Guatemalteca concluye oficialmente en 1996.

los cuales re-evaluar el período (y fracaso) guerrillero centro y latinoamericano. En esta misma manera, *Sopa de caracol* podrá ser leída como una novela de la guerrilla centroamericana de la década de los años setentas y ochentas, como también del orden neoliberal de nuestro presente, puesto que si la novela elabora una memoria del pasado ésta simultáneamente monta su trama sobre las incongruencias de un presente traspasado por los flujos económicos y culturales neoliberales. Asimismo *Sopa de caracol* es una novela del exilio latinoamericano, como una novela sobre la destrucción de las políticas identitarias. Por medio de ella el militante se destruye, dejando abierta la cuestión de la identidad: “admito que estoy sorprendido y conmovido por la pérdida de mis más elementales indicadores de identidad. Ya no sé quién soy” afirma el protagonista principal de la obra hacia el final (Arias, *Sopa* 276).

En cuanto a los subtextos de la trama, la voz narrativa de *Sopa de caracol* sostiene un diálogo académico con la crítica literaria de Europa y Estados Unidos, la cual durante la última parte del siglo pasado silenció a la propia crítica literaria centroamericana. A la misma vez sin embargo, la novela sostiene otros diálogos de índole más popular, trayendo a colación culturas de la calle afro-y-centroamericana, caribeña, la del D.F., Rio de Janeiro y Hollywood. Siguiendo con estas paradojas, *Sopa de caracol* es igual una novela histórica como lo es una novela del presente; y si por un lado es sádica y cínica, por el otro, expresa una tremenda sensibilidad por el dolor humano y la omnipresente muerte en la experiencia de los damnés provenientes del istmo centroamericano. Una de las más interesantes propuestas de la obra es precisamente la de quebrar con las categorías dentro de las cuales históricamente se ha inscrito y desde las cuales se ha pensado y leído la enunciación cultural centroamericana. Por ello su insistencia en la persistente trascendencia de sus propias categorías y temáticas, ofreciéndonos múltiples puntos referenciales a partir de los cuales podamos leer y pensar el texto.

En adición, a través de su voz narrativa, *Sopa de caracol* es una novela que se ríe constantemente de sí, tomándose y *no* en serio; desdiciéndose como textualidad de valor social e histórico pero a la vez, e irónicamente, reafirmando como locus enunciativo trascendental en este presente “pusmoderno”, como lo dijera el narrador principal de la novela. A pesar de enunciarse por medio de un solo narrador y personaje, las múltiples conversaciones que a la vez sostiene *Sopa de caracol* le sirven a su personaje de plataforma para una serie de reflexiones sobre la condición de la posguerra centroamericana, el valor de la palabra en el momento de la indiferencia, el sujeto exílico (y no exílico) en el presente neoliberal, los motivos de los fallos revolucionarios en Centroamérica, y entre otras reflexiones, la turbulenta historia pasada y reciente centroamericana. Reflexiones todas que se contextualizarán más adelante.

En cuanto a trama, podría decirse que *Sopa de caracol* contiene varias. A un primer nivel está la de la cena íntima ofrecida por el narrador principal, Rodrigo. La cena se la ofrece a unas “ciertas relaciones muy suyas” de quienes necesita cartas de apoyo para evitar el desempleo en la universidad donde trabaja. “Cuarentón” y “vulgar académico de segunda en una universidad estadounidense de tercera dedicado a perseguir niñas de 20 años para ejercitar ese concepto conocido en Guatemala como «meter mano»”, nuestro narrador ha recién manoseado a una de sus estudiantes (*Sopa* 9). Ella lo ha denunciado ante las autoridades de la institución académica, motivo por el cual Rodrigo se halla en problemas con la administración y pidiendo el apoyo de sus colegas.

La cena que Rodrigo le ofrece a sus invitados consiste de varios platillos exquisitos; lo mejor de la cocina garífuna, guatemalteca y europea que él ha podido prepararles y combinar. Estos platillos a la vez estructuran el formato de la narración; cada uno dándole nombre a los diferentes capítulos de la obra (o cada uno formando parte del “menú” de la noche). Desde la “Tostaditas de guacamol con jaibol en la mano” y “Sopa de caracol a la beliceña con un Pouilly Fouissé extraseco”, hasta el “Cafecito *espresso* en tacitas chiquititas con un toquecito de sambuca y un coñaquito

Courvoisier (hay también Armagnac para los que prefieren) al lado”. Es bajo el deleite de cada uno de estos bocados que durante el transcurso de la noche el narrador les comparte a sus invitados anécdotas y reflexiones sobre sus días de militancia en la guerrilla guatemalteca, esa misma que para él ahora significa un “encomioso esfuerzo” “ridículo”; un intento de revolución (en ese país de “indios [que] nunca dejaron de sentir la verga cimbrada de don Pedro de Alvarado”) que utilizó y eliminó a vastos sectores de la población guatemalteca para que algunos pocos oportunistas –de todas formas– no alcanzaran el poder. Es en el deleite de estos platillos que Rodrigo le devela al lector y a sus invitados las *otras* (sub)tramas de esta *Sopa de caracol*: por un lado el proceso de fallecimiento revolucionario guatemalteco, y por el otro, la nada ilustre participación de Rodrigo en ella.

### **La desobediencia epistémica en esta *otra* narrativa de ex-militancia**

Se mencionó ya de que una de las propuestas de *Sopa de caracol* es transgredir las categorías dentro de las cuales históricamente se ha inscrito y desde las cuales se ha pensado y leído la enunciación cultural centroamericana. Otra propuesta, y la mayor de las dos veremos ahora, es la de romper el razonamiento cartesiano y eurocéntrico que dictamina las formas de ver, entender y narrar de la mayor parte de la expresión literaria del istmo centroamericano y su diáspora. Como ya ha sido notado por el mismo Arias en su trabajo crítico sobre la literatura centroamericana de segunda mitad del siglo XX:

[La naratividad centroamericana] es, pues, una narrativa emergiendo aun dentro de parámetros iluministas y todavía marcada por el cosmopolitismo de los proyectos designados por Kant para articular principios de sociabilidad dentro de un marco iluminista, si bien marcada con la perspectiva crítica que inevitablemente le señala su localización geoepistémica. Emerge y se consolida como narrativa emancipadora. Pero, ¿emancipadora de qué? Desde luego que del imperialismo estadounidense en un sentido estrictamente político. (“Narratividades centroamericanas”)

Si exploramos la literatura de la posguerra del siglo XXI, veremos que ésta también se caracteriza por los designios iluministas del ver y el enunciarse<sup>67</sup>, no ya planteándose frente al imperialismo norteamericano, claro está, sino frente a la presente condición neoliberal y de posguerra que se manifiesta en una diversidad de problemáticas sociales. Como se ha visto a lo largo del presente trabajo y como lo vemos en la más reciente producción literaria del istmo, la literatura de posguerra en su mayor parte pretende mostrar los efectos corrosivos del neoliberalismo en el cuerpo social, económico, político e individual de la región y su diáspora. En ningún momento sin embargo, pretende ésta subvertir los sustentos epistémicos desde los cuales se entienden y articulan tales efectos. En el mismo argumento de Arias sobre la literatura de la segunda mitad del siglo XX, los posicionamientos críticos de la narrativa surgiendo en la posguerra provienen todavía de lugares “estrictamente políticos”. Lo mismo podría decirse de la gran mayor parte de la crítica literaria enfocada en la producción cultural centroamericana. Como ya se exploró en otro capítulo, esta crítica se mantiene en el uso y perspectiva de los aparatos teóricos y críticos devenidos de las metrópolis europeas y estadounidenses, empleando todavía métodos analíticos ciegos a la *diferencia colonial*<sup>68</sup> que no deja de marcar tanto la narrativa como el lente mestizo y eurocéntrico centroamericano. Una toma de consciencia de la diferencia colonial implicaría, desde luego, un giro epistémico; un desplazamiento desde las formas del ver y el entender ligadas a la colonialidad y su poder, hacia modalidades *otras* del entendimiento, la articulación, y el análisis.

Consciente de tales circunstancias, con el fin de traspasarlas *Sopa de caracol* opta por inscribirse dentro de un proyecto no sólo literario sino además epistémico. Como tal, *Sopa de caracol* resulta en una novela no fácilmente digerible (gustable, bonita, o como se prefiera llamar), ni mucho

---

<sup>67</sup> De hecho, este fue el argumento principal de Arias en su ponencia ofrecida en Liverpool en el 2011, “Central American Narrativity: Is Post-War Literature New?”.

<sup>68</sup> Como contraejemplo a esto estaría la reciente literatura maya, la cual desde otros lugares epistémicos interviene su palabra en el presente neoliberal



menos de entretenimiento o consumo cotidiano. Por un lado, el lenguaje empleado es en gran parte figurado y desbordante (barroco). A veces el mismo cambia del español al inglés, y en la mayor parte de los casos al portugués, incorporando además frases en francés, lírica musical en garífuna y muchas veces hasta palabras combinadas o inventadas por el mismo narrador. Los signos de interrogación además, se interponen en la narrativa sin atender a los mandatos gramaticales de la Real Academia, instándonos desde una perspectiva visual, a experimentar una lectura colmada de obstáculos e interrupciones. Por medio de una supresión o adición de letras en las palabras además, el lenguaje muchas veces acarrea su propio ritmo, afectando el marcador temporal de nuestra lectura y añadiéndole aún otra dimensión a los efectos sensoriales que el texto logra provocar. Este ritmo adoptado por el lenguaje es el de algún habla particular de Centroamérica, México o Brasil, o el de la música que los invitados escuchan conforme deglutan sus deliciosos platillos, como en el siguiente pasaje:

Tuc tuc tuc. Tuc tuc tuc. Y con el sabor de René Alonso y su banda Láser, puuura onda nuevamente...!!! Tara rarara tara rarara. ¡Pac! ¡¡*Todo el mundo gozaa!* Chick chichik, chick, chichik. Ya empezó a tocar música la Tacuacina. Los hombros se agitan automática, impulsivamente. Y eso que los tengo tensos. Sin embargo las reacciones nerviosas les dan toquecitos eléctricos y a'i van subiendo los pobrecitos aunque sea pa' que no digan. Se quiebra la cintura, más pa'l lado izquierdo, guiño el ojo derecho. Muy tieso al principio como siempre pero eso es la edad, aunque no lo admita en público porque soy, seré siempre el eterno adolescente. ¿Envejecer? Ni más, palomas. (*Sopa* 23)

El lenguaje entonces, a través de su desobediencia e invención, profana las estructuras impuestas por los reglamentos gramaticales. En un sentido figurado ello sugiere una herramienta de desarticulación del Poder, simbolizada claramente por esa estructura del Lenguaje que irrumpe y transfigura.

Por otro lado, la estructura de la narración es todo menos lineal o lo que pudiera llamarse coherente, ya que como lo anuncia el mismo Rodrigo, la verdad es de que “uno se alarga al contar. Peor nosotros que somos enredados, barrocos, anti-cartesianos e innatamente pusmodernos” (*Sopa* 33). En esta *Sopa de caracol* encontraremos pues, relatos de episodios fragmentados, retomados

algunos en capítulos posteriores o muchos dejados simplemente sin terminar. Ello porque el personaje habla conforme a los procesos operativos de su memoria y el acto de recordar, resultando a primera vista en una narración que al lector le podrá parecer caótica.

En cuanto a forma entonces, *Sopa de caracol* rompe con lo que usualmente vemos surgir de la producción literaria del istmo y su diáspora. Quiebra lógicas de articulación cartesianas por medio del hecho de fragmentar y dejar pasajes enteros sin conclusión, y ciertamente también, por medio de las constantes intransigencias de su lenguaje. Aún así, a pesar de exteriorizar ciertos desórdenes narrativos y lingüísticos, como nos lo aclara el propio narrador, “Créanlo o no esta narración tiene su logiquilla, si es que podemos suponer que monos tercer mundistas pueden ser lógicos aunque carezcan de madurez kantiana” (*Sopa* 33).

La característica del texto que aquí más interesa enfatizar entonces –la que le brinda sentido a esa “logiquilla” y la que termina de proyectar una propuesta de desobediencia cartesiana–, es el lugar epistémico de su enunciación.

La enunciación del narrador de *Sopa de caracol* proviene, en parte, de una rotunda negación a esa racionalización cartesiana, representada en la novela por los preceptos y las conductas de la guerrilla guatemalteca. De acuerdo al narrador de la obra, esta organización actuó bajo un ordenamiento lineal, desarrollista, impositivo, machista, exclusionario y disciplinario. Por medio de una serie de prácticas de Poder, la guerrilla fijó formas unilaterales de conducta. Impuso reglamentos que objetaron formar y controlar cuerpos para beneficio del proyecto de nación que esta misma organización formuló a partir de una retórica revolucionaria. Ello se manifestó en un sentido tanto físico como figurado, invisibilizándose en el proceso epistemologías *otras* de organización social y a subjetividades *otras* que no encajaran dentro de los preceptos del “hombre nuevo” a los que la sociedad en formación debía aspirar. Todas estos modelos de conducta representan dentro del marco simbólico del texto, esa mayor estructuración cartesiana.

En esta perspectiva la guerrilla guatemalteca (y en realidad las centroamericanas) trató de homogenizar a la población, valiéndose de las mismas ideologías constitutivas de los proyectos nacionales decimonónicos y reproduciendo también, prácticas de poder devenidas de la matriz colonial de las Américas. Entre estas: heterarquías del pensamiento, heterarquías de organización social y política; heterarquías del ser y la feminización del *otro*. Por ello las constantes reflexiones de Rodrigo sobre la colonización de Guatemala y su legado de invisibilización y muerte al desarticular los preceptos de la guerrilla guatemalteca de la década de los años ochentas. En pasajes como el siguiente, el ex-militante liga los dos momentos históricos (la colonización y el período guerrillero), resaltando la insistencia de ambos períodos por inferiorizar al considerado y convertido en el *sub-otro*:

Ser guatemayense es ser hijo de puta pero ser guatemayense es también ser un sufrido hijo de puta con una suerte del carajo. Por mucho que se intente no se puede huir del horror ni bailando con la más fea. Es una maldición de origen lanzada desde que el pisado de Pedro de Alvarado se quebró al jetudo de Tecún Umán. A ver, subámosle el volumen a la música que si no me voy a deprimir aquí mismito y chillo. (*Sopa* 213)

A través de reflexiones como ésta Rodrigo expone el continuum de muerte e invisibilización en la experiencia histórica de los *homo sacers* de Guatemala. Es una condición inescapable, nos lo sugiere el personaje. Como la colonización y el proyecto decimonónico de nación del siglo XIX, la guerrilla de Guatemala también apoyó la desaparición/muerte del *otro* de manera diferenciada y hasta apadrinó la desaparición de aquellos sujetos adscritos al mismo proyecto revolucionario. El famoso lema “Patria o Muerte, ¡Venceremos!” que se utilizó y repitió una y otra vez en el ámbito centroamericano de guerras siendo aquí una frase representativa de aquella postura.

Durante el período revolucionario el mismo Rodrigo perdió a dos amantes por quienes había llegado a sentir gran afecto; de una de ellas incluso hasta se había llegado a “enamorar”. Mientras una de ellas, la V/V, militaba –siendo por consecuencia de su militancia desaparecida en Guatemala la otra, Valéria, sin saberlo fue utilizada como carnada por Rodrigo en una de sus misiones revolucionarias en el Brasil. El personaje de Valéria es emblemático de la utilización promovida por

el movimiento guerrillero: su cuerpo y sexualidad fueron determinadamente objetivizados por Rodrigo para poder éste atrapar a un enemigo de guerra que se escondía en Rio de Janeiro. Pero el personaje de Valéria es también simbólico en otro sentido; ella representa la manera en que la guerrilla llegó a afectar a personas no-adscritas al proyecto revolucionario. Al saberse abandonada por Rodrigo –y ya sin la posibilidad de poder escapar su precaria situación económica en Brasil– Valéria opta por el suicidio. Muere sin haber puesto pie en Centroamérica, sin conocimiento alguno de la Revolución guatemalteca, y sin consciencia alguna de su sometimiento y objetivización por esa misma organización. Su muerte apunta hacia la actitud indiferenciadora de la Guerrilla; y por extensión, hacia la actitud indiferenciadora de la eurocéntrica colonialidad que en Centroamérica históricamente ha profesado la muerte.

Como nos lo señala el narrador, el criterio guerrillero explicó (o consintió a) estas muertes bajo el uso de la “frasesilla” el “costo social de la revolución” (Arias, *Sopa* 107). Con respecto a la frase, Rodrigo reflexiona:

En ella se resumían todos los muertos, desaparecidos, torturados, masacrados. Pero también éramos nosotros que mentíamos, engañábamos, fingíamos, utilizábamos, instrumentalizábamos a cualquiera y especialmente a las personas que más queríamos en aras de «la causa». [La guerrilla] nos deshumanizaba fundamentalmente. Mataba los sentimientos. Nos volvíamos los robochafas de la izquierda. Estábamos comiendo frijolitos y nos tirábamos pedos de pollo. (Arias, *Sopa* 107-8)

Contrario a las otras dos novelas de ex-militantes que se exploraron en el segundo capítulo de esta disertación, a lo largo de *Sopa de caracol* Rodrigo insiste en exponer esta apología de muerte, invisibilización e instrumentalización asentida por la izquierda. Hay pues, por parte de Rodrigo una toma de consciencia. Por medio de visibilizar esta realidad, denuncia la objetivización de las personas y particularmente la objetivización de la mujer, entidad aquí simbólica de ese *otro* hecho eliminable por el estado de excepción histórico centroamericano. Aunque Rodrigo haya sido partícipe de su instrumentalización, él ahora reflexiona sobre la misma, optando por desarticularla y compartirla con quienes lo acompañan en la cena, y con nosotros, sus lectores. Se trata pues, de una

consciente reflexión sobre las formas en que el Poder manipuló y usó la vida de otros bajo la creación de un su propio *estado de excepción*, en el sentido conceptualizado por Giorgio Agamben.

La insistencia de Rodrigo en develar estas prácticas del Poder, podremos hacia el final de la obra afirmar, radica no sólo en la aceptación y articulación de esa realidad (una post-denuncia si se quiere), sino también en la invalidación de la lógica emancipatoria misma que la justificó. Como el mismo Rodrigo lo articula hacia el final de la cena, su mayor propósito al hablar es exponer “las derruidas racionalizaciones que empujaban su lógica hasta barroquizar la cerebralidad, *la irracionalidad de la razón*<sup>69</sup>” (*Sopa* 276). En esta consciencia, la crítica que el ex-militante va montando a lo largo de *Sopa de caracol* –los señalamientos del fallo revolucionario, sus incongruencias y tecnologías implementadas de muerte– no es una crítica que se limite a los designios de la guerrilla guatemalteca, sino que se extiende a la estructura epistémica misma que había convertido a la guerrilla y sus sustentos en una opción “lógica”; una crítica a la estructura epistémica que la había convertido en el modelo de emancipación legítimo y “racional” a seguir en Centroamérica. El propósito de Rodrigo es pues, como el mismo lo acierta, “Romper la dependencia de la razón” (*Sopa* 228); cuestionar y como lo veremos posteriormente, subvertir los sustentos epistémicos que infundieron a esa “razón” de valor y autenticidad.

La crítica de Rodrigo apunta entonces a una problemática mucho más profunda; es la problemática colonialista de la implementación y validación de la razón eurocéntrica en Centroamérica. Sin tomar en cuenta *otras* formas vigentes de organización social existentes en la región (la organización matriarcal garífuna por ejemplo, las formas sociales mayas, ngabes), el comunismo marxista leninista creó y se apoderó de los movimientos de liberación nacional en Centroamérica, proponiéndose no sólo como la única entidad política y social capaz de impulsar un proyecto de cambio social, sino que proponiéndose también, como la mejor opción para seguir

---

<sup>69</sup> Las itálicas son mías

llevando a cabo el proyecto político y económico del “desarrollo”. Se trató, según nuestro narrador, de darle una cara diferente a los cuerpos que liderarían los proyectos de la modernidad en Centroamérica, pero no –por decirlo de manera cruda– de dejar de utilizar el mismo cerebro.

La postura de Rodrigo y de la novela se inscriben en la asección del filósofo Enrique Dussel cuando en “Eurocentrism and Modernity”<sup>70</sup>, al entablar una crítica de la Modernidad y sus propuestas de emancipación, éste considera:

La modernidad incluye un “concepto” racional de emancipación que reconocemos y subsumimos. Pero desarrolla al mismo tiempo un mito irracional, una justificación de la violencia genocida. Los posmodernistas critican la razón moderna como una razón del terror; nosotros criticamos la razón moderna por el mito irracional que ésta conlleva. (Mignolo, *Desobediencia* 18-19)

Ese “mito irracional” ocultado por la Modernidad es lo que Rodrigo insiste en develar a través de *Sopa de caracol*. El mismo se fundamenta en la propagación de un pensamiento donde esos *otros* son automáticamente convertidos en figuras manipulables, eliminables y controlables. Ese “mito irracional”, ya se ha dicho, es la colonialidad. Infringe tanto en el Poder disciplinario del cuerpo como en el poder de *la razón*, siendo este último una herramienta de más alcance que el primero. El mismo Rodrigo se refiere a la guerrilla como “una causa míticamente racional y desinteresada que me minó las palabras, los años y las buenas intenciones” (*Sopa* 265). Ello porque “en esos años todavía teníamos miedo de ser nosotros mismos. Aún buscábamos autoridades que valoraran nuestro comportamiento. No sabíamos que teníamos derecho a jugar y que la verdad no podría encontrarse ni dentro de nosotros” (*Sopa* 150-1). Ese “ni dentro de nosotros” alude a esa colonialidad tan introducida en el ser; a esa verdad inexistente debido a las múltiples capas de la colonialidad del pensamiento y el comportamiento manifestadas en el ser. Pero por el mero hecho

---

<sup>70</sup> Conferencia otorgada en Frankfurt y publicada en 1995 en *The Postmodernism Debate in Latin America* (Compiladores: John Beverley, José Oviedo y Michael Aronna).

de tomar consciencia de ello, *Sopa de caracol* ya empieza a revertir esas lógicas “ilógicas”. La narrativa, como lo seguiremos viendo, es un rotundo “ya basta” a la lógica “racional” de la colonialidad.

### **El cuerpo y sus placeres: Del *ego-cógito* a la *corpo-política***

En un paralelo a la negación de esa Modernidad entonces, la otra parte de la eunciación de *Sopa de caracol* proviene de un postulamiento del cuerpo y sus placeres como lugar predilecto de expresión y conocimiento. Siendo la mente el signo por excelencia del *ego-cógito* cartesiano, en *Sopa de caracol* ella es reubicada a un segundo plano enunciativo. A lo largo de la cena, tanto dentro de las anécdotas que Rodrigo relata como en la cena misma, los goces del cuerpo humano aparecen como entidades capaces de transgredir los soliloquios izquierdistas (y racionalistas) que durante el período revolucionario impidieron articulaciones *otras* del poder. Los placeres que el cuerpo puede experimentar —la risa, el sabor, la estimulación erótica, el sexo oral y vaginal, el sexo anal y otras formas de relaciones sexuales— aparecen aquí como zonas no sólo desarticuladoras de lo cartesiano, sino además promotoras de *otras* dinámicas de relación social e (inter)subjetivas. Aparecen por lo tanto, como promotoras de *otras dinámicas de poder* con objetivos radicalmente diferentes a los de controlar, instrumentalizar y manipular.

En cuanto al proceso narrativo, por ejemplo, al relatar sobre los principios revolucionarios que durante el período guerrillero Rodrigo tenía que memorizar, el personaje declara:

Para no tronar recitaba masticadamente como las monjitas los cinco principios y las diez ideas de nuestra organización para protegerme de la lluvia o de la muerte. Pero por mucho que medio recordara líneas tales como “la guerra revolucionaria no es para nosotros solamente la vía de la revolución, sino que es la estrategia global de la lucha revolucionaria por la toma del poder, porque concebimos que en esta guerra, si bien los destacamentos militares juegan un papel decisivo y fundamental, deben ser complementados con la organización política y amplia de las masas”, las imágenes que hinchaban mi desorbitada cabeza eran las de las frutales piernas musgosas de la Valéria, la cabellera renegrada en los pezones violáceos que me encantaba morder y verlos triplicarse en tamaño conforme ella aullaba quedito, los restos de semen vidriado y del blancuzco líquido de su sexo mezclados e inferenciados, escurriéndose por sus muslos. (*Sopa* 120-1)

Los deseos y las pasiones del cuerpo, sus formas y expresiones en este pasaje desplazan en importancia a los principios y reglas revolucionarias. Mientras que a la descripción de la escena sexual con Valéria Rodrigo la infunde de pasión, a los principios revolucionarios éste los describe en la ausencia de ella; para Rodrigo esos principios significaron una mera herramienta de sobrevivencia, una forma de “protección” que lo resguardaría de la “lluvia o de la muerte”. Los representa entonces en pronunciamiento fríos, carentes de emoción, y como los describiera el mismo Rodrigo en otro lugar, en cifras “escritas por algún chaparro bigotudo sapurruco que no era sino una tuerca más en el vasto engranaje del desdén y deshumanización que era mi querida vanguardia, la arquitecta del hombre nuevo” (*Sopa* 138).

Estando en la guerrilla la pasión había que negarla o vertirla hacia la política, “No quedaba ni una esquinita oxidada para otro tipo” (*Sopa* 57). La narrativa y textualidad cumplen aquí entonces la función de un recipiente; un lugar para derramarla donde antes no se pudo. La literatura de aquel tiempo se mantuvo, como el militante, en impuesta castidad. Por ello es que a lo largo de esta obra la estética y corporalidad de la pasión se apoderan del lenguaje y de la narrativa, interrumpiendo las narrativas y los lenguajes mismos del Poder, sus monóculos y estructuras de control disciplinarias.

A través de la pasión Rodrigo también quiebra la monotonía de la rutina diaria en el exilio, su insubstancial posición académica como empleado en una “universidad de tercera”, y la soledad que lo asecha en la ciudad de San Francisco. La relación sexual que éste sostiene con su perra Amaranta es trasgresiva en todo sentido:

Pero si entro en el teje y maneje del asunto es porque a pesar de que a lo hecho pecho, la Amaranta derivaba también placer del asunto [...] Lo que les cuento es hasta cierto punto una parábola aunque lo que se paraba no eran las bolas. Es una reminiscencia que refleja mis tensiones y ansiedades recubiertas de emociones aunque parezca a veces como si cavara mi propia tumba o me tendiera una trampa. Por lo menos puedo decir que no fui un observador pasivo de la vida sin propósito ni despropósito. Pasó entonces que entré por la puerta grande con Amaranta y fue grandioso por su deleite. Entendí con lágrimas en los ojos el porqué de la persistencia de la pasión. Era como sentir los movimientos rotatorios del agua en su lomo, temblando sobre un puente colgante a punto de romperse, pulida la congoja



de dos seres que vivían languideciendo porque esperaban amar para poder perdurar. Quebramos el ambiente con nuestra propia música en la cual ladridos y aullidos se anudaron pulverizando juntos las paredes en su ascenso hasta las maltratadas capas del ozono desde donde anunciaron un nuevo amanecer cultural para la armoniosa fusión entre animal y hombre [...] Habría sido un matrimonio perfecto de no excedernos en el abuso de la pasión. (*Sopa* 236-7)

La zoofilia o bestialidad de Rodrigo podrá a primera vista entenderse en la misma perspectiva del lente médico: un “trastorno de la salud mental”; “aberración” o “perversión sexual”; en “algunos casos”, una “conducta sodomítica”; o en otros, “un instinto sexual degenerado o anormal” (Silva 333). Pero si leemos esta relación desde la propuesta de rompimiento cartesiano y eurocéntrico que he venido argumentando es uno de los objetivos principales del texto, considero que hallaremos una lectura mucho más reveladora.

En “Sexualidad y violencia en la novela centroamericana de postguerra” Karen Poe Lang ya anota que:

Lo más subversivo de esta escena es que el personaje dice encontrar el amor verdadero en esa relación, algo que no ha conseguido en sus vínculos anteriores con mujeres. El texto pervierte el sentido de la concepción romántica del amor (que ha marcado el arte y la cultura occidentales durante siglos) al presentar la posibilidad de que este amor ocurra entre un animal y una persona. (Poe)

Pervierte, añadiría yo también, la normalización de tecnologías de instrumentalización anudadas al Poder. La relación que Rodrigo y la perra Amaranta establecen es una que infringe toda heterarquía del mismo. Casi “perfecta” (“de no excederse en el abuso de la pasión”), la relación carece de un tratamiento de *sub-otredad* vis-à-vis el *otro*. Altera el modelo inferioridad/superioridad promovidas por las colonialidad del Poder, instaurándose en vez un modelo basado en la horizontalidad: “la Amaranta derivaba también placer del asunto”, declara Rodrigo. Contrario a la inigual correspondencia en torno al *dar* que anota Nelson Maldonado-Torres con respecto a los *damnés*, recordemos:

Émile Benveniste ha mostrado que el término *damné* está relacionado, etimológicamente, con el concepto *donner*, que significa “dar”. El *damné* es, literalmente, el sujeto que no puede dar porque lo que ella o él tiene ha sido tomado de ella o él. Es decir, *damné* se refiere a la subjetividad, en tanto fundamentalmente se caracteriza por el dar, pero se encuentra en condiciones en las cuales no puede dar nada, pues lo que tiene le ha sido tomado. (“Sobre la colonialidad del ser” 151)

Amaranta y Rodrigo dan y reciben (placer) equitativamente. Ni uno da ni quita más que el otro. Al contrario, se establece una correspondencia sincrónica (y muy erótica) entre los dos, fundiéndose incluso los dos en uno mismo: “la armoniosa fusión entre animal y hombre”. Frente a la realidad de la omnipresente muerte experimentada durante la guerra y la guerrilla, el pasaje evoca además una actitud de sobrevivencia; un deseo de combatir la intransigencia de la muerte en la experiencia del *homo sacer* centroamericano a través de la esfera de la pasión. La frase “Vivían languideciendo porque esperaban amar para poder perdurar” proyecta un *sí* a la vida, suprime la realidad de muerte y propone una vía a través de la cual es posible su refutación.

El hecho de ser una relación entre animal y humano también, plantea la desfiguración del modelo de superioridad/inferioridad al momento de establecer una relación con el *otro*. El *otro* –aquí la perra– es un igual. En este tratamiento entonces, se propone la valoración de lo que Agamben llama la *nuda vida* (a través del tropo del placer) por sobre las investiduras de la política y el Poder sobre el cuerpo. Las prácticas de racialización, inferiorización y *sub-otredad* impuestas por la colonialidad sobre los *damnés* del istmo centroamericano quedan en esta relación perra-hombre invalidados.

Hacia el final de la novela el cuerpo continúa en la transgresión de las estructuras del Poder. En esta última parte se infringen sobre todo los parámetros de la identidad, desobedeciéndose las pautas socialmente (aceptadas y) establecidas de lo que es ser hombre, mujer; o *ser*. Tras haber saboreado la deliciosa cena y escuchado las historias y reflexiones de Rodrigo, sus invitados deciden

que llegó el momento de un último platillo: será el principal. Con la canción de “Sopa de caracol”<sup>71</sup> como ruido fondo en la escena, los invitados detienen a Rodrigo y poco a poco le empiezan a quitar sus ropas y seguidamente a vestirlo de mujer. Ellos, los invitados, también se transvisten, alistando el momento orgiástico que se avecina:

Esperen. Los aretes me aprietan. ¿Hasta zapatos de tacón alto? ¿Por qué rojos si la lencería es inauditamente negra? Pronto tendré hasta intuición femenina, qué pisados. Al carajo mis pudores. Pudieron más los pedos que los malos olores. Espanto de cara que tengo, por mucho que la pintés no será sino un esforzado palimpsesto, Amapola Ojo Alegre. Como besar una boca que apesta a cerveza rancia. Voy a quedar linda, eso sí. No lo niego, mis queridos andróginos. Cuidado, las cejas. Duele. ¿Con pinzas? La verdad, me sacude la ambigüedad, las mariposas amarillas vuelan dentro de la panza y no alrededor de mi cabeza porque las estrellas del champán flotan allí, el esplendor de verlas hombres, de ser mujer, la muerte de las identidades sentenciadas, anatimizadas, cortadas, el falo fenece como los fenicópteros fenicios en el farniente, fenómeno de feria, fermento de feligreses férreos cuando no funestos. Qué importa al fin y al cabo. ¡Ay Tacuacín! ¡No me des nalgadas! (*Sopa* 267-8)

La alteridad de ropas y de géneros implica aquí una rompimiento con la identidad. Por medio del travestismo de los personajes se disipan no sólo las identidades de género, sino además, se quebranta de una vez por todas la identidad del militante. Desvestirlo y revestirlo es un acto simbólico de la muerte identitaria y subjetiva, vulnera el *ser* que en el caso de Rodrigo durante la guerrilla se definió en tanto herramienta de instrumentalización y en sentido extendido también, *homo sacer*.

El sexo y la sexualidad de nuevo aparecen como lugar a partir del cual se articula esa distorsión identitaria y subjetiva. Pero la propuesta de nuevo no se limita a un cambio de ropas, sino que se extiende a una consciente distensión de la razón. El pene en lo particular es representado en esta última escena como un miembro sexual más de transgresión cartesiana. Aunque un órgano sexual históricamente ligado al Poder, aquí el mismo se ve reconfigurado por medio del lenguaje. El

---

<sup>71</sup> Canción hecha famosa en Honduras y Centroamérica por la Banda Blanca a principios de los años noventas. La canción es una versión mestiza de la punta garífuna. Su letra está en español aunque incorpora ciertas frases garífunas.

lenguaje lo retransforma en órgano maleable, transgresor de la razón, sin identidad fija, y como un órgano más que todo del placer:

la punta, punta rítmica, punta que puya y exige, punta provocadora, punta prodigiosa, punta profesoral profundamente profética, punta profanadora, punta prometedora, punta proletaria, punta que pronostica la propagación de mi provisoria promiscuidad, punta propaladora del inquieto propileo de mi propiedad que propone prosaicamente el proscenio proscrito para proseguir protagonizando próteamente la protocolar prótesis que prostituye la razón. (*Sopa* 271)

Con rearticulaciones como ésta, *Sopa de caracol* se inscribe sobre una forma de narrar, de pensar, y de ser *cartesiano* –desarticulando la puesta en práctica del *ego-cógito*–, y se enuncia desde lo que el grupo Modernidad/Colonialidad llama una *corpo-política* del conocimiento. Como lo expresa Ramón Grosfoguel, la *corpo-política* del conocimiento:

nos obliga a localizar corpo-políticamente y geo-políticamente el «desde dónde» se está pensando y nos muestra cómo, si cambiamos la geografía de la razón o la localización epistemológica desde la cual se piensa, se transforma toda la manera de entender el mundo o el fenómeno en cuestión. (“Del imperialismo” 17)

Al reinterpretar el momento de la guerrilla revolucionaria a partir del cuerpo –revelar su sujeción vigilada dentro de la guerrilla y expresar su continua exposición a la muerte– Arias logra una textualidad de sensibilidades *otras*. La voz narrativa asume la tarea de entrar en consciencia de la invisibilización y eliminación del *sub-otro* racializado y diferenciado, plasmando discursivamente lo que la crítica Modernidad/Colonialidad llamaría un grito de “horror ante el mundo de la muerte creado por la colonización” (Maldonado-Torres, “La descolonización” 64). Este grito de horror se inscribe en el *giro de-colonial*, proyecto también fundamental en *El gato de sí mismo* de Uriel Quesada y explorado a continuación.

### **Sobre giros y retiros: El giro de-colonial y *El gato de sí mismo***

Tanto el proceso narrativo como la posicionalidad epistémica adoptada por el personaje de *Sopa de caracol* me invitan a ubicar ese texto y el siguiente análisis de *El gato de sí mismo* dentro de los

parámetros prácticos y teóricos de lo que la crítica Modernidad/Colonialidad ha llamado el *giro de-colonial*. Examinado por Walter D. Mignolo en *Desobediencia epistémica, retórica de la modernidad, lógica de la colonialidad y gramática de la descolonialidad* (2010) y más recientemente en “Epistemic Disobedience and the Decolonial Option: A Manifesto” (2012), como también por Ramón Grosfoguel, Nelson Maldonado Torres, Enrique Dussel y otros, este concepto, –o más bien *actitud*–, “es tan vieja como la colonización moderna misma” (Maldonado Torres, “La descolonización” 66). De manera más específica, el grupo Modernidad/Colonialidad remonta la actitud de-colonial al siglo dieciséis y principios del diecisiete, cuando ya bastante avanzado el proyecto colonial en Perú, en su libro *La Nueva Cronica<sup>72</sup> y Buen Gobierno* Guamán Poma de Ayala expresa una crítica social y política de la corona española desde una postura de pensamiento enteramente desligada del razonamiento colonial.

Contrario a Bartolomé de Las Casas, quien como ya sabemos criticó las políticas imperiales españolas desde el interior de sus sustentos epistémicos (los de la España imperial), en *La Nueva Cronica y Buen Gobierno* Guamán Poma monta una crítica de la colonización a partir de lo que Aníbal Quijano llama un *desprendimiento* epistémico (y por ende también político) de las lógicas de la colonialidad (Mignolo, *Desobediencia* 38). Esta postura, enfatiza Mignolo, parte de una invalidación de las epistemologías y estructuras de pensamiento coloniales. A través de ella Guamán Poma adelanta en vez una perspectiva y articulación *pluriversal* del entendimiento; o como lo articularía el pensamiento filosófico zapatista, adelanta una perspectiva posibilitadora de *un mundo donde quepan muchos mundos*. Ese *desprendimiento*, o lo que otros han llamado un “*de-linking*”<sup>73</sup> del pensamiento, es lo

---

<sup>72</sup> Error de Guamán Poma. Se refiere a una “crónica”.

<sup>73</sup> Este concepto, *de-linking* (en francés, “la déconnexion”), fue introducido por el sociólogo egipcio Samir Amin en *Delinking. Towards a Polycentric World*. Translated by Michael Wolfers. London: Zed Books, 1985. Cuando lo introdujo, lo hizo pensando en parámetros económicos, proponiendo un desprendimiento económico del sistema capitalista. Mignolo y otros, no obstante, lo retoman para pensar en el desprendimiento epistémico a la colonialidad al cual aquí me he referido.

que según esta crítica establece las bases del *giro o vuelco de-colonial*<sup>74</sup>. De acuerdo a Mignolo, después de Guamán Poma este vuelco encuentra continuación en:

el activismo y la crítica de-colonial de Mahatma Ghandi; en la fractura del Marxismo en su encuentro con el legado colonial en los Andes, en el trabajo de José Carlos Mariátegui; en la política radical el giro epistemológico de Amílcar Cabral, Aimé Césaire, Frantz Fanon, Rigoberta Menchú, Gloria Anzaldúa, entre otros. (Mignolo, *Desobediencia* 14-15)

Pero la genealogía del *desprendimiento* epistémico en realidad es mucho más amplia y profunda. Tal actitud no se limita a determinadas personas o textos. Se extiende a formas de saber y de ver devenidas de lugares epistémicos *otros* compartidas por vastos sectores poblacionales en nuestro presente. Más concretamente, el *giro de-colonial* se refiere a formas particulares de percibir, entender, tratar, pensar y articular el mundo, la sociedad y las relaciones (inter)subjetivas dentro y a través de las cuales existimos. Afirmándose como un lugar de creación y de aceptación de conocimientos subalternados y enunciaciones ocultas, éstas formas particulares a su vez se ven operando en la propuesta de una negación a la muerte e invisibilidad. Dígase, se ven operando en una negación a las diversas tecnologías de sujeción consecuentes a la colonialidad.

Como ya se aludió y tal como lo refiere Maldonado-Torres, el *giro de-colonial* parte primeramente de una actitud de “horror ante el mundo de la muerte creado por la colonización” (“La descolonización” 64). Para Maldonado-Torres, el *giro de-colonial* se refiere a:

la percepción de que las formas de poder modernas han producido y ocultado la creación de tecnologías de la muerte que afectan de forma diferencial a distintas comunidades y sujetos. Este también se refiere al reconocimiento de que las formas de poder coloniales son múltiples, y que tanto los conocimientos como la experiencia vivida de los sujetos que más han estado marcados por el proyecto de muerte y deshumanización modernos son altamente relevantes para entender las formas modernas de poder y para proveer alternativas a las mismas. En este sentido, no se trata de una sola gramática de la descolonización, ni de un solo ideal de un mundo descolonizado. El concepto de giro des-colonial en su expresión más básica busca poner en el centro del debate la cuestión de la colonización como componente constitutivo de la modernidad, y la descolonización como un sinnúmero indefinido

---

<sup>74</sup> También denominado la “opción de-colonial”

de estrategias y formas contestatarias que plantean un cambio radical en las formas hegemónicas actuales de poder, ser, y conocer. (“La descolonización” 66)

La exposición y refutación de estas “tecnologías de la muerte” afectando de forma diferencial a determinados grupos y sujetos, al igual que en *Sopa de caracol*, se convierte en uno de los proyectos centrales de la novela *El gato de sí mismo*<sup>75</sup>. Considero que esta segunda novela de Uriel Quesada no es sólo una de las textualidades centroamericanas más ricas en lenguaje, forma y contenido producidas durante esta última década a nivel regional y diaspórico, sino que además es una de las más transgresivas. Por su actitud de desprendimiento epistémico, como veremos, al igual que a *Sopa de caracol* la inscribo dentro de la pluriforme gramática de la descolonización. Su propuesta es una que, dentro del “sinnúmero indefinido de estrategias y formas contestatarias que plantean un cambio radical en las formas hegemónicas actuales de poder, ser, y conocer” señalado por Maldonado-Torres, se inscribe en la escritura. El enunciado de *El gato de sí mismo* le encuentra, argumento, en nuestro presente neoliberal, aún un potencial subversivo a la palabra. Demuestra diversas formas en que esta es capaz de trasgredir la realidad y crear otras.

Por medio del lenguaje, la alegoría, la fantasía y la representación del cuerpo y sus afectividades, la novela de Quesada vulnera los espacios del silencio a los que ha sido relegada la temática (y la subjetividad) gay en Centroamérica. A nivel literario quebranta un campo históricamente homofóbico por no existir en Centroamérica aún el apoyo institucional y editorial para la publicación de libros con temáticas como ésta. A un nivel más subterráneo, práctico y representativo, la novela logra irrumpir estructuras de Poder sociales y subjetivas fuertemente infiltradas por las lógicas de la colonialidad. Entre ellas, la gobernabilidad, el conservadurismo religioso tan fuerte aún en Centroamérica, modalidades modernas de emancipación social, y entre

---

<sup>75</sup> Escrita entre Nuevo México y Nueva Orleans

otras, concepciones de amor y afectividades aún ligadas a entendimientos heterosexuales (y coloniales) del placer.

A través de una rotunda afirmación de su existencia y deseo de sobrevivencia, el protagonista y narrador de *El gato de sí mismo* desobedece consistentemente a la pauta de inferiorización, muerte e invisibilización promovida por esas lógicas de la colonialidad impuestas sobre los cuerpos de las subjetividades ístmicas y diaspóricas centroamericanas convertidas en *sub-otras*. Al igual que *Sopa de caracol* como veremos, la afirmación de esa existencia se logra por medio de una enunciación proveniente de zonas no normables por el Poder. En lo particular: el amor a sí mismo, el amor al *otro* y la escritura.

### **Homosexualidad en el destierro**

Como lo anota el escritor Gustavo Solórzano-Alfaro en su blog “La casa de Asterión”, la novela de Quesada contiene una trama “relativamente simple” (Solórzano-Alfaro). *El gato de sí mismo* comprende la historia de un homosexual escritor, Germán Germanóvich (también llamado Hernán, Hernancillo, Germitán, Józek Teodor Korzeniowski), quien es desterrado por su padre el Rey Luis Dieciséis del palacio de Versalles, un castillo situado en Cartago (Costa Rica) y cuyo nombre con frecuencia veremos cambiar a Casa ð El Gado y hasta de localidad a Europa. El destierro se da por motivos de la homosexualidad de Germán, la cual es desde siempre rechazada y vista como fuente de vergüenza para el Rey y por lo tanto censurada por el mismo: “Andate, no volvés hasta que hayás cambiado” le dice en su orden de expatriación. Ese rechazo experimentado desde niño provoca en Germán un fuerte sentimiento de enajenación. Tal y como el mismo Germán recuerda ese momento de expulsión: “Salí del reino de Cartago vencido interiormente, aunque todos a mi



alrededor se maravillaron al ver mi sonrisa, y fueron felices. Abandoné Versalles con una maletita de cartón, cuyo peso no sentía de tan grande que era el otro pesar” (*El gato* 56).

La novela comienza cuando Germán, narrador y escritor de esta novela, decide regresar a Versalles por petición de la bruja Rasputina, sirvienta centenaria de la Corona y nana del protagonista cuando éste era niño. Tras incontables años en el exilio, ella le ha rogado regresar de su destierro para visitar al Rey que ha quedado mentalmente incapacitado para el arte de gobernar. Pasada una serie de infortunios en su camino de regreso, incluyendo una insurrección que se lleva a cabo en los alrededores, Germán logra por fin llegar a su antigua casa pero sólo para re-enfrentarse a su pasado. Nada ha cambiado en Cartago: la ausencia de la muerte de la Reina Madre aún se siente, los trabajadores son esclavizados por el Rey y constantemente desaparecen, y, a pesar de su senilidad (o locura, no se sabe), el Rey aún desconoce a Germán sentenciándole su homosexualidad. El pueblo/reino de Versalles también continúa en su afán de invisibilizar al protagonista porque es incapaz de aceptar su diferencia: “La gente a mi alrededor lee sus revistas, conversa por teléfono celular, me borra inmediatamente de su mente”, observa y escribe el protagonista a su regreso (*El gato* 341).

Mientras hace su viaje de retorno y se hospeda por un tiempo en el palacio, Germán también nota que el reino en realidad no necesita de un rey sustituto. A lo largo y ancho de Cartago/Versalles el reino es capaz de regirse por sí mismo. Abunda la vigilancia entre las personas, el chisme transita a velocidades inigualables, la intriga y la corrupción política encuentran siempre la manera de protegerse, y el miedo al Poder del Rey es intocable a lo largo del lugar. Su hermano Alberto además, el otro príncipe, está por regresar a Cartago después de un largo viaje a las islas de las Especias, motivo por el cual ha desatendido sus responsabilidades reales.

Al ver todo esto, hacia el final de la novela Germán le da un beso al padre. El Rey vuelve “de un misterioso periplo por los vericuetos de su mente, el más allá”, recuperándose, y Germán se marcha de Versalles. Esta vez por decisión propia. Para Germán –un sujeto ya apátrida, diaspórico, homosexual, “un vencido común” como nos lo dice él mismo–, la única forma de poder seguir siendo es seguir huyendo: “Tomaré el autobús y el miedo a lo desconocido se sentará junto a mí. Mirará obsesivamente por la ventanilla, no hablará de puro susto, pero tampoco se bajará en la siguiente parada”, declara éste hacia final (*El gato* 341). En su camino hacia su futuro el personaje seguirá sin tener rumbo fijo ni plan. Portará sólo el entendimiento de que su afectividad –su *ser*– no tiene cabida dentro del reino; de que su vida ahí es una imposibilidad y de que su única posibilidad de existencia es la escritura, el camino largo o “más bien infinito”, y el amor que siente hacia su amado Íñigo, “la única persona a quien debo hallar aunque todos me digan que no existís” (*El gato* 341).

### **La alegoría**

La alegoría sabemos, como lo escribiera Paul de Man, establece una distancia en relación a su propio origen<sup>76</sup>. Logra representar a su referente haciendo uso del espacio vacío que se forja en esa distancia, lugar donde Paul de Man dice la alegoría “establece su lenguaje” (207). Para que la alegoría surja entonces, tendrá el nuevo símbolo creado que desprenderse de su referente; renunciar “a la nostalgia y al deseo de coincidencia”, impidiendo de tal forma que el “yo se identifique ilusoriamente con el no-yo, aquel que ahora se reconoce total, aunque dolorosamente, como no-yo” (De Man 207).

---

<sup>76</sup> Sobre la alegoría, en *Blindness and Insight. Essays in the Rhetoric of Contemporary Criticism*, Paul de Man escribe: “Mientras el símbolo postula la posibilidad de una identidad o una identificación, la alegoría designa primariamente una distancia con relación a su propio origen y, al renunciar a la nostalgia y al deseo de coincidencia, establece su lenguaje en el vacío de esta diferencia temporal. Así, impide que el yo se identifique ilusoriamente con el no-yo, aquel que ahora se reconoce total, aunque dolorosamente, como no-yo (Paul de Man, *Blindness and Insight. Essays in the Rhetoric of Contemporary Criticism*, Minneapolis, Univ. of Minnesota Press, 1986, p. 207). Cita fue traducida al español por Carlos Thiebaut en *Historia del nombrar. Dos episodios de la subjetividad*. Madrid: Visor, 1990.

La alegoría implica pues, un “doloroso” alejamiento. Pero es un alejamiento que por mucho que guarde una distancia no deja de retener directa relación con aquel cuerpo primario que ahora ha quedado transfigurado en esa *otra* imagen; en ese “no-yo” que (no dejo de ser)/soy yo. La directa correspondencia, se sugiere aquí, queda plasmada en el acto mismo de ese doloroso reconocimiento; el momento y lugar donde el yo real y ese no-yo se reflejan.

En otros términos podríamos también decir que la alegoría es un acto consiente de visibilización. Alegorizar es crear un nuevo sistema de significados que le brinda un lenguaje preciso y sistemático a determinado concepto, condición o fenómeno que en su original forma pudo haber existido o existir de manera incorpórea, cuando no invisible. En este sentido la alegoría tiene que ver pues, con la erradicación de una invisibilidad y la consecuente substitución de ésta por el nuevo signo que la verbaliza y le adscribe una forma tangible. Capaz de escribirse sobre zonas imperadas por el mutismo –develar a través de una creación nuevo lo oculto y lo ocultado–, la alegoría podrá entenderse como un desprendimiento y desplazamiento hacia una representación consciente. O bien, como la transgresión del “doloroso” silencio a través de la palabra.

Dada la simpleza de la trama, la complejidad y riqueza de *El gato de sí mismo* provienen no de la trama sino de su lenguaje, de los constantes desplazamientos y cambios tempo-espaciales adoptados por la narración, y del sostenimiento magistral de esa mayor alegoría pulsada por la trama: la sociedad patriarcal occidental –o colonialidad– que a través de los años continúa en el proyecto de invisibilizar y desaparecer a Germán. Como vemos, Cartago es una sociedad que demuestra indiferencia hacia este personaje. Se interesa más en los chismes y está más atenta a las llamadas telefónicas que reciben y hacen por medio de sus celulares que al regreso de ese príncipe desde hace años expulsado y ahora borrado de la memoria colectiva del reino.

Tanto la expulsión de Germán del reino, como el reino mismo, son una representación alegórica de esas estructuras de Poder existentes en Centroamérica y su diáspora que condenan a un

sujeto homosexual como Germán a la eliminación. Ambos —expulsión e invisibilización— son una representación de esa forzada conversión de ese ser humano a *homo sacer*, quien, a pesar de su sujeción, ama, es, y entiende su mundo de manera diferente a los demás en el reino. Desde el Rey que reprime a Germán durante toda su niñez para después desterrarlo, la figura de la Reina Madre muerta, el personaje de la bruja Rasputina como la sirvienta incondicional e inmortal de la Corona, la esclavización de afrodescendientes que cargan “bandejas de plata y ánforas de oro” a lo largo y ancho del reino, la Revolución que sucede en los alrededores de Cartago y dentro de la cual Germán no tiene cabida, el hermano príncipe que regresa de viajes a las Islas de las Especies para asumir sus responsabilidades reales ante un padre enfermo, un pueblo que se (auto)vigila para mantener los designios del reino en orden, y el caos de simultáneamente coexistir entre dragones y celulares, el mundo contenido en *El gato de sí mismo* se sostiene sobre la imagen alegórica de esa Centroamérica profundamente sumergida en la Modernidad/Colonialidad. El Reino de Cartago es una América Central moderna que a pesar de haber entrado a la era de la última tecnología, no deja de retener sus raíces en aquella Europa imperial, reproducir patrones de Poder pertenecientes a sistemas de explotación, y a descartar todo aquello que por el hecho de ser diferente sea convertido en indeseable. Que no extrañe por lo tanto el juego con el nombre Cartago, aquella ciudad en la costa norte de África sobre el Mediterráneo destruida por Roma en la Tercera Guerra Púnica. Como Cartago en Costa Rica, la ciudad antigua también fue un territorio conquistado.

En la trama de *El gato de sí mismo* la relación de Cartago con Europa se conserva por lo tanto sólida, particularmente con respecto a aquellas formas de entender al otro como una entidad explotable, racializable, y dominable. *El gato de sí mismo* opera sobre las bases y estructuras de un pensamiento y gobernabilidad que, auto-sostenibles, convierten al *otro* en un ser siempre descartable y al espacio social en un lugar hermético con respecto a la diferencia y el pensamiento subalternado. Ese espacio social evidenciado en la trama también es hermético con respecto a la supresión de

sistemas sociales que mantienen a los sectores racializados del reino en la explotación laboral de sus cuerpos. La oclusión del *otro* se manifiesta incluso dentro de los proyectos de emancipación social evocados por la trama.

Por ello es que la Revolución que sucede en la afueras de Cartago –una revolución liderada por la bella Hipatia, “la más sabia matemática de la historia”– ejerce también sus propias prácticas exclusionarias. Figura histórica de la antigüedad, matemática y filósofa asesinada por su paganismo cuando el Imperio Romano comenzaba a convertirse al cristianismo, el personaje de Hipatia en el texto por un lado simboliza una alternativa (también eurocéntrica) al Reino de Cartago. Sin embargo, por el otro lado, su presencia devela la forma en que su ideal emancipatorio también excluye a seres no adscritos a los parámetros iluministas. A pesar de seguir “las ideas”, “atender el llamado del compromiso”, identificarse como “intelectuales” y sobre todo autodenominarse “revolucionarios”, los militantes revolucionarios en las afueras de Cartago liderados por Hipatia son impenetrables y también rechazan al personaje principal de la novela de Quesada. Cuando Germán busca refugio en la Revolución, la bella Hipatia le expresa: “Desdichadamente, aquí no podés buscar refugio, estamos muy atareados preparando la revolución. Te puedo ofrecer un té, pero después tendrás que irte” (*El gato* 81). Para Hipatia, la Revolución se antepone a la solicitud particular de Germán, quien sabemos no se identifica como sujeto revolucionario de Cartago, sino como un ser apátrida y homosexual.

La totalidad de este pasaje es emblemático en muchos sentidos y denota una clara denuncia de los preceptos emancipatorios de los movimientos revolucionarios centroamericanos. La analogía entre ambos movimientos –las revoluciones centroamericanas y la revolución de Hipatia en el texto– es casi directa. Previo al rechazo de Hipatia, Germán acierta haber visto en ella una “confidente”, una alternativa esperanzada al dominio imperial y heterosexual de Cartago. Germán incluso había querido “ser como [ella] e iluminar al mundo desde [su] atalaya”, le confiesa éste a ella (*El gato* 80).

Pensando que el movimiento de Hipatia podría brindarle algún tipo de consuelo a su destierro, un lugar desde donde podría efectuarse algún cambio, Germán debe no obstante descartarlo puesto que es de ahí también descartado.

El lenguaje de esa última frase es particularmente sugestivo. Ese deseo de “iluminar” retiene una relación directa con los parámetros iluministas que expuse en la sección anterior de *Sopa de caracol* con respecto a los movimientos revolucionarios centroamericanos; los mismos que los fundieron de una “lógica” y sentido, y que en un paralelo los legitimaron. Las guerrillas centroamericanas, se ha mostrado, se construyeron como foco pretendidamente iluminista, aspirante a la razón pura y portador de ideas devenidas de Europa, las cuales se promovieron como las únicas capaces de llevar a cabo proyectos sociales de emancipación. Son ideas que operaron en utilización de esquemas jerárquicos, apoyando prácticas de Poder devenidas de las Colonias centroamericanas y perdurando en la colonialidad. Por ello la frase “atalaya” en esa expresión de Germán. Ella se refiere al posicionamiento de superioridad que se (auto)otorgó la guerrilla o bien esa Revolución de Hipatia con respecto al pueblo que trataron de liberar. La atalaya es esa torre a partir del cual se vigila, controla y domina todo, un eco del panóptico de Foucault en *Discipline and Punish*, sugiriéndose a partir del lenguaje una estructura de Poder similar a la estructura de Poder que la Revolución de Hipatia objetaba eliminar.

Ciertamente, las bases e ideologías representadas en el tejido social y político de Cartago son demasiado sólidas, y como la misma Rasputina<sup>77</sup> –la guardiana centenaria del reino–, inmortales. Contradiendo esa imagen alegórica de una Centroamérica sumergida en la Modernidad/Colonialidad sin embargo, el texto opera sobre una interesante dicotomía. A pesar de alegorizarse la sólida estabilidad del Poder occidental en el Reino, todo en *El gato de sí mismo* sufre

---

<sup>77</sup> Aquí de nuevo Quesada sostiene el juego de referenciar a personajes históricos. Rasputina mantiene una cuasi-directa relación con Grigori Rasputín, quien durante los últimos momentos de la burguesía rusa logró ganarse la confianza y el favor del último zar, Nicolás II de Rusia.

más de alguna metamorfosis porque todo es físicamente transfigurable. Los personajes por ejemplo, sobrellevan cambios persistentes no sólo de nombre sino también de personalidad, de cuerpo y hasta de tamaño. De humanos éstos se convierten en objetos; de objetos a humanos; de sombras a personas; de cajas a maletas, a barcos o a aviones. Aún hay otros personajes, como Íñigo –el gran amor de Germán a quien le va narrando la novela– que son ambiguos. Nunca sabemos si este personaje es sólo el depositario imaginario de la afectividad vedada de Germán en el Reino, o si en realidad es una entidad existente. En esta obra hasta lo material se desmaterializa y en una inversa, los sentidos tienen capacidad de convertirse en materia. Asimismo los naipes hablan por otros, las voces son congelables, las cartas se escriben por medio de sapos y palomas, los personajes reciben llamadas desde el pasado o el futuro, el concepto de Centroamérica aún no existe (otras veces sí), las sombras se le escapan a sus dueños y las personas son capaces de reproducirse en un abrir y cerrar de ojos.

Toda identidad externa desfallece en el texto, incluso la del mismo Germán quien a veces aparece en la forma de una pequeña basurita y otras en la multiplicidad de cuerpos duplicados, cada uno con nombres y personalidades distintas. Lo único que perdura a lo largo de la novela es la constante del cambio estético, el movimiento del personaje principal a través del tiempo y espacio, el amor (o más bien la ilusión de poder concretar el amor) de Germán por Íñigo, la consciencia diaspórica y exílica del protagonista, y las estructuras vigentes del Poder. A ello se refiere pues, el sentencioso comienzo de uno de los capítulos de la obra, cuando la voz narrativa de Germán declara: “Pocas cosas conmueven a Cartago, ciudad que no cambia desde que se inventó el recuerdo” (*El gato* 29).

No encajando dentro del plano de las identidades físicas y externas, las tecnologías de esclavización, el control de los cuerpos a lo largo del reino y la invisibilización de Germán permanecen intactos. Son todas formas de sujeción que expresan el (eterno) proyecto de muerte

promovido por el Reino. Por ello no dejan de aparecer cadáveres de trabajadores o de “algún desdichado” debajo de los pisos del palacio. Tampoco dejamos de “oír” algún “bulto” siendo arrastrado por Rasputina en alguno de los cientos de pasillos del castillo. La muerte permea el texto no sólo a nivel de trama sino que también se introduce en la diversidad de transfiguraciones que sufre la propia narrativa, embutiéndose por medio de las fisuras del lenguaje siempre fantástico y movedizo. Veremos a la muerte representarse por lo tanto, en el juego constante entre lo visible y lo invisible; en la desaparición de los objetos y las personas, y entre otros lugares, en la pérdida vertiginosa de la memoria de los personajes.

Este último signo de la muerte es particularmente enigmático, y en lo específico excesivo. La gente del pueblo olvida incluso de que existe un Rey. Al tomar Germán el bus rumbo al Reino, la gente lo insulta por el mero hecho de mencionar al Rey de Versalles: “«¡Qué tonto!», dijo el hombre sentado junto a mí. «En este país nunca ha habido reyes, ni príncipes, y ese nombre impronunciable no existe»” (*El gato* 86). A lo largo del Reino y sus lugares aldeanos la pérdida de la memoria es instantánea. En ese mismo bus rumbo a Cartago, cuando el bus se accidenta por ejemplo:

Minutos después nadie recordaba ninguna canción, ningún pasajero había visto subir a un ciego y a su lazarillo al autobús, ni tenía certeza siquiera de su propia identidad. El vehículo chocó contra un arbusto cuando el chofer olvidó cómo conducir. A punto de perder la memoria por completo, logró abrir la portezuela y echarse a correr. Yo bajé antes de olvidar mis motivos para marchar. Me alejé del bus lo más rápido que pude, mientras los pasajeros se arrastraban por el suelo, balbuceaban sonidos y volvían a empezar de cero, con la memoria y el dolor limpios, dispuestos a inventarse un nuevo pasado y una nueva historia. (*El gato* 87)

Esa “pérdida del sentido de la historia” en nuestro presente global tan señalado por la crítica postmoderna (pienso particularmente en Fredric Jameson) se agudiza de manera hiperbólica en el texto de Quesada. Implica la muerte de la memoria colectiva con respecto al propio ambiente social y político de ese pueblo de Cartago, pérdida que individua la experiencia de los sujetos forzándolos a que éstos tengan hasta que “reinventarse un nuevo pasado y una nueva historia”. Las estructuras de Poder en vigencia logran de esta forma desaparecerse del consciente colectivo, aprovechando la



muerte de la memoria para su perdurabilidad. Es así como no hay consciencia de la existencia del Rey de Versalles, ni de la Casa ð El Gado, a pesar de ser éstos el Poder Soberano que controla a la sociedad.

A través de la narrativa además Germán existe bajo la omnipresente vigilancia de Rasputina. A lo largo de la obra ella es la que más se transforma y retransforma para poder escudriñar las intimidades de este personaje y aplacarlas:

Podía aparecer convertida en sirena, cantando melodías gruperas con una lira. Quizás surgiría del averno coronada de olivo, haciendo odas a la destrucción de Roma. Siempre habría una trampa, por eso me resultaba imposible confiar en su inocente “voy, voy” (*El gato* 241)

Tal como lo articula Foucault con respecto a las operaciones del Poder, Rasputina es capaz de sobrepasar las disposiciones violentas y represivas del Poder Real. En variados momentos de la narrativa su Poder no castiga sino que para que “se sostenga”, para “que sea aceptado”, como nos lo dijera Foucault, más bien “produce cosas, induce placer, forma saber, produce discursos” (“Verdad y poder” 137). Por ello es que además de cantar como sirena prepara “moldecitos para reproducir otras manos hábiles para la caricia y el amor”, emblematizando ese lado siniestro del Poder, siempre capaz de manifestarse a través del placer (*El gato* 242). Los poderes y desplazamientos mágicos de Rasputina entonces –personaje que considero ser la representación más emblemática de la colonialidad y su Poder en la obra– tendrán que entenderse en la transfiguración del Poder como método de sobrevivencia y permanencia del mismo.

Personificando esa colonialidad oculta, en casos Rasputina hasta logra desaparecerse habitando el aparente lugar inofensivo del silencio y los espacios de la invisibilidad porque “estaba segura de que la invisibilidad era su mayor arma” (*El gato* 312). No es de extrañar entonces que en el presente de la novela Rasputina tenga 717 años de edad –a veces menos, otras veces más– y de que además nadie lo sepa. Es por medio de sus poderes mágicos y en especial su capacidad de hacerse desaparecer de la historia (se borra de todos los álbumes fotográficos que documentan la historia de

Cartago) que ella ha logrado una permanencia histórica –inmortalizándose– dentro de Cartago. En la observación de Germán, “La malvada seguía indolente acumulando años, como decidida a enterrar a la humanidad entera”, declara (*El gato* 46).

Germán es el único en el Reino que logra desenterrar el secreto de Rasputina. Una tarde con gotitas de agua fue “deshaciendo las arrugas de su frente, donde cada pliegue ocultaba un capítulo de su diario secreto”, momento a partir del cual Germán decide delatarla. Lo hace a través de la escritura que se nos presenta en la forma de la novela que acaba en nuestras manos. La escritura, entonces, se agencia de una función subversiva y de denuncia dentro del marco simbólico mismo del texto. En el acto consciente de la escritura Germán la valida como un conducto y estrategia a través de la cual se posibilita la retención de esa memoria colectiva perdida; la misma que ha dejado a los súbditos del Reino incapacitados para autogobernarse, opinar, y vivir de otra manera. Es a través de la escritura también, que la voz narrativa logra desplazarse y distanciarse de esa realidad que la origina, pasando en vez a inscribirse en el mundo alegórico de la palabra y a partir de ahí, exponerla y subvertirla.

Más importante aún entonces, la escritura es la manera a través de la cual Germán imprime su deseo de sobrevivencia, inscribiéndose a lo largo de estas novela como un sujeto que niega la muerte y desaparición a la que ha sido relegado. *El gato de sí mismo* es la forma directa de contrarrestar esos otros pliegos de papel que habiendo contenido su historia entera fueron borrados por Rasputina:

A punto de sufrir un desmayo hojeé toda la obra y no había nada en ella. Toda mi historia era solamente papel en blanco. Los romances más bellos habían regresado a la voz del pueblo. Las confesiones íntimas habían sido silenciadas por el secreto. Mis proezas, mis encuentros con hombres ilustres, el dictado de Dios, todo desaparecido. (*El gato* 258)

Al poner en práctica este otro ejercicio de la palabra que acaba en nuestras manos Germán se transforma en una entidad ingobernable. La palabra es un lugar normable sólo por Germán puesto

que el Poder del Reino no logra penetrarla. Esta novela es entonces el resultado de una intención creativa que en *El gato de sí mismo* se desprende física y epistémicamente de las estructuras y formas de ver, entender y ser dictaminadas por la gobernabilidad de Versalles. Como lo articularía el propio Germán: “Ya que la memoria traicionaba hasta su más nítida evidencia, me quedaba solamente la palabra para rescatarme y salvar mi misión en esta tierra” (*El gato* 257).

En esa frase se inscribe una aspiración y afirmación de vida. La escritura es el único lugar donde el sujeto apátrida de Germán puede sobrevivir, grabar, y articular su afectividad negada. Al construirse como sujeto de desplazamiento y sobrevivencia –un ser infinitamente diaspórico– contrario a otras novelas estudiadas a lo largo de este trabajo de investigación, la voz enunciativa deja de ver la diáspora como un lugar de sujeción. La reconfigura para significar un espacio de creación; es decir, un lugar donde ejercitar, en plena libertad, la palabra. Alegorizándose en la figura de una maletita, la diáspora de Germán suscita entonces el siguiente enunciado: “Decidido a no morir, abrí la maletita y subí a ella”, resumiendo así el proyecto de la novela de Quesada (*El gato* 76).

### **El gato, el silencio y de nuevo la sopa**

Una figura que se oculta del espacio narrativo en *El gato de sí mismo* es la del gato que habita el palacio de Versalles. Su aparición a través de la trama es mínima e inconsistente. Aparece en los momentos menos pensados guardando siempre una distancia frente a la trama principal. El gato es, digamos, una figura impredecible dentro de la misma, tanto para Germán como para Rasputina, quien más de alguna vez le expresa su odio por el hecho de ser indomable. Tras los insultos de la guardiana del reino sin embargo, el gato se mantiene inmovible, “excepto para acomodarse más y no perder de vista a la anciana. Rasputina no podía creerlo. Gritaba órdenes, pero el animal la miraba sin inmutarse” (*El gato* 47).

Un ente que siempre observa –y haciendo plena alusión al gato de Cheshire en *Alicia en el país de las maravillas* el cual cuestiona las técnicas de poder del rey<sup>78</sup>– el gato en la novela de Quesada es un ser plenamente autónomo dentro del mundo de la novela. A pesar de pertenecerle al Rey de Versalles, ese personaje retiene el poder de auto-definirse dentro de la trama, permaneciendo como la única entidad inmutable ante la constante transfiguración de los otros. El gato además infringe todas las demandas del reino al mismo tiempo que desobedece el ordenamiento verbal del texto. De todos los personajes en la obra de Quesada esta figura es la única que no habla. En una novela donde todo tiene capacidad de enunciarse por medio de la palabra –hasta los naipes–, el mutismo del gato sugiere una fuerte marca de diferenciación.

Sobre el silencio como objeto discursivo, Dalia Ruiz Ávila señala que “el silencio es significativo, no es vacío, tiene significación propia, es garantía del movimiento de sentidos” (Ruiz 13). En su análisis del discurso zapatista desde los inicios de la insurrección chiapaneca en 1994 hasta el 2002, Ruiz rescata este objeto discursivo de la pasividad que social e históricamente se le confiere en el imaginario social occidental –“absoluto, continuo, disperso, vacío, ausencia, etc.” (Ruiz 17). Lo vincula en vez a la dimensión política de lo no dicho y a una estrategia importante de representación. Silenciar, señala, “es decir por otra vía”. El silencio “por una parte, señala los límites de la palabra; por la otra, muestra la existencia de las situaciones y expresa que éstas son inexplicables por la palabra” (Ruiz 17/15). El silencio, continúa, se relaciona entonces a la:

ruptura de la comunicación; enfrentar al otro; omitir amenazas; estrategia para ganar tiempo, mientras el otro muestra más de sus argumentos; descalificar al otro al no legitimar su carácter de interlocutor. La política del silencio se define por el hecho de

---

<sup>78</sup> En *Alicia en el país de las maravillas* (1865) el Gato de Cheshire no se deja intimidar por nadie. Aparece y desaparece de la narrativa de Lewis Carroll bajo voluntad propia, reteniendo una marginalidad conveniente. Tiene por lo mismo la oportunidad de observar desde afuera las eventualidades sucediendo dentro del país de las maravillas, pudiendo montar y articular un análisis de lo que sucede y a partir de ahí interrogar las posturas de Alicia, una niña inglesa de clase alta que entra en crisis al enfrentarse al mundo invertido del país de las maravilla. Cuando recibe condena de muerte por parte de la realeza, el gato hace desaparecer su cuerpo pero no su cabeza, acto que genera una gran discusión entre el verdugo, el rey y la reina acerca de si se puede decapitar a un gato sin cuerpo, interrogando y cuestionando al poder mismo.

que al decir algo se inhiben necesariamente otros sentidos posibles, no pertinentes en una situación comunicativa dada; en esta dimensión, el silencio establece una marca entre lo que se dice y lo que no se dice. (Ruiz 16)

El silencio potencia pues, también su transgresión. Es transgresivo por el mero hecho de no acatar el orden dominante de la Palabra en determinada relación; es también transgresivo por el hecho de no someterse a la inhibición de los “otros sentidos posibles” también capaces de enunciación. En *El gato de sí mismo* esta última observación encuentra particular resonancia en la figura del gato, el cual sigiloso, no deja de atacar las demandas de Rasputina por otros medios, entre ellos, el de la sorpresa, la mirada constante, y su constancia de autodeterminación a través de su movilidad corporal.

Es a través de su cuerpo en silencio que el gato evade el mundo del Reino, rigiéndose no por los deseos o instancias de los otros, sino por los suyos propios. Como lo dijera la misma Rasputina: “No hay criatura más traicionera, usted los puede alimentar y querer, pero ellos en cualquier momento se van. Si regresan es por interés, vuelven por caricias, por mimos, pero no sienten obligación por nadie” (*El gato* 42). El cuerpo del gato y su silencio como métodos de afirmar su presencia indeseada y de articular una negación a las demandas de Rasputina quebrantan con el espacio de la Palabra como único medio de articulación en el texto. A la vez estos dos elementos del gato irrumpen con el *estado de excepción* sostenido por la Rasputina y el Reino. El cuerpo en silencio del gato, al igual que la escritura de Germán, representan entonces los únicos espacios indomables dentro del texto. Son lugares alegóricos en representación de la resistencia en ese mundo de Versalles.

En *Sopa de caracol* el silencio también señala los límites de la palabra, poniendo en relieve la permanencia de la colonización y violación en la experiencia centroamericana. Hacia el final de la novela, cuando los comensales y Rodrigo ya se han transfigurado en “seres que no son”, cambiándose de ropas y dándole comienzo al momento orgiástico (“el postre”), se da una violación del cuerpo de Rodrigo. Los juegos sádicos que los invitados principiaron con Rodrigo fueron

llevados a un extremo quedando el protagonista principal con una “herida abierta, purulenta, dolor de parto partido en dos, dolor embargado de soledad y sudor frío, frialdad de alma vacía, vacío de amor” (*Sopa* 280). La escena, y la novela, culminan cuando después de ese momento Rodrigo les pide a todos que se vayan, que lo dejen solo y en silencio:

No recojan. No apaguen ninguna luz. No toquen nada. Dejen las ruinas tal y como. No me levanten. No me toquen. No se acerquen. No me jodan. No hagan ruido. No se rían. No levanten la voz. No platicuen tan tranquilas como si no existiera. No pretendan que me morí. No se cambien de ropa frente a mí, así de tranquilas. No toquen mi agua. No usen mi baño. No se coman los restos del postre. No se pasen por allí como Pedro por su casa. No rompan nada. No recojan la basura. No apaguen la música. No hagan ruido, me estalla la cabeza. No se acaben mis tylenoles. No cuchicheen. No, no, nada, no, ya no, no, ya no. No hay ni dios ni adios. Mirame papá. Cierren al salir. Mis pensamientos giran. Todo gira. Me callo. Silencio, silencio ya. (Arias 281)

El silencio, como lo dijera Ruiz Ávila, lejos de representar un “vacío”, encuentra aquí una significación propia, “garantizando” o poniendo en evidencia el movimiento de los sentidos. Ese objeto discursivo suplanta a la Palabra como mecanismo para seguir representando ese dolor, puesto que la Palabra –como nos lo sugiere la trama de la novela de Arias– ha demostrado ser herramienta insuficiente a la hora de desarticular el proyecto de la Modernidad/Colonialidad. Si a lo largo de *Sopa de Caracol* Rodrigo intentó desmontar –por medio de sus historias– lo “ilógico” o “irracional” de ese proyecto de Modernidad/Colonialidad el cual representó por medio de los preceptos guerrilleros guatemaltecos, ese intento se vio de repente truncado por esta última violación del cuerpo en el exilio. El personaje queda hacia el final de su discurso vaciado de palabras pero a través de ese silencio final, continuará en la articulación de esa muerte tan parte de la experiencia de los damnés centroamericanos. Su silencio sugiere entonces no una derrota total, sino el intento de seguir expresando la inarticulable colonialidad –sus lados más ocultos– por *otros* medios.

## Anotaciones finales

Tanto *Sopa de caracol* como *El gato de sí mismo* proponen una visión de la diáspora y el exilio distinta a cualquier otra visión hasta aquí estudiada. Si las previas textualidades exploradas propusieron el espacio post-nacional como una zona donde las guerras civiles centroamericanas encontraron continuidad –exponiéndose como lugares donde la alternativa a la muerte (física y simbólica) quedaba imposibilitada–, en estas otras dos textualidades la diáspora y el exilio aparecen como espacios capaces de posibilitar una resistencia a esa omnipresente muerte en la experiencia centroamericana.

En *Sopa de caracol* los placeres del cuerpo aparecen como medios a través de los cuales desarticular el descenso revolucionario en Centroamérica. Se sugieren también –y este es el objetivo principal de la novela– como conductos a través de los cuales desarticular el proyecto de la Modernidad/Colonialidad cuyas lógicas y razonamientos cartesianos rigieron y validaron el discurso y las conductas exclusionistas del período revolucionario. No limitado a una crítica de sólo la Revolución, el discurso “anticartesiano” de *Sopa de caracol* objeta develar las diversas capas infiltradas por la colonialidad del pensamiento en el imaginario centroamericano. Depreniéndose de esas modalidades colonialistas –donde el suprimir o eliminar al *otro* ha sido práctica ampliamente aceptada y reproducida– el placer como lugar de enunciación en esta novela del exilio irrumpe con esos moldes inferiorizantes y superiorizantes acatados por la izquierda guatemalteca y más en general, sostenidos por la colonialidad.

En ese proceso de desprendimiento epistémico, el lente narrativo de la novela procura sobre todo subvertir la indiferenciación al que ha sido sometido el *sub-otro* en la experiencia y narrativa centroamericana. La reemplaza en vez con una demarcada diferenciación de las experiencias centroamericanas racializadas y feminizadas como base para nuevas formas y prácticas de interacción

subjetivas. Hay pues, en este ex-militante, una clara consciencia que objeta desmontar prácticas históricas y presentes del Poder que eliminan y dominan al *otro*.

El lente narrativo de *El gato de sí mismo* también opera en la consciencia de la diferencia colonial que marca la experiencia centroamericana. Enunciada a partir de un sujeto homosexual, la novela articula una visión de sobrevivencia antitética a la normalización de la muerte en la experiencia de Cartago, un reino alegórico que encuentra su reflejo en esa Centroamérica y su diáspora sumergida en la Modernidad/Colonialidad. Por medio de esa sostenida alegoría Quesada logra visibilizar prácticas de Poder que ocultan, silencian y eliminan a su personaje, insinuando y demostrando la posibilidad de subvertirlas a través de la escritura. Dentro del marco simbólico del texto, la palabra retiene y ejerce la capacidad de crear nuevos espacios, transgredir viejos y develar lo invisibilizado, presentándose como un agente activo inscrito en las múltiples gramáticas que trabajan en ese multidimensional *giro de-colonial* articulado por la crítica Modernidad/Colonialidad.

Desobedientes, ni *Sopa de caracol* ni *El gato de sí mismo* se adscriben al proyecto de muerte y deshumanización legados por más de quinientos años de colonialidad en el istmo y su diáspora. A pesar de contener sujetos traspasados por variadas violencias, éstos las detectan y articulan, tomando consciencia de ellas y discursiva y epistémicamente aplacándolas. A su vez proponen muy otras formas de hacer y de ejercer poder sea ya amando, alegorizando, visibilizando la muerte, o riéndose de ella como mecanismo de sobrevivencia.

En el proceso estos dos proyectos narrativos insisten en desvestir a los sujetos de las identidades que los constriñen y atan a determinadas estructuras sociales, políticas e históricas de sujeción. Nos instan a leer los constructos de la identidad a partir de los patrones de poder que la atraviesan y sujetan. En esa destrucción identitaria, los personajes principales de estas dos novelas no dejan de buscar espacios y momentos para irrumpir e incidir sobre la colonialidad del ser. De ahí



su grito de horror ante la muerte y desaparición. Como lo enunciaría la voz narrativa de *El gato de sí mismo*, simplemente “No se puede amar así”.

## **Consideraciones finales: Centroamericanidades en reconfiguración**

Fueron dos los motivos que ocasionaron la realización del presente trabajo. Por un lado, la falta de un estudio que explorara el momento de la diáspora centroamericana a partir de su propia producción novelística, pues previo a este no lo existía. Por el otro, la necesidad de comenzar dentro de los estudios literarios centroamericanos el desarrollo de una práctica de lectura consciente y despierta a lo que el sociólogo peruano Aníbal Quijano ha llamado la *colonialidad del poder*. Ambas motivaciones me han conllevado a una exploración de los lados más ocultos de ese cuerpo social en dispersión devenido del istmo.

Desde las primeras novelas publicadas a principios de los años ochentas en ciudades como Los Ángeles, hasta las más recientes, los espacios sociales, económicos y políticos en los que se mueven los personajes diaspóricos revelan cuerpos centroamericanos sometidos de manera continua a las regulaciones del Estado bajo el cual viven y dentro del cual muchos suelen existir como indocumentados. Asimismo, esta literatura nos señala diversidad de formas en las cuales los cuerpos centroamericanos son sometidos al orden explotativo de economías que insisten en invisibilizarlos; a la violencia cotidiana y al racismo imperante dentro de los tejidos sociales de las nuevas ciudades que habitan y en las cuales establecen comunidad. *Big Banana*, *Inmortales* y *Odisea del norte*, siendo aquí textos emblemáticos de tales circunstancias. Los tres revelan la diversidad de formas en que los sujetos centroamericanos subsisten y experimentan la ilegalidad a la que son relegados.

Otro sometimiento de los cuerpos se evidencia también en estas textualidades. Por medio de una diversidad de formas vemos cómo los mismos sujetos centroamericanos se auto-destruyen en el exterior. Esta reproducción de muerte se representa no sólo en su instancia física sino también a través de figuras o signos retóricos que la codifican simbólicamente, como lo sería el acto vengativo

en *The Tattooed Soldier*, o la alienación entre los personajes de *Bernardo and the Virgin*. En el caso específico de textos representando a personajes ex-militantes como lo serían *La diáspora* y *Berlín años guanacos*, esa autodestrucción se contextualiza dentro del fallecimiento de los ideales y las utopías izquierdistas que en el pasado formaron sus subjetividades. Desencantados con el fracaso de la revolución, –y con los compromisos inevitables que condujeron a los procesos de paz–, estos ex-revolucionarios optan por la autoaniquilación de sus cuerpos, simbólicamente sometiéndolos a la imposibilidad de continuar viviendo bajo la constante de la pérdida. Dicha falta de voluntad nos ha conllevado a una incorporación de la noción fanoniana del *damné* en tanto ser sin esperanzas ni futuro.

Lo único que parecería darles continuidad vivencial a estos *damnés* heterosexistas es su ejercicio de poder masculinista. Insisten no sólo en retener al sujeto femenino en una posición marginal dentro de su narrativa personal, relegándole su agenciabilidad a los lugares no visibles del texto, sino que también la objetivizan como receptáculo sexual. De esta manera convierten la práctica misma del sexo en su único vínculo con el ejercicio del bio-poder, tenue mecanismo que los mantiene vivos. En más de un caso los lentes narrativos mismos de éstas y las otras obras presentan a los sujetos masculinos enunciando al sujeto femenino tan sólo como un cuerpo/objeto. Esta acción le quita todo agenciamiento en el marco enunciativo del texto, denotando otra articulación de muerte simbólica dentro de la narrativa de la diáspora. Ese signo como muchos otros que fuimos señalando a lo largo de este estudio, son el resultado de las infiltraciones de la colonialidad en la configuración de sus subjetividades moldeadas por una heteronormatividad de corte patriarcal.

No ha sido coincidencia que la mayoría de novelistas escribiendo fuera de la región centroamericana sean hombres mestizos. Desde su nacimiento a finales del siglo XIX en Centroamérica, la novela se consolida como género literario asociado a la constitución de imaginarios sociales masculinistas. No es sino hasta ya bien entrado el siglo XX que empezamos a

ver la producción de novelas por mujeres y otros grupos sociales históricamente marginados de ese rubro (la producción de novelas por mayas por ejemplo, la cual aparece hasta 1985<sup>79</sup>). Aún así, tanto en la región como en el exterior, la novela sigue siendo un género cultivado mayoritariamente por hombres<sup>80</sup>.

A pesar de ello, dentro de la novelística estudiada, hemos visto textualidades *otras* que inician una necesaria crítica de los esquemas masculinistas, rompiéndolos conscientemente. Me refiero a *Sopa de caracol* y *El gato de sí mismo*. A su manera estas obras quiebran la aparente homogeneidad en la representación de sufridos sujetos masculinistas transitando de la euforia revolucionaria a la crisis existencial diaspórica. Como proyecto también central, ambas novelas invierten los discursos y epistemas eurocéntricos aún marcando la mayor parte de la narrativa centroamericana. Exponen la colonialidad del pensamiento en las formas de narrarse a sí mismos y al *otro* a través de un proceso de desprendimiento epistémico, subvirtiendo así la condena de indiferenciación a la que ha sido sometido el sujeto centroamericano. En tal subversión, hemos indicado, ambas textualidades avanzan el giro de-colonial, ejerciendo lo que hemos llamado palabras desobedientes en la tarea de narrar esas centroamericanidades diaspóricas.

Como hemos también podido ver, la novelística de la diáspora centroamericana quiebra con toda función nacional que previamente se le adscribiera a la literatura de la región. Se posiciona ya no al servicio de nacionalismos promotores de movimientos populares con fines revolucionarios en un territorio específico, un habitus particular que les pertenece. A la par de mostrar la extenuación e

---

<sup>79</sup> Año emblemático por la publicación de *El mundo principia en Xibalbá* del escritor Luis de Lión, primer escritor maya que publicara una novela en español. Luis de Lión fue desaparecido en 1984 por las fuerzas represivas del estado guatemalteco. Fue miembro del Partido Guatemalteco del Trabajo (PGT) y dirigente magisterial. Su cuerpo nunca fue hallado aunque en 1999 su nombre apareciera en una lista de personas que fueron desaparecidas por las fuerzas militares.

<sup>80</sup> Puedo pensar en sólo dos mujeres centroamericanas que en el presente escriben novelas afuera de los espacios nacionales del istmo, Gioconda Belli (aunque ella regresa a escribir constantemente a Nicaragua), y Tanya María Barrientos (aunque desde niña ella crece y vive en El Paso, Texas).

imposibilidad de los pasados proyectos nacionales de liberación, las representaciones diaspóricas develan un estado de fragilidad identitaria de sus personajes, pues éstos deben ahora existir en la subordinación de fuerzas globalizantes que continuamente imprimen sobre ellos la marca de ser sujetos descartables y por ende innombrables. La destrucción de los imaginarios nacionales y de las identidades que en el pasado se subscribieran a ellos conforma por lo tanto una operación central de estas textualidades. Todas inician o avanzan la discusión en torno al proceso de su reconfiguración a la vez que toman plena consciencia de las fuerzas globales patrocinando la formación de nuevas subjetividades post-nacionales.

¿Qué le depara el futuro a la diáspora centroamericana? es pregunta que permanece abierta. Si bien las condiciones que principiaron el éxodo de centroamericanos fueron definidas por la violencia de las guerras civiles, en nuestro presente no mucho ha cambiado. De hecho, las condiciones sociales vividas en la Centroamérica de posguerra se agravan: los niveles de violencia incrementan, las oportunidades de trabajo cada vez son más escasas, los espacios democráticos adquiridos se cierran, el crimen organizado se asienta a la vez que los gobiernos inician un nuevo proceso de re-militarización de la región con el apoyo de EEUU (más bases militares estadounidenses se siguen estableciendo en Centroamérica), y por todo esto el sujeto centroamericano se ve en la necesidad de seguir emigrando. La mayor parte exponiendo sus vidas en la trayectoria hacia el norte y agravando la problemática de las separaciones familiares iniciadas durante la década de los ochenta. En Estados Unidos la situación para el migrante tampoco demuestra ser muy prometedora. Sólo entre el 2010 y el 2011 se firmaron a nivel nacional más de 164 leyes anti-inmigrantes, sumándose éstas a la creciente ola de deportaciones que ya sobrepasó números record en la historia de Estados Unidos.

A pesar de todo, la diáspora centroamericana continúa estableciéndose en este norte, encontrando soluciones para resituarse en su nuevo habitus sin por ello renunciar a los espacios

afectivos que marcan su centroamericanidad. Por medio de diversos esfuerzos –culturales, sociales, políticos, económicos e individuales– renunciamos (y denunciamos) la muerte e invisibilidad. La escritura es sólo una pequeña parte de tal empeño. Una nueva generación de centroamericanos-americanos además se educa ya en las aulas estadounidenses, creciendo, como lo diría mi madre, en pleno agringamiento. Muchos de ellos ya no hablan su idioma materno; muchos más jamás han puesto pie en el istmo o sentido su calor. Los mismos no obstante, puede que saboreen las ricas baleadas o las aclamadas pupusas en cualquier barrio de Los Ángeles, Nueva York o San Francisco (Tennessee, Wisconsin ¡o hasta en Kansas!). Sabrán de platanos fritos, frijoles negros con crema y marimbas. Reconocerán las cumbias salvadoreñas o las plenas y salsas panameñas en los night clubs que frecuentan, y algunos hasta continuarán en la tradición de bailar los ritmos de la punta en festivales, más clubs y fiestas caseras. Muchos otros además, en sus casas hablarán todavía el q'anjob'al, k'iche', garífuna, misquito, o como en el caso de mi familia china de la costa atlántica de Nicaragua en California, el inglés criollo.

Todo esto a la vez que nos apropiamos de diversos elementos de la cultura estadounidense, reconfigurándolos o simplemente adoptándolos como método de sobrevivencia, o porque nos gustan. De igual forma, los jóvenes que están creciendo en hogares con padres que han preferido olvidar todo lo relacionado con aquella franja de tierra que sólo les legó dolor, a modo de sobrevivir se sujetan a una búsqueda. Querrán a través de ella encontrar alguna historia e identidad que les ayude a convivir entre estos nuevos (des)órdenes globales. Los resultados de esa búsqueda están por verse. Como también está por verse lo que sucederá ahora que la comunidad centroamericana ya asentada se empieza a mezclar con otras, aprendiendo e incorporando otras culturas a las suyas, reproduciéndose en tanto nuevos sujetos globales o transnacionales. Mi caso por ejemplo: nacida en Honduras de un padre chino nicaragüense y una madre salvadoreña. Migré a Estados Unidos donde conocí a mi compañero, Dennis, bailarín jamaiquino costarricense que nunca ha vivido ni en Jamaica

ni en Costa Rica porque nació en Francia, creció en Alemania y ha residido en Estados Unidos (nos conocimos en Texas en el transcurso de la escritura de esta disertación). No tenemos hijos pero si algún día los tenemos, nos aguarda un experimento cultural de lo más interesante. O el caso de mi hermana, Alicia, también china centroamericana, quien está criando a su hija (de padre ngöbe buglé que conoció en Los Ángeles) entre los lakota, shoshoni, washo, kiowas, yoemes y huicholes residiendo en el norte de California. Ayotli, mi sobrina de dos años y medio, así como ya conoce las ceremonias de peyote en las que participa todos los meses, desayuna dim sum, juega con hijos de migrantes colombianos, mexicanos, españoles y africanos, se comunica tanto en español como en inglés, sabe contar los números en náhuatl gracias al YouTube (Plaza Sésamo ya tiene versión en náhuatl), y en casa aprende a bailar punta, salsa cubana, kizomba y las cumbias de El Salvador (aunque prefiere la yoga y el ballet).

¿Hacia dónde se dirige y cómo se reconfigurarán los signos conformando nuestra centroamericanidad? ¿Qué papel jugará el naciente campo de estudios centroamericanos en dirigirlos y reconfigurarlos?

## Bibliografía

ACNUR. Oficina de Alto Comisionado de las Naciones Unidas para Refugiados. Disponible: «[www.acnur.org](http://www.acnur.org)». Accedido: 15 de noviembre, 2010.

Agamben, Giorgio. *Estado de Excepción. Homo sacer II*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo Editora, 2004. Traducción al inglés: *State of Exception*. Chicago: University of Chicago Press, 2005. Publicado originalmente en italiano: *Stato di eccezione*. Torino: Bollati Boringhieri, 2003. Print.

---. *Homo Sacer: El poder soberano y la nuda vida. I*. Traducción y notas de Antonio Gimeno Cuspinera. Valencia: Pre-Textos, 2003. Publicado previamente en inglés, *Homo Sacer: Sovereign power and bare life*. Stanford, California: Stanford University Press, 1998. Publicado originalmente en italiano: *Homo sacer I: Il potere sovrano e la nuda vita*. Torino: Einaudi, 1995. Print.

---. *Lo que queda de Auschwitz: el archivo y el testigo. Homo sacer III*. Valencia: Pre-Textos, 2005. *Remnants of Auschwitz: The Witness and the Archive. Homo Sacer III*. New York: Zone Books, 2000. Publicado originalmente en italiano: *Quel che resta di Auschwitz. L'archivio e il testimone. Homo sacer III*. Italia: Bollati Boringhieri, 1998. Print.

---. *Means Without End: Notes on Politics*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 2000. Print.

---. “¿Qué es un campo?” *Revista Sibila*. N° 1 (Enero de 1995). Web. 9 de noviembre, 2011.

Amaya Banegas, Jorge Alberto. “«Reimaginando» la nación en Honduras: De la «nación homogénea» a la «nación pluriétnica»”. *Asociación para el Fomento de los Estudios Históricos en Centroamérica*. Boletín No. 15, ISSN 1954-3891. Septiembre 2005. Disponible: «[http://www.afehc-historia-centroamericana.org/index.php?action=fi\\_aff&id=365](http://www.afehc-historia-centroamericana.org/index.php?action=fi_aff&id=365)». Accedido: 2 de marzo, 2012.

Amin, Samir. *Delinking. Towards a Polycentric World*. Translated by Michael Wolfers. London: Zed Books, 1985. Print.

Amnesty International. “Urgent Action”. 15 de agosto 2011. Disponible: «<http://www.amnesty.org/es/library/asset/AMR41/051/2011/es/49d9946e-e439-4d40-b547-0a8ae12463ce/amr410512011en.pdf>». Accedido: 30 de octubre, 2011.

Amnistía Internacional. “Información para el Comité de la ONU para la eliminación de la



- discriminación racial”. Londres: Amnesty International Publications. Publicado originalmente en 2011. Disponible: <<http://www.amnesty.org/es/library/asset/AMR41/081/2011/es/a6330478-a4ef-4db2-90c0-fb450014c16d/amr410812011es.pdf>>. Accedido: 20 de diciembre, 2011.
- Amnistía Internacional. “Víctimas invisibles: Migrantes en movimiento en México”. Londres: Amnesty International Publications, 2010. Disponible: <<http://www.amnesty.org/en/library/asset/AMR41/014/2010/es/1345cec1-2d36-4da6-b9c0-e607e408b203/amr410142010es.pdf>>. Accedido: 20 de diciembre, 2011.
- Anderson, Benedict. *Imagined Communities: Reflections on the Origins and Spread of Nationalism*. London: Verso, 1991. Print.
- Arias, Arturo. “Central American-Americans: Invisibility, Power and Representation in the U.S. Latino World.” *Latino Studies*. 1.1 (March 2003): 168-187. Print.
- . “Central American Narrativity and the Coloniality of Power: Is Post-War Literature New?” Theme, Structure and Aesthetics in Post-Civil War Central American Narratives Conference. University of Liverpool. Liverpool, Inglaterra. 16 de Abril 2010. Ponencia.
- . “Cultural Studies”. *A Companion to Latin American Philosophy*. Susana Nuccetelli, Ofelia Schutte and Otávio Bueno (eds.). Oxford: Wiley-Blackwell, 2010. 425-438. Print.
- . “Final de juego y globalización: Repensando la trayectoria de la narrativa moderna centroamericana”. N.d. TS.
- . *Gestos ceremoniales: Narrativa centroamericana, 1960-1990*. Guatemala: Artemis & Edinter, 1998. Print.
- . “Kotz’ib’: The Emergence of a New Maya Literature.” *Indigenous Literatures and Social Movements in Latin America*. Special Issue of *The Latin American Indian Literatures Journal*. 1.24 (2008): 7-28. Print.
- . *La identidad de la palabra: Narrativa guatemalteca del siglo veinte*. Ensayo literario. Guatemala: Artemis & Edinter, 1998. Print.
- . “Narratividades centroamericanas y decolonialidad: ¿Cuáles son las novedades en la literatura de posguerra?” *La hora*. Guatemala. 5 de noviembre, 2011. Disponible:

- «<http://www.lahora.com.gt/index.php/cultura/cultura/literatura/147003-narratividades-centroamericanas-y-decolonialidad-icuales-son-las-novedades-en-la-literatura-de-posguerra>». Accedido: 26 de enero, 2012.
- . “Post-identidades post-nacionales: Transformaciones en la constitución de las subjetividades globalizadas”. *Revista de crítica literaria latinoamericana*. Año XXXIV, N° 69. Lima-Hanover, (2° semestre de 2009): 135-152. Print.
- . *Sopa de caracol*. 1. ed. Guatemala Ciudad, Guatemala: Alfaguara, 2002. Print.
- . *Taking Their Word: Literature and the Signs of Central America*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 2007. Print.
- Arquidiócesis de Guatemala. *¡Guatemala Nunca Más! Informe del Proyecto Interdiocesano Recuperación de la Memoria Histórica*. Guatemala: Oficina de Derechos Humanos del Arzobispado de Guatemala, 1998. Print.
- Avila, José Francisco. “The Garifunas and Happy Land Social Club Fire”. Garifuna Coalition USA Inc. Disponible: «[http://garifunacoalition.org/yahoo\\_site\\_admin/assets/docs/Happy\\_Land\\_Social\\_Club\\_Fire.243133832.pdf](http://garifunacoalition.org/yahoo_site_admin/assets/docs/Happy_Land_Social_Club_Fire.243133832.pdf)». Accedido: 23 de diciembre, 2012.
- Avila, José Franciso y Tomás Alberto. *Garifuna World*. Providence, Rhode Island: Milenio Associates, 2008. Print.
- Avilés, Quique. *The Immigrant Museum*. Mexico, DF: PinStudio y Raíces de Papel, 2003. Print.
- Baker-Cristales, Beth. *Salvadoran Migration to Southern California: Redefining El Hermano Lejano*. Gainesville: University Press of Florida, 2004. Print.
- Barrientos, Tanya Maria. *Family resemblance*. New York: New American Library, 2003. Print.
- . *Frontera Street*. New York: Penguin/ New American Library, 2002. Print.
- Belli, Gioconda. *El país bajo mi piel: Memorias de amor y guerra*. Barcelona: Plaza & Janes Editores, 2001. Print.

Bencastro, Mario. *Odisea del norte*. Houston: Arte Público Press, 1999. (English versión published in 1998). Print.

---. *The Tree of Life: Stories of Civil War*. Houston: Arte Público Press, 1997. Print.

---. *Viaje a la tierra del abuelo*. Houston: Arte Público Press, 2005. Print.

Benítez, Oscar René. *Cuando concluyó la guerra*. 1. ed. Mission Hills, CA: La Mancha Publishing Group, 2003. Print.

---. *Inmortales*. 1a ed. Sherman Oaks, Ca.: Editorial Encuentro, 1983. Print.

---. *Las huellas de una lucha sin final*. Mission Hills: La Mancha Publishing Group, 2009 (Segunda edición). Print.

Beverly, John, José Oviedo and Michael Aronna (Eds). *The Postmodernism Debate in Latin America*. Durham: Duke University Press, 1995. Print.

Beverly, John. "Dos caminos para los estudios culturales centroamericanos (y algunas notas sobre el latinoamericanismo) después de '9/11'." *Istmo* (2004). November 4, 2009. Disponible: <http://collaborations.denison.edu/istmo/n08/articulos/caminos.html>. Accedido: 3 de febrero 2009.

Beverly, John and Marc Zimmerman. *Literature and politics in the Central American Revolutions*. Austin: University of Texas Press, 1990. Print.

Bhabha, Homi K. *The Location of Culture*. London: Routledge, 1994. Print.

---. "The Third Space: Interview with Homi Bhabha." *Identity: Community, Culture, Difference*. Ed. Jonathan Rutherford. (Pages 207-221). London: Lawrence and Wishart, 1990. Print.

Blumenthal, Ralph "Fire in The Bronx; 87 Die in Blaze at Illegal Club; Police Arrest Ejected Patron; Worst New York Fire Since 1911". *New York Times*. March 26, 1990. Disponible: <http://www.nytimes.com/1990/03/26/nyregion/fire-bronx-87-die-blaze-illegal-club-police-arrest-ejected-patron-worst-new-york.html>. Accedido: 16 de noviembre, 2011.

- Booth, John A., Christine J. Wade, and Thomas W. Walker. *Understanding Central America: Global Forces, Rebellion, and Change*. 4th ed. Boulder, Col.: Westview Press, 2006. Print.
- Brubaker, Rogers. "The 'diaspora' diaspora". *Ethnic and Racial Studies*. 28.1 (January 2005): 1-19. Print.
- Busso, Hugo y Angélica Montes Montoya. *Polis*. Vol5. Núm. 18, Universidad Bolivariana, Santiago de Chile, 2008. Disponible: «<http://www.revistafuturos.com.ar/otros-escritos/155-la-colonialidad-del-pode>». Accedido: 5 de marzo, 2011.
- Cardenal, Ernesto. *La revolución perdida*. México: Fondo de Cultura Económica, 2005. Print.
- Carter, Sean. "The Geopolitics of Diaspora". *Area*. 37.1 (March 2005): 54-63. Print.
- Casaús Arzú, Marta Elena. *La metamorfosis del racismo en Guatemala: Uk'exmabixiik ri kaxlan na'ooj pa iximuleev*. Guatemala: Cholsamaj, 2002. Print.
- Castañeda, Jorge. *Utopia Unarmed: The Latin American Left after the Cold War*. New York: Knopf, 1993. Print.
- Castellanos Moya, Horacio. *Baile con serpientes*. San Salvador, El Salvador: Colección Ficciones, 2003. Print.
- . *El arma en el hombre*. México D.F: Tusquets, 2001. Print.
- . *El asco*. San Salvador: Editorial Arcoiris, 1997. Print.
- . *La diáspora*. Colección Premio nacional. San Salvador, El Salvador: UCA Editores, 1989. Print.
- . *La diabla en el espejo*. Madrid: Ediciones Linteo, 2000. Print.
- . *Perfil de prófugo*. San Salvador, El Salvador: UCA Editores, 1989. Print.
- . *Recuento de incertidumbres*. San Salvador: Ediciones tendencias, 1993. Print.

- Castillo, Otto René. *Vámonos patria a caminar*. Guatemala: Editorial Landívar, 1965. Print.
- Castro-Gómez, Santiago y Ramón Grosfoguel (compiladores). *El giro decolonial: Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*. Bogotá, Colombia: Siglo del Hombre Editores, 2007. Print.
- Cea, José Roberto. *La generación comprometida (Unos documentos y testimonios para su historia social, ética y estética)*. San Salvador, El Salvador: Canoa Editores, 2002. Print.
- Chinchilla, Maya. “Solidarity Baby”, 1999. Web. Disponible: «<http://mayachinchilla.com/poetry/>»  
Accedido: Enero del 2010.
- Ciorán, E.M. *Breviario de los vencidos*. (Título original *Indreptar Patimas/Bréviare des vaincus*). Barcelona: Tusquets Editores, 2010. Print.
- CNN México. “Migrante de la Caravana Paso a Paso por la Paz es asesinado en el Edomex”. 11 de agosto del 2011. Disponible: «<http://mexico.cnn.com/nacional/2011/08/11/migrante-de-la-caravana-paso-a-paso-por-la-paz-es-asesinado-en-el-edomex>». Accedido: 30 de octubre, 2011.
- Colt, George Howe. *November of the Soul: The Enigma of Suicide*. New York: Scribdner, 2006. Print.
- Comisionado Nacional de los Derechos Humanos, Honduras. “Informe anual del CONADEH”. Disponible: «<http://www.conadeh.hn/index.php/7-conadeh/30-muertes-violentas-en-honduras>». Marzo 2012. Accedido: 12 de marzo 2012.
- Comisión Interamericana de Derechos Humanos. *Anuario Interamericano de Derechos Humanos*. Países Bajos: Martinus Nijhoff Publishers, 1996. *Google Book Search*. Web. 17 January, 2012.
- Comisión Interamericana de Derechos Humanos. “Anexo al Comunicado de Prensa 82/1: Observaciones preliminares de la relatoría sobre los derechos de los migrantes de la CIDH a México”. Disponible: «<http://www.cidh.org/pdf%20files/ANEXO.82-11.pdf>». Accedido: 20 de marzo, 2012.
- Comisión Nacional de los Derechos Humanos, México. “Informe especial sobre secuestros de migrantes en México”. Febrero 2011. Disponible: «<http://www.acnur.org/biblioteca/pdf/7932.pdf?view=1>». Accedido: 9 de febrero, 2012.

- Córdova, Carlos B. *The Salvadoran Americans*. Westport, CT: Greenwood Publishing Group, 2005. Print.
- Cortés, José Miguel. *La ciudad cautiva. Orden y vigilancia en el espacio urbano*. Madrid: Editorial Akal, 2010. Print.
- Cortez, Beatriz. "El desencanto de Jacinta Escudos y la búsqueda fallida del placer." *Istmo* (2001). 3 de febrero, 2010. Disponible: «<http://collaborations.denison.edu/istmo/n03/articulos/desencanto.html>». Accedido: 2 de marzo 2011.
- . *Estética del cinismo: La pasión y el desencanto en literatura centroamericana de posguerra*. Guatemala: F&G Editores, 2010. Print.
- . "The Dark Side of the Subject: Disenchantment in Central American Post-War Fiction." Thesis (Ph D). Arizona State University. 1999.
- Craft, Linda. *Novels of Testimony and Resistance from Central America*. Gainesville: University Press of Florida, 1997. Print.
- Cuevas Molina, Rafael. *Identidad y cultura en Centroamérica: Nación, integración y globalización a principios del siglo XXI*. San José, Costa Rica: Editorial Universidad de Costa Rica, 2006. Print.
- Dalton, Jorge y Juan José. "Posición de la familia Dalton ante la permanencia en el actual gobierno salvadoreño, de Jorge Meléndez, uno de los involucrados directos en el asesinato del poeta Roque Dalton García". Disponible: «<http://sites.rnw.nl/documento/Dalton.pdf>». Accedido: 1 de febrero, 2011.
- Dalton, Roque. *El turno del ofendido*. La Habana: Casa de las Américas, 1962. Print.
- Deleuze, Gilles, y Michelle Foucault. "Un diálogo sobre el poder." *Un diálogo sobre el poder y otras conversaciones*. Traducido por Miguel Morrey. Madrid: Alianza Editorial, 1994. Print.
- De Man, Paul. *Blindness and Insight. Essays in the Rhetoric of Contemporary Criticism*, Minneapolis: University of Minnesota Press, 1986. Print.
- Denzin, Norman. *The Alcoholic Society: Addiction and Recovery of the Self*. New Jersey: Transaction

- Publishers, 2009. Print.
- Dussel, Enrique. "Eurocentrismo y Modernidad (Introducción a las lecturas de Francfort)". *El debate del Postmodernismo en América Latina*. John Beverly, José Oviedo y Michael Aronna, (editores). Durham: Duke University Press, 1995. 65-77. Print.
- . "Europa, Modernidad y Eurocentrismo". *Nepantla: Views from South*. 1.3 (2000): 465-478. Project Muse. Web. 8 August, 2010.
- . "Sistema Mundo y «Trans-Modernidad»". *Nepantla: Views from South*. 2.3 (2002): 221-245. Project Muse. Web. 8 August, 2010.
- Eguizábal, Cristina. "The United States and Central America since 2000: Free Trade and Diaspora Diplomacy. *Contemporary U.S.-Latin American Relations: Cooperation or Conflict in the 21<sup>st</sup> Century?* Jorge I. Domínguez, Ed. New York: Routledge, 2010. Print.
- Escudos, Jacinta. *El Desencanto*. San Salvador, El Salvador: Dirección de Publicaciones e Impresos, 2001. Print.
- Evans Braziel, Jana and Anita Mannur. *Theorizing Diaspora: A Reader*. Keyworks in cultural studies 6. Malden, Massachusetts: Blackwell Publishers, 2003. Print.
- Evans Braziel, Jana. *Diaspora: An Introduction*. Malden, Massachusetts: Blackwell Publishers, 2008. Print.
- Fanon, Frantz. *A Dying Colonialism*. English translation by: Haakon Chevalier. New York: Grove Press, 1965. Print.
- . *Black Skin, White Masks*. New York: Grove Press, 1967. Print.
- . *Los condenados de la tierra*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica, 2001. Primera publicación: *Les Damnés de la terre*. Paris: Éditions Maspéro, 1961. Print.
- . *Toward the African Revolution: Political Essays*. New York: Grove Press, 1988. Print.
- Figuerola-Ibarra, Carlo. "Guatemala el recurso del miedo" (Ensayo). *Nueva Sociedad*. No. 105 (Enero-

- Febrero 1990): 108-177. Print.
- Flores, Marco Antonio. *Los compañeros*. Guatemala: F. & G. Editores, 2006. Print.
- . *Los muchachos de antes*. Guatemala: Piedra Santa, 2004. Print.
- Foucault, Michel. *Discipline and Punish: The Birth of the Prison*. Trans. Alan Sheridan. New York: Vintage, 1977. Print.
- . *Historia de la sexualidad I: La voluntad del saber*. España, Siglo XXI Editores: 1977. Print.
- . "Nietzsche, la genealogía, la historia" (Traducción al español). *Microfísica del poder*. Madrid: Ediciones La Piqueta, 1978. Texto original: "Nietzsche, la genealogie, l'histoire". *Hommage a Jean Hippolyte*. Paris: Press Universitaire de France, 1971. Print.
- . "Space, Power, and Knowledge". *The Cultural Studies Reader*. S. During (Ed). London and New York: Routledge, 1993. 161-169. Print.
- . *Tecnologías del yo y otros textos afines*. Barcelona: Paidós Ibérica, 1988. Print.
- . "The Subject and Power". *Michel Foucault: Beyond Structuralism and Hermeneutics*. Hubert L. Dreyfus, Paul Rabinow, Hubert Freyfus (Eds). Chicago: University of Chicago Press, 1982. Print.
- . "Verdad y poder. Diálogo con M. Fontana". *Un diálogo sobre el poder y otras conversaciones*. Madrid, España: Alianza Editorial y Materiales, 1981. Print.
- Franco, Jean. *The Decline and Fall of the Lettered City: Latin America in the Cold War*. Cambridge: Harvard University Press, 2002. Print.
- . "What's Left of the Intelligentsia? The Uncertain Future of the Printed Word." *NACLA*. 28.2 (1994): 16-21. Print.
- Galich, Franz. *Managua, salsa city: ¡Devórame otra vez!* Panamá: Editorial Géminis, 2000. Print.



- Gandhi, Leela. *Postcolonial Theory: A Critical Introduction*. New York: Columbia University Press, 1998. Print.
- García Bedolla, Lisa. "Central Americans: Inequality, War and Solidarity". *Latino Politics*. Malden, Massachusetts: Polity Press, 2009. Print.
- García, María Cristina. *Seeking Refuge: Central American Migration to Mexico, the United States and Canada*. Berkeley and Los Angeles: University of California Press, 2006. Print.
- Gilroy, Paul. *The Black Atlantic: Modernity and Double Consciousness*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 1993. Print.
- . "Diaspora." *Paragraph*. 17.1 (March 1994): 207-12. Print.
- Goldman, Francisco. *The Long Night of White Chickens*. New York: Atlantic Monthly Press, 1992. Print.
- . *The Ordinary Seaman*. New York: Grove Press, 1997. Print.
- Grosfoguel, Ramón. "Del imperialismo de Lenin al Imperio de Hardt y Negri: «fases superiores» del eurocentrismo". Bogotá, Colombia. *Universitas Humanística*. No.65 (enero-junio 2008): 15-26. Web. 8 noviembre, 2011.
- . "Diálogos descoloniales con Ramón Grosfoguel: Transmodernizar los feminismos". *Tabula Rasa*. No. 7 (julio-diciembre 2007): 323-40. Web. 10 julio, 2011.
- . "Hacia un pluri-versalismo transmoderno decolonial". *Tabula Rasa*. No.9 (julio-diciembre 2008): 199-215. Web. 10 julio, 2011.
- . "La descolonización de la economía política y los estudios postcoloniales: Transmodernidad, pensamiento fronterizo y colonialidad global". *Tabula Rasa*. No. 004 (enero-junio 2006). Universidad Colegio Mayor de Cundinamarca, Bogota: Colombia, pp. 17-46. Disponible: «<http://redalyc.uaemex.mx/redalyc/src/inicio/ArtPdfRed.jsp?iCve=39600402>». Accedido: 9 de Marzo 2010.
- . "Transmodernity, Border Thinking and Global Coloniality." *Eurozine*. 2008. Disponible : «<http://www.eurozine.com/articles/2008-07-04-grosfoguel-en.html>». Accedido: 16 de

marzo, 2011.

Grosfoguel, Ramón y Walter D. Mignolo. "Intervenciones Descoloniales: Una breve introducción" *Tábula Rasa*. Número 9 (julio-diciembre 2008): 29-37. Web. 14 marzo, 2011.

Gordon, Lewis. "African-American Philosophy, Race and the Geography of Reason". Available online at: <http://abahlali.org/files/lewis.2.pdf> (2006). Accessed: April 2011.

---. *Existentialia Africana: Understanding Africana Existential Thought*. New York: Routledge, 2000. Print.

---. "Through the Zone of Nonbeing: A Reading of *Black Skin, White Masks* in Celebration of Fanon's Eightieth Birthday". *The C. L.R. James Journal*. 11.1 (Summer 2005): 1-43. Print.

Hall, Stuart. "Cultural Identity and Diaspora." *Identity: Community, Culture, Difference*. Ed. Jonathan Ruthford. London: Lawrence & Wishart, 1990. 222-37. Print.

Hamilton, Nora y Chinchilla, Norma Stoltz. *Seeking Community in Global City: Guatemalans and Salvadorans in Los Angeles*. Philadelphia: Temple University Press, 2001. Print.

Hardt, Michael y Antonio Negri. *Empire*. 2000. Cambridge: Harvard University Press, 2000. Print.

---. *Multitude: War and Democracy in the Age of Empire*. New York: Penguin Books, 2004. Print.

Hernández, Claudia. *De fronteras*. Guatemala: Piedra Santa, 2007. Print.

Hernández, David. *Berlín, años guacacos*. Guatemala: Alfaguara, 2004. Print.

---. *El Salvador modelo por armar para una cartografía histórico-literaria. 1932-1992*. San Salvador, El Salvador: Ciudad Universitaria, 2006. Print.

Human Rights Watch. *No Way to Live: Alabama's Immigration Law*. December 2011. Disponible: [http://www.hrw.org/sites/default/files/reports/us1211ForUpload\\_1.pdf](http://www.hrw.org/sites/default/files/reports/us1211ForUpload_1.pdf). Accedido: 5 de enero, 2012.

Izquierdo, Antonio Escribano. *El modelo de inmigración y los riesgos de exclusión*. Madrid: Cáritas

- Española Editores, 2008. Print.
- Jameson, Fredric. *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*. Barcelona-Buenos Aires: Paidós, 1991. Print.
- . *The Cultural Turn: Selected Writings on the Postmodern 1983-1998*. London: Verso, 1998. Print.
- Kane, Adrian. "Ludics as Subversion in Arturo Arias' *Sopa de caracol* (2002)". *Bulletin of Spanish Studies*. 86.4. (2009): 513-527. Print.
- Kokotovic, Misha. "After the Revolution: Central American Literature in the Age of Neoliberalism". *A contracorriente: una revista de historia social y literatura de América Latina/A Journal of Social History and Literature in Latin America*. 1.1 (Fall 2003): 19-50, Disponible: [«http://www.ncsu.edu/project/contracorriente/»](http://www.ncsu.edu/project/contracorriente/). Accedido: Julio 2009.
- Lander, Edgardo (ed). *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. Caracas: Facultad de Ciencias Económicas y Sociales (FACES-UCV), Instituto Internacional de la UNESCO para la Educación Superior en América Latina y el Caribe (IESALC), 2000. Print.
- Lindo, Róger. *El perro en la niebla*. Colección Perspectivas. 1. ed. Bilbao: Editorial Verbigracia, 2006. Print.
- Loucky, James and Marilyn M. Moores. *The Maya Diaspora: Guatemalan Roots, New American Lives*. Philadelphia: Temple University Press, 2000. Print.
- Luciak, Ilja A. *After the Revolution: Gender and Democracy in El Salvador, Nicaragua and Guatemala*. Baltimore: The John Hopkins University Press, 2003. Print.
- Lugones, María. "The Coloniality of Gender". *Worlds and Knowledges Otherwise*. (Spring 2008): 1-17. Web. 9 diciembre, 2011.
- Liotard, Jean-François. *The Postmodern Condition: A Report on Knowledge*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1979. Print.
- Mackenbach, Werner. "Después de los pos-ismos: ¿desde qué categorías pensamos las literaturas

- centroamericanas contemporáneas?" *Istmo* (2004). 3 de febrero, 2010. Disponible: «[http://collaborations.denison.edu/istmo/n08/articulos/pos\\_ismos.html](http://collaborations.denison.edu/istmo/n08/articulos/pos_ismos.html)». Accedido: 4 de abril 2011.
- . "Entre política, historia y ficción. Tendencias en la narrativa centroamericana a finales del siglo XX". *Istmo*. 2007. Disponible: «<http://collaborations.denison.edu/istmo/n15/articulos/mackenbach.html>». Accedido: 28 Julio 2009.
- . Editor. *Intersecciones y transgresiones: Propuestas para una historiografía literaria en Centroamérica*. Tomo I. Guatemala: F&G Editores, 2008. Print.
- . "Sopa de letras o la recuperación de la parodia". *InterSedes: Revista de las Sedes Regionales*. Universidad de Costa Rica 4.6. (2003). Web. 9 de enero, 2012.
- Mancall, Peter C. *Deadly Medicine: Indians and Alcohol in Early America*. Ithaca: Cornell University Press, 1995. Print.
- Maldonado Torres, Nelson. *Against War: Views from the Underside of Modernity*. Latin America Otherwise. Durham: Duke University Press, 2008. Print.
- . "La descolonización y el giro des-colonial". *Tabula Rasa*. Bogotá, Colombia. No. 9 (julio-diciembre 2008): 61-72. Web. 30 enero, 2012.
- . "Reconciliation as a Contested Future: Decolonization as Project or Beyond the Paradigm of War". *Reconciliation: Nations and Churches in Latin America*. Iain S. Maclean (ed.). London: Ashgate, 2006. Print.
- . "Sobre la colonialidad del ser: contribuciones al desarrollo de un concepto". *El giro decolonial. Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*. Castro-Gómez, S. y Grosfoguel, Ramón (eds.) Bogotá: Iesco-Pensar-Siglo del Hombre Editores, 2009. 129-167. Print.
- . "Thinking through the Decolonial Turn: Post-continental Interventions in Theory, Philosophy, and Critique: An Introduction. (Guest Editor). *TRANSMODERNITY: Journal of Peripheral Cultural Production of the Luso-Hispanic World*. 1.2 (2012): 1-15. Web. 4 marzo, 2012.
- Martínez de Pisón, Ramón. *Death by Despair: Shame and Suicide*. New York: Peter Lang Publishing, 2006. Print.

- Martínez-Pelaez, Severo. *La patria del criollo*. (Translation of original version in Spanish published in 1970 by Susan M. Neve and George Lovell). Durham: Duke University Press, 2009. Print.
- Masiello, Francine. *The Art of Transition: Latin American Culture and Neoliberal Crisis*. Durham: Duke University Press, 2001. Print.
- McCord, Maxwell and Joan McCord. *Origins of Alcoolism*. Stanford, California: Stanford University Press, 1960. Print.
- McKinley, James C. Jr. "Fire in the Bronx; Happy Land Reopened and Flourished After Being Shut as a Hazard". *New York Times*. March 26, 1990. Disponible: <<http://www.nytimes.com/1990/03/26/nyregion/fire-bronx-happy-land-reopened-flourished-after-being-shut-hazard.html>>. Accedido: 16 de noviembre, 2011.
- Mejía R, Joaquín A. y Victor Fernández. *El golpe de estado de Honduras desde una perspectiva de los derechos humanos*. Honduras: Editorial Casa San Ignacio/Guaymuras, 2010. TS. 9 de noviembre, 2011.
- Menjívar, Cecilia. *Fragmented Ties: Salvadoran Immigrant Networks in America*. Berkeley and Los Angeles: University of California Press, 2000. Print.
- Menjívar, Cecilia and Leisy Abrego. "Parents and Children across Borders: Legal Instability and Intergenerational Relations in Guatemalan and Salvadoran Families". *Across Generations: Immigrant Families in America*. Nancy Foner (Ed.). New York: New York University Press, 2009. Print.
- Mignolo, Walter. *Desobediencia epistémica, retórica de la modernidad, lógica de la colonialidad y gramática de la descolonialidad*. Buenos Aires: Del Signo, 2010. Print.
- . "Epistemic Disobedience and the Decolonial Option: A Manifesto". *TRANSMODERNITY: Journal of Peripheral Cultural Production of the Luso-Hispanic World*. 1.2 (2012): 44-66. Web. 3 de marzo, 2012.
- . "La colonialidad: la cara oculta de la modernidad". In catalog of museum exhibit: *Modernologies* (December, 2009), Museo de Arte Moderno de Barcelona.

- . *Local histories/global designs: coloniality, subaltern knowledges, and border thinking*. Princeton studies in culture/power/history. Princeton, N.J.: Princeton University Press, 2000. Print.
- Montejo, Víctor. *Brevísima Relación Testimonial de la Continua Destrucción del Mayab'*. Providence, RI: Guatemala Scholars Network, 1992. Print.
- . *Maya Intellectual Renaissance: Identity, Representation, and Leadership*. Austin: University of Texas Press, 2005. Print.
- . *Voices from Exile: Violence and Survival in Modern Maya History*. Norman: University of Oklahoma Press, 1999. Print.
- Moraña, Mabel, Enrique D. Dussel, and Carlos A. Jáuregui. *Coloniality at large: Latin America and the postcolonial debate*. Latin America otherwise. Durham: Duke University Press, 2008. Print.
- Mullard, Maurice and Bankole Cole eds. *Globalisation, Citizenship, and the War on Terror*. Cheltenham, UK; Northampton, MA: Edward Elgar Publishing, 2007. Print.
- Nelly, Richard. "Globalización académica, estudios culturales y crítica latinoamericana". *Estudios latinoamericanos sobre cultura y transformaciones sociales en tiempos de globalización*. Ed. Daniel Mato. Buenos Aires: CLACSO (2001): 185-199. Print.
- Padilla, Yajaira. "Changing women, Changing Nation: Female Agency, Nationhood, and Identity in Trans-Salvadoran Narratives". Thesis (PhD). University of California, San Diego. 2005.
- . "El transimaginario centroamericano: inmigración e identidad en la literatura escrita por centroamericanos en Estado Unidos." Forthcoming in *Construcción de identidades migrantes y sus representaciones literarias en Centroamérica y el Caribe*. Ed. Ligia Bolaños, Patricia Fumero, Werner Mackenbach, and Yajaira M. Padilla. University of Costa Rica Press. N.d.
- Payeras, Mario. *Asedio a la utopía: Ensayos políticos 1989-1994*. Guatemala: Magna Terra, 1996. Print.
- Paz Soldán, Edmundo y Alberto Fuguet. *Se habla español: Voces latinas en USA*. Miami: Alfaguara, 2000. Print.
- Pérez Brignoli, Héctor. *A Brief History of Central America*. Translated by Ricardo B. Sawrey A. and Susana Stettri de Sawrey. Berkeley: University of California Press, 1989. Print.

Pérez, Rossana. *Flight to Freedom: The Story of Central American Refugees in California*. Houston: Arte Público Press, 2007. Print.

Poe Lang, Karen “Sexualidad y violencia en la novela centroamericana de posguerra”. TS.

Quesada, Roberto. *Big Banana*. Biblioteca breve. Barcelona: Editorial Seix Barral, 2001. (Primera edición 1998). Print.

---. *Nunca entres por Miami*. Literatura Mondadori. 1. ed. México, D.F.: Editorial Grijalbo, 2002. Print.

Quesada, Uriel. *El gato de sí mismo*. 1. ed. San José: Editorial Costa Rica, 2005. Print.

Quijano, Aníbal. “Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina.” *Colonialidad Del Saber Y Eurocentrismo*. Ed. Lander, Edgardo. Buenos Aires: UNESCO-CLACSO, 2000. Print.

---. “Colonialidad del poder y clasificación social”. *Journal of World-Systems Research. Special Issue*. 11.2. (Summer/Fall 2000): 342-386. Print.

---. “Colonialidad del poder, globalización y democracia”. Ponencia en Lima, Perú 2000. Publicada por *Umbral*. Puerto Rico, 2 de marzo, 2005. Disponible: «<http://umbral.uprrp.edu/files/Colonialidad%20del%20poder,%20globalizaci%C3%B3n%20y%20democracia.pdf>». Accedido: 2 de enero, 2009.

---. “Colonialidad y modernidad/racionalidad”. En *Los conquistados. 1492 y la población indígena de las Américas*. En H. Bonilla, (Comp.). Quito: Tercer Mundo-Libri Mundi Editores, 1992. Print.

---. “Globalización, colonialidad y democracia”. En Instituto de Altos Estudios Diplomáticos Pedro Gual (ed.). *Tendencias básicas de nuestra época: globalización y democracia*. Caracas: Instituto de Altos Estudios Diplomáticos Pedro Gual, 2001. Print.

---. *Modernidad, identidad y utopía en América Latina*. Colección 4 Suyus. 1. ed. Quito, Ecuador: Editorial El Conejo, 1990. Print.

Quijano, Aníbal and Immanuel Wallerstein. “Americanness as a concept. Or The Americas in the Modern World-System.” *International Journal of Social Sciences*. No. 134 (1992): 549-57.

- Quintero, Pablo. "Notas sobre la teoría de la colonialidad del poder y la estructuración de la sociedad en América Latina". *Papeles de trabajo*. Centro de Estudios Interdisciplinarios en Etnolingüística y Antropología Socio-Cultural. No. 19. Junio 2010. Disponible: «<http://www.scielo.org.ar/pdf/paptra/n19/n19a01.pdf>». Accedido: Noviembre 2010.
- Ramírez, Sergio. *Adiós Muchachos: Memoria de la revolución sandinista*. México: Aguilar, 1999. Print.
- Ramsey, William. *An Elementary Manual of Roman Antiquities*. London and Glasgow: Richard Griffin and Company, 1859. *Google Book Search*. 8 November, 2011.
- Regional Human Rights Monitoring and Analysis Team in Central America. "Human Rights and Confrontation in Central America 2010-2011: Regional Human Rights Monitoring and Analysis Team in Central America". A Report. December 2011. Available: «[http://www.diakonia.se/documents/public/ABOUT\\_DIAKONIA/Reports/HR\\_Report\\_CA\\_2011.pdf](http://www.diakonia.se/documents/public/ABOUT_DIAKONIA/Reports/HR_Report_CA_2011.pdf)». Accessed: 29 de marzo, 2012.
- Robbins, Jill. "Neocolonialism, Neoliberalism, and National Identities: The Spanish Publishing Crisis and the Marketing of Central America." *Istmo*. February 3, 2010. Disponible: «<http://collaborations.denison.edu/istmo/n08/articulos/neocolonialism.html#notas>». Accedido: 7 de enero, 2011.
- Robinson, William I. "Latin America in the Age of Inequality: Confronting a New 'Utopia'". *International Studies Review*. 1.3 (1999): 41-67. Print.
- . *Transnational Conflicts: Central America, Social Change, and Globalization*. London: Verso, 2003. Print.
- Rodríguez, Ana Patricia. "As the Latino/a World Turns: The Literary and Cultural Production of Transnational Latinidades". *Latinas/os in the United States: Changing the Face of America*. Havidán Rodríguez, Rogelio Sáenz and Cecilia Menjívar (Eds). New York: Springer Science Business Media, 2008. Print.
- . "Central American Cultural Production Under the Aegis of Neoliberalism." *Istmo* (2004). Web. 8 Noviembre, 2009.
- . *Dividing the Isthmus: Central American Transnational Histories, Literatures, and Cultures*. Austin: University of Texas Press, 2009. Print.



---. "North/South divides in Central American/Latino narratives." Thesis (Ph D). University of California, Santa Cruz, 1998.

---. "Refugees of the South: Central Americans in the U.S. Latino Imaginary." *American Literature* 73.2 (2001): 387-412. Print.

Rodríguez, Ileana. *Transatlantic Topographies: Islands, Highlands, Jungles*. Cultural studies of the Americas. Minneapolis: University of Minnesota Press, 2004. Print.

---. *Women, guerrillas, and love: Understanding war in Central America*. Minneapolis: University of Minnesota Press. 1996. Print.

Rodríguez, Ileana, and Hamid Dabashi. *Convergencia de tiempos: estudios subalternos/contextos latinoamericanos estado, cultura, subalternidad*. Texto y teoría, estudios culturales. Amsterdam; Atlanta, GA: Rodopi, 2001. Print.

Rojas González, José Pablo. "El gato de sí mismo: Novela de travestización". *Istmo*. No. 19. Julio-Diciembre 2009. Disponible: « <http://istmo.denison.edu/n19/articulos/4.html>». Accedido: 11 de febrero, 2012. También disponible en PDF aquí: «[http://istmo.denison.edu/n19/articulos/4-rojas\\_jose\\_pablo\\_form.pdf](http://istmo.denison.edu/n19/articulos/4-rojas_jose_pablo_form.pdf)». Accedido: 11 de febrero, 2012.

Ruiz Ávila, Dalia. "El silencio y su significación: Análisis del discurso zapatista". *Memoria*. No. 161 (2002): 13-18. Print.

Said, Edward. *The World, the Text and the Critic*. Cambridge: Harvard University Press, 1983. Print.

Saldaña-Portillo, María Josefina. *The Revolutionary Imagination in the Americas and the Age of Development*. Latin America Otherwise. Durham: Duke University Press, 2003. Print.

Schussler, Stuart. *Entre sospecha y ciudadanía: refugiados colombianos en Quito*. Quito, Ecuador: Ediciones Abya-Yala, 2009. Print.

Segura, Rosamaría. *Central Americans in Los Angeles (Images of America)*. Charleston SC: Arcadia Publishing, 2010. Print.

Silva Silva, Hernán. *Medicina legal y psiquiatría forense: Tomo II*. Santiago de Chile: Editorial Jurídica de Chile, 1995. Print.

Sirias, Silvio. *Bernardo and the Virgin*. Latino voices. Evanston, Illinois: Northwestern University Press, 2005. Print.

---. *Meet Me under the Ceiba Tree*. Houston: Arte Público Press, 2008. Print.

Solórzano-Alfaro, Gustavo. "La casa de Asterión". Blog. Disponible: [http://www.gustavosolorzanoalfaro.com/2010\\_09\\_01\\_archive.html#!/2010/09/el-gato-de-si-mismo-de-urriel-quesada.html](http://www.gustavosolorzanoalfaro.com/2010_09_01_archive.html#!/2010/09/el-gato-de-si-mismo-de-urriel-quesada.html). 18 de septiembre, 2010. Accedido: 4 de enero, 2012.

Subcomandante Marcos. "La cuarta guerra mundial". Discurso ante la Comisión Civil Internacional de Observación de los Derechos Humanos en La Realidad, Chiapas. 20 de noviembre de 1999. Disponible: <http://www.inmotionmagazine.com/auto/cuarta.html>. Accedido: 9 de julio, 2009.

Terrazas, Aaron. "Central American Immigrants in the United States". *Migration Information Source*. Migration Policy Institute. Disponible: <http://www.migrationinformation.org/USfocus/display.cfm?id=821>. Accedido: 27 de junio, 2011.

*The Invisibles*. Prod. Gael García Bernal and Mark Silver. With Amnesty International, 2010. Documentary.

The National Security Archive Electronic Briefing Book No. 363. "Death Squad Diary Victims Found in Mass Grave". 22 de noviembre, 2011. Disponible: <http://www.gwu.edu/~nsarchiv/NSAEBB/NSAEBB363/index.htm>. Accedido: 28 de noviembre, 2011.

Thiebaut, Carlos *Historia del nombrar. Dos episodios de la subjetividad*. Madrid: Visor, 1990. Print.

Tobar, Héctor. *The Tattooed Soldier*. New York: Penguin Books, 1998. Print.

Torres-Rivas, Edelberto (compilador). *América Central Hacia el 2000: Desafíos y opciones*, Caracas: Editorial Nueva Sociedad, 1989. Print.

---. *La piel de Centroamérica. Una visión epidérmica de setenta y cinco años de su historia*. San José: FLACSO,

2007. Print.

---. *History and Society in Central America*. Trans. Douglass Sullivan-Gonzalez.

Translations from Latin America Series. Austin: University of Texas, 1993. Print.

---. "Reflexiones sobre el terror, la violencia, el miedo y la democracia". *Las sociedades del miedo: El legado de la Guerra civil, la violencia y el terror en América Latina*. Koonings, Kees y Dirk Kruijt (Editores). Salamanca: Ediciones Universidad Salamanca, 2005. Print.

Urbina, Nicasio. "La literatura centroamericana". *Istmo* (2001). Disponible:

«<http://collaborations.denison.edu/istmo/n08/articulos/caminos.html>». Accedido: 17 de julio, 2009.

Vahabi, Mehrdad. *The Political Economy of Destructive Power*. Cheltenham, UK; Northampton, MA: Edward Elgar Publishing, 2004. Print.

World Bank. Co-authors: Kamil Borowik, Isaku Endo, Sarah Hirsch, Jan Rogge. *The U.S.-Honduras Remittance Corridor: Acting on Opportunities to Increase Financial Inclusions and Foster Development of a Transnational Economy*. World Bank Working Paper No. 177. Washington D.C: The World Bank, 2010. *Google Book Search*. 9 January, 2012.

Wynter, Sylvia. "Unsettling the Coloniality of Being/Power/Truth/Freedom: Towards the Human, After Man, Its Overrepresentation-An Argument". *The New Centennial Review*. 3.3 (2003): 257-337. Print.

Zavala, Magda. "Globalización y literatura en América Central: Escritores y editoriales." *Intersecciones Y Transgresiones. Propuestas Para Una Historiografía Literaria En Centroamérica*. Ed. Mackenbach, Werner. Guatemala: F&G Editores, 2008. Print.

Zilberg, Elana. *The Space of Detention: The Making of a Transnational Gang Crisis between Los Angeles and San Salvador*. Durham NC: Duke University Press, 2011. Print.

Zimmerman, Marc. "Estudios culturales centroamericanos en el nuevo [des]orden mundial." *Istmo* (2004). Web. 8 de marzo, 2011.